

Infancia y juventud de un guerrillero



HERNÁN JOSÉ ABREU DÍAZ



Infancia y juventud de un guerrillero

MINISTERIO

DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA

MISIÓN
CULTURA
CORAZÓN ADETRÁS

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

1.ª Edición digital, 2016

© Hernán José Abreu Díaz

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela / 1010.

Teléfonos: 0212-768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos

comunicacionesperroyrana@gmail.com

atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibros

Facebook: Editorial perro rana

Diseño de la colección

Dileny Jiménez

Hernán Rivera

Diagramación

Mónica Piscitelli

Edición

José Zambrano

Corrección

Zorayda Coello

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2016001033

ISBN 978-980-14-3605-8



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



1816-2016
PATRIOTAS UNIDOS
SABEMOS VENCER

La Colección Alfredo Maneiro, Política y sociedad, publica obras puntuales, urgentes, necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela integra ese mundo en formación, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, la reflexión, y por ende, de las soluciones surgidas del análisis y la comprensión de nuestra realidad.

Firmes propósitos animan a esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta, y por la otra, difundir ediciones de libros en los cuales se abordan temas medulares de nuestro tiempo.

Testimonios: serie orientada a recopilar trabajos documentales y testimoniales que alimentan los valores y saberes nacionales, regionales y locales, refrescando y robusteciendo la memoria histórica. Incluye también el trabajo biográfico, autobiográfico, el análisis de hechos y la entrevista.

Infancia y juventud de un guerrillero

Hernán José Abreu Díaz

COLECCIÓN
alfredo maneiro
Serie
Testimonios

Caracas, Venezuela 2016

DEDICATORIA

A todos los niños y niñas que sufren las consecuencias de la pobreza, a quienes no se les brinda la oportunidad de realizarse como personas, de avanzar en su preparación de acuerdo con sus inquietudes y necesidades, coartándoles los deseos de superación personal, de instruirse para ser en la vida un buen ciudadano y poder cumplir con sus deberes y derechos, siendo siempre respetuosos al derecho ajeno.

A mis hijos, nietos y bisnietos.

A mi terruño (caserío San Juanillo).

Al pueblo de Cumanacoa.

AGRADECIMIENTOS

*A mis padres: José Eufemio Abreu y Agustina del Carmen Díaz,
por haberme engendrado; en especial a mi madre por comprender
la necesidad de superación de un hijo.*

*A mis hermanos por haber compartido esos momentos de dificultades
y dureza de la vida.*

*A mi hermano José Viviano Abreu "Cañita" por ser tan solidario;
por acompañarme en mi empeño de participar en la lucha revolucionaria
armada, lo que manifestó hasta los últimos momentos de su vida.*

*A mi hermano José Ismael Abreu por ser tan comprensivo con mis
inquietudes.*

A mis compañeros de estudios, tanto en el campo como en la ciudad.

A todos ellos agradecimiento eterno.

INTRODUCCIÓN

Para poder analizar la situación cultural, social y política que atravesaba Venezuela durante los años de mi infancia y juventud, es necesario hacer una breve retrospectiva histórica.

El momento de llegada de los españoles a nuestro territorio queda marcado con la llegada de Cristóbal Colón. A este territorio que hoy se denomina Venezuela vinieron guiados por el navegante italiano, quien aspiró a ser virrey de las nuevas tierras invadidas, y que además trajo en su contingente a personas de mala conducta. Se encontraron aquí con gente de otras culturas, con la costumbre de vivir en comunidades, compartiéndolo todo entre ellos: el mismo techo, las comidas, los utensilios para la caza y pesca, y nuestros habitantes los atendieron de la mejor manera. Colón regresó a España para informarle a los Reyes Católicos españoles, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, el gran hallazgo que había realizado, llevando muestras de oro y especias consigo, e incluso a algunos habitantes, pero dejó acá al grueso de su contingente.

Al regresar a nuestro territorio, se encontró con una reacción de rechazo de nuestros habitantes debido a las malas acciones de los españoles, quienes abusaron de ellos de tal forma que llegaron incluso a violar a nuestras jóvenes mujeres. De esta manera y en el transcurso del tiempo, el sometimiento y la barbarie fueron creciendo de manera terrible. A pesar de que los españoles profesaban la fe cristiana, trajeron con ella garrotes, látigos y mecates

para la horca, y aplicaron la hoguera a los que no aceptaban su fe, ya que nuestros habitantes tenían otras creencias: ellos creían en el Sol y en la Tierra, a la que consideraban como su madre por ser tan generosa, ¡con qué facilidad les proporcionaba alimentos! Tenían también sus propios dioses, pero los españoles consideraron que carecían de espíritu y no les dieron el trato de personas, sino el de animales. Grande fue la masacre, en ese momento nuestro territorio tendría una población indígena formada por unos 500.000 habitantes, según estudios realizados posteriormente.

Desde este primer encuentro hasta lograr la dominación total, se enfrentaron a muchos de nuestros caciques, quienes les dieron combate, como hicieron Guaicaipuro, Paramaconi, Tiuna y Caracas. Sin embargo, se encontraban en desventaja al poseer pobres instrumentos de guerra, mientras que los españoles usaron la pólvora y se valieron de caballos en las batallas, animales desconocidos para nuestros guerreros.

En muy poco tiempo empezaron a traer africanos, los de piel negra, para luego convertirlos en esclavos. Estas personas eran arrancadas de sus terruños, cazándolos como animales, para llenar con ellos barcos ingleses, franceses, portugueses y españoles y luego ser vendidos a los mejores postores colonizadores en el vasto territorio que después se llamó América.

Con el paso del tiempo, todas estas razas se mezclaron genéticamente, generando distintas “castas”: los mestizos (europeos-indígenas), los mulatos (europeos-africanos), los pardos (que provenían de varias castas) y los zambos (indígenas-africanos).

Los pardos y los criollos blancos se volvieron mayoría. Por intereses sociales y comerciales, empezó la lucha intestina para independizarse de España, para la cual surgieron líderes como el zambo José Leonardo Chirinos, que buscaba la República y la liberación de los esclavos; Manuel Gual y José María España; el precursor de nuestra independencia Francisco de Miranda; el padre Cortés de Madariaga, Vicente Salías, Cristóbal Mendoza, Francisco Espejos, el gran maestro Simón Rodríguez, nuestro Libertador Simón Bolívar, el Gran Mariscal de Ayacucho Antonio

José de Sucre, Santiago Mariño, Juan Bautista Arismendi, José Francisco Bermúdez, Rafael Urdaneta, el almirante Luis Brión de Curazao, José Félix Rivas, José Antonio Páez, el español Campo Elías, Manuel Piar de Curazao, José Antonio Anzoátegui, entre otros tantos próceres. Con ellos como guías, nuestro pueblo, después de una larga guerra, logró independizarse de España, pero perdió la oportunidad de consolidarse como una gran patria o una federación de naciones. Después de la derrota de los españoles, surgió un país en América con garras de águila, del cual nuestro Libertador diría: “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar a América de miserias en nombre de la Libertad”.¹

De esta manera, Estados Unidos empezó a penetrar en nuestros países con invasiones para apoderarse de sus riquezas, tierras y habitantes, como ocurrió en México, al que le arrancó la mitad de su territorio (hoy los actuales estados de Texas, Nuevo México, Arizona, California, Nevada, Utah y la mitad de Colorado); en Puerto Rico, el cual tomó y convirtió en colonia, con el falso título de Estado Libre Asociado; con la invasión a Cuba, aunque el pueblo cubano logró sacarlo con José Martí a la cabeza y sus guerreros. A Venezuela no tuvo necesidad de invadirla porque encontró quien se vendiera; el primero de ellos fue el gran guerrero José Antonio Páez, que se dejó arrastrar por intereses personales para participar en la Cosiata, dividiendo a la Gran Colombia en alianza con Francisco José de Paula Santander, quien controlaba Colombia, y con Juan José Flores, presidente de Ecuador. Luego, se decretó la expulsión de Bolívar del territorio venezolano y se ordenó asesinarlo si lo llegasen a capturar. Pero, afortunadamente, hemos contado con verdaderos patriotas en el desarrollo de nuestra historia; por ejemplo, apareció el líder Ezequiel Zamora, que quiso liberar a los esclavos, como lo deseó varias veces nuestro Libertador, y repartirles la tierra para el desarrollo agrícola, pero la

1 Carta dirigida al coronel Patricio Campbell, firmada en Guayaquil el 5 de agosto de 1829.

oligarquía no se lo permitió. Zamora lanzó la consigna “TIERRA Y HOMBRES LIBRES, OLIGARCAS, TEMBLAD, VIVA LA LIBERTAD”.

Muchos años después, Cipriano Castro llega al poder en 1899. Durante parte de su mandato, en el año 1902, Venezuela enfrenta una grave crisis, ya que tres potencias europeas, Inglaterra, Alemania y Francia, le reclamaban el pago inmediato de una deuda no adquirida. En el litigio apareció Estados Unidos ofreciendo su ayuda, y Juan Vicente Gómez, como vicepresidente, agarró el anzuelo como hace el bagre y no dudó en entregarse y ofrecer nuestros recursos naturales a cambio de tumbar a su compadre, el presidente Castro, aprovechando su salida del país por problemas de salud ocasionados por una afección renal que sufría. Puedo yo suponer que se trató de una enfermedad inducida, pues ya los españoles habían intentado envenenar al Mariscal Sucre después de la Batalla de Ayacucho, por lo que no es descabellado pensar que los enemigos de Cipriano Castro hubieran intentado perjudicarlo para sacarlo del poder, ya que el presidente se oponía a las concesiones que se le hacían a las empresas petroleras norteamericanas, así que para ese momento solo estaba explotando asfalto la empresa estadounidense New York & Bermúdez Company.

Veamos más detalladamente lo que fue el inicio del gomecismo: cuando el presidente Cipriano Castro salió hacia Europa por su enfermedad, viajando a Berlín para someterse a una operación quirúrgica, fue despedido en la estación del ferrocarril de Caño Amarillo por una numerosa comitiva de altos funcionarios militares y civiles presididos por el general Juan Vicente Gómez, entonces vicepresidente de la República, quien lució sumamente conmovido por la enfermedad de su compadre (¡qué cinismo tiene un corrompido por el imperio, ese que pudre todo por donde pasa, hasta llevarlo a entregar su país para que sus hermanos sean sometidos, llevados a la miseria y humillados!). El cínico se convirtió en verdugo de su propio pueblo, permitiendo que su país fuera saqueado. ¿El objetivo principal del imperio? Apropiarse de todo, sin importar cuántos crímenes cometa, a pesar de que los

pueblos tienen derecho, por ley natural, a conservar lo suyo para su disfrute.

Gómez dio el golpe de Estado auspiciado por Estados Unidos. El presidente Castro había provocado la ira de las grandes potencias europeas al no complacer sus exigencias de tutelar la vida política y económica de Venezuela a comienzos del siglo xx, en ese año de 1902, cuando los puertos de La Guaira, Puerto Cabello y el estado Zulia fueron tomados por las potencias europeas (no solo Alemania, Francia e Inglaterra, sino que hasta Italia actuó) con el pretexto de cobrar una deuda adquirida por los caudillos, montoneros y banqueros a nombre de Venezuela, comprometiéndola para su entrega por una pírrica deuda que no llegaba a doscientos millones de bolívares, sumando los intereses, pues la deuda exacta para el año 1900 era de ciento noventa millones de bolívares.

Cuando era niño pensaba que el Benemérito Juan Vicente Gómez había cancelado la deuda dejada por Simón Bolívar en la lucha por la independencia, pero tal deuda no existía: pagó fue por la deuda de caudillos como él mismo. Simón Bolívar sí dejó una deuda por pagarle a Haití, la de liberar a los esclavos, pero la oligarquía no lo permitió, pues ¿cuántos intentos con proclamas hizo Bolívar?

Inglaterra y Alemania establecieron un bloqueo en nuestras costas demandando el pago inmediato. Bombardearon el castillo de Puerto Cabello, La Guaira y el castillo San Carlos de la Barra ubicado en la isla San Carlos en Maracaibo, estado Zulia, pero fueron rechazados por las baterías de los fuertes. El presidente Cipriano Castro lanzó la proclama "La planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria".

El presidente de Estados Unidos, Theodore Roosevelt, queriendo mostrarse como "salvador de nuestra patria" y en nombre de la "libertad e independencia de nuestro pueblo", propuso un arbitraje para resolver el problema. Se firmó el Protocolo de Washington entre Venezuela y los tres países agresores. Venezuela se comprometió a pagar con el 30% de sus impuestos de aduana porque no poseía los recursos suficientes, a cambio de la suspensión del

bloqueo. Gómez solicitó la intervención de la flota de guerra estadounidense en La Guaira como prevención de posibles acontecimientos; llegaron barcos a La Guaira para proteger al Benemérito, ahora encargado de la presidencia, en prevención de una reacción popular. La New York & Bermúdez Company financió la invasión dirigida por Manuel Antonio Matos (rico banquero). Cipriano Castro derrotó a Matos en noviembre de 1902, y fue en 1908 cuando Gómez nombró a Matos ministro de Relaciones Exteriores.

Al final, Cipriano Castro, después de dieciséis años en el exterior, murió en San Juan de Puerto Rico el 5 de diciembre de 1924, a los sesenta y seis años de edad.

Tanto fue el agradecimiento de Juan Vicente por el apoyo de los estadounidenses que a los meses de apoderarse del gobierno, en 1909, creó la Oficina de Minas y les otorgó concesiones petroleras gratuitas, permitiéndoles explotar nuestros recursos naturales. Los empresarios opinaban que el petróleo era un bien de la humanidad y que, por lo tanto, no debían pagar ningún impuesto, así que solo le dieron a Venezuela una regalía de 3%. Eso quiere decir que de cada cien barriles de petróleo extraído del subsuelo de Venezuela, la Standard Oil Company (integrada por siete empresas, llamadas "Las Siete Hermanas") nos podía regalar únicamente tres barriles. Para lograr esto los empresarios trajeron, a través de las petroleras, cepos de pies, de cuello y los pesados grillos, dentro de cuya variedad estaban unos llamados "quédate ahí", por ser muy pesados, que fueron usados en las diferentes cárceles, como en la Rotunda en Caracas, las Tres Torres en Barquisimeto, el Castillo de Puerto Cabello y para los trabajos forzados en las carreteras.

Es necesario resaltar que Venezuela empezó a exportar petróleo en el año 1917, un año antes de que finalizara la Primera Guerra Mundial, durante la cual el petróleo tuvo una gran demanda. En 1922 explotó en La Rosa (Cabimas) el pozo Barroso II, expulsando cien mil barriles diarios durante diez días, con una pérdida de más de un millón de barriles, y ocasionando además un gran daño ecológico. Durante ese gobierno Venezuela se convirtió en el primer exportador mundial de petróleo, para el año 1928, y en el segundo

productor después de Estados Unidos, mientras la dictadura metía en la cárcel a los estudiantes revoltosos.

Gómez decía de estos estudiantes: “No quieren estudiar, los voy a enseñar a trabajar echando pico y pala en las carreteras”. En las carreteras era donde actuaban sus secuaces, látigo en mano, para castigar a los rezagados y hasta a los desmayados, en especial al tocuyano José Pío Tamayo, quien no era estudiante en el momento de su captura, pero estaba ligado a ellos en el carnaval del año 1928, durante la ceremonia de coronación de la reina Beatriz I, cuando en la Semana del Estudiante y recordando al héroe José Félix Rivas recitó un poema que incitaba al repudio de la dictadura. Esto trajo como consecuencia la represión por parte del gobierno, siendo capturados varios estudiantes universitarios y junto a ellos Pío Tamayo. Los estudiantes estuvieron detenidos pocas semanas, pero Pío Tamayo murió tuberculoso a los pocos días de ser liberado después de una larga prisión, producto del estado en que se encontraba el calabozo del castillo de Puerto Cabello, donde compartió celda con el general José Rafael Gabaldón, prisionero también por haber tomado la ciudad de Guanare en su lucha contra Juan Vicente Gómez. El sitio era insalubre por la gran humedad pegajosa, y en él se le aplicó el mayor castigo, a petición de Estados Unidos, por haber traído a Venezuela las ideas socialistas.

También estuvo preso, siendo menor de edad, el estudiante comunista Gustavo Machado, llegando a probar los famosos y pesados grillos gomeros que colocaban en los tobillos de los presos en la vieja cárcel La Rotunda de Caracas, donde la mayoría de ellos paraban en locos. Gómez decía: “Venezuela era una hacienda y yo me la encontré”, y así se convirtió en el mayor latifundista, apoderándose de grandes extensiones de tierra distribuidas en doce estados, en los que tuvo todo el control sobre los mataderos y la carne que se vendía para el consumo nacional.

Gómez nunca habló en público, otros lo hacían por él, y hasta los niños decían sus oratorias. No sabía leer, pero se impuso con mano de hierro hasta su muerte en diciembre de 1935, cuando le cuadraron la fecha de muerte para el 17 de diciembre, porque

se consideraba el segundo padre de la patria, después de Simón Bolívar, ya que también había nacido un 24 de julio.

Después de la muerte de Juan Vicente Gómez, vino a ejercer la presidencia otro caudillo que era como su hijo, el general Eleazar López Contreras, ex ministro de la Defensa, elegido por el Congreso Nacional y también entregado a la industria petrolera estadounidense. Los partidos políticos, buscando un rumbo democrático, realizaron una concentración en Caracas el 4 de febrero de 1936, donde se destacó como buen orador Jóvito Villalba, pero la concentración fue reprimida, dejando un saldo de cuatro muertos y ciento cuatro heridos.

Isaías Medina Angarita fue electo presidente por el Congreso y se posesionó el 5 de mayo de 1941, para un período de cinco años. Durante su gobierno se aprobó la Ley de Impuesto Sobre la Renta (1942), la Ley de Hidrocarburos (1943), la Ley de la Reforma Agraria (1945), la Ley del Seguro Social Obligatorio (1940) y se inauguró el Registro Civil e Identificación. La primera cédula, la número V-000001, le perteneció al presidente Isaías Medina Angarita.

Después vino el golpe de Estado a Medina Angarita, el 18 de octubre 1945, ejecutado por el partido Acción Democrática con Rómulo Betancourt a la cabeza, en conjunto con las fuerzas militares dirigidas por Marcos Pérez Jiménez desde la Escuela Militar. Es de resaltar que esto lo planificó el Departamento de Estado norteamericano, porque Medina Angarita había aumentado el impuesto en la regalía petrolera de 3% a 16,66%; lo que quiere decir que, a partir de ese momento, por cada cien barriles de petróleo extraídos de nuestro subsuelo venezolano, nos regalarían 16,66 barriles, por ser los dueños de los recursos naturales; los norteamericanos, por otro lado, se llevaban 83,34 barriles. La baja regalía, como ya dije, venía desde el inicio del gobierno de Juan Vicente Gómez, en el año 1914, cuando se da el comienzo de la explotación petrolera. Caracas estaba formada por una población de doscientos mil habitantes, y Venezuela por tres millones

trescientos mil pobladores, siendo los únicos centros asistenciales el Hospital Vargas y la Cruz Roja.

El saqueo que nos dejaba como ingreso petrolero por regalía solo tres barriles de cada cien duró veintinueve años, incluyendo el período de gobierno de López Contreras y parte del gobierno de Medina Angarita, cuando por fin surgió la mencionada Ley de Hidrocarburos; antes de ella, todo se regía por el sistema de regalía. Mientras tanto, con la promulgación de la Ley de Impuesto Sobre la Renta se buscó pechar a las empresas petroleras con el 50% sobre las aparentes ganancias, y ellos mismos se encargaron de que la comercialización, la venta y la compra del petróleo venezolano fueran lo más baratas posible para que el Impuesto Sobre la Renta resultara mínimo; de esta forma surgió lo que se llamó el *fifty-fifty*. Además, Medina Angarita les impuso la reversión petrolera en el año 1983, con la cual tras cuarenta años más de explotación petrolera las instalaciones para esta actividad pasarían a la nación venezolana sin costo alguno. Todas estas industrias petroleras eran norteamericanas, incluso la Shell tenía un 40% de capital americano y un 60% europeo, dividido entre Inglaterra y Holanda.

Tamaño acción la de Isaías Medina Angarita en beneficio de la patria, pero imperdonable ante los ojos del Departamento de Estado de EE.UU. Esto sucedió en plena Segunda Guerra Mundial, cuando más necesitaban nuestro petróleo, ya que Venezuela era el primer exportador en el mundo desde 1928, y el segundo productor después de Estados Unidos.

Mientras se desarrolla todo este acontecer ocurre mi nacimiento en el año 1940, en el caserío San Juanillo (estado Sucre), durante el gobierno de Eleazar López Contreras. Mi infancia transcurrió durante ese período en el que Venezuela experimentaba un gran atraso, pues no funcionaba la Sanidad y por lo tanto la salud se encontraba en un nivel muy bajo, la educación era mal atendida, el analfabetismo era demasiado elevado, no existían planes de vivienda, el desempleo era sumamente alto y el desarrollo agrícola muy escaso. Nuestros campesinos ganaban un salario miserable

(4 bolívares diarios en San Juanillo) en los cultivos de la caña de azúcar, mientras eran explotados por los dueños de las haciendas durante toda la semana, menos los domingos, pues la semana para los hacendados era de seis días. Con ese escaso salario no alcanzaba para que comiera toda una familia, por lo que muchos campesinos se veían en la necesidad de cultivar sus propios conucos como complemento, donde se les permitiera, porque ellos no eran los propietarios de dichas tierras. ¡Y mientras tanto Venezuela con tantos recursos naturales, y enriqueciendo a potencias extranjeras!

Al hacer un esbozo general, recapitulando, podemos apreciar que primero fue España la que arrasó por medio de sus colonias todo el oro posible, además de llevarse café, cacao, pieles o cueros, añil y especias. Luego, el naciente imperio norteamericano se hizo grande en tiempo récord, corrompiendo a los dirigentes latinoamericanos y exprimiendo a las naciones débiles hasta quitarles todo, sin importarles las vidas humanas. Entre los arrastrados estuvo Rómulo Betancourt, quien derrocó, con su partido Acción Democrática, unido a Marcos Pérez Jiménez, al hombre más democrático y nacionalista de Venezuela, Isaías Medina Angarita.

Después de esto, Estados Unidos continuó su intervencionismo alternando a los presidentes de nuestro país para sus beneficios hasta el año 1999, cuando llegó a la presidencia un hombre que siguió los principios e ideas del padre de la patria, y ese hombre fue Hugo Rafael Chávez Frías, quien salvó a Venezuela de una entrega total a Estados Unidos. La nación norteamericana venía aplicando su proyecto neoliberal en nuestro país, así que se fueron privatizando ciertas industrias básicas, como la Siderúrgica del Orinoco (Sidor), la Compañía Anónima Nacional de Teléfonos de Venezuela (Cantv), la línea aérea más antigua (Aeropostal), y ciertos bancos. Todo se estaba privatizando: la educación, la salud, la reserva petrolífera más grande del mundo, mal llamada “faja bituminosa del Orinoco”. Nuestra compañía petrolera, Pdvsa, era manejada o dirigida por los meritocráticos que no entregaban cuentas al gobierno, actuando como un Estado dentro del Estado. Estos personajes la estaban quebrando, saqueando. Llegaron a vender nuestro

petróleo hasta por siete dólares el barril, lo cual no alcanzaba para el gasto de producción del mismo. Todo esto se hizo con los adecos y copeyanos, en especial con Carlos Andrés Pérez, por su “apertura petrolera”, y con Rafael Caldera, quien estaba completando la entrega con las privatizaciones. Todas estas acciones tenían como fin beneficiar al imperio del norte con nuestros recursos naturales, y lo poco que ingresaba al país simplemente era repartido entre los gobernantes y la oligarquía importadora.

Habiendo hecho este recuento histórico, pasemos ahora a relatar más detalladamente los acontecimientos de mi infancia y juventud, que estuvieron estrechamente ligadas a la situación política del país, pues viví en una Venezuela de grandes carencias, producto de acontecimientos políticos como los que acabo de narrar. Con este escrito intento hacer un llamado a los jóvenes para que se esfuercen en sus estudios a pesar de todas las dificultades, y lleguen a ser hombres útiles a la patria.

SAN JUANILLO

Es un caserío pequeño, que incluso hoy en día no ha crecido mucho, por lo que todavía puedo nombrar a gran parte de sus habitantes. En la época de mi relato pertenecía al municipio Aricagua, distrito Montes, ubicado en la parte suroeste del estado Sucre. Era un valle alto, de la estribación de la sierra San Bonifacio, localizado en la parte oeste del mismo estado. El caserío tenía dos calles en forma de T, y mi familia tenía su casa en el cruce de las dos calles. La principal, por ser más larga, iba de norte a sur, y en ella vivían, comenzando desde el sur, las familias de: 1) Eduvigis Sánchez y María Milano, hacendados; 2) Aurelio Arias, hijo de Chucho (de quien hablaré más adelante), y Barbarita Villafranca; 3) Alejandro Azócar y Ángela Flores; 4) Santiago Marcano y Josefa Salazar; 5) Baya Arias, hija de Chucho, con sus hijos: Hiche, Dima, Luis, Hunibaldo y Nery, de menor edad; 6) Isaías Chacón y Dominga Brito; 7) Luis Villafranca, “el Cojo Luis”, y Serapia Brito, hermana de Francisco Brito, quien vivía en Pueblo Nuevo; 8) Jesús “Chucho” Arias y Carmen Villafranca, hacendados, cuya hacienda estaba ubicada frente a la casa principal de la familia, hecha de zinc; en el centro de esa gran extensión de terreno, un poco a la izquierda, estaba el trapiche donde se molía la caña y se fabricaba el papelón. En la cocción del jugo de caña es donde aparece como desecho la cachaza o melaza, de la cual hablaré más adelante. Yo nací ocho días después del fallecimiento de “Chucho” Arias.

También vivían allí: 9) Ángel Barrios, dueño de una hacienda de caña, con su esposa María Luisa Zanzonetti y sus hijos, Mercedes, Miguel Ángel, dos hijas más y Reynaldo Barrios, contemporáneo conmigo, sobrino de María Luisa, cuya hacienda estaba ubicada hacia el este de mi casa, después de cruzar el río San Juanillo; 10) Eufemio Abreu Marcano y su esposa Agustina Díaz Marcano, que eran mis padres; 11) Pedro Villafranca y su esposa Irene Villafranca Licet, quienes vivían en la intersección; 12) Pedro Salazar y su esposa Carmen Tanco, de cuya hija, Servanda, hablaré más adelante en una historia; 13) Dima Rangel, hijo de Patricio, y Emma, a quienes nombraré más adelante cuando hable de la escuela; 14) Patricio Rangel y “la Pocha”, su compañera; aunque nunca tuvieron hijos juntos, vivían con Chuleto, hijo de Patricio, que tenía una discapacidad cognitiva; 15) José Rodríguez (a quien nombraré más adelante, junto a sus hermanos, en el episodio de la pelea) y su compañera María Romero; 16) Lucio Medina Campos, uno de los bodegueros del pueblo, y Petra Pascasia Marín de Medina.

La otra calle se extendía de este a oeste, y allí vivían las familias de Pedro Villafranca e Irene Villafranca, a quienes ya mencioné, y que estaban en la esquina; 17) Juan García y su esposa Luisa Villafranca; 18) Juan Villafranca “Juanchulio” y Mena Villafranca, que eran primos; 19) Agustín Rodríguez y su esposa Clara Antonia Villafranca, quienes le compraron la casa a José Lorenzo Córdoba y María Bonifacia Villafranca.

Todas las casas estaban bastante separadas una de otras, y los caminos estaban bordeados por maticas de escobas. En la calle más larga del caserío el camino era amplio, siempre se reunían ahí mariposas de varios colores que embellecían el ambiente e invitaban a espantarlas para disfrutarlas aún más durante su vuelo.

En la noche, cuando íbamos a la casa de Lucio Medina Campos, el bodeguero, era común encontrar a los aguaitacaminos². Los aguaitacaminos esperaban que uno estuviera cerca para levantar

2 Ave nocturna de regular tamaño que pone sus huevos en el suelo como las gallinas.

vuelo y caer más adelante, donde cantaban como para decir “los espero más adelante”, y así nos acompañaban durante un largo trayecto, agradando el recorrido con su especial canto.

LA FAMILIA ABREU

Nuestra familia estaba integrada por José Eufemio Abreu Marcano (mi padre) y por Agustina del Carmen Díaz Marcano (mi madre), y sus hijos, que de mayor a menor eran: Luis Beltrán Abreu Díaz, su hija Presentación, Sebastián Antonio "Chango", José Eladio "el Negro", José Ismael, José Viviano, Margarita, José Ramón (muerto a los pocos días de haber nacido), yo, Jesús Rafael, Rosario del Valle (hermana adoptiva), y por último Luis Fernando.

El 15 de febrero de 1940 murió el mencionado vecino Jesús Arias "Chucho", y el viernes 23 de febrero, en el último velatorio del difunto, nací yo, Hernán José Abreu Díaz, a las 8:00 de la noche. La parturienta, o comadrona, como las llamaban, fue la señora Dolores Fermín, quien se hizo mi madrina, pues esa era la costumbre por haberme ayudado a nacer. Es importante mencionar que para ese momento toda Venezuela poseía una población aproximada de tres millones ochocientos mil habitantes, un poco menor a la que actualmente tiene Caracas.

Por aquellos días, como mencioné anteriormente, el presidente de la República era el general López Contreras (cuyo período presidencial abarcó desde 1936 hasta 1941) y el mundo estaba sumamente convulsionado por los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, liderada por el alemán Adolfo Hitler, acompañado del italiano Benito Mussolini y del emperador japonés Hirohito, quienes buscaban someter a los países europeos y asiáticos,

en especial a la Unión Soviética, país que estaba desarrollando el socialismo como nuevo régimen social. Aunque Venezuela se había convertido en la primera exportadora de petróleo a nivel mundial a partir del año 1928, estaba siendo sometida a la miseria porque nuestro petróleo era regalado. El primero que aceptó este saqueo fue el Benemérito de Venezuela, el general Juan Vicente Gómez, y posteriormente el presidente y general Eleazar López Contreras continuó regalando nuestro petróleo de la misma manera.

En esa época Hitler tenía planificado actuar contra los barcos que transportaban el petróleo desde Venezuela hacia los países europeos y Estados Unidos, tanto así que en el golfo de Maracaibo aparecieron los submarinos alemanes para atacar a los barcos transportadores de combustibles.

Menciono estos acontecimientos para que se pueda apreciar el devenir histórico que llevó a Venezuela a su situación de pobreza. A continuación, sigo con el relato de mi infancia.

NUESTRA CASA

Por la posición estratégica de la casa mi papá instaló una bodega, donde vendía enlatados, casabe, verduras, pescado salado y ron. La casa era de bahareque, techo de paja y piso de tierra, y se dividía en un salón para el negocio, una sala y un cuarto al otro extremo, donde dormíamos. Había una cama construida de palo y cuero de ganado vacuno, llamada “catre”, pero no todos cabíamos en ella. Como éramos muchos en la sala, se dormía en el piso, sobre esteras de junco cargadas de chinches que se alimentaban de sangre humana. En la casa, el juego de comedor era viejo, de tabla, y estaba conformado por una mesa para diez personas, un banco para cuatro personas y silletas (sillas) para seis personas más. Mamá tenía un mecedor viejo de madera y cuero que se llamaba “ture”, donde acostumbraba amamantar.

El solar de la casa se extendía al este hacia el río San Juanillo, terminando en un barranco; al norte, hasta la casa de María Romero, instalada como a doscientos metros de distancia de la nuestra. Todo el terreno estaba cercado con alambre. Al año de haber nacido yo, papá construyó la casa nueva, con techo de tejas, paredes *entrulladas*³ de caña mala y barro, con piso de ladrillo; su

3 Llamábamos *entrullado* a la trama de caña brava que se hace con un cajón entre los horcones, que luego es rellena con el barro preparado y pisado. En la preparación del barro se coloca también grama o paja. Todo esto era usado para construir la pared, que luego se frisaba con más barro y se pintaba con cal.

distribución era de sala, salón de la bodega, corredor y dos cuartos; esa casa era solo para el negocio y dormitorio de papá, y estaba construida al lado norte de la nuestra, como a treinta metros de separación.

En el fondo estaba construida otra casa con techo de paja para la troja de maíz; esa troja tenía la forma de un cajón separado del suelo como a metro y medio de altura, donde se encendía madera para producir humo. El fondo de ese cajón era de palo grueso, separado para que entrara el humo que actuaría sobre las mazorcas de maíz, y que no permitía el nacimiento de los gorgojos que usualmente lo dañan. El techo de arriba estaba construido de palo y barro para no permitir la salida del humo; en él había una pequeña puerta por donde se introducía el maíz en tusa, para luego cerrarla horizontalmente. Entre ese soberado de barro y el techo de la casa quedaba un espacio libre, adecuado para dormir cuando no se estaba ahumando el maíz.

Al lado norte de la troja estaba construido el caney, con peseres para colocarle la comida a los ocho burros y cuatro burras, más los dos caballos, que comían por cuatro burros. Ese caney estaba cercado con alambre, muchas matas de higueretas, una mata de “tapaculo” y yaque espinoso (cují); contaba con un portón o talanquera para su entrada. El resto del terreno que iba desde ahí hasta la casa de María Romero también estaba cercado y servía para el cultivo. El fondo de nuestra casa, la bodega y la troja se usaban para los otros animales, como cochinos, vacas, becerros y gallinas. Los cochinos tenían su pozo de agua para bañarse, y una batea para el agua de beber y para la cachaza o melaza. Las vacas y becerros comían en el suelo. Ese solar grande tenía matas de granada, *caituco* (onoto), *catuche* (guanábana), palma (*chaguarama*), guásimo, dos matas de tapara y una gran mata de caro. Todas estas plantas servían de sombra para los animales.

MIS PRIMEROS RECUERDOS

Los primeros recuerdos que tengo son de cuando trajeron a la casa a una niña recién nacida, Rosario del Valle “la Negra”, hija de José Inés Díaz, un tío materno, y de Rosario Barreto Abreu, prima de mis padres, nacida el 12 de octubre de 1943. Cuando eso sucedió ya mi hermano Jesús Rafael “Chuito” había nacido, el 16 de enero de ese mismo año, por lo que tenía unos ocho meses de edad, siendo el décimo hijo de mis padres. A él lo tenían en una camita vieja que nos había servido a varios de nosotros, usando pañales hechos de ropa vieja, y le colocaron la niña al lado. La gente curiosa que llegó a ver a la niña huérfana, cuando vieron que la acostaron al lado de Jesús, decían: “Ya Chuito tiene mujer”.

La señora Rosario Barreto murió tal vez de preeclampsia, pues su fallecimiento ocurrió después del parto, no sabemos si a las horas o al día siguiente. La niña nació en el caserío de Valle Grande. Se la llevaron a mi mamá porque estaba criando a Chuito, y los dos como hermanos podían tener cada uno una teta. La niña fue reconocida por mis padres y desde entonces se llamó Rosario del Valle Abreu Díaz. Mamá también tenía en la casa, en ese entonces, a dos sobrinos mayores que yo para terminar de criarlos, porque mi tía Rosa Díaz no tenía cómo mantenerlos. Sus nombres eran Narciso y Rosa Antonia “Toña”, y ya tenían varios años con nosotros.

Rosario Barreto Abreu se había casado anteriormente con Lorenzo Rondón, con quien tuvo a Ángel Lorenzo Rondón, a una

hembra, y a Nelson Rondón. Luego este matrimonio se disolvió y Lorenzo Rondón enamoró a una hija del indio Zanzonetti (de quien hablaré más adelante), con quien tuvo un hijo llamado Emisael Zanzonetti, que viene siendo hermano de Nelson Rondón y nieto del indio Zanzonetti. Luego de un par de años fue que Rosario Barreto Abreu se unió con José Inés Díaz Marcano, y de esta unión nació mi hermana Rosario; al mismo tiempo, Lorenzo Rondón se unió con Pastora Díaz Marcano “la Muda”, tía de nosotros, quien ya tenía una niña llamada Dorys Díaz, hija de Chongo Arias Villafranca. Lorenzo y Pastora procrearon a Rafael Díaz, Luis José Díaz y Jesús Ramón Díaz “Paquita”. Por último, Pastora Díaz se unió a Israel Licet, y nació como fruto de esa unión Rafaela Díaz.

EL 10 DE OCTUBRE DE 1944

Cuando contaba yo con cuatro años de edad, murió Rufino Blanco Fombona en Buenos Aires, Argentina, eminente escritor venezolano y combatiente bolivariano. Fue perseguido y desterrado por el gobierno de Juan Vicente Gómez, dejó profundas huellas en España y los países iberoamericanos, y fue un consecuente defensor y divulgador del pensamiento y las obras del Libertador. Su libro *El pensamiento vivo de Bolívar* es un ejemplo de su exaltación y culto al Libertador. Entre sus obras destacan: *El hombre de hierro*, *El hombre de oro* y *La bella y la bestia*. Lo nombro en mi historia porque Blanco Fombona fue un activo antiimperialista, como yo mismo me considero. Él denunció los crímenes del imperialismo estadounidense en México y Nicaragua, y en 1924 publicó su libro *Crimen del imperialismo norteamericano*, que desnuda la perversidad de la acción imperial de Estados Unidos.

En España su prestigio fue tal, que lo eligieron gobernador de la provincia de Navarra, en el país vasco, después del derrocamiento de la monarquía y el establecimiento de la república, ya entrando en acción la Guerra Civil Española. Es conocido como un maestro del idioma y de la prosa, y fue postulado al Premio Nobel de Literatura.

Blanco Fombona nació en Caracas el 17 de junio de 1874, durante el gobierno del general Antonio Guzmán Blanco, pero como murió en Argentina sus restos fueron trasladados a su patria

para recibir un sentido homenaje popular. Su ataúd fue conducido en hombros hasta la estatua del Libertador en la plaza Bolívar de Caracas.

Volviendo a la historia de mi vida, hay algunos instantes que vienen a mi memoria y que configuran mi imagen de niño, pero no las puedo ubicar con total precisión. Recuerdo que cuando me daba conjuntivitis o ceguera, mi papá llegaba en la mañana desde la bodega donde dormía para sacarme del cuarto (o de donde estuviera durmiendo) con las flores de jazmín, que eran olorosas y estaban cargadas del rocío del sereno, y me las estrujaba en los ojos para sacarme las lagañas. Eso para mí era agradable, sentirme en los brazos de mi padre, quien me estaba protegiendo; usualmente para nosotros él era muy rudo, duro en el trato. Otro momento agradable que recuerdo es de una vez en que, viniendo de Cumanacoa a San Juanillo, montado en un caballo sobre las piernas de papá en el momento de cruzar el río Aricagua, me vi vestido con un pantalón de terciopelo, de tela suave y agradable por fuera. Por último, debo mencionar también que en mí quedó grabado el momento en que me llevaron a la iglesia para bautizarme; recuerdo que me llevaron a la fuerza para echarme el agua bendita en la cabeza, y que yo lo que hacía era llorar porque no sabía lo que estaban haciendo conmigo, comportamiento típico en los niños, a los que no se les puede sujetar u obligar porque se alteran con facilidad.

LA VITROLA

En la casa de zinc del difunto “Chucho” Arias se quedó viviendo la señora Carmen Villafranca y algunos hijos suyos, como Sira Arias Villafranca, Carmencita, Chongo, Rafucho y la menor de todos, Rosario “Charito”. En San Juanillo no se conocía la luz eléctrica y tampoco la radio, y solo ellos tenían una vitrola, a la que se le visualizaba en pintura una corneta y frente a la corneta un perrito sentado. A la vitrola se le daba cuerda con una manilla, se le colocaba un disco de vinilo y ella cantaba; uno buscaba para ver dónde estaba esa gente que cantaba y no se veía a nadie dentro de ese cajón. Rafucho era contemporáneo con Ismael, es decir, siete años mayor que yo. Cuando Rafucho veía que uno se acercaba mucho a la vitrola, decía: “No se acerquen tanto porque esos hombres que cantan, si los agarran a ustedes, los meten por ahí para dentro y no van a salir más nunca de ese cajón”; eso le sembraba un gran temor a uno, verse metido ahí como petrificado o vivir ahí sin comer.

Unos meses atrás, Sira Arias Villafranca se había robado a Rosa Antonia Díaz “Toña”, cuando la encontró en el río San Juanillo buscando agua para lavar los platos. Toña tenía apenas diez años y se estaba criando en la casa al igual que Narciso Díaz, como ya dije. Ellos eran hijos de tía Rosa Díaz, hermana de mamá; Sira era tía de Toña, porque ella era hija de Sancho Arias Villafranca. Así que se la robó y la tenía oculta en la casa de Aurelio Arias Villafranca, quien vivía en la frontera con Valle Grande; luego se la llevó para Cumaná,

donde tenía una casa para pasar un año en esa ciudad; y después la trasladaron para la casa de su otra tía, “la Negra” Arias, ubicada en la calle Bolívar, cerca de la acequia que desembocaba en el río Cumaná (al que nombran luego Manzanares), en Cumanacoa.

A la edad de 13 años se llevaron a Toña a Las Lagunas, donde “Chucho” Arias había dejado haciendas de café en la zona montañosa, que hoy comparten varios de sus hijos. Ese caserío está a cuatro horas de camino en burro desde Cumanacoa.

Un año más tarde Toña fue trasladada a Cumaná, de nuevo a la casa de Sira. Cuando cumplió 17 años la mudaron para Cumanacoa, a la casa de Carmencita Arias, ubicada en la calle Bolívar, en la salida hacia Aricagua, donde se encontraba en la plaza Bolívar con el joven Jesús Figuera, de quien se hizo novia. A los pocos meses se convirtió en su cónyuge, desprendiéndose de sus tías secuestradoras. A partir de entonces vivió con su pareja en la calle Mohedano, en la casa número 65, acompañando a la señora Luisa Figuera, abuela de Jesús Figuera. Al poco tiempo de casarse salió en estado, y nació su hija Luisa Teresa Figuera, el 4 de mayo de 1952.

SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (1939-1945)

En el año 1943 Estados Unidos no vio propicio el momento para derrocar a Medina Angarita, debido a que necesitaba el petróleo para la guerra, así que lo que hizo fue invitarlo para halagarlo y sembrarle confianza, mientras le preparaba el golpe de Estado. Tanta fue la confianza que le infundieron que, posterior a su caída, el país preferido para ir a guarecerse fue precisamente Estados Unidos, donde pasó sus últimos años como secuestrado, ya que no le permitieron el regreso a la patria que tanto anhelaba. Medina Angarita solo volvió a Venezuela en sus últimos días de vida, y eso porque los gringos y sus aliados, los que lo tumbaron, sabían que regresaba para morir en poco tiempo.

Estados Unidos, para derrocarlo, esperó que terminara la Segunda Guerra Mundial, en mayo de 1945. Antes de eso, sin embargo, el imperio lanzó una bomba atómica contra el pueblo de Hiroshima, el 6 de agosto de 1945, y tan solo tres días después arrojó otra contra la ciudad de Nagasaki, ambas ciudades japonesas. En estas fatídicas acciones murieron ancianos, mujeres y niños inocentes, dejando un saldo de cuatrocientos mil civiles muertos entre las dos ciudades, en solo dos instantes. Semejante masacre únicamente para demostrarle al mundo la hegemonía militar estadounidense y dar inicio a la Guerra Fría contra la Unión Soviética, por ser este un país socialista, anticapitalista y que contaba con la capacidad de conquistar las colonias de Estados

Unidos, disfrazadas de democracias liberales y representativas, y también por haber derrotado a los nazis en la batalla final con la toma de Berlín, la capital alemana, batalla en la que la Unión Soviética utilizó más de cinco mil tanques de guerra, siete mil quinientos aviones, más de cuarenta mil cañones y dos millones quinientos mil soldados. Es decir, una fuerza militar tres veces superior a la alemana, frente a la cual Hitler se vio perdido y terminó suicidándose, solo para irse al infierno, porque en el cielo lo esperaban más de sesenta millones de muertos, entre ellos veintisiete millones de vidas soviéticas. De esta forma culminó la Segunda Guerra Mundial, provocada por la Alemania hitleriana y sus colegas italianos y japoneses.

CONTINUIDAD DE LA IV REPÚBLICA

Rómulo Betancourt, hijo de inmigrantes canarios, como buen guatireño y pronorteamericano, conformó, en compañía de AD y los tenientes coroneles Marcos Pérez Jiménez, Carlos Delgado Chalbaud y Luis Felipe Llovera Páez, lo que según ellos sería la Junta Revolucionaria de Gobierno, tremendo nombre para actuar contra un verdadero demócrata como fue Medina Angarita. Juntos le dieron el golpe de Estado el 18 de octubre de 1945, denominando a este hecho político la Revolución de Octubre.

Todo esto para que las petroleras americanas siguieran con su plan de gran saqueo y nuestro pueblo continuara hundido en la miseria. Betancourt engañó a nuestro pueblo como se lo pidió la familia Rockefeller y el Departamento de Estado de EE.UU., en una acción en la que también participó el Pentágono, dirigiendo a Pérez Jiménez y su grupo. Es lo que se llama ser un verdadero apátrida. El primer gobierno de Betancourt abarcó desde el 18 de octubre de 1945 hasta el 15 de febrero de 1948, y culminó solo para entregarle el poder a su compañero Rómulo Gallegos, quien había ganado las elecciones presidenciales. Betancourt permaneció en el poder únicamente dos años y tres meses, gobernando sobre un pueblo adormecido y alienado.

El golpe de Estado contra el presidente Medina Angarita se llevó a cabo, como ya dijimos, el 18 de octubre de 1945. La parte militar estuvo conformada por ciento veinte oficiales organizados

bajo el nombre de Unión Patriótica Militar (¡tamaño nombre!), dirigidos por el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez. Antes del golpe, el capitán de corbeta Wolfgang Larrazábal, que no se había incorporado a la sublevación, le informó al teniente de fragata Elio Quintero Medina sobre los planes para derrocar al presidente, con la intención de hacerle llegar esta información a Medina Angarita y prevenirlo de lo que se estaba gestando. Cuando Pérez Jiménez condujo al general Medina Angarita a la Escuela Militar en calidad de detenido, una formación de cadetes y soldados se cuadró a su paso. Se mostraron cohibidos y no sabían qué hacer, como relataría el mayor Edivaldo Ramírez, quien comandó a los cadetes. “He resuelto rendirme”, dijo el presidente Medina Angarita, “para evitar derramamiento de sangre; solamente les pido que impongan rápidamente el orden para que no sufra el país”. Medina Angarita se guardó hasta finales de 1952 la información enviada por Wolfgang, cuando en forma secreta se la comentó al doctor Miguel Moreno, quien había sido alto funcionario del gobierno de Pérez Jiménez hasta su retiro, después del golpe electoral del 2 de diciembre de 1952 al partido Unión Republicana Democrática, que había ganado las elecciones. Este encuentro de Medina Angarita con el doctor Moreno sucedió en la ciudad de Nueva York.

EL 12 DE MAYO DE 1946

El gobierno de Rómulo Betancourt ordenó la detención del director del diario *El Herald*o y del editor de *La Esfera*, por haber publicado una carta del doctor Arturo Uslar Pietri, quien había sido ministro del Interior en el gobierno de Isaías Medina Angarita. También fue detenido Alfredo Boulton, acusado de difundir la carta de Uslar Pietri.

El 7 de junio de 1946 se reunió en Barquisimeto el Pleno Nacional de Dirigentes Estudiantiles de la Confederación de Jóvenes de Venezuela (CJV). Esta reunión marcó la desaparición de la CJV, central juvenil surgida en la época del gobierno de Medina Angarita, dedicada a la lucha contra el fascismo. Asimismo, este acontecimiento marcó el inicio de la fundación de la Juventud Comunista, ocurrida en 1947. En la preparación y organización de esta plenaria de cuadros fundamentales de la lucha estudiantil venezolana, jugaron un destacado papel Rafael José "Cheche" Cortez, Rafael Ángel Barreto y Manuel Pérez Rodríguez.

Ellos eran la vanguardia de la lucha en la universidad y los liceos. También estaban Enrique Cherubini, José Elcure, Porfirio Gómez, Francisco Gil, Radamés Larrazábal, entre otros. Posteriormente, Rafael José Cortez sería un relevante dirigente del Partido Comunista, participando incluso en el Frente Guerrillero Simón Bolívar por poco tiempo, después de la muerte del comandante Argimiro Gabaldón el 13 de diciembre de 1964. También

formó parte Edmundo Campins, quien al transcurrir el tiempo se incorporó a la lucha armada del Frente Guerrillero José Antonio Páez en el estado Portuguesa, en la retaguardia.

Continúo ahora con mi relato. En el año 1946 tenía yo seis años. Mi último hermano, el número once, llamado Luis Fernando "Pichón", nació el 21 de junio de 1946, coincidiendo su fecha de nacimiento con la de nuestro primer hermano Luis Beltrán, pero 23 años después. Recuerdo que vi a mi madre con dolores de parto en la sala de la casa, que tenía el techo todo dañado. Rogué que no lloviera para no verla con el niño entre las piernas moviéndose de un lado a otro, como sucedía cuando estábamos durmiendo y llovía. Sobre un petate (una estera en el suelo), con un poco de trapo de ropa vieja y un perol con agua, y acompañada por la señora Sirveria, la partera, la oí quejarse por varios días, hasta que por fin se sintió el llanto de un niño y esto fue de gran alegría para mí. Todos nosotros nacimos en esas mismas condiciones, al igual que todos los del caserío. La partera, casada con Toribio Román, era la madre de Margarita Brito, mujer de Sirverio Díaz. Sirveria era madre de Desiderio, a quien mencionaré después, y de Juan Brito, el que fabricaba las "maras", que eran las cestas que se colocaban a cada lado del sillón de los burros. Juan hacía los canastos y maras con las conchas de las "latas" (nombre que le daban a la caña mala o brava); la venta de estos productos le servía para subsistir junto a su madre. Juan tenía un problema, un tic nervioso que le hacía mover la cabeza a cada rato para diferentes lados (como cada 15 segundos); eso era extraño en una persona, y según decían lo sufría desde su nacimiento.

Sirveria vivía río San Juanillo abajo, donde estaba la minipoza de Las Lajas. Allí el agua se deslizaba sobre unas lajas y alrededor del borde del río todo estaba adornado de árboles, por lo que resultaba un sitio muy bello que casi parecía hecho de cemento. Había un pocito donde se podían bañar varios niños sin riesgo alguno, ahí aprendimos a nadar muchos muchachos. Un poco más abajo el río se unía con la quebrada de Parácua para formar la poza La Encajonada, que estaba bordeada de una losa que encerraba el

agua, que le daba su nombre. Yo acompañaba a mamá cuando iba a lavar la ropa de nosotros, y en más de una ocasión me desperté en la casa con el olor de la valeriana o del alcohol porque me había desmayado por allá en el río.

La casa de la señora Sirveria estaba ubicada en un alto donde el río, en sus grandes crecientes, nunca la alcanzaba. Estaba casi rodeada por un cultivo de piñas sembradas por Juan, quien las cosechaba para vender, y mi mamá usaba el lugar para extender la ropa y secarla al sol. En el lindero del cultivo, un poco más adentro, se alzaban dos árboles de algarrobo ubicados en dirección a una poza llamada La Poza del Algarrobo o de La Tortuga. Del algarrobo comíamos sus frutos partiendo la dura vaina con piedras para extraer las semillas, forradas de una pasta pegajosa comestible que se nos pegaba en los dientes y en los labios.

Podemos recordar también, como parte del acontecer mundial, que en agosto de 1946⁴ se celebró la conferencia de paz entre Francia y Vietnam después de la derrota del ejército francés en la Batalla de Dien Bien Phu, en la que el gobierno de Estados Unidos le ofreció a los franceses la bomba atómica para obtener la victoria. Francia no la aceptó, ya que podía aniquilar a sus propios soldados. De esta forma, Francia reconoció la independencia de Vietnam. Luego, Estados Unidos pretendió asumir el poder colonial dejado por Francia invadiendo Vietnam, lo que inició una sangrienta guerra en la que también salieron derrotadas las tropas norteamericanas, en abril de 1975.

El 23 de septiembre de 1946, a las 10 p.m., estalló un motín de la tropa que estaba en el cuartel Ambrosio Plaza de Caracas. Mientras los oficiales estaban en su dormitorio, un grupo de soldados, dirigido por un sargento, los detuvieron y se apoderaron de las instalaciones. Cuando los oficiales intentaron hacer resistencia se presentó un intercambio de disparos, en el que resultaron muertos el capitán Antonio Dávila Celis, quien era el jefe del batallón de caballería, y el subteniente Pedro Delgado Suárez; además,

4 Según fechas dadas por el Partido Comunista de Venezuela.

salieron heridos el capitán Humberto Vivas González y el subteniente Rodolfo Castro Becerra. El resto de los oficiales fueron encerrados en los calabozos. Al tener conocimiento de lo sucedido, el comando de la guarnición reveló fuerzas leales al gobierno apoyando el mando del comandante de la guarnición, el teniente coronel Enrique Rincón Calcaño. Una vez cercado el Ambrosio Plaza, se llamó a la rendición de los alzados; estos pusieron como condición la expulsión del presidente Rómulo Betancourt de la Junta de Gobierno. Después de una seria amenaza de atacar a los alzados, estos se rindieron; más de treinta clases y soldados huyeron.

LA NOCHE DEL 12 DE SEPTIEMBRE DE 1947

En esa fecha se instaló en el Teatro Nacional de Caracas el Primer Congreso Nacional de la Juventud Comunista, bajo la presidencia honoraria de Gustavo Machado, Juan Bautista Fuenmayor y Luis Emiro Arrieta. En él participaron Guillermo García Ponce y Carlos del Vecchio, entre otros directivos. Asistieron ciento cincuenta delegados efectivos y ciento ochenta y nueve delegados fraternales en representación de los ocho mil inscritos. En este momento yo tenía apenas siete años, pero diez años después empecé a captar las ideas socialistas promovidas por la Juventud Comunista.

El día 13 de septiembre este grupo de juventud revolucionaria rindió homenaje al padre de la patria en la plaza Bolívar de Caracas, que la policía de Rómulo Betancourt asaltó para detener a ochenta de sus delegados y conducirlos a la cárcel Modelo de Catia. Los restantes delegados se propusieron no continuar con el congreso hasta que se pusiera en libertad a los detenidos, fundando así la Juventud Comunista el 15 de septiembre de 1947.

El congreso de la Juventud aprobó una plataforma de lucha por la paz, la liberación nacional y el socialismo, más un programa que comprendía distintos aspectos:

1. Defensa de la soberanía e independencia nacional contra el imperialismo.
2. Política de paz y amistad con todos los pueblos del mundo.

3. Entrega de tierra a los campesinos para liquidar el latifundio.
4. Defensa de la clase obrera y sus demandas.
5. Lucha por una intensiva industrialización del país.
6. Conquista de las demandas y reivindicaciones de la juventud.

Al finalizar las deliberaciones, se eligió a Guillermo García Ponce como presidente de la Juventud Comunista y se formó el Consejo Central de la organización, integrado por Rodolfo Argüello, Carlos del Vecchio, Servando García Ponce, Salvador Garmendia, Alberto Lovera, Flor Matos, María Isabel Pérez y Héctor Rodríguez Bauza, entre otros; a varios de ellos los conocí posteriormente, durante mi participación en la lucha armada.

En ese entonces, sin embargo, tenía solo siete años, y me llevaron a casa de mi hermana Presentación, quien se había casado con Fernando Díaz, un primo lejano. Ellos vivían en Cumanacoa en ese momento. Cuando entré a la casa vi a un niño como de mi edad llamado Juan Ramos, hijo de Fernando y de la señora Micaela Ramos. A los pocos días se llevaron a Juan Ramos y a mí me dejaron quedarme para ir a la escuela que quedaba al lado de la casa. Vivía cerca de ahí la señora Fermina, madre de Inés, Milena, Agustín y Cilo, quien fabricaba carritos con madera y les montaba una corneta hecha con clavos y laticas de sardina para dar las noticias de lo acontecido en el pueblo.

A mí me impresionaba mucho ver las luces de los carros, que por cierto eran muy pocos. Uno de esos carros pertenecía al señor Ezequiel Díaz, quien era vecino cercano de Fernando, pues vivía a solo tres casas de separación de la casa de mi cuñado. Ese carro era un camioncito, y algunos vecinos opinaban que Ezequiel andaba con mucho cuidado con el carro: si desde Cumanacoa a Cumaná los choferes con sus carros tardaban hora y media porque la carretera era de tierra, Ezequiel tardaba alrededor de cuatro horas.

El otro carro que circulaba por la calle Mohedano o Palotal era de un árabe dueño de una tienda, que solo lo usaba temprano en la noche para pasear a la familia. La luz de los faros de los carros la veía yo muy bella, y lo mismo me sucedía con las luces de la plaza, con su forma de bolas de vidrio blanco. Había de esas luces en las

dos plazas, la plaza Bolívar y la Montes, y eran encendidas una vez que prendían la planta eléctrica para darle corriente a todo el pueblo de Cumanacoa. La energía de la planta funcionaba hasta las diez de la noche y así todos podían usar los radios y las luces dentro de las casas; el que tenía nevera con el sistema de queroseno, no podía utilizar la corriente eléctrica para ella.

Los bombillos de las plazas eran más bonitos que los de la casa de Cumanacoa, cuando me acostaba solo veía la luz del bombillo, y no me imaginaba cómo funcionaba eso. Yo estaba acostumbrado a los mechones de queroseno, que alumbraban en la casa de San Juanillo, y hasta dejábamos uno prendido en el cuarto y cuando amanecía todos teníamos la nariz llena de hollín y los ojos irritados.

En Cumanacoa pasé pocos meses, porque cuando me daba gripe el moco se me chorreaba y al cuñado no le gustaba verme así, y encima no acostumbraban a darle a uno un pedazo de trapo para limpiarse. Además, cuando iba a San Juanillo y regresaba con niguas en los pies y algo de piojos en la cabeza, que en algunos casos se me llegaron a deslizar por el cuello, después de untarme grasa o manteca en el pelo para peinarme, eso también le molestaba a mi cuñado. Ya para entonces Omar, mi sobrino, empezó a caminar.

Un día Fernando me llevó al barbero, que estaba ubicado a poca distancia y en la misma calle donde vivíamos, y me dejó para que me cortaran el cabello. Cuando el barbero me estaba cortando el pelo sentí que me lo templó mucho, no sé si era que le movía la cabeza, y al poco tiempo sentí que de nuevo me dio un halón de pelo; ya tenía medio lado cortado pero, con ganas de llorar, se me ocurrió decirle que se me había olvidado algo en la casa, que lo quería buscar, así que me fui y me negué a regresar. Dejé al barbero esperando y Fernando se molestó conmigo, incluso quiso pegarme, malentendí a Fernando y me fui a San Juanillo, medio peluqueado (parecía un bicho raro con ese corte especial), para no volver más.

Me quedé en San Juanillo para ayudar a buscar el agua al río y echarle a los cochinos, para buscarle la comida a los burros,

acompañando a veces a mi hermano Viviano o a Ismael. Recuerdo que para buscar la cachaza a los trapiches me tocaba ir con Ismael al trapiche de Jesús Arias, que quedaba como a cuatrocientos metros de camino desde la casa. La lata mantequera llena de cachaza caliente la guindábamos de un palo largo que sosteníamos en los hombros de ambos, la colocábamos lejos de mí (por ser más pequeño y por tener poca fuerza), y cerca de Ismael (por ser más grande y con más fuerza). Un día, después de caminar más de cien metros, me tropecé y caí, bañándome en cachaza caliente. El llanto no faltó, ya que estaba desnudo, así que el baño fue directo en la piel.

Unos meses antes, Antonio Gil, primo hermano de mis padres, había traído para la casa a su hija María, de nueve años de edad, para que mamá la terminara de criar, porque él no tenía los recursos económicos para alimentarla.

LA QUEMA DE BASURA

Nosotros teníamos la costumbre de quemar la basura frente a la casa. Una noche temprano, llenos de alegría y contentos, nos reunimos varones y hembras; como todo estaba alumbrado por la llama, nos pusimos a saltar la candela, cruzando la llama uno de aquí para allá, otro de allá para acá. Después de un buen rato, me tocó el turno y salté de aquí para allá, y cuando iba llegando al otro lado venía María (que ya tenía un año en la casa) saltando de allá para acá; chocamos en el aire como gallos en plena pelea, ella cayó en su sitio de partida y yo caí en el centro de la llama. Ahí, como pude, dando saltos, logré salir de la candela, sin pelos en la cabeza, sin cejas y sin pestañas, todo eso se me quemó; hasta cambié de color, parecía un negrito de la costa. Asustado y viendo para todos lados (menos mal que estaba desnudo, porque con ropa me hubiese quemado; la piel me ardía un poco), y por temor a una pela, corrí para la casa de zinc, donde Petronila Boada me echó manteca y otras cosas para calmar las pequeñas zonas rojizas. De ahí me fui a la casa intentando escapar de unos templeones de oreja de los que no me salvé; después de ese episodio quedó prohibido saltar la candela.

CUENTOS

Luisa Villafranca tenía muchos cuentos fantasiosos. Ella preparaba bebedizos y era muy curiosa; la gente la buscaba cuando sentía algún malestar y tenía un altar en su casa. Entre sus santos había uno llamado Juan Salazar, quien había sido soldado durante el gobierno del Benemérito de la Patria, Juan Vicente Gómez. Por el mal trato recibido, después de casi tres años de servidumbre en una hacienda del presidente de Estados Unidos de Venezuela, decidió fugarse del ejército para morir de hambre; lo encontraron sentado sobre una piedra. Según decían, Juan Salazar era familia de los Salazares de San Juanillo, así que ese cuento nos entristecía porque lo veíamos como de nuestra familia. Exclamábamos: “¡Pobrecito!”; todos los cuentos de Luisa eran de muertos.

Pastora Tanco era una señora delgada, muy calladita, que también tenía en su casa un altar para los santos. Se decía que volaba de noche sobre una escoba y que se le alargaba la nariz como a una bruja, se decía que estudiaba magia negra. Un día estábamos en la casa distraídos y cuando nos dimos cuenta la teníamos detrás de nosotros sin que nadie la hubiera sentido. Muchos años después Mamerto Azócar, quien vivía con Olimpia, la hija de Juana Licet y Luis Villafranca “el Cojo”, en la parte más profunda del terreno de Pedro Villafranca, se consideró embrujado por ella y le asestó un machetazo en la mano izquierda, porque Pastora metió la mano cuando él le tiró a cortar la cabeza. La mano le quedó manca; no la

mató por la intervención de un vecino. Yo le tenía miedo a Pastora Tanco.

La casa de zinc donde vivía Petronila se quedó sola, y se decía que en ella salía un muerto. Cuando pasábamos frente a la casa de noche lo hacíamos corriendo, sin mirarla, porque si volteábamos la vista hacia ella veríamos al muerto que salía en esa casa.

LAS TAREAS DE MAMÁ

Los trabajos de mamá eran muy fuertes: moler el maíz sancochado para obtener la masa y hacer las arepas (algunas veces los muchachos más grandes le molían el maíz); pilar el maíz para quitarle la concha y así obtener el nepe que se les daba a los cochinos para engordarlos, pues ese nepe también contiene el germen del maíz, que es lo más nutritivo. Nosotros éramos muchos para atenderla ella sola, así que se convirtió en la esclava de la casa, haciendo comidas, planchándole la ropa a los más grandes con unas planchas de hierro que primero debían calentarse sobre las brasas, luego pasarles un trapo para quitarles la ceniza y finalmente poder planchar. Ella no permitía que la ayudáramos en sus cosas, porque decía que “Las tareas de las mujeres no son para los hombres”, y en la casa éramos solamente varones, pues sus dos hijas estaban en Cumanacoa, una casada y la otra estudiando; quien sí la ayudaba un poco era María.

Para el momento de comer, mamá colocaba dos muchachos por cada plato y, como no usábamos cubiertos, metíamos las manos en el plato para agarrar los sólidos, como las verduras y las postas (presas) de gallina, de carne de res o de pescado; para tomar el caldo, levantábamos el plato y lo llevábamos a la boca, y así era como comíamos todos.

Un fin de semana llegó Margarita a la casa a la hora del almuerzo, y los dos comimos en el mismo plato un hervido de

gallina. Durante la comelona junto a los demás, observé que Margarita no migajaba la arepa, sino que eso me lo dejaba a mí; mientras lo hacía, ella aprovechaba para seguir sacando cosas del plato para comérselas y vi que iba quedando vacío de verdura. Mientras ella se estaba comiendo una posta, le pedí que hiciera lo mismo que yo venía haciendo con la arepa, pero eso la molestó; se levantó y comenzó a pegarme hasta caer en el suelo, donde me puso el pie en el cuello, y salí jodido únicamente para decirle llorando: “Más nunca comeré contigo”. Nos parecíamos a los perros cuando se pelean por la misma comida, por eso a los muchachos no se les debe poner a comer en el mismo plato, ya que el más vivo se aprovecha del otro, y eso no es una buena enseñanza.

EL RÍO SAN JUANILLO

El río San Juanillo era de poco caudal, pero en invierno, cuando llovía y crecía, se convertía en un mar de agua que se extendía por los cuadros de caña de Pedro Villafranca y de Vicente López, el que vivía en Pueblo Nuevo. En esas crecientes, buena parte del agua chocaba con el barranco de la casa, amenazando con desbordarse. En una oportunidad se desbordó un poco más arriba de la poza de Cunda, pasando por la casa de Luis Villafranca y corriendo por San Juanillo, para unirse a la quebrada de Parácua, que tiene su nacimiento entre Sotillo y Valle Grande. Este río tiene como cuenca el Palmalito y gran parte de Sotillo, cuenca de gran superficie. En otra oportunidad, el río atacó el barranco en el fondo de la casa, y a los pocos días se desprendió un gran pedazo de tierra que hizo una buena represa; eso para nosotros fue lo mejor, pues podíamos bañarnos y nadar. Todos los muchachos de los otros caseríos aprovecharon el agua represada. En la orilla del río se hizo un banco de arena ideal para la lucha que siempre se practicaba; yo me hice un buen luchador frente a los de mi tamaño y edad, con las zancadillas y los candados. A diario íbamos al río y nunca faltaba la lucha. Los muchachos llegaron a respetarme por eso.

LAS LUCHAS

Un fin de semana, frente a la casa de nosotros, en plena calle, todo era arena. Una vez hubo una competencia de lucha donde participaron los caseríos cercanos. Era costumbre que mamá hiciera en las tardes un guarapo en borra, que se prepara con lo que queda en el colador una vez hecho el café. Esa tarde me llamaron para combatir con Salomón Guerra, hijo de Cipriano Martínez, del caserío Los Muertos. Yo corrí a pedirle guarapo a mamá para luchar, pero no estaba preparado todavía. Empezaron a llamarme y decían que le tenía miedo, que era un cobarde, así que me vi obligado a luchar y después de tanto esfuerzo salió ganador Salomón. Me levanté y grité: “¡Eso fue porque no bebí guarapo, nojoda!” (con el tiempo supe que Popeye, un personaje de las comiquitas, se copió de mí y usaba la espinaca para obtener la fuerza que lo hacía invencible). Así que corrí a la cocina llorando, donde encontré a mamá y le pedí y bebí guarapo en borra recién hecho, calientico. Después de otra lucha que se estaba realizando, reté a Salomón para ir de nuevo a la contienda, y luego de unos esforzados movimiento salí victorioso.

Tras esa lucha se le presentó un contrincante a mi hermana Margarita, llamado Totoño, un muchacho fuerte que era hijo de Pedro Villafranca. Se fueron al combate y mi hermana, con un truquito practicado, venció a Totoño. Este se molestó por haber sido derrotado por una muchacha, y hasta quería pegarle a mi hermana,

por lo que todos tuvimos que intervenir para que eso no sucediera. Estas luchas se presentaban con frecuencia frente a la casa, sobre todo en horas de la tarde, después de las 5, cuando ya se había dado de comer a los animales. Luego venía la cena familiar, y después de oír algunos cuentos durante un rato, venía el acomodo para dormir, pero sin bañarse por supuesto, así que el sucio quedaba pegado en la cobija; esto era normal para todos en la familia.

Meses después, Totoño le buscó pelea a Margarita frente a la casa por haber sido derrotado en aquella lucha. Margarita, para defenderse, arrancó una rama de rabo de ratón y con ella le dio en la cabeza, en la pata de la oreja, para derribarlo, dejándolo inconsciente en el suelo. La señora Irene, que vio lo sucedido, corrió hacia su hijo para auxiliarlo y, al recuperarse, lo llevó a nuestra casa para decirle a mi mamá lo que Margarita había hecho con Totoño. Margarita se salvó de una pela porque se había sabido defender, siendo más débil que Totoño. Al transcurrir el tiempo, Totoño, afectado todavía por lo que le había pasado con Margarita, se lo contó a Mamerto Azócar, y este, como mal consejero, le recomendó que “La desgarretara⁵ y luego la violara”. Esto me lo confesó el propio Totoño en una “amena” conversación.

5 Acto de cortarle el tendón de Aquiles.

EL 17 DE FEBRERO DE 1948

Ese año se fundó el periódico *Tribuna Popular*, iniciando su primera edición en una vieja imprenta, ubicada en los alrededores de un cine también viejo y de la placita España. Esta imprenta se adquirió con la contribución popular de la Imprenta Editorial Bolívar. *Tribuna Popular* pronto se convirtió en un pujante diario que se enfrentó a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en forma clandestina, hasta el 23 de enero de 1958, día de su caída. Por otro lado, el 9 de abril de 1948 fue asesinado en Bogotá el gran líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, por un agente del partido conservador. En la casa lamentablemente nadie leía este periódico, pues casi todos éramos analfabetas. Yo vine a conocerlo después de la caída de Pérez Jiménez.

Luego, fue derrocado el presidente Rómulo Gallegos el 24 de noviembre de 1948, en un golpe encabezado por el alto mando militar, con el ministro de la Defensa Carlos Delgado Chalbaud como líder. Por otra parte, Rómulo Betancourt había estado en el poder provisional desde el 18 de octubre de 1945 hasta el 15 de febrero de 1948; tras estar solo veintisiete meses en el poder, le entregó la banda presidencial a su compañero Rómulo Gallegos, quien ganó las elecciones con el voto universal y secreto. Fue la primera vez que en Venezuela se realizaron elecciones para elegir a los responsables de los cargos públicos. Durante el gobierno de Gallegos, Venezuela atravesó una fuerte crisis económica,

producto del saqueo del petróleo y de otros recursos naturales como el hierro, ya que de la extracción de este mineral le quedaba como regalía a nuestro país tan solo un bolívar por cada ocho toneladas. Rómulo Gallegos, a pesar de sus nexos con el magnate norteamericano Nelson Rockefeller, quiso poner en práctica la Ley de Hidrocarburos propuesta y promulgada por Isaías Medina Angarita, para paliar la situación. Esto molestó al Pentágono (que ya había controlado a Pérez Jiménez y su grupo) y al Departamento de Estado (que se había encargado de Betancourt y AD), ya que sus empresas no podían disminuir sus altas ganancias, así que los estadounidenses, por intermedio de una misión militar y de su embajada en Venezuela, sedujeron nuevamente a los antiguos amigos de Rómulo Betancourt, a saber, los coroneles Marcos Pérez Jiménez, Luis Felipe Llovera Páez y Carlos Delgado Chalbaud, para darle el golpe de Estado a Rómulo Gallegos, quien venía ejerciendo el poder, como ya dijimos, desde el 15 de febrero de 1948, y el cual ostentó hasta el 24 de noviembre de 1948, cuando lo derrocan. Se mantuvo en el poder tan solo nueve meses y nueve días. Este golpe fue seco, sin sonar ni un disparo, sin muertos ni heridos.

El gobierno de Rómulo Gallegos provocó el descontento en amplios sectores populares, debido a la ausencia de soluciones efectivas a los problemas de la nación, aunado al pacto hecho con Rockefeller para hacer importantes concesiones a los monopolios de Estados Unidos y apoyar la política exterior subordinada a la estrategia de la Guerra Fría de ese país.

Mediante un ultimátum, el alto mando militar pidió a Gallegos expulsar del país a Rómulo Betancourt, prohibió al teniente coronel Mario Vargas regresar del exterior, y exigió la desvinculación del presidente Gallegos del partido Acción Democrática. Todos estos puntos fueron rechazados por Rómulo Gallegos y, al negarse, fue apresado, dándose de esta manera el golpe en seco, sin que hubiera ninguna reacción. Acción Democrática cayó en la soledad política y en la indiferencia del pueblo; la huelga que anunciaron no cuajó, y el apoyo popular se desintegró debido a la inconsecuencia y debilidad del gobierno. El presidente de la Junta

Militar de Gobierno, Carlos Delgado Chalbaud, disolvió Acción Democrática, estableció una censura de prensa y suspendió las garantías constitucionales; posterior a esto, los altos dirigentes de Acción Democrática se autoexiliaron. Rómulo Betancourt se asiló en la embajada colombiana el 1 de diciembre de 1948, y el 23 de enero de 1949 abandonó el país con destino a Estados Unidos, primero a la ciudad de Nueva York y luego a Washington, para denunciar ante la OEA al régimen ilegítimo.

LA ESCUELA

Retomando el relato de mis vivencias, recuerdo que en San Juanillo conocí la escuela que funcionaba en la casa de zinc, en la que se impartía primer y segundo grado. En ese tiempo, Jesús Arias y su familia estaban alojados en la casa del trapiche, que tenía sus comodidades. La primera vez que fui a esa escuela estaba el maestro Jesús Enrique Jiménez, y la maestra Josefina Yegres, que atendía segundo grado. Tenía yo como ocho años, y trataba de aprender el abecedario con el libro *Mantilla*; luego debía aprender la lectura deletreando las sílabas, lo cual era muy difícil para mí.

Sin embargo, debo destacar que realmente el primer maestro que llegó a San Juanillo para darle clases a los niños fue Quintín, y entre sus alumnos estaban Beltrán Abreu, Presentación Abreu, Sebastián Abreu, José Eladio Abreu, Ramón Villafranca, Evaristo Villafranca, Isaura Villafranca, Juliana Villafranca, Dima (hijo de Patricio Rangel, que usaba manteca de cochino para su peinado, al que le hacía un retiro por el centro de la cabeza; cuando Evaristo lo veía se reía en silencio), Sira Arias, Aurelio Arias, Sancho Arias, Chongo Arias, Carmen Arias y Onofre Córdova. Mis hermanos me contaron que el maestro Quintín le pedía a Onofre que pronunciara la palabra conciencia y este respondía “concencia”, no hubo manera de que dijera “conciencia”. La casa de esta primera escuela de Quintín estaba ubicada en la entrada al trapiche de Chucho Arias. Después del maestro Quintín apareció la maestra

Margarita, o Fernanda; después vino Trina Hernández, madre de Olga, quien era mi madrina y la de Jesús Aníbal.

Para el día de San Juan, en San Juanillo se organizó una vez una fiesta en común acuerdo con la escuela y los vecinos. Se colocaron bambalinas para adornar. Manuel Gómez, que vivía en el caserío Laguada, se enteró de esto y fue a Cumanacoa con su burro y maras, compró dos panelas de hielo y cuatro botellas de miel de diferentes sabores, y al estar en San Juanillo improvisó una venta de raspados. La escuela preparó y montó un palo encebado con un premio en efectivo para el que lo alcanzara; hubo carrera de sacos y una carrera de huevo en cucharilla. El palo con el premio tenía tanta grasa que se hizo imposible subirlo. Al “Negro” Abreu, en los intentos de subirlo, se le ocurrió la idea de llegarle al premio con un mecate de los que sostenían el palo en forma vertical, así que subió por el mecate, bajó con el premio y salió corriendo, nadie lo pudo alcanzar.

En esa época yo iba con mucha irregularidad a la escuela, pues me encargaba del cuidado de los animales, así que solamente iba una vez a la semana. Muchas veces dejaba incluso pasar más días, hasta dos semanas. Mamá era la que hacía presión para que asistiera.

LA PRIMERA PEA

Un día, en el solar de nuestra casa cerca de María Romero, se hizo una cayapa para cortar el monte y después sembrar maíz. Eso se hizo con los vecinos. En ese evento se les dio comida y se les brindó ron. Mi hermano mayor, Beltrán Abreu, me ordenó brindarle ron a los que estaban en la faena y me dijo: "Si quieres échate un palito". Cuando me di cuenta, estaba borracho, así que traté de irme a la casa por lo mareado que estaba. En el camino me caí; veía todo dar vueltas y difusamente vi el rostro de la maestra Trina, que me recogió para llevarme a la casa. Yo tenía ocho años.

El maestro Jesús Enrique tenía un hermano llamado Aníbal que le hacía suplencia de vez en cuando. Ellos eran de la península de Araya. Yo me imaginaba Araya muy bonita, por el mar que era muchísima agua (yo no conocía el mar); me decían que el agua era salada y que en la orilla se hacían unos depósitos de agua y que, al secarse, quedaba en el piso la sal, de esa que se usa para hacer la comida. Este maestro entusiasmó a los padres de distintos caseríos para que enviaran a los muchachos a la escuela; con esa política, la escuela mejoró en cuanto a la asistencia de alumnos. Además, consiguió una dotación de rastrillos, azadones (escardillas), machetes, una regadera de agua y un filtro de piedra para el agua de beber. Llegó a programar excursiones para ir al río a bañarnos. Los alumnos tenían edades variadas, desde siete hasta trece y catorce años. El maestro Enrique incluso nombró comisiones

para buscar a los alumnos rezagados que no asistían a la escuela. Esta escuela estaba ubicada en una casa que Patricio Rangel les alquiló (aunque nunca se pagara, porque siempre se estaba mudando), entre la casa de Dimas Rangel con Emma, y la propia casa de Patricio.

La escuela nueva tenía un cuarto, una sala grande, que era donde se impartían las clases, y un filtro de agua colocado en un rincón al lado del pizarrón. En el fondo de la casa estaba la cocina, donde se tenía el fogón de leña. El recreo se daba a las nueve de la mañana y, al finalizar, el maestro tocaba el pito una vez para la alerta y dos veces para entrar al salón de clases. Mientras duraba el recreo unos se iban al solar de la casa, otros se acercaban a la cocina.

Un día Ismael y la joven Bautista Marcano (hija de Manuel Marcano, del caserío Los Muertos), adolescentes los dos y enamorados, tal vez iban a la cocina con la idea de darse un besito y protegerse manteniendo el secreto. Ismael colocó al “Negro de Clara”, que era el niño José Aurelio Villafranca, hijo de Clara, como vigilante en la puerta. En eso apareció Sarataco, un muchacho que tenía un problema en una pierna, como si le hubiera dado poliomielitis, con ganas de sabotear el romance, y se peleó con el Negro.

El maestro, al inicio del recreo, se iba a la casa de María Romero, que estaba a una distancia de sesenta metros de la escuela, para desayunar, pero en el regreso llegaba a la escuela por la parte de atrás, como para cazar alguna travesura. Esa vez se asomó a la cocina desde afuera y, por un hueco de la pared, Ismael solo vio el par de ojos, así que agarró cenizas del fogón y las lanzó sin saber a quién, dejando al maestro con los ojos llenos de ceniza. Eso fue todo un problema. Después que el maestro se lavó, averiguó lo sucedido y Sarataco aprovechó para acusar al Negro y decirle lo que había pasado dentro de la cocina. El maestro Jesús Enrique le dio uso a su correa castigando tanto a Ismael como al Negro de Clara.

En el salón de clase, mientras se hacían las tareas, Rafucho, de dieciséis años, le hacía señas a los compañeros para que le vieran el pipe, que se sacaba del pantalón. Eso para él era una

gracia, porque la maestra nunca se dio cuenta. Para que las cosas se corrijan a tiempo, hay un dicho sabio que reza: "Corrijamos al niño para no sancionar al adulto". Rafucho le compraba perdigones a mi papá, quien vendía pólvora y otros implementos para las escopetas; en una ocasión, a Rafucho se le ocurrió llenarle el buche a un pollo con perdigones, y se lo fue a vender a mi padre. Papá le pidió que lo colocara en el peso y cuando vio el mismo se sorprendió; luego le pidió que parara al pollo en el mostrador, y al hacerlo el animal se fue hacia adelante, pegando el buche a la tabla del mostrador; esta trampa hizo que papá le formara un lío. Al transcurrir los años, cuando Rafucho asistía a las fiestas amigables o familiares y lo invitaban a beber licor, decía que no porque era de mala bebida, pero siempre había quien insistía, así que luego recorría en su ebriedad el caserío y visitaba a las familias con el pipe fuera del pantalón. Un día, ebrio, llegó a la bodega de Totoño y le pidió el cuchillo de la bodega, colocó el pipe sobre el mostrador y le preguntó a Totoño que cómo quería que cortara la mortadela, si delgada o gruesa.

La maestra Josefina Yegres llegó a San Juanillo con toda su familia: su padre, llamado Próspero Yegres, y su madre, Fidelia Mago; sus hermanos eran Alberto, contemporáneo conmigo y que, al transcurrir los años, en el primer gobierno de Rafael Caldera, llegó a ser secretario de la gobernación del estado Sucre; le seguía Alfredo como hermano menor.

Durante la clase estábamos todos juntos: Ismael Abreu, Bautista Marcano, Rafucho Arias, Viviano, Narciso Díaz, Luis del Valle Marcano, hijo de Cayetano Rangel y Juana Marcano; Arsenio Marín y Flor Marín, hijos de Eusebio Marín y "la Negra" Martínez; José Manuel Marcano "Memel", hijo de Francisco Márquez y María Marcano; Ramón de Justa, hijo de Justo Figueroa y Josefa Marcano (estos Marcano eran del caserío Los Muertos); también estaban José Feliciano Flores, de quien hablaré más adelante, y su hermano Beltrán, hijos de Alejandro Azócar y Ángela Flores, que eran de San Juanillo arriba, frente a la casa donde vivía Aurelio Arias con Barbarita Villafranca; Fausto Díaz, hermano de Narciso

y Toña; Del Valle Villafranca “Moñinga”; Ramón Villafranca, José Aurelio “el Negro de Clara”, Modesta y Pedro Agustín, hijos de Agustín Rodríguez y Clara Villafranca; Pedro Julián Salazar “Cuchán” y su hermana Servanda, hijos de Pedro Salazar y Carmen Tanco; María Eugenia Hernández, Graciela Hernández, Juan y su hermana Nesta Hernández, hijos de Juan Hernández “el Congo” y Eusebia; Gustavo Marín y Graciela Marín, hijos de Ramón Villafranca con su compañera Virginia Marín; Cayetano y Jesús Rangel, del caserío Contador; “el Negro” García y su hermano Eustoquio, ambos de río San Juan, cerca de la poza de Pedro Fermín; Carmen Milano, Teresa, Argelia y Roberto “Caga escuela”, por haberse hecho pupú; Ezequiel y Rosa Milano, hijos de Eduviges Sánchez y Rosa Milano, dueños de la hacienda con trapiche ubicada entre San Juanillo y Valle Grande; Eugenia Villafranca, hija de Juan García y Luisa Villafranca; Genadia Arias y sus hermanos Jesús Ramón, Luis “Chiquitico” y Domingo “Nino” Arias, hijos de Jesús Arias y Petronila Boada; Pedro José Boada, sobrino de Petronila Boada, quien lo crió; Emeterio Brito y su hermana Carmelita, del caserío Pueblo Nuevo; Salomón Guerra, hijo de Cipriano Marín Martínez y Leónides Guerra. Como podemos ver, el maestro Enrique motivó a los padres para que todos estos muchachos asistieran a la escuela.

Una vez en clase, Fausto usaba un lápiz que, al humedecerle el creyón con saliva, pintaba morado, y le vi todas las uñas moradas. Él me las mostró y me preguntó si quería, así que me prestó su lápiz; yo me las estaba pintando cuando el maestro llamó a Fausto por la lección, que al verle esas uñas pintadas le preguntó: “¿Quién te hizo eso?”, a lo que él respondió: “Hernán también”. El maestro vino hacia mí para llevarme adonde estaba Fausto, y yo ya tenía las uñas de la mano izquierda pintadas. Después buscó mecatillo, nos colocó al lado del pizarrón y nos amarró barriga con barriga. Al rato de estar así le vi dos piojos a Fausto que se le deslizaban por la parte baja de la oreja izquierda, gracias al aceite de coco que se echaba en la cabeza; por temor a que me los pegara, llamé al maestro y le hice señas con la boca. El maestro preguntó: “¿Qué pasa?”, y le volví a hacer señas con la boca, por lo que terminé

acercándose para agarrar los piojos sobre la mandíbula de Fausto. Sin embargo, nos mantuvo parados así, sin que nos moviéramos; yo veía a los demás que se reían en silencio, y estuvimos amarrados hasta que se terminó la clase de ese día.

Hubo un día en que mamá me obligó a ir a la escuela; ya era tarde, fue después de haber buscado una carga de cogollo de caña para los burros. Cuando salí de la casa para ir, y tras haber caminado un trecho, vi a la comisión buscadora de alumnos rezagados saliendo de la escuela. Estaba integrada por Luis del Valle Marcano, “el Negro” García y José Feliciano Flores (que es hoy casi un hermano para mí, hasta el punto de que tiempo después llegué a enseñarle a multiplicar y dividir). Como no quería ir a la escuela porque no sabía nada, ni leer ni escribir tampoco, se me ocurrió irme al monte. Así que me metí en el fondo de la casa de Pedro Villafranca, donde había un bosque de trinitaria, pero como tenía muchas espinas decidí subir a una mata de guayaba, donde me sujeté de una rama en la parte de arriba. Vi a la comisión buscándome, unos por el bosque de trinitaria y otros por el montecito. En eso se presentó una corriente de aire y la rama donde estaba montado rozó con otra, produciéndose un sonido, que provocó que José Feliciano viera hacia arriba y señalara diciendo: “Ahí está, ya lo vi”. Me hicieron bajar para llevarme preso a la escuela.

Pasado un tiempo, la escuela la mudaron para la casa de María Romero. En ese momento fue cuando me di cuenta de que la escuela siempre la cambiaban de una casa para otra porque no tenían con qué pagar el alquiler. La casa de María Romero quedaba antes de llegar a la casa de Lucio Medina Campos y de Petra Pascasia Marín, quienes tenían una bodega y vivían con sus hijos Luis José Medina, Inés, Mireya y Antonia. Esta casa de la escuela tenía el salón de clase para primer grado, con el maestro Jesús Enrique, y la sala para el segundo grado, con la maestra Josefina Yegres; la cocina estaba al fondo. Un día el maestro Enrique nos ordenó a un grupo formado por ambos grados ir al río por agua. Nos fuimos al paso del río hacia Pueblo Nuevo, donde llenamos los envases, y vimos un bejuco colgado de un árbol que usamos para mecernos:

cogíamos impulso y con él saltábamos hacia un banco de arena. Al rato vimos al maestro, que llegó porque nos demoramos demasiado. Nos llevó a la escuela y nos castigó, dejándonos encerrados en el salón de clase; estábamos ahí “el Negro” García, Narciso, Luis del Valle y yo.

Una vez terminada la clase, el maestro amarró la puerta con mecatillo. Luego de cierto tiempo y en vista de que el maestro no llegaba y estaba oscuro, picamos el mecatillo con un machete que se usaba en la escuela para cortar el monte. Nos dimos a la fuga, pero en la noche me sentí arrepentido de haber participado en eso. A la mañana siguiente vimos venir al “Negro” García con una lechosa para regalarle al maestro, y más atrás apareció Luis del Valle con una gallina, también para obsequiarle al maestro. Narciso se puso dos pantalones y yo hice lo mismo, porque el maestro estaba autorizado por los padres para el castigo con la correa. Ni la lechosa ni la gallina evitaron la pela.

Un día en el recreo, los adolescentes Pedro José Boada y Carmelita Brito se besaron y “el Negro” Flores vio la escena, e incluso quiso hacer lo mismo con ella. Carmelita lo rechazó y eso terminó en una pelea de puños, tras la cual el maestro los castigó a los tres. Durante ese castigo el maestro le lanzó un correazo a Pedro José, que no lo alcanzó pero sí al Negro de Clara con la punta de la correa, por estar de asomado. Entre los alumnos se decía que el maestro Jesús Enrique estaba enamorado de la alumna de más avanzada edad, Carmen Milano.

En otra ocasión los maestros Enrique y Josefina prepararon una excursión al río San Juan, poza de Luisa Fermín, donde todos nos divertimos con tremendo baño y dando demostraciones de ser buenos nadadores. Al final del baño, el maestro ordenó la formación para retirarnos, y en el chequeo faltó el alumno José Agustín Brito, que no aparecía y hasta se pensó que se había ahogado. Gracias a otro alumno que se lanzó a la poza, lo encontraron escondido detrás de una piedra que estaba casi en el centro de la misma. Por temor al castigo no quiso salir, y después de tanto rato el propio maestro tuvo que lanzarse al agua para buscarlo. De regreso a la

escuela dejamos atrás el río, y subimos la colina para pasar por la casita de Juan Hernández “el Congo”, que era pequeño y gordito, como un cochino para la venta. El Congo no estaba, pero se encontraban la señora Eusebia y su hija Nesta, quien después resultó ser mi cuñada, porque se casó con mi hermano Sebastián para crear una numerosa familia. Él siempre la visitaba cuando íbamos a bañarnos a la poza del Tarantán, cerca de la unión del río San Juanillo con el río San Juan, y a poca distancia de allí también vivía Juan Hernández.

OTRA BORRACHERA

Una vez papá, como era dueño de una bodega, le compró a un señor del caserío Los Mangos un maíz, así que le ordenó al “Negro” Abreu, uno de mis hermanos, ir por ese maíz y a mí me envió como guía, porque yo conocía el sitio. El Negro era mayor que yo por diez años, así que yo tenía como nueve años en ese momento. Llegamos al caserío Los Mangos con cuatro burros para buscar el maíz, pero en la bodega del “Negro” Maza estaban “Chano” Azócar y otros que se pusieron a jugar barajas, y las apuestas eran por botellas de vino. Mi hermano, incorporado al juego, me dijo: “Brinda y te echas tu palito”. Ahí me emborraché otra vez, la pea fue horrible. “Chano” Azócar, hermano de Teodora Azócar de Pueblo Nuevo, era matador de cochinos y muy conocido en nuestra casa. Chano vivía con Luisa Maza, hermana del “Negro” Maza. Este caserío quedaba a más de una hora de camino en burro desde San Juanillo. A mí, con la pea, me acostaron sobre una troja (tarima hecha de palitos) donde mataban cochinos, que estaba colocada en el patio de la casa de Chano. Al rato apareció Chano, borracho, con un cuchillo en la mano y dijo: “Voy a matar a este carajito borrachón”. Yo no podía levantarme de la pea que tenía, y solo me quedó decirle llorando: “No me mates, que soy hijo de Eufemio Abreu”. Chano lo que hacía era reírse a carcajadas y volvía a amenazarme mientras yo lloraba, hasta que apareció mi hermano diciéndome que Chano solo estaba jugando conmigo.

Después me enteré de que un día que mi papá salió de cacería desde San Juanillo con perros y escopeta para cazar venados, mi hermano mayor Beltrán, siendo un niño todavía, se fue siguiendo a papá hasta el caserío Contador, donde mi padre se dio cuenta de la presencia de Beltrán. En ese caserío estaba Chano, y papá le encomendó que llevara a Beltrán de regreso a nuestra casa y continuó su marcha hacia el cerro, donde podía encontrar venados. Chano metió a Beltrán dentro de un saco y cuando llegó a la casa le dijo a mi mamá: "Aquí traigo un animal que Eufemio cazó para que prepares una buena comida". Mi madre se alegró, pero se llevó una sorpresa cuando destapó el saco y se encontró a Beltrán riéndose, y mamá le dijo a Chano: "De ti no se puede esperar nada bueno".

Para nosotros, "dar el cuerpo" (es decir, defecar) se hacía en el monte, donde los cochinos aprovechaban para comer, ya que no existían los excusados. Cuando se iba a "dar el cuerpo" había que llevar un palo para espantar a los cochinos, pues a veces en un descuido los cochinos lo empujaban a uno y terminabas cayendo al suelo y hasta pegando la frente del piso. Eso pasaba cuando salía el primer producto; entonces había que alejarse de ahí y si necesitábamos seguir haciendo más ligero, había que apartarse. Lo más aconsejable para ir a "dar el cuerpo" era salir cuando los cochinos no se dieran cuenta.

LA ESCUELA Y EL ABECEDARIO

Un día el maestro me cazó con la lección aprendida de memoria, pues en realidad yo no sabía leer. Hasta el abecedario me lo sabía de memoria, mucho antes de que reconociera las letras. Cuando “leía” la lección yo corría el dedo diciendo lo que me había memorizado. El maestro se dio cuenta y me preguntó sobre una palabra que no supe responder. Ya tenía diez años en ese momento, así que me dio unos correazos y me despachó diciéndome: “Mañana te quiero ver sabiendo leer”. Me fui a casa, me escondí en la troja de maíz y subí al soberado, que tenía un piso de tierra que parecía una plaquita construida con palos y barro. Me propuse reconocer las letras del abecedario; como las decía todas de memoria, me puse a identificar cada letra línea por línea. Oía los gritos de papá llamándome para buscarle algo a los animales, eso me molestaba y me puse a meditar en no hacerle caso. Me hice el sordo y desde ese momento hasta antes de oscurecer, me aprendí todo el abecedario y empecé a leer las palabras. Eso fue como un destape de la mente. Me prometí pasar al segundo grado.

PRIMERA FUGA

En ese tiempo de rebeldía tuve que hacer algo que no quería por el interés que tenía de ir a la escuela: me obligaron a buscar agua para los cochinos con Narciso, que era mayor que yo como por cuatro años, y este me pegó. Llorando le puse la queja a mi hermano Sebastián, que nos peló a los dos, a uno por ser chismoso y al otro por guapo. Él había tomado la jefatura de la casa, aplicándonos castigos a todos con correa, y hasta llegó a usar el mandador (un palo con una correa en la punta, usado para arrear a los burros rezagados). Tras esto corrí San Juanillo arriba, con la idea de no regresar.

Sin saber para dónde coger, pasé por la casa del “Cojo” Luis Villafranca, en la poza de Cunda, donde gasté un buen tiempo jugando con la arena y pensando qué rumbo tomar. Luego decidí ir al trapiche de Ángel Barrios para comer papelón y beber guarapo (jugo de caña). Mientras estaba ahí apareció Narciso, también fugado, y con una sonrisa en los labios hicimos las paces. Desde el trapiche, a lo lejos, se veía una mata de aguacate dentro del cañamelar, y tomamos la decisión de irnos hacia allá con la idea de conseguir aguacate maduro en el suelo para comer, porque estábamos sin desayunar.

Resultó que la mata tenía una buena carga, los aguacates estaban como para recogerlos y ponerlos a madurar. Nos encaramos para buscar los mejores, pero en ese momento oímos la

voz de Sebastián debajo de la mata, que iba con el mandador en la mano y dando la orden de que bajásemos. Nos quedamos indecisos, pero después de un largo rato vi a Narciso bajando y yo lo seguí, pensando que el último en bajar recibiría el mayor castigo. Cuando Narciso estaba a menos de dos metros de altura recibió el primer latigazo, luego el segundo, y para el tercero caímos los dos al piso, donde recibí un fuerte correazo y, como las iguanas, salí corriendo para escapar en el cañamelar, crucé el río San Juanillo y me introduje en el cañamelar de Pedro Villafranca para ubicarme cerca del camino que llegaba a la casa. Eran aproximadamente las tres de la tarde en ese momento, y me puse a pensar en dónde refugiarme; no encontraba posibilidad alguna, el mundo se me hacía muy pequeño. En eso vi a Sebastián pasar con Narciso agarrado del brazo, me sentí sin esperanzas y me vi como a la deriva. Ya oscureciendo tomé la decisión de acercarme a la casa sin pensar en lo que me podía esperar, solamente pensaba en el mandador. Llegué remolón y dentro de la casa no vi a Narciso. Luego apareció Sebastián, agarrándome por la oreja, para conducirme a un cuarto de la bodega donde tenían encerrado a Narciso. Le hice compañía. Esa noche no nos dieron comida, y ya habíamos pasado el día sin probar nada.

Al día siguiente nos soltaron. Narciso me dijo que quería irse donde su padre “Juanchulia” Villafranca, que tenía un conuco ubicado río San Juanillo arriba, casi frente a la poza de la Sirena, en el caserío Sotillo. Nos trasladamos para allá y comimos lo que había. Allí se cultivaba jojoto, auyama, aguacate, yuca y ocumo, y se producían huevos de gallina. A la semana apareció mi hermano mayor Beltrán, nos prometió que no habría castigo y nos pidió que regresáramos a la casa, porque los burros estaban pasando hambre. Así y con la promesa fue que regresamos.

Me propuse asistir a la escuela todos los días y en pocos meses aprobé el primer grado, porque ya sabía leer las palabras. “Ahora los animales me verán durante las vacaciones escolares”, era lo que pensaba, me verían desnudo como siempre, al igual que a la mayoría de los niños de mi edad, tanto varones como hembras.

La ropa se usaba solo para ir a la escuela, lo mismo las alpargatas, porque muchas veces las dejaba botadas cuando iba al río a bañarme.

Una vez me mandaron a comprar algo a la bodega de Lucio Medina Campos, cerca de la casa de la escuela. Cuando estaba dentro de la bodega, en la que había otras personas comprando, vi a Lucio y también a Luis José y a Mireya, hijos del bodeguero, con un pan cada uno. Estaba recostado del mostrador y, con el roce del mismo, el pipe se me levantó justo en el momento en que me estaban entregando lo que compré. Sentí pena de que me vieran así, por lo que esperé la oportunidad para salir corriendo. Cuando pasaba frente a la escuela alguien me vio y gritó: “Epa, para dónde vas con esa escopeta armada”. Eso me pasó por andar desnudo.

Una niña vecina de nosotros un día llegó diciéndole a mi mamá: “Señora Agustina, présteme a Hernancito que voy a buscar leña por el fondo de la casa de zinc que hay bastante”. Ahí había un buen bosque con diferentes árboles, donde vimos uno con un hueco en su tallo, y a poca altura había una rabipelada con sus pequeños críos dentro de su marsupio. Después de recoger la leña la niña me dijo que quería sacarme los piojos y, como eso era agradable para mí, ya que cuando mi madre me los sacaba me quedaba hasta dormido, en lo solitario del bosque me dejé seducir por ella. Estábamos parados frente a frente y, en la búsqueda de un piojo y otro, se produjeron movimientos y sentí como ella pegaba sus piernas a las mías, que se entrecruzaron. Éramos del mismo tamaño y como estábamos los dos desnudos, igual que siempre, sentí algo agradable que me rozaba el pipe, ya en vías de ponerse erecto. Eso hizo que ella se acercara más y, como éramos solo unos niños, lo dejamos hasta ahí.

Esa noche la pasé con agrado, porque me desperté con el cantar de los sapos, así que fue todo un concierto a diferentes voces, quizá con nuevos participantes. Eso sucedía con frecuencia, en época de lluvia, en la pequeña laguna que estaba ubicada en el solar de Pedro Villafranca, cerca de la casa de Mamerto y alejada de nuestra casa unos setenta metros en línea recta.

OTROS CUENTOS

En las noches se veía el firmamento estrellado, con la cruz de mayo un poco al suroeste y una buena estrella al norte, además de un grupo de estrellas a las que llaman Las Cabrillas. Todo el cielo se veía muy bonito con el brillo de esas estrellas, y era así cada vez que no había nubes presentes. También era hermoso ver algunas nubes haciendo diferentes figuras que daban para imaginar muchas cosas. Cuando era luna llena el firmamento se hacía agradable y especial para jugar en horas tempranas. Esas noches, aparte de los juegos, eran para oír los cuentos de María Romero, Luisa Villafranca y hasta de su hermano Pedro, cuentos de duendes, que son espantos de niños que han muerto en abortos, o de niños recién nacidos a los que, al morir, no se les impuso el agua del bautismo antes de enterrarlos en los solares de las casas; si esto no se les hace, ellos quedan penando, saliendo de noche, en especial de madrugada, produciendo sonidos parecidos a los cantos de los moriquitos (búhos). Los cuentos de María Romero eran distintos y más agradables, hablaban de Tío Conejo y Tío Tigre, o eran cuentos de príncipes y princesas.

La Sayona, se decía, era una mujer muy atractiva que se transformaba, creciendo progresivamente, hasta adquirir una alta estatura y un rostro horrible. Le salía más a los hombres mujeriegos que a las mujeres. La Llorona también era un espanto de mujer, que asustaba a adultos y niños con su terrible llanto.

El Diablo cuentan que era un hombre negro con cachos, como si fuera un toro, que tenía llamas en los ojos y un rabo largo. Cuando le salía a la gente emitía un fuerte olor a azufre, y si la persona no cargaba un Cristo en la cruz, o si no sabía rezar, él se la llevaba para el infierno, que está cubierto de candela.

Los encantados eran espantos que vivían en las cuevas de los barrancos, a orillas de los ríos. Usaban la música para adormecer y atraer a la gente y hacerlos entrar a las cuevas, donde después de cierto tiempo solamente el que era hábil podía escapar. Con respecto a esto, recuerdo que a San Juanillo llegó un señor de piel blanca, de buena estatura, que se hizo llamar Domingo Olachea; no era de ninguna familia conocida en los caseríos. Echaba el cuento de que había vivido con los encantados varios años; eso para nosotros era impresionante y admirable. Nos dijo que había vivido en una gran cueva donde todo era bello, en especial los instrumentos y la música, de sonidos encantadores. Se reunía con nosotros, los muchachos, y hacíamos una rueda a la que hasta algunos adultos se incorporaban para oír lo que decía. Un día cualquiera ese señor no apareció más, dejándonos con la inquietud de saber más sobre esos misterios.

Una vez nuestro hermano Beltrán, al que los pequeños le decíamos papá, llegó a la casa de noche diciendo que en la quebrada de Parácuca, cerca de la casa de Agustín Rodríguez, le había salido un muerto, que logró ver desde el caballo donde estaba montado: un perrito blanco se metió al monte casi frente a la casa de Agustín y se transformó en un animal más grande, y así se fue transformando hasta llegar al tamaño de una vaca; todo esos relatos los oía uno con mucha atención.

En otra ocasión le pegué a Rosario por un caramelo, y mamá me dijo: "No te pelees con ella porque en una de estas te va a salir la mamá que está muerta". Así que en la noche soñé que la mamá de la Negra me estaba ahorcando y que tenía las uñas de las manos muy largas, y en el sueño me las clavaba en el cuello. Tuve una pesadilla y sentía que me estaba muriendo. Me retorció en el petate y los que estaban durmiendo conmigo, Ismael, Viviano y Chuito,

se levantaron asustados creyendo que tenía un ataque de lombriz, que para nosotros siempre fue una amenaza.

Era común oír decir que algún niño había muerto por un ataque de lombriz. Por ejemplo, en el camino del caserío hacia Parácua vivían dos familias, una de ellas era la de Ernesto Villafranca y su esposa Virgilia Valderrama, a quienes se les murió su primera hija, llamada Carmen Edalcida, una catira de ojos azules de cinco años de edad, en el año 1950; después de muerta le salió una lombriz por la boca. A otros vecinos del lugar, como a Matías y a su compañera Juana Flores, hija de Alejandro Azócar, se les murió también un niño de ocho años. Incluso recuerdo que en Pueblo Nuevo, la familia integrada por Desiderio Brito y Sarito Villafranca perdió un niño de ocho años de edad por el mismo parásito.

El miedo nos lo sembraban desde niños, con el coco, el bicho, que es cualquier cosa, y todos los espantos. Cuando me despertaba de noche con ganas de orinar, y como ninguno de mis hermanos me acompañaba para ir a orinar fuera de la casa, por miedo a los muertos, me quedaba dormido de nuevo y muchas veces me orinaba en la cama o en la estera. Cada vez que eso pasaba recibía una pela, porque orinaba también a los que dormían conmigo, a pesar de que siempre me ponían a orinar los tizones encendidos durante la noche antes de acostarnos, para que se me quitara la orinadera cuando estaba durmiendo.

LOS PARÁSITOS

Los parásitos se repartían en todas las familias. En nuestra casa, después de las lombrices, cada quien tenía su ración de piojos. María, que se estaba criando en la casa, era la que más tenía; mamá, para exterminarle esa piojamentazón, le untaba una crema en el pelo y, como para asfixiarlos, le colocaba un trapo blanco en la cabeza. Esos piojos no soportaban la crema, se escapaban colocándose sobre el trapo, y en poco tiempo el trapo quedaba todo cubierto de ellos.

Con los burros y caballos el piso del caney se ponía insoponible. Con sus bostas y el orine se formaba una pasta pegajosa y de olor desagradable que era amasada con los cascotes de los animales y con los pies. Era una tarea semanal recoger esa pasta y botarla lo más retirado del caney posible. De tanto trajinar en el caney a diario con los dedos de los pies descalzos, se nos llenaban de sabañones, lo que producía descomposición en la unión de los dedos, además de mal olor, picazón o comezón. En las noches, cuando dormíamos en las esteras, la comezón llevaba a meter los dedos entre las hebras de juncos de la estera para rascarnos hasta que la piel se rompiera, porque mientras más se rasca, más provoca. Esto deja secuela por largo tiempo.

Las niguas, las pulgas de los cochinos, se le introducen a las personas en la piel de los pies y de las manos, debajo de las uñas, y en las nalgas también. En las manos son detectadas rápido y uno las

extrae con agujas, no dando oportunidad a que se forme la nigua. La pulga se introduce en la piel, llevando en su abdomen huevos muy pequeños, y al morir el abdomen se va abultando por el crecimiento de los huevos hasta alcanzar su pleno desarrollo; esa bolsa llena de huevos amarillentos es la nigua. Cuando uno está infectado siente molestias al caminar, como si tuviera espinas dentro de la piel. Si se las aporrea se siente dolor, lo que crea incomodidad para caminar, y muchas personas incluso ven afectada su forma normal de caminar. En el caserío era famoso Julián Taico, por ser el más niguatero. La nigua muchas veces se desprende dejando un hueco en la piel, y en la mayoría de los casos la bolsita se rompe y los huevos van saliendo uno por uno para repartirse en el suelo hasta nacer la pulga. Este proceso de las pulgas en las personas se da con mayor plenitud aún en los cochinos, ya que las patas se les minan de niguas y por eso los cochinos también renquean.

Nosotros vivíamos como animales y con los animales, tanto así que las gallinas, con sus pollitos, se metían en la casa buscando qué comer; igual sucedía con los cochinos y los perros, que nunca faltan en una casa o rancho de campesino; y también con los gatos, que tenían la costumbre de acostarse con uno durante las madrugadas buscando el calorcito. Muchos de esos animales hacían sus necesidades dentro de la casa, más que nada en la sala; las gallinas también se metían al cuarto buscando una caja con trapos para poner sus huevos, y en varias oportunidades, buscando algo, rompí más de un huevo dejando el pegoste.

EL SARAMPIÓN

Es una enfermedad eruptiva acompañada de fiebre alta, bastante contagiosa, que se presentó como una epidemia en el caserío, donde los Arias cayeron enfermos: Jesús Ramón, Luis “Chiquitico”, Domingo “Nino” y Pedro José, sobrino de Petronila, quien le hizo un lavado rectal de jabón de coco a Pedro José, que este no pudo aguantar y termino expulsando por completo, bañándole la cara a su tía. En casa de Pedro Salazar cayó enfermo Cuchán; en casa de Pedro Villafranca cayeron Totoño, Gilberto y Sira, entre otras familias que también se vieron afectadas.

En nuestra casa caímos Chuito, la Negra y yo. Para evitar más contaminación, me sacaron de la casa para instalarme en uno de los cuartos de la bodega, donde antes nos habían castigado; a los otros los dejaron en la casa vieja, donde estaban todos. El tratamiento, remedio casero: caldo de ajo, consomé de pichón de paloma, algunas veces, más el refresco al que le decían “Colita Sifón”, del estado Sucre, que nos lo daban como lo mejor porque tenía muchas vitaminas, según papá, así que nos daban uno diario, tenía el sabor de su homónimo actual. Una noche, en mi cuarto solitario, con fiebre alta, empecé a ver en la pared una gigantesca piedra pulida que rodaba hacia mí, producto del delirio. Empecé a llorar gritando y salí del cuarto corriendo, sin que nadie me oyera, y aparecí en la casa para ser atendido por mi mamá, que estaba atareada con los otros enfermos. Los días pasaron y, tras

frecuentes lavados rectales de agua de jabón de coco, que nos aplicaban a los tres, y alimentándonos con la especial “Colita”, nos faltó poco para acompañar a San Pedro: estábamos cadavéricos, con los ojos hundidos y las costillas se nos veían desde lejos.

EL 3 DE MAYO DE 1950

El 3 de mayo estalló la huelga petrolera convocada por el Comité Sindical Unitario de Trabajadores Petroleros (Cosutrapet) en demanda de mejoras salariales y respeto a las organizaciones sindicales. Pérez Jiménez ordenó reprimir la huelga de los trabajadores petroleros; al mismo tiempo, fue detenido Jesús Farías (a quien conocí años después en Caracas, en la casa del Partido) y decretado un estado de sitio en los campos petroleros. Además, fueron prohibidas las actividades del Partido Comunista de Venezuela (PCV). Tenía yo diez años para esa época.

El 28 de agosto de 1950 fue detenido en la frontera el famoso guerrillero colombiano Eliseo “Cheíto” Velásquez, que operaba en los llanos de Casanare contra el ejército de su país. La detención se produjo cuando el guerrillero se vio obligado a refugiarse en Venezuela ante una ofensiva del ejército colombiano.

MÁS MUERTOS Y ESPANTOS

En tiempo de invierno el agua para beber y para hacer los oficios de la casa se buscaba en el río que quedaba cerca, pero en verano se buscaba en los manantiales. Había dos de ellos: uno en la hacienda de Jesús Arias, el más cercano, y otro a orillas del río San Juanillo, abajo, muy cerca de la casa de Sirveria. Una tarde de verano mamá nos dijo: “Busquen el agua temprano, no esperen la noche”. Decidimos ir por el agua Narciso, Viviano, Ismael y yo. Fuimos al trapiche que estaba dentro de un cañamelar, donde el camino era solitario. Llegamos al manantial oscureciendo, llenamos los envases cada quien con su tapara, y ya cuando estábamos listos para salir, estando todo oscuro, Narciso gritó con desespero: “Miren a aquel hombre montado en un caballo”. Los primeros en correr fueron Viviano y Narciso. Ismael, como era el más grande, en poco tiempo tomó la delantera y yo, por ser más pequeño, me quedé atrás. Después de pasar por la casa del trapiche me caí y se rompió mi tapara. Los nervios me atacaron, engrifándome los pelos; como me vi solo, lo que hice fue correr llorando, para después pasar por la casa de zinc sin mirarla por temor a otro muerto, y llegué a casa con el corazón que se me salía. Por una casualidad papá estaba allí y los muchachos le estaban explicando lo ocurrido. Luego le dije a papá que yo no vi ningún hombre a caballo, a lo que respondió que el muerto lo veía uno solo. Eso me dejó con más dudas acerca de este tipo de apariciones.

En otra ocasión, papá mandó a Viviano conmigo para Cumanacoa (que queda a dos horas de camino en burro desde San Juanillo, unos nueve kilómetros), para comprar los productos de la bodega. Ensillamos cuatro burros para ir por enlatados como sardina y salmones; aparte buscábamos pescados salados, panes, verduras, manteca Los 3 Cochinitos y sal en grano. Muy cerca de nuestra casa cruzamos la quebrada de Parácua para llegar al caserío Los Muertos. El suelo era muy pantanoso donde los burros tenían su sitio de pisada, así que el piso se veía escalonado dentro del fango. Luego pasamos por Laguada, con poco fango, y así continuamos por Bebedero y Lamaguto. Ese día todo estaba lleno de mucho pantano, en especial cerca de la casa de María Ramírez hasta llegar al río Aricagua, que era donde se cruzaba.

Luego de caminar unos diez minutos, tocaba cruzar el río Cumaná o Manzanares, el más caudaloso. Era época de lluvia. Hicimos la compra en Cumanacoa y cuando íbamos a regresar empezó a llover. Cruzamos el río Cumaná con ayuda de unas personas que se dedicaban a esas tareas. Eran como las cuatro de la tarde, avanzábamos caminando y la lluvia no cesaba; al regresar al río Aricagua, lo encontramos muy crecido, así que no pudimos avanzar. Nos regresamos con la idea de cruzar el Cumaná de nuevo para ir a Las Tinajitas (en Cumanacoa) donde vivía Pedro Villafranca, cerca del río. No habíamos almorzado y estábamos bañados de pies a cabeza. En ese retroceso nos encontramos el río Cumaná crecido de monte a monte, así que, viéndonos atrapados, empezamos a buscar dónde guarecernos. En la búsqueda, Viviano encontró un viejo rancho de conuquero con el techo todo desgastado. Como pudimos, bajo la lluvia, descargamos los burros para quitarles el peso de encima y, a la vez, para proteger lo comprado, que colocamos dentro del rancho. Amarramos a los burros. Para dormir había una trojita de palitos sobre el piso, que parecía una camita, y como seguía lloviendo el techo se volvió un colador. Estábamos emparamados de agua, y comíamos un pan con sardinas destapadas por Viviano.

Más tarde se puso completamente oscuro y seguía lloviendo, así que nos acomodamos sobre la trojita con la ropa toda mojada, para buscar el sueño. A media noche, bajo una suave llovizna, Viviano me despertó, diciéndome que rezara porque había un muerto cerca, que hacía ruidos y sonidos como de llanto. Vi que él estaba muy nervioso y rezaba todo tembloroso. Me contagió el miedo, y cada vez que me asustaba la piel se me ponía de gallina, se me levantaban los pelos, hasta los de la cabeza. No recé porque no sabía nada de eso, pero justo en ese momento se oyó cerca el mismo sonido, y Viviano en poco tiempo rezó el padrenuestro, el avemaría y el credo.

Luego volvió a sonar algo debajo de la trojita. Aunque tenía miedo, me armé de valor y me bajé para comprobar qué era: había un gato casero, todo mojado, buscando ayuda; en ese sector, ubicado entre esos dos ríos, no había ninguna vivienda, por lo que me pareció extraño que ese animal estuviera por allí solo. Luego de pasar el susto no supe más nada hasta que me desperté, con lo claro del día. Tuve que esperar a que Viviano se despertara para ensillar los burros, montarles la carga y continuar la marcha. El río Aricagua nos permitió continuar y llegamos a nuestra casa con la tarea cumplida.

LAS CARGAS DE PAPELÓN

Una noche, para amanecer un sábado, “el Negro” Abreu tenía planificado sacarle siete cargas de papelón a Germán Barrios de su hacienda en Guasimilla, que quedaba a casi dos horas de camino desde San Juanillo; desde Guasimilla hasta Cumanacoa sumaba cuatro horas. Para esa faena el Negro nos invitó a Fausto y a mí.

Salimos de la casa a las tres de la mañana con buena luna y cielo brillante de estrellas. Pasamos por Contador con los siete burros, para salir de ahí con la noche silenciosa. Cuando ya estaba por aparecer el lucero del día, entramos en la zona boscosa y se oyó el primer moriquito con su canto de jujuó, juo jujuó juo, como dando la primera alerta sobre lo que nos esperaba, pues se dice que su canto es indicativo del espanto que está cerca. Al avanzar todo se puso oscuro y varios moriquitos cantaron como dándose avisos unos a otros. Con tanta oscuridad un burro se extravió. Los cantos se oían cada vez más cerca, el Negro entró en terror y empezó a dar ordenes en forma insistente. Me dijo que me pusiera adelante con mi burro para que los demás me siguieran y a Fausto que buscara al burro perdido, esa orden la repitió varias veces. El Negro tenía tanto miedo que se quedó fijo en un solo sitio, mientras los moriquitos seguían con sus espantosos cantos. En esa oscuridad perdimos casi una hora.

Llegamos a la hacienda a las seis de la mañana, para luego continuar con la faena, cargar los burros y trasladarnos a Cumanacoa, a

la casa de Dominguito Ortiz, quien vivía a orillas del río Cumaná, que cruzamos ayudando a los burros porque si se caían al agua dañaban el papelón. Dominguito le compraba el papelón a casi todos los hacendados de esa extensa zona. Eran como las diez de la mañana, y luego nos trasladamos a San Juanillo, llegando después de las doce del día. ¡Qué tarea tan fatigosa!

Nuestra vieja casa, con el techo de paja bien desgastado, estaba a punto de ser abandonada, porque se encontraba muy deteriorada. A nuestra nueva casa, con paredes *entrulladas*, techo de zinc y piso de cemento, le estaban frisando las paredes con barro *empa-
jonado*, pero resultó que a los pocos días de terminar de frisarla, hubo la necesidad de mudarnos. Estábamos en época de lluvia, y una tarde se le presentó a “Chango” Sebastián un cuadro de asma. Dio la casualidad que estaba en la casa de la señora Petronila, quien revisaba una caja que tenía medicinas. Apenas le dije del cuadro asmático de Chango, buscó y consiguió una ampolla de quinocín, que me dio para llevármela a casa. En la noche, con las paredes húmedas por el barro fresco, a Chango se le agudizó el asma, no podía respirar y lo que hacía era gritar, me imagino que porque no tenía espacio para que circulara el aire que necesitaba en los pulmones. En ese momento me pareció que Chango se estaba muriendo por falta de aire, así que corrí a la bodega para llamar a papá y decirle que le inyectara una ampolla de quinocín que tenía guardada. Papá, después de rezar, llegó a la casa con la inyectora para hervirla y ponérsela. La reacción fue como un milagro. Llegué a creer que, sin el quinocín, Chango se hubiera muerto esa noche, pues los gritos cuando no podía respirar fueron tan fuertes que se oyeron en los caseríos de Pueblo Nuevo y Los Muertos, ambos retirados de nuestra casa: Los Muertos estaba a más de trecientos metros, y Pueblo Nuevo a más de quinientos metros.

LA MUERTE DEL PRESIDENTE DE LA JUNTA DE GOBIERNO CARLOS DELGADO CHALBAUD

Por aquellos días aún contaba yo con diez años de edad, pero estaba cerca de los once, solo me faltaban tres meses. Carlos Delgado Chalbaud ejercía como presidente provisional de la Junta Militar de Gobierno de Estados Unidos de Venezuela, que estaba integrada por Luis Llovera Páez, ministro de Relaciones Interiores, y Marcos Pérez Jiménez, ministro de la Defensa. A Delgado Chalbaud le faltaron once días para cumplir dos años en el mando, pues fue asesinado el 13 noviembre de 1950, a las nueve de la mañana, por el general Rafael Simón Urbina, quien dirigió un pequeño grupo de hombres, integrado por su primo hermano Domingo José Urbina (que llegó a ser guerrillero en el estado Falcón en los años sesenta, junto a Douglas Bravo, pero abandonó la lucha), y por Cipriano Medina, Ángel Medina, Pedro José Medina, Máximo Paz, Osorio de Jesús Ollarves, Honorio Gutiérrez, Antonio José Medina, Pedro Antonio Díaz y el chofer Carlos Mijares, casi todos reclutados y traídos desde Punto Fijo. En este hecho se vio implicado el millonario y compadre de Rafael Simón Urbina, Antonio Aranguren, quienes probablemente se conocían desde la época de lucha contra Juan Vicente Gómez, después del asalto a Curacao (en el que también participó Gustavo Machado).

Esa mañana Delgado Chalbaud fue interceptado en su recorrido hacia el Palacio de Miraflores, muy cerca del puente Chapellín,

después de haber salido desde su casa, ubicada en el Country Club, acompañado de su edecán y teniente de navío Carlos Bacalao Lara. Fue trasladado a otro vehículo y llevado a la quinta Maritza en la calle la Cinta, urbanización Las Mercedes, donde pretendían mantenerlo secuestrado. Al llegar a la quinta, al inexperto Pedro Antonio Díaz, bajando del vehículo con un arma en cada mano, se le disparó una de ellas y una bala hirió en el tobillo de la pierna derecha a Rafael Simón Urbina. A partir de ese momento la dirección la asumió su primo Domingo Urbina, quien desató una brutal reacción contra los detenidos, el Presidente y su edecán, por colaborar en atención al herido. Los detenidos fueron llevados al fondo de la casa, que tenía altas paredes, donde Domingo, Carlos Mijares y Pedro Antonio Díaz dispusieron al Presidente frente al muro para fusilarlo. Luego, el teniente de navío Bacalao Lara fue golpeado y herido de bala en una pierna y en el pecho. Ambos cuerpos fueron abandonados.

Los agresores huyeron. Rafael Simón Urbina fue trasladado en su vehículo a la casa del colombiano Franco Quijano en procura de un médico y, como no se consiguió, se dirigió a la embajada de Nicaragua (gobernaba Somoza en ese entonces). Ahí le envió un mensaje a Marcos Pérez Jiménez con un fiscal de tránsito que lo acompañaba, y Rafael Simón Urbina pronto fue convencido de entregarse a las autoridades para ser atendido por un médico. Luego, una comisión de la Seguridad Nacional (SN), integrada por Ramón Nonato Useche Vivas, Miguel Antonio Soto y un tal Coronado, lo trasladan a la cárcel El Obispo. Al finalizar el día, lo llevan desde El Obispo hasta la cárcel Modelo ubicada en Propatria. En la vía, a la altura del Atlántico, fue ultimado de un disparo y dado como trabajo concluido. Los otros miembros de la partida fueron capturados en diferentes lugares para ser enjuiciados y sentenciados con diferentes condenas. Este trabajo le costó la vida a Rafael Simón Urbina. En esos tiempos, teníamos una población nacional de 5.034.800 habitantes.

Posteriormente, el doctor Germán Suárez Flamerich ejerció el poder como presidente provisional de la Junta de Gobierno de

Estados Unidos de Venezuela, desde el 27 de noviembre de 1950 hasta el 19 de abril de 1953. Esta junta estuvo integrada por los mismos que la anterior: el teniente coronel Luis Llovera Páez como ministro de Relaciones Interiores, y el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez como ministro de la Defensa.

Ese día yo estaba con mi hermano Beltrán Abreu en el pueblo de Cumanacoa, muy cerca de la acequia que bajaba desde la represa, pasando cerca de la casa y negocio de “Chicho” Figueroa, que hacía esquina entre la calle Las Flores con la calle Sucre. Chicho era el padre de Natalio Figueroa, quien en el futuro llegó a ser copeyano, y que en la década del sesenta se presentaba a los caseríos bautizando muchachos para tener bastantes compadres y ganárselos para el partido Copei, y hasta a mi hija Azucena la bautizó por aquel entonces, sin mi consentimiento, aprovechando que yo estaba en la guerrilla. Cerca de donde estábamos Beltrán y yo había unas personas haciendo el comentario del asesinato del presidente Delgado Chalbaud. Beltrán había bajado a Cumanacoa para comprarle un vestido a Berta Ramos, su esposa, de matrimonio reciente, y también para comprar un par de zapatos que le encargó Sebastián para su nueva compañera, Margarita Maicán.

A los once años tuve una vecina linda y bella que ya había cumplido los trece. Recuerdo que la vi cerca de la alambrada de su casa, me le acerqué con la idea de verla por lo atractiva que era, y allí conversamos algunas cosas y le pedí un beso. Ella me respondió que si le regalaba una locha me aceptaba el beso, echándose a reír. Le dije: “Cuando la consiga te la doy y me das el beso”. Me retiré pensando en cómo conseguir la locha, no se la podía pedir a mi mamá porque me iba a preguntar para qué la necesitaba, así que durante la noche pensé en cómo conseguirla.

Al día siguiente, cuando fui a buscar un pan a la bodega para beber el guarapo, para luego buscar el pasto para los burros, quise cazarle un descuido a papá. Vi que salió de la bodega, dejándome libre para actuar. Rápidamente me dirigí al cajón donde colocaba las monedas de las ventas, con la cabeza metida en el cajón me puse a buscarla, pero como había tantas monedas diferentes (fuertes,

dos bolívares, bolívares, reales, medios y centavos) empecé a escarbar buscando la locha, que no conseguí. En eso sentí la calurosa mano de papá, que me levantó por la oreja izquierda mientras me daba golpes con la mano derecha, diciendo: “¡Tú vas a ser ladrón, gran carajo!”. Yo, en llanto, le decía que estaba buscando una locha y que no la había encontrado. De ahí salí bien jodido, tuve que irme a buscar y cortar el pasto en el monte sin haber bebido el guarapo, ni comido el pan, que quedó al lado del cajón de las monedas, y con el cuerpo adolorido por los golpes recibidos, hasta la oreja la sentía prensada.

LECHE PARA LA ABUELA MARIANA MARCANO

Un día mamá me ordenó ensillar un burro para llevarle leche a mi abuela Mariana Marcano Boada, su madre. El sillón tenía una armadura de madera sobre el sudadero, para evitar pelarle el lomo o las costillas al burro. Amarré los litros uno a cada lado de la armadura y monté en el burro para desplazarme hacia Valle Grande. Cuando me faltaba poco para llegar, vi a orilla del camino solitario una piedra de regular tamaño y sobre ella un guaripete (tuqueque o lagartija) de los que saben adivinar. Estos animales tienen la habilidad de mover su cabeza para arriba, para abajo o hacia los lados, y en las preguntas que uno les hace si la mueven para arriba y para abajo es afirmando con un sí, y si la mueven para los lados es un no. Así que me bajé del burro a preguntarle si mamá Mariana estaba en la casa, a lo que el guaripete me indicó que sí; luego le pregunté por mi tío Francisco y me señaló que no. Cuando me dirigí al burro, este se asustó y empezó a correr y yo corrí detrás de él tratando de darle alcance, pero él corría aún más. Después de tanto correr por fin lo agarré, pero llegué a nuestra casa con los litros rotos porque eran de vidrio, y el sillón bañado de leche. Cuando llegué todo sudado mamá exclamó: “¡Qué rápido fuiste!”. Le conté lo sucedido y ella dijo: “¡Que hijo tan pendejo tengo, creyendo en esas tonterías!”.

LA MUERTE DE JESÚS BARRETO ABREU

Jesús era primo hermano de nosotros, y su muerte sucedió de esta manera. Él tenía una bodega en el pueblo de Aricagua, en su casa de familia, donde vivía con su esposa, Rosa Abreu, y sus hijos, Jesús Barreto, el mayor, con ocho años, Egidio, Eméira Rosa, Juan y José Raimundo “Mundo”, quien se enfermó de los riñones, muriendo muy joven por falta de donantes. Ellos vivían al frente de la iglesia colonial en ruinas, donde vendían, aparte de los productos comestibles, también aguardiente con permiso y patente. Un día un aricagüero llamado indio Zanzonetti se emborrachó y estaba durmiendo pasando la pea sobre un mediano banco cuando su esposa, cansada de esa situación, fue a buscarlo en horas de la tarde y lo trasladó a su casa junto con Jesús Barreto, dueño de la bodega, quien era además su amigo personal. Ella, con rabia y con deseo de ver a su marido sin esa bebedera de ron, pensó en hacerle algo que le diera vergüenza y cambiara su comportamiento, así que hizo lo que alguien le recomendó: buscó un huevo de gallina, le extrajo la clara y, como el indio estaba durmiendo desnudo, le untó la clara en el ano y parte de las nalgas. Este, a medianoche, se despertó y su mujer le dijo: “Revístate, porque a ti como que te cogieron porque te siento pegajoso”, y en verdad él sintió sus partes pegajosas, así que llegó a la conclusión, dentro su delirio, de que Jesús Barreto lo había violado cuando se quedó dormido esa tarde sobre el banquito que estaba en la entrada de la bodega.

El indio, al día siguiente, se dirigió a la bodega de Jesús Barreto y le compró un trago de ron. Jesús, como de costumbre, mantenía un cuchillo sobre el mesón del estante, que usaba para picar papelón, queso y cortar verduras. El indio se colocó cerca del mostrador y le pidió otro trago de ron, pero cuando Jesús volteó para buscárselo el indio saltó sobre el mostrador y, con el cuchillo de la bodega, le dio una estocada por la espalda que le perforó el corazón sin discusión alguna. El prefecto de Aricagua, Jesús Teodoro Barreto, se encargó del asunto.

Años después Nelsón Rondón Barreto, hermano de Rosario del Valle y protegido desde su infancia por su tío Jesús Barreto, por haber muerto su madre, Rosario Barreto Abreu, terminó vendiendo pescado fresco en bicicleta de reparto desde Cumanacoa hasta Aricagua. Un día el indio Zanzonetti se encontró de nuevo en libertad y, en forma provocadora, decía a viva voz en Aricagua que ya había pagado a ese muerto. El vendedor de pescado, al enterarse de estos comentarios, se sintió herido en el alma.

Un día, Nelsón supo que al indio lo habían visto por Cumanacoa, en el sector La Represa, y se trasladó a ese sitio en su búsqueda. Lo encontró borracho y se le acercó para preguntarle: “¿Sabes quién soy?”. El indio lo había conocido de pequeño, pero en ese momento ya no sabía quién era. Nelsón le dijo: “Soy un hijo más de aquel hombre que mataste en Aricagua injustamente”. El indio quiso golpearlo y Nelsón sacó su cuchillo para darle tres estocadas, ocasionándole la muerte en forma instantánea y vengando de esa manera a su querido tío Jesús Barreto Abreu. Luego fue a la policía, que le quedaba a menos de cien metros de distancia. Pagó dos años de cárcel por ese crimen.

MUERTE DE JUAN MANUEL RANGEL

Muy cercano a esos acontecimientos, se presentó un problema entre los hermanos Cayetano Rangel y Juan Manuel por una mata de cedro que les pertenecía a los dos. Un día cualquiera Cayetano vino desde Cumanacoa a Laguada, donde vivían los dos, y después de caminar una larga subida, ya llegando a la casa de Calmito Rangel, en la parte más alta, se encontró con Juan Manuel, quien lo esperaba con un machete. Cayetano, muy cerca y casi sin discutir, recibió un machetazo en el antebrazo izquierdo por estar protegiéndose la cabeza, y luego otro en la mano. Bañado en sangre, se abalanzó sobre Juan Manuel para desenvainar su cuchillo, disminuyendo la distancia para quitarle efectividad al machete, y le dio varias estocadas a su hermano. Juan Manuel cayó al suelo sin signos vitales.

MUERTE DE AURELIO ARIAS

En el caserío Pueblo Nuevo, un día sábado, había joropo con bebidas de ron y juegos de barajas. Se presentó una discusión entre Manuel Reyes “Manuelico”, que no tenía familia en todo el sector, y Aurelio Arias Villafranca, quien se emborrachaba con frecuencia los fines de semanas. Manuelico había tenido un altercado días antes con “Chongo” Arias Villafranca frente a la casa de Santiago Marcano y Josefa Salazar, en San Juanillo arriba. Manuelico le dijo en la discusión a Aurelio, por ser hermano de Chongo: “Tú me hiedes a cedro, olor de urna”; Aurelio, que además pronunciaba mal algunas palabras, le respondió: “Pero a hombre no te hiedo, coño”, dándole una trompada en la cara. Llegado a ese punto la gente evitó la pelea.

Aurelio siguió bebiendo aguardiente. Como vivía en San Juanillo arriba, en la frontera con Valle Grande, ese mismo día en la tarde se fue borracho, casi sin poder caminar, del brazo de “Chano” Azócar, quien lo acompañó hasta el cruce vía Parácua, porque consideró que no había peligro y que podría llegar a su casa, donde vivía con Barbarita Villafranca y era padre de cinco hijos: Clotilde Villafranca, la Negra, José, Elisbeis y Josefina. Luego, a poca distancia de su casa, cerca del cruce del camino hacia Valle Grande y Sotillo, vía río San Juanillo, lo estaba esperando Manuel Reyes, quien lo asesinó de un solo machetazo en la nuca, aprovechando que aquel estaba dormido pasando la borrachera. Como

vivía con dos mujeres, también a Juliana Díaz Marcano, hermana de mi madre, le dejó huérfanos sus cuatro hijos menores de edad: Manuel Díaz, Bienvenido “Niño”, Germán “Pájaro Amarillo” y Jesús Díaz “Jesuito Cuchillo”.

MUERTE DE ANTONIO BASTARDO

Menos de dos semanas después de lo ocurrido en San Juanillo con la muerte de Aurelio, en el caserío de Valle Grande se presentó un baile de joropo en la casa de mi tío Manuel Díaz Marcano, hermano de mamá. Los músicos eran familiares porque en ese caserío vivían varios tíos, entre ellos Luis Díaz, Asunción Díaz, Francisco Díaz, Pastora Díaz, Juliana Díaz y José Inés Díaz. Quien tocaba el acordeón era Manuel Díaz. Como en toda fiesta, no faltó el aguardiente, que le da brío a la gente para las peleas y que muchas veces las pone agresivas por hambre y anemia. Fuera de la casa se dio una discusión entre Antonio Bastardo y un familiar, en la que se incluyó a Manuel Díaz. Antonio Bastardo tenía pocos meses en el sector de San Juanillo, pero se había convertido en allegado de la casa por intermedio de Beltrán Abreu, y también lo era en Valle Grande. Antonio era de Caripe, en El Guácharo, donde según él tenía una hermana llamada Victoria que tenía un hijo pequeño llamado Roberto Bastardo, quien llegó a ser guerrillero en el frente Manuel Ponte Rodríguez, y que fue terriblemente torturado cuando cayó preso.

Ese día, Antonio le asestó un golpe con un palo a Manuel que lo largó al suelo, y la gente gritó casi en coro: “¡Lo mató, mataron a Manuel!”. Antonio, asustado, salió corriendo para huir hacia San Juanillo, a la casa de los Abreu por supuesto, pero en poco tiempo fue alcanzado por José Inés Díaz y, en el combate, murió Antonio

Bastardo. Lo de Manuel fue leve, solo un desmayo producto del golpe con el palo. José Inés Díaz se enteró y exclamó: “¿Dios mío... qué he hecho?”. Estuvo preso en la cárcel de Cumaná y terminó pagando condena en la Penitenciaría General de Venezuela de San Juan de los Morros.

LA PELEA

En el caserío San Juanillo, el poco ganado que tenía papá toda la vida había nacido, se había criado y pastoreaba en las extensas sabanas que se extendían desde Pueblo Nuevo por el noreste hacia Peñas Negras, en la hacienda de café de Julián Ruiz y parte de Palmito, y también hasta Guasimilla. Subiendo desde Pueblo Nuevo, como a cuarenta minutos de camino, se encontraba la quebrada de Potrerito, muy pedregosa; después de cruzar la quebrada y seguir subiendo, a mano izquierda, se encontraba la familia de Antonio Villafranca, quien vivía con su esposa Adelaida Licet y sus hijos, que eran Gertrude Villafranca Licet, Irene, Socorro, Rómulo, Sarito, Agustín y Juan Villafranca Licet. Dentro de esa sabana tenían un buen pedazo de tierra cercada, donde cultivaban lo necesario para el sustento de la casa. Al lado había un pedazo pequeño de terreno donde Ángel Rodríguez cultivaba maíz con su hermano José; la cerca era muy pobre en alambre, así que la completaron en parte con pedazos de palos.

El ganado de la casa era marcado, desde que era becerro, con un hierro con la letra "M", herencia de los Marcano, y con un pequeño corte en cada oreja. El ganado caminaba y se dispersaba por todas esas sabanas.

Un día llegó a la casa una información de que había dos vacas muertas en la quebrada del Potrerito, muy cerca una de la otra, y de que estaban ubicadas más abajo del paso del camino real. El

descubrimiento se logró por la presencia de los zamuros. Beltrán subió al sitio, por el paso de la quebrada, para luego caminar quebrada abajo y confirmar el hecho. Lo lamentable fue que no avisaron a tiempo para aprovechar la carne. Beltrán acudió a la policía de Cumanacoa para citar a los hermanos Rodríguez.

Al día siguiente, la policía fue por ellos, y hasta a Beltrán se lo llevaron para la indagatoria. Estando en el interrogatorio, José le dio un golpe a Beltrán en la cara, como para amedrentarlo. La policía intervino y encerró a los Rodríguez; a Beltrán lo dejaron fuera del calabozo para evitar la pelea. Lo soltaron al día siguiente, y a los Rodríguez a los dos días. Después, los Rodríguez subieron al caserío de San Juanillo en la noche. En la casa se había quedado un burro amarrado afuera. Los Rodríguez, luego de pasar por San Juanillo, continuaron hacia Pueblo Nuevo, donde vivía “el Negro” Ángel Rodríguez. Al amanecer, se dieron cuenta en la casa de que el burro estaba muerto, tenía una herida profunda en el cuadril, con los intestinos perforados, producto de una puñalada. En vista de esto, Beltrán volvió a la policía para denunciar el caso. La policía subió a Pueblo Nuevo y no dio con los Rodríguez.

Unos días después, Viviano Abreu y Ramón Brito, que tenía unos meses viviendo en la casa, fueron a sabanear el ganado. Se fueron cerro arriba, hasta penetrar en la hacienda de Julián Ruiz, y al llegar a la casa en donde vivía el mayordomo Rafael López, que mantenía buenas relaciones con nuestra familia, apareció Ángel Rodríguez que, sintiéndose perseguido por la policía, persiguió a Viviano con un machete en mano en cuanto lo vio. Viviano, por tener dieciséis años y por ser buen corredor, se salvó. Ramón simplemente se hizo a un lado. Ángel Rodríguez no sabía la relación que tenía con Viviano, y al ver que Ramón se quedó frente a la casa con indiferencia, le comentó al pasar: “Si lo alcanzo lo mato”.

Al otro día los Rodríguez, enfurecidos, con los machetes amolados como para cortar un pelo en el aire, se ubicaron en la parte más solitaria del caserío Los Muertos, entre las casas de Ramón Marcano y Eusebio Marín, a la espera de Beltrán. Este subía desde Cumanacoa, pero cuando iba llegando al caserío Los

Muertos fue puesto en alerta por alguien, por lo que iba receloso. Tenía veintisiete años de edad. Cuando vio a uno de los Rodríguez escondido cerca del camino, lo esquivó gracias al caballo en que estaba montado. Eran las tres de la tarde cuando llegó a la casa para echar el cuento de lo sucedido delante de nosotros. Luego me ordenó ir por el comisario José Díaz, padre de Rafael, Faustino y Fernando Díaz, al caserío Contador, y a Ramón Brito lo mandó a dar aviso a la policía de Cumanacoa de lo que estaba pasando. Le di el mensaje al comisario, explicándole lo que estaba sucediendo, y me mandó a regresar a casa y decir que él llegaría a San Juanillo dentro de dos horas. De esa manera regresé con la información del comisario. En el transcurso de ese tiempo los Rodríguez ya estaban en San Juanillo, cerca de la casa de zinc. José Rodríguez le comentó al padre de Petronila Boada, al que le decían “Manchao” por tener un gran lunar rojizo en la cara, lo que pensaban hacer con la familia Abreu: la idea de los Rodríguez, según la información, era asaltar la casa para asesinarlos.

A las seis de la tarde el comisario llegó a San Juanillo con su hijo Faustino Díaz, de dieciocho años de edad. Frente a nuestra casa, en una esquina, estaba la bodega de Pedro Salazar, donde siempre se concentraban personas para oír la radio recién comprada. Escuchaban allí *El bachiller* y *Bartolo*, con Amador Bendayán, las novelas *Los tres Villalobos* o *El derecho de nacer*. Sebastián estaba en la bodega de Pedro con el interés de oír el radio, sentado al lado del niño Macho Salazar, de seis años. Ángel Rodríguez pasó varias veces con intención de atacarlo, pero no lo hacía por el niño. Sebastián no sabía lo que estaba pasando y se retiró a la casa porque estaba fatigado.

Era viernes 10 de agosto de 1951, estaba oscuro y ya estábamos cenando, como a las siete de la noche. Sebastián tenía asma, así que no estaba con nosotros en la mesa, sino que se había ido al cuarto, todo fatigado. Mientras tanto estábamos cenando Beltrán, el Negro, Ismael, Viviano, Narciso, Chuito, la Negra, Pichón y yo. Mamá estaba en el fogón, que quedaba fuera de la casa. Papá hacía rato que había comido, él nunca comía con nosotros, lo hacía

en la bodega y siempre se acostaba apenas oscurecía haciéndole competencia a las gallinas. Justo en ese momento el comisario, con su hijo Faustino, hablaba con José Rodríguez, el más sensato de los dos hermanos. José Rodríguez aparentaba ser amigable y para probarlo le entregó su machete a Faustino, quedándose con su cuchillo oculto. El comisario analizó la situación y le hizo ver que, por la hora, era bueno que se retirara a su casa. En eso se acercó Ángel Rodríguez, que había estado retirado, y le asestó un machetazo al comisario en la cara, derribándolo de inmediato. Luego le tiró con la idea de cortarle la cabeza, mientras José Rodríguez le daba una puñalada a Faustino en un brazo. Acto seguido le hizo otra herida con el mismo cuchillo en la cabeza, cortándole el cuero cabelludo. Los Rodríguez estaban armados con cuchillos y machetes. Cuando le dieron el machetazo al comisario se escuchó en la casa con toda claridad, como cuando se pica carne con hueso. Luego de oír el machetazo, Beltrán y el Negro, de veintiún años, ya prevenidos, saltaron instantáneamente como resortes, machete en mano, para enfrentarse a los que venían a arremeter contra nosotros dentro de nuestra propia casa. Faustino estaba herido, pero los esquivó con el machete que José Rodríguez le había dado en son de paz. Nosotros, los pequeños, nos colocamos al fondo de la casa y a un lado de la misma, junto a mamá. Oímos el sonar de los machetes que chocaban, un machetazo que cortaba carne con hueso y luego un “¡Ay!”.

La noche era oscura, solo se veía el reflejo de la luz de la lámpara de gasolina de la bodega de Pedro Salazar. Mi mamá gritó: “¡No se dejen joder carajo!”. Mientras, yo lloraba porque no sabía a quién le daban. Después salí corriendo a la bodega para avisarle a papá, que se despertó y comenzó a rezar, cosa que él hacía siempre al acostarse y al levantarse. Yo no lo esperé y corrí de nuevo al fondo de la casa, imaginando a mis hermanos macheteados. Encontré a mamá que repetía: “¡No se dejen joder carajo!”. Todavía alcancé a oír otros machetazos y quejidos por el impacto del machete, a los que mi repuesta era el llanto, pues me imaginaba muchas cosas. Cuando papá por fin se levantó ya todo había pasado, los

Rodríguez estaban muertos frente a nuestra casa. Al comisario lo levantaron del suelo para llevarlo a la bodega con Faustino, que estaba herido. Corrí a la bodega y lo primero que vi fue la cara del comisario, a quien le colgaba la quijada de un lado y que tenía las muelas picadas, todo su cuerpo bañado en sangre. Mi reacción fue un fuerte llanto, producto de la gran impresión recibida.

Papá atendió a los heridos en la bodega, mientras Beltrán vigilaba agazapado con la escopeta morocha calibre dieciséis y varios cartuchos, por si se presentaba un ataque de los familiares de los muertos. El Negro, acompañado de Ismael, salió para Valle Grande en busca de refuerzos con los tíos, hermanos de mamá. Ramón Brito se presentó en ese momento, para informar que en la policía de Cumanacoa no había conseguido ningún agente disponible porque estaban de servicio en San Lorenzo, por estar de fiesta patronal. Le tocó salir corriendo de nuevo para dar aviso a la policía de lo sucedido en la pelea de San Juanillo. Viviano y Narciso buscaban preparar una hamaca para trasladar al comisario José Díaz por la herida que tenía en la cara. En ese momento eran las ocho de la noche. Luego de medianoche apareció Ramón Brito con tres policías, que vinieron a llevarse presos a Beltrán, el Negro, Faustino, con doble heridas, y a Sebastián con asma, más la hamaca con el comisario, cargada por los detenidos sanos. Un policía ayudó a llevarlo al dispensario de Cumanacoa, que estaba a dos horas de camino desde San Juanillo, por el camino lleno de fango.

Esta situación de frecuentes peleas ocurridas en un sector tan reducido del distrito Montes, en un tiempo tan corto, era como una epidemia, una peste. Tanta agresividad, mezclada con los efectos del alcohol, eran el detonante en más de la mitad de los hechos. También pudiera ser culpable la propia miseria en que se vivía, y el desprecio a la vida humana que tenían los atacantes.

Mientras pasábamos por esa situación, papá invitó a su hermano materno Rafael Marcano, quien vivía con su familia en Contador, con Hilda Marín, y a sus hijos Francisca, José, Julián, Veba, Tella, Rigo y Pablo Marín, que tenían su casa del lado de

acá del río San Juan, frente a la poza del Codo, para que lo acompañaran, ya que sus hijos mayores estaban presos, y a la vez para que lo ayudaran con los animales. También llegó a la casa desde Aricagua Nelsón Rondón Barreto, que era contemporáneo conmigo, y que fue quien, ya adulto, le dio muerte al indio Zanzonetti, como mencioné anteriormente. Nos acompañó en esta ocasión porque solo dos meses antes, en Aricagua, le habían matado a su apreciado tío Jesús Barreto. Nelsón era hermano de Rosario “la Negra”; con él yo me sentía acompañado, pues todavía le temía a un encuentro con algún familiar de los Rodríguez. Sin embargo, pasó con nosotros pocas semanas.

Yo estaba tan afectado con lo sucedido frente a la casa que, de noche, cuando me encontraba entre dormido y despierto, oía los mismos quejidos y el mismo sonar de machetes, y cada noche me pasaba lo mismo. Este cuadro psicológico me duró varios meses.

Todos estos hechos ocurridos en San Juanillo en diferentes sitios, más los de Valle Grande y los de Laguada, hicieron que San Juanillo cogiera fama de ser un sitio “donde pelan y no afeitan”. Esta responsabilidad recayó sobre la familia Abreu, y la gente de Cumanacoa estaba asombrada con esa cantidad de muertos en tan poco tiempo.

MARGARITA MAICÁN

Cuando Sebastián cayó preso por averiguación, Margarita Maicán, su compañera, se trasladó a la casa de su mamá, Ignacia Maicán, acompañada por Berta Ramos, Margarita Abreu y mi persona. La casa estaba ubicada en el caserío Las Laras, a doce horas de camino desde San Juanillo, muy cerca de Marigüitar. En esa zona las casas estaban muy dispersas. Cerca de la casa de la familia Maicán había un pequeño río de agua cristalina con un buen pozo, donde nos bañamos cada día. En una oportunidad en que fuimos a bañarnos, Margarita Maicán vio con claridad un papel sobre una piedra, y al leer lo que tenía escrito descubrió que era una declaración amorosa para Margarita Abreu de un joven que no habíamos visto, pero sí conocido por nuestra cuñada.

Al día siguiente, el mismo grupo se trasladó hacia Mari-güitar, donde la cuñada tenía un familiar a quien deseaba visitar. Este recorrido lo hicimos casi todo siguiendo el curso del río. En Marigüitar vi por primera vez el mar y comprobé que el agua era salada. ¡Eso me impresionó, ver tanta agua junta! En la casa, en la tarde, comimos sardinas y arenques asados con casabe mojado. Estábamos Berta, Margarita Maicán, Margarita Abreu, la señora de la casa y yo. A Margarita Abreu, con catorce años, y a mí, con once años, nos dio por reírnos. Nos reíamos por todo, cosas de muchachos, hasta que la señora se sintió incómoda, tanto que nos

preguntó: “¿Por que ustedes se ríen tanto?”. Margarita no supo qué decir, pues era como una descarga, no sé si de emociones nuestras.

Al día siguiente regresamos a Las Laras. Luego, al otro día, muy temprano, salimos los tres para retornar a San Juanillo sin Margarita Maicán, quien se quedó con su madre. Diez meses después de lo sucedido en San Juanillo, Sebastián, por ser inocente, fue puesto en libertad. Me ordenaron ir a Las Laras por Margarita Maicán, para lo que usé un burro, porque la distancia era larga e iba solo. Al llegar le informé a Margarita el motivo de mi viaje, pero la respuesta de ella fue negativa porque su hermano, quien vivía en el estado Monagas, había visitado a la familia y la había convencido de no seguir viviendo con Sebastián Abreu porque era peleador y eso sería una mancha para ella. Para el burro no había comida y para colmo tuve que dormir esa noche en la misma cama que su padrastro, Toribio Román, quien también era el padre de los hijos de Sirveria Brito.

Esa noche casi no pude dormir por el fuerte mal olor de la cobija. Muy temprano ensillé el burro para regresar a casa. Después de avanzar un buen trecho y pasar por los caseríos Río Frío y San Cayetano, llegué a Los Mangos a las seis de la tarde, a la casa del “Negro” Maza, donde me prepararon un mechón con queroseno para alumbrar el camino. Tanto el burro como yo estábamos cansados, así que me aconsejaron que me quedara por la hora que era, y me preguntaron si no me daba miedo pasar de noche por la parte selvática de Las Cantinas, donde estaba la hacienda de Silverio Díaz. Tomé la decisión de continuar con temor, y entrando en la parte boscosa vi cosas extrañas o raras, pensé que podía ser por lo encandilado. Me armé de valor para poder continuar y pasar por Las Caras y Las Cantinas, llegando a San Juanillo como a las ocho de la noche, cuando todos estaban ya dormidos. Me sentí triunfante por haber afrontado los temores, y los halagos de la familia me hicieron sentir valiente.

DESDE ARICAGUA HASTA SAN JUANILLO

Estando en Aricagua y después de llevarle una información a la señora Rosa Abreu, me entretuve con el primo Nelsón Rondón, y salí de Aricagua a eso de las cinco y treinta de la tarde para volver a San Juanillo. Cuando empecé a ascender por la subida de Aricagua, oscureció a pesar de que había luna. La gente le tenía miedo al árbol de Majomo que estaba ubicado en la parte plana, a orilla del camino, y más alto en la subida, donde salía “El ahorcado”. Yo estaba sometiéndome a prueba. Ese camino era solitario de noche, con cierto miedo por ese espanto logré pasar el sitio tenebroso, pues el valor y la decisión pudieron más que el miedo. Pasé por Valle Grande como a las siete y media de la noche, en algunas casas sentí hablar y los perros, que nunca faltan, ladraban. Cabe destacar que en ninguno de estos caseríos había corriente eléctrica. Seguí la marcha para pasar por el otro atemorizante y frondoso algarrobo de Eduvigis Sánchez, donde también salía otro ahorcado. En esas pruebas logré llegar a casa cerca de las ocho de la noche, demostrándole a todos mi temple de valor en ese ambiente de terror. Los encontré despiertos porque Dionisia Febres, la compañera de Ismael, tenía un ataque de nervios. Llorando me dijo repetidas veces: “Me salió la Sayona, que horrible es”. Mi mamá le preparó un guarapo de hojas de catuche para que se lo tomara y le untó valeriana para calmarle los nervios. En esos campos no había descanso con los espantos.

LA ISLA GUASINA

En la isla Guasina estaba la prisión del gobierno provisional de Germán Suárez Flamerich, que se dio en continuidad con la Junta Militar, y que luego fue dirigida por Marcos Pérez Jiménez, ministro de la Defensa, convertido en dictador. Yo tenía en esa época apenas once años y no sabía de su existencia; sin embargo, muchos años después leí el libro titulado *Se llamaba S. N.*, de José Vicente Abreu, que era dirigente adeco y pasó a ser militante del Partido Comunista, quizá en esta misma cárcel.

Me interesa contar los hechos ocurridos el 12 de noviembre de 1951, cuando llegó al campo de concentración de Guasina el primer lote de prisioneros políticos, hacinados en las bodegas del viejo y destartado barco *Guárico*. Eran cuatrocientos cuarenta y seis militantes del Partido Comunista y de Acción Democrática sustraídos de las diferentes cárceles del país. Esta isla está situada en Delta Amacuro y es un lugar inhóspito del río Orinoco, a un lado del caño Boca Grande. El clima es insoportable, la temperatura es superior a los cuarenta grados centígrados y cuando llueve el río Orinoco inunda la isla, y al bajar el agua la zona queda cubierta de un pantano maloliente. El estudio de este lugar seguro para instalar la prisión fue obra del director de la Seguridad Nacional don Pedro Estrada, pues era un lugar infestado de plagas transmisoras de paludismo, fiebre amarilla, amebiasis, tifus y moscas cuyas picaduras producen ulceraciones. Al frente de este campo

de concentración estaban tres tenientes: Pedro Ramírez Celis, Juan Manuel Payares y Alfredo Martínez, quienes eran especialistas en dar a los prisioneros tratos inhumanos y crueles.

Volviendo al relato de mi vida, ese año de 1951 Alejandro Azócar le entregó a mi papá a su hijo, llamado José Feliciano “Tres Toletes”, porque comía tierra, para que le quitara el vicio. Papá lo primero que hizo fue darle un pequeño purgante de “salderso” (sal de higuera). José Feliciano estuvo con nosotros unos tres meses, ayudando a buscarle comida a los burros, a pilar el maíz para hacer las arepas y otras tareas. Le gustaba pilar con María, lo hacían sincronizados, cada uno con su respectiva mano de pilar, y no se aporreaban. La cura en sí resultó ser la comida, que en la casa nunca faltaba y que mamá era espléndida preparando, y ya cuando el niño estuvo robusto y curado se fue a su casa.

También nos trajeron para la casa al primo Manuel Díaz. A él lo llevó la tía Juliana, hermana de mamá, para que le quitaran el vicio de comer jabón. Fue curado de la misma forma, trabajando en las tareas de la casa y comiendo. Manuel casi siempre se cortaba las manos cuando le picaba el pasto a los burros, y un día se cortó tan fuerte la mano izquierda que hubo que bajarlo al dispensario de Cumanacoa; esa herida le dañó unos dedos y le quedaron torcidos.

En la casa, mis hermanos mayores, Beltrán, Chango y el Negro, se liberaron del yugo papá en algún momento. No les asignó más tareas a ellos, y esas cosas de trabajo quedaron desde Ismael para abajo, es decir, para Viviano, Narciso, Chuito y yo, y hasta para Pichón, que con cinco años podía ir a buscar agua al río, acompañado de otro hermano, llevando una taparita. En la casa se tenía que trabajar todo el tiempo. Cuando papá salía de la bodega hacia la casa de mamá siempre lo hacía silbando por el fondo de la casa, para que nosotros aprovecháramos y saliéramos corriendo a ocultarnos: unos corrían para la calle, otros se metían debajo de las camas, o se escondían detrás de alguna caja de ropa sucia, porque al que papá encontrara sentado dentro de la casa de inmediato le daba una tarea, nunca perdonó a ninguno. A mí, más de una vez, me llegó a

sacar de debajo de la cama diciendo: “Mira pajarito, qué haces ahí escondido, vaya a buscarle agua a los cochinos”. Si conseguía a dos o tres de nosotros nos distribuía las tareas.

SEGUNDA FUGA

Mientras cursaba segundo grado, nunca faltaba la interferencia de papá. En una ocasión había un becerro amarrado frente a su bodega, en un estante de la cerca de Pedro Villafranca, cuya casa estaba alquilada a Pedro Salazar. Al animal le estaba pegando el sol y papá me ordenó cambiarlo de sitio. El becerro estaba ya bastante grande y tenía mucha fuerza. Cuando estaba desamarrándolo, la criatura templaba cada vez más el mecate, de tal manera que se me hacía difícil desamarrarla. Por la impotencia que tenía ante el forzado ternero, maldije unas veces, y papá me advirtió. Hice otros intentos y resultó lo mismo, así que volví a maldecir casi llorando e intenté de nuevo, pero sentí un fuerte golpe que me dio papá con la parte dura de un cogollo de caña. Caí al suelo sin poder pararme, y creo que me golpeó dos veces más. Al rato me levanté y planifiqué huir de la casa para irme con mi tía Juliana, quien vivía en Cerro Colorado, hacia Valle Grande.

En aquella época estaban en la casa de mi tía Juliana los otros tres hijos de Aurelio Arias, quien fue asesinado, y que eran: Bienvenido Díaz "Niño", Germán y Jesús; en realidad eran cuatro contando a Manuel, pero en ese momento estaba en nuestra casa curándose el vicio de comer jabón. Niño cortaba leña para vender, así que me escapé y me uní a él para ir con dos burros cargados hacia Aricagua para venderla. Cuando no se lograba vender en Aricagua, cogíamos rumbo hacia Cumanacoa, donde se vendía

con toda seguridad. Yo tenía en la casa de mi tía ya dos semanas pasando hambre, cortando y vendiendo leña junto con Niño, cuando apareció Ismael pidiéndome que regresara a casa, con la vieja promesa de que no me castigarían. Así que volví y le expliqué a mamá lo que me estaba pasando. Ella me apoyó para que fuera a la escuela y así fue como logré aprobar el segundo grado con la maestra Josefina Yegres, iniciando los doce años de edad.

LA FUGA DE ISMAEL

Papá le ordenó a Ismael un día, a eso de las diez de la mañana, con el sol caliente, ensillar cuatro burros para ir a Cumanacoa a hacer las compras necesarias para surtir la bodega. Este, al llegar a Cumanacoa, se trasladó al sector Las Tinajitas para llegar a la casa de Pedro Villafranca, quien tenía un buen solar. Su vecino más cercano tenía el solar sin cercar, lo que hacía fácil el acceso al solar de la casa de Pedro. Ismael pasó directo con los burros al fondo de la casa, por la confianza que existía entre ellos y nuestra familia. Después de amarrar a los burros habló con Pedro, diciéndole que iba a hacer una diligencia y que, si no había regresado una hora después, los mandara para la casa con cualquiera que fuera para San Juanillo.

Ismael se fue para Cumaná con el dinero de la compra. Al tiempo nos enteramos de que estaba trabajando en una panadería ubicada en el centro de la ciudad, llamada La Estación, cerca del puente Guzmán Blanco, sobre el río Manzanares, que da continuidad con la calle Bermúdez. Ismael, en su trabajo, llevaba el pan en una bicicleta de reparto a los negocios ya prefijados, y al poco tiempo comentaban que estaba gordo y rozagante; esa panadería era de un tal Chucho Cordero.

LA CARTA PARA SERVANDA

Un día, temprano, Narciso le escribió una cartica a una futura conquista. Me la leyó y me pareció que le decía cosas bonitas. De repente me acordé de una muchachita que me encantaba y me sentí enamorado de ella. Cuando la veía y cuando estaba cerca de ella me ponía nervioso, pero ella no sabía lo que me pasaba porque nunca se lo había dicho. Como no sabía redactar ese tipo de misivas le pedí a Narciso que me hiciera una cartica para dársela a Servanda, la hija del bodeguero Pedro Salazar. Narciso escribió el papelito y me lo leyó, me pareció bien y de inmediato agarré la cartica, la doblé y salí para la bodega de la esquina. Me asomé con cuidado, allí estaba la señora Carmen Tanco, madre de la niña. Entré y había una persona comprando. Pasé con cuidado a la sala, pero no vi a Servanda, y cuando iba saliendo de la cocina la vi en la sala, así que extendí la mano y le dejé la carta doblada ahí sin decirle nada; luego salí corriendo para la casa. Esto fue muy temprano.

EL VIAJE A CUMANÁ

Ese mismo día cuando entregué la carta de amor, después del desayuno, mamá me pidió que le ensillara un burro para ir a Cumanacoa, con un par de maras para llevar una auyama, un buen ñame, dos quesos de cincho, que mamá hacía con la leche de las vacas, otras verduras más y una maleta pequeña. Salimos de la casa. Era la primera vez veía a mamá salir para Cumanacoa, lo hizo porque deseaba visitar a Beltrán y al Negro, que estaban en la cárcel de Cumaná. Llegamos a la casa de Pedro Villafranca en Las Tinajitas. En Cumanacoa me mandaron a la plaza Bolívar por el carro, para que pasara por Las Tinajitas buscando a la pasajera. Yo me bajé en Cumanacoa para regresar con el burro, pero cuando vi, cuando me percaté de que guardaban en la maleta del carro las cosas de mamá, empecé a llorar en cuanto se montó y me aferré al carro, diciéndole que quería ir. Ella argumentaba que yo no tenía la ropa limpia, pero le respondía que eso no importaba. trataron de despegarme del carro y me volví a agarrar de la manilla, no me importaba si me arrastraban. En eso mamá dijo: "Está bien", y me montó en el carro.

Era primera vez que me montaba en un carro. Cuando llevábamos casi una hora rodando por esa carretera de tierra, todo me comenzó a dar vueltas y sentí ganas de vomitar. Menos mal que íbamos en el asiento de atrás, porque me incliné sacando la cabeza y ensucié la parte de atrás del carro. No me provocaba seguir, pero continuamos. Al llegar al barrio Mundo Nuevo nos bajamos. Yo no

aguanté más y volví a vomitar, sentí escalofríos y estaba sudando, con la tensión baja, no sé cómo no me desmayé.

Al rato subimos la calle siguiendo la dirección dada por Pedro Villafranca. Íbamos a la casa de Barbarita, su hermana, muy conocida de mamá, una de las dos mujeres de Aurelio Arias; en ese entonces ya se encontraba viuda. Barbarita era como toda mujer batalladora, sancochaba buena cantidad de maíz durante la noche. Desde la casa se veía la cárcel. En la madrugada José y Elisbeis se levantaron, y yo con ellos. José era contemporáneo conmigo, y nos levantamos para llevar el maíz al sitio donde lo molían. Caminamos varias cuadras y, cuando llegamos, nos encontramos a un grupo de mujeres y de muchachos haciendo la cola para que les molieran el maíz y poder obtener su masa. Barbarita la usaba para hacer las arepas que José y Elisbeis salían a vender y llevaban por encargo a las calles de Cumaná. Yo les acompañé en esa labor la mitad del tiempo que estuve en Cumaná.

Un día, después de ir con mi mamá a la cárcel para visitar mis hermanos, me fui con José y Elisbeis a la playa para bañarnos. Esa ocasión fue especial para mí porque era la primera vez que me bañaba con agua salada, por lo que disfruté bastante ese baño. En la tardecita buscamos la panadería con mamá para hacer contacto con Ismael. Ya oscureciendo nos montamos en un autobús para conocer Caigüire guiados por Ismael; después volvimos. Ese paseo fue muy agradable para mí, las luces internas del autobús me agradaron. Después nos desplazamos para donde Barbarita, volvimos a dormir y yo quedé en buscar a Ismael a la mañana siguiente. Salí temprano y quise acompañarlo en el reparto del pan. Ismael me dijo que lo siguiera a pie durante dos cuadras, ya que yo era de poco peso. Para que no lo vieran desde la panadería hizo que me montara en el guardafangos de la bicicleta, y así estuve con él repartiendo pan toda esa mañana. Yo iba con la ropa toda sucia. Al mediodía Ismael me acercó al barrio y me tomé la tarde para mí. Con el consentimiento de mamá fui a un parque, donde conocí y usé el tobogán, los columpios y la rueda. Terminé de ensuciar todo el pantalón, pero esos días los disfruté a plenitud.

Al día siguiente de eso retornamos en carro a Cumanacoa, para luego caminar hasta San Juanillo. Casi vomito otra vez llegando a Cumanacoa, todos llevábamos la cabeza llena de polvo porque se nos había puesto delante un camión que alborotaba toda la tierra de la carretera. Cuando llegamos a San Juanillo me dijeron que a Servanda le habían conseguido una cartica y le habían dado una pela por eso. Tal vez ella ni siquiera supo qué decía ese papel, pues no sabía leer, y simplemente lo agarró porque se lo dejé en la mano. Al día siguiente, por la mañana, mientras estaba parado frente a la casa, sentí la voz de la mamá de Servanda. Volteé a verla y me dijo: “Ven acá”. Me acerqué todo asustado, y me dijo: “¿Por qué tú le mandaste esa carta a Servanda, tú no sabes que ella es una niña de nueve años?”. A lo que yo le respondí, desde lejos: “Yo también soy un niño, señora Carmen”. Eso le causó tanta rabia que me odió casi toda su vida, no me aceptó un saludo sino cuando Servanda ya tenía una hija de Rafucho y esperaba otro hijo de él.

LOS TERRENOS DE CONTADOR

Esos terrenos estaban ubicados entre el caserío Contador y el río San Juan, haciendo frontera con Guasimilla por la parte noreste, cerca del Pegón, y al noroeste llegando frente de la casa de Luis Marín “el Mocho”. Los terrenos los trabajaban desde hace años, como tradición familiar, Juan Colón, Pantaleón Rodríguez y Juan José Salazar con Juana Marín y sus hijos Celestina, Jesús, Félix y Octavia Salazar; José Díaz y sus hijos Rafael, Fernando y Faustino Díaz; Cipriano Marín, “el Gato” Luis Boada y su hijo Luis, entre otros. Ellos tenían allí sus cultivos para el sustento familiar, donde sembraban maíz, yuca, ocumo, cambur, aguacate y limón, pero la mayor parte de su cultivo era de caña cristal, la que se usa para la producción del papelón en los trapiches. Esta caña es especial para morderla y chupar, pues su tallo es blando. Dentro del cultivo de Cipriano había una carrera de matas de mango junto a un gran árbol de mango tino. La mayoría de los muchachos de San Juanillo íbamos a buscar los sabrosos mangos antes de que se los comieran las ardillas o los pájaros, o de que se perdieran en el suelo.

Un día Agustín Rodríguez y Clara Villafranca, padres de Delvalle, Ramón, Modesta, José Aurelio, Socorro, Pedro Agustín, Margarito y Emiliana, le ordenaron a Delvalle “Moñinga” y a José Aurelio “el Negro de Clara” ir a Contador para comprar unos diez kilos de maíz en concha para pilar, sancochar y moler para hacer

arepas. El Negro de Clara me animó a que lo acompañara, Moñinga convidó a Yolanda Yegres, hija de Rafael Yegres “el Verguero”, para que después de la compra del maíz fuéramos a la carrera a recoger los sabrosos mangos tinos. Casualmente conseguimos cerca de una de las matas de mango una larga vara con un gancho en la punta, especial para halar los mangos. De una vez decidimos ir a la alta mata de mango tino. Moñinga era una experta en subir los árboles, así que se encaramó en lo alto y, después de alcanzar los mangos necesarios, dejó caer la vara sin mirar para abajo, y esta le rompió el cuero cabelludo a Yolanda Yegres, que estaba debajo de la mata. Afortunadamente no le perforó el cráneo a pesar de la fuerza con que cayó la vara. La alarma nos hizo acelerar la marcha, yo de inmediato agarré a Yolanda por un brazo y la llevé al pequeño canal que estaba cerca, donde hice que se quitara la pantaleta para colocársela en la herida y evitar el derrame de sangre. Luego le lavé la sangre restante y nos fuimos a nuestro caserío con la muchacha herida.

Cuando llegamos a la casa de Agustín Rodríguez, vio lo sucedido y dijo: “¡Guas, por Dios, diablo!”, expresión de estar sorprendido y molesto. Castigaron con correa a Moñinga y a su hermano el Negro, porque a ellos no los habían mandado a buscar mangos. Yo me encargué de llevar a Yolanda a su casa, pasando muy cerca de la mía. Su casa quedaba cerca de la entrada de la hacienda de Jesús Arias Villafranca, por la mata de ceiba propiedad del cojo Luis, donde la familia Yegres fue consciente y se dedicaron a ayudar a Yolanda.

Una vez estaba con mamá en el frente de la casa y vimos venir a seis guardias nacionales con Pantaleón Rodríguez y otro más amarrados de las manos, y delante de los guardias nacionales iba el comisario Antonio Márquez, quien se sentía apoyado para actuar por “Pelón” Barrios, ya que había sido propuesto por él para el cargo que ocupaba. Este comisario atendía varios caseríos y vivía cerca de Aricagua. Vimos que trasladaban a Pantaleón y al otro por el camino hacia la hacienda de Ángel Barrios, quien era sobrino de Aquiles Minguez, ya que era hijo de una señora

hermana de Aquiles; el padre de Ángel era “Pelón” Barrios. Le pregunté a mamá: “¿Por qué será que los llevan presos?”. Mamá dijo: “Será porque trabajan en esas tierras de Contador”. Yo salí corriendo para ir detrás y, cuando faltaba cierta distancia para llegar a la casa de la hacienda de Ángel Barrios, vi que los estaba esperando el joven Aquiles Minguez, vestido de caqui como si fuera ingeniero.

Frente a la casa tenían una mesa y sobre ella un plano y un lápiz. Aquiles le hizo señas al responsable de los guardias para que le acercaran los detenidos. Aquiles levantó el plano con la mano izquierda y, con el lápiz en la mano derecha, empezó a señalar los límites del terreno que le pertenecía a la familia Minguez, al doctor Minguez padre de Aquiles, diciéndole a los detenidos que debían abandonar esos terrenos. Pantaleón le respondió diciendo que esos conucos tendrían que pagárselos. Aquiles le dijo que sí lo harían, pero que de todos modos se iban detenidos los dos para Cumanacoa, mientras que los que estaban huyendo, especialmente Juan Colón, que vivía en El Pegón, tendría que presentarse, pues la justicia estaba de su parte, según Aquiles.

En el transcurso de los meses la gente observó por ahí a Aquiles y a su hermano Gustavo Minguez, quien era abogado, cultivando el terreno con caña piojota para la central azucarera. Los campesinos fueron desalojados. En ese tiempo se cultivaba ese tipo de caña, de dura concha y difícil de morder para chupar, pues esta variedad es rendidora para producir jugo. Ya no trabajaban allí los conuqueros, porque la central azucarera estaba a punto de entrar en funcionamiento. Ya no se cultivaría más caña cristal, ni ocumo, ni yuca, ni cambur, ni los sabrosos mangos tinos. Los campesinos dejaron de llevar esos productos a la casa para las comidas de las familias, quedándose sin el debido sustento, y los muchachos de los caseríos nos quedamos sin los sabrosos mangos.

Un día, hablando con el Negro de Clara, me dijo: “¿Por qué será que en ninguna casa tienen matas de mangos, pomalacas, poma-rosas y así, otras frutas... a pesar de tener buenos fondos?”. Con el tiempo este panorama mejoró, el Negro sembró lechosa y cambur

en el fondo de su casa, y yo sembré en el fondo de la nuestra una matica de ciruela que, al desarrollarse, dio unas sabrosas ciruelas para que la familia comiera, y qué orgulloso me sentía cuando mamá decía: “Esa mata la sembró Hernán”.

En esos días papá me envió a la hacienda El Rosario para comprar una carga de ron, para lo cual llevé al burro con dos maras y en cada una de ellas un garrafón. La compra se la hice al caporal de la hacienda, el señor Gabriel Acosta. Regresando a mi caserío con la carga de ron, me encontré en Lamaguto con Eliades “el Perico” y “el Catire de Ñana”, quienes llevaban unas bestias mulares cargadas con tambores de gasoil para la hacienda de Ángel Barrios. Cuando íbamos por Bebedero ellos me dijeron que querían probar el ron. Comenzamos a succionarlo del garrafón utilizando el vástago de una hoja de lechosa, pues son huecas; yo también lo probé. Hicimos eso varias veces y cuando llegamos al caserío Los Muertos yo ya estaba tan borracho que no podía continuar montado en el burro. Le pedí a ellos que llevaran el burro con la carga a la bodega de papá, mientras yo me acostaba a un lado de la casa del señor Justo Figueroa y la señora Josefa Marcano, sin que ellos se dieran cuenta, para pasar la pea. Cuando me levanté me fui a la casa, llegando con un retardo aproximado de una hora. Es así como un niño se hace hombre en el campo, sin tener infancia ni educación.

EL 4 DE MARZO DE 1952

El 4 de marzo el partido Unión Republicana Democrática, con su líder Jóvito Villalba, se lanzó a la calle para conquistar los votos de los venezolanos por la unidad y la dignidad nacional, con la consigna “Un paso al frente”. En ese tiempo Ignacio Luis Arcaya era presidente del partido y Jóvito Villalba secretario general. Tenía yo doce años.

En las vacaciones del año escolar 1951-1952, Gilberto Villafranca y Jesús Ramón Arias, quienes ya conocían las dos escuelas existentes en Cumanacoa, me hablaron de ellas. Yo tenía aprobado segundo grado, así que pensé irme a Cumanacoa para recostarme en la casa de la calle Mohedano, N.º 65, que papá le tenía alquilada al señor Cruz Carmen Figuera, quien le cancelaba el arriendo en forma desordenada, cosa por la cual mi madre siempre discutía con papá. Esta casa Cruz Carmen la tenía como depósito para el café que le compraba a todos los que bajaban de las montañas, donde estaban esas haciendas. Anteriormente yo había ido a esa casa, donde había visto un cuarto desocupado, a pesar de que ahí vivían también la madre de Cruz Carmen, la señora Luisa Figuera, que era prima en segundo grado de mi mamá; también vivía la viejita y arrugada madre de la señora Luisa, que tenía más de noventa años. Luisa habitaba allí con su marido, Felipe Astudillo, y una nieta llamada Ana Elvia, hija de Cruz Carmen con Trájia Ramos; además vivían Jesús Figuera, nieto de Luisa Figuera, con Rosa

Antonia Díaz "Toña", la que se habían robado cuando era niña, y que ahora estaba embarazada, viviendo en un cuarto improvisado con solo un tabique.

Más tarde nació Luisa Teresa, el domingo 4 de mayo de 1952. La casa tenía una gran sala que era para instalar una bodega, pero que se usaba para almacenar el café en granos trillados y ensacados; la arruma era grande. Cruz Carmen tenía en su poder dos camiones, uno era de marca Fargo, el más usado y que era conducido por Jesús, y el otro era un Chevrolet nuevo, conducido solo por Cruz Carmen y su ayudante Ramón para comerciar el café en los estados Sucre, Monagas y Anzoátegui hasta llegar a los llanos, trayendo en el regreso burros o quesos llaneros para vender.

MI TERCERA FUGA

Un día muy temprano papá, enterado de mi inquietud por la escuela (no sé quién le soplaría), me llamó a la bodega, donde me preguntó qué deseaba hacer. Le respondí que quería ir a la escuela de Cumanacoa, a lo que él me replicó: “¿Qué vas a hacer con eso, muchacho? ¿Sabes que con eso no se logra nada?”. En un momento de la conversación agregó: “Yo no sé nada de escuela y sin embargo tengo con qué mantenerlos, por lo menos los he criado (...) Quédate trabajando conmigo porque necesito ayuda para seguir cumpliendo con la familia, tú sabes que Cruz Velásquez, hijo de Felipe Velásquez, estudió bastante en Cumanacoa, estudió hasta el último año de la escuela, sexto grado, y con eso no hace nada, ese muchacho tiene que cortar caña para comer”. Le dije a papá: “No sé qué es lo mejor”, y me retiré.

Tenía doce años en ese entonces, y me puse a pensar que los maestros que conocía tenían sexto grado y trabajaban dando clases, así que consideré que yo también podría trabajar en eso y no seguir trabajando en el campo. Mi papá, que nunca fue a la escuela, usaba un cuaderno para anotar a las personas que le pedían fiado en la bodega, y lo que hacía era dibujar un muñequito en cada página con cierta característica buscando el parecido con la persona, si era gorda, flaca, alta o baja, y a cada figura le colocaba al lado unas rayas verticales: una como de dos centímetros para representar el valor de un bolívar, otra de un centímetro para un

real (cincuenta céntimos), y así iba anotando con puras rayas las deudas de cada quien. Aunque no sabía leer, tenía una firma que usaba cuando iba a registrar algún documento.

Para el inicio del año escolar 1952-1953, le dije a mamá: “Me voy para Cumanacoa porque quiero estudiar”. Así que me fui por mi cuenta con una pequeña y vieja maleta, en la que tenía un pantalón y dos camisas mal cosidas por la señora Evarista Villafranca, esposa del señor Tabarúa Iyon, quienes tuvieron varios hijos: Luis, Félida, Elvira, César e Isidro; Evarista era hermana de Ernesto Villafranca. Le hablé a la señora Luisa de mis planes y le prometí hacerle los mandados, y ella con gran amor me dio el visto bueno diciendo: “Cuando vaya a inscribir a Ana Elvira aprovecho para ser tu representante”; qué alegría me dio oírle decir eso, como que le hacía falta tener un hijo en casa. Sin embargo, los primeros días me acordaba de mi hermano menor Pichón, y durante las noches, estando solo en la cama, lloraba por él.

JOSÉ VIVIANO SE FUGÓ TAMBIÉN

Viviano salió de San Juanillo con tres burros para hacer las compras rutinarias que papá le mandaba. En el camino, pensando en las fatigosas tareas, tomó la misma decisión de Ismael de irse para Cumaná. Después de pasar el río Aricagua vio a Eliades Brito “el Perico”, que venía de retorno para la hacienda de Ángel Barrios con unos envases llenos de gasoil sobre unos machos (bestias mulares muy fuertes para cargar). Viviano aprovechó con él para mandar a sus burros para la casa, y luego se fue a Cumaná con el dinero de la compra. A los días nos llegó la noticia de que Viviano trabajaba vendiendo helados, con un carrito con campanita que sonaba para la publicidad y para alertar a los niños de su presencia. En la casa solo le quedaban a papá sus dos hijos menores como ayudantes, Chuito, de nueve años, y Pichón, de seis años.

LA ESCUELA DE CUMANACOA

La escuela José Luis Ramos estaba ubicada a dos cuadras del mercado, en la calle Sucre, que sale hacia Cumaná. La directora era Luisa de Sayet, esposa de un árabe que tenía una tienda cerca del mercado, en la calle Sucre. La maestra de tercer grado era la señora Graciela Melo o Astudillo, esposa de Sofe Ruiz. Ahí me sentía extraño, no conocía a nadie y los compañeros de clases eran muy sabelotodo, por lo que yo estaba todo desorientado y temeroso. La maestra a más de un alumno travieso le enseñaba la mano empuñada para decirle: “Te voy a poner estos cinco kilos encima”; Ómar Licet le tenía miedo a esos cinco kilos. A las dos semanas de estar allí Pedro Luis Valderrama me buscó lío, yo le huí, pero en los días siguientes insistió y le acepté la pelea.

En el pasillo me lanzó varios golpes, pegándome algunos. Yo me acerqué para agarrarlo, le paralicé los puños y lo puse en el suelo, donde me quedó libre la mano derecha y los dientes. Después a él lo único que le quedó fue decirme: “Le voy a decir a 'Chango' Madrid que te joda”. Afortunadamente, Chango nunca me buscó pelea. Con el tiempo, Pedro Luis fue uno de mis mejores amigos. A los pocos meses de eso, la escuela fue trasladada a una nueva y amplia sede, cerca de la acequia en la calle Las Flores y a dos cuadras de donde vivía, en la calle Mohedano. Luego nos cambiaron a la maestra Graciela por Roselia Hernández.

Para los apuntes yo usaba una libreta y luego transcribía las materias en sus respectivos cuadernos, esto me permitió mantener el orden y a la vez asimilar lo transcrito, dándome un buen resultado en las pruebas realizadas en el salón. Al poco tiempo empecé a distinguirme dentro del grupo como buen alumno. En el salón había un compañero muy peleón de apellido Carpintero que tenía a su familia en Los Dos Ríos, en la carretera que sale de Cumanacoa hacia Maturín, después de pasar el caserío San Salvador. Carpintero peleaba casi todos los días. Da la casualidad que un día, después del recreo y cuando ya habíamos entrado al salón, un compañero tomó mi libreta del pupitre y la colocó sobre el pupitre de Carpintero, que estaba al lado. Este, como buen gallito de pelea, tomó mi libreta y la lanzó al piso con tanta fuerza que la rompió. Le hice ver que la libreta era mía y que yo la tenía sobre mi pupitre, a lo que respondió: “¡SI NO TE GUSTÓ LO ARREGLAMOS A LA SALIDA!”. Yo le acepté el reto.

Al terminar las clases, cuando rompimos la fila a la salida, pensé en ir a la acequia sin que los demás se dieran cuenta, pero el grupo estaba al tanto y repetían: “Hay una peguita, hay una peguita”. Igual nos fuimos a la acequia, y yo me enrollé los pantalones más arriba de las rodillas. Cuando Carpintero me lanzó los primeros golpes, lo agarré para tirarlo al suelo y le di unos golpes en la cara y varios cabezazos; uno de estos le dio en la nariz, que le sangró, y esto le hizo rendirse. De inmediato, los muchachos que querían ver una pelea de estilo a los puños nos cayeron encima, y Carpintero y yo quedamos debajo de ellos, chillando por el peso de los demás. Por fortuna, la maestra Roselia, que vivía cerca de la acequia, iba caminando hacia su casa en compañía de otra maestra y se dio cuenta de lo que pasaba con sus alumnos, así que tomó nota de los presentes para citar a los padres y representantes, menos a mi viejita Luisa, ya que para la maestra fue una sorpresa encontrarme ahí todo pisoteado. ¿Resultado? Carpintero no peleó más en la escuela.

EL 29 DE SEPTIEMBRE DE 1952

Cuando aún contaba yo con doce años de edad, en nuestro país el coronel Félix Román Moreno, encargado de la jefatura del Estado Mayor General, informó que en las primeras horas de ese día, 29 de septiembre, se había producido un conato de rebelión en la base aérea de Boca de Río (Maracay), liderada por el capitán Wilfrido Omaña y el teniente Héctor Navarro, plazas del Batallón de Servicios y Defensa N.º 1, que intentaron apoderarse de la base aérea. El comandante de la base había sometido la rebelión. El capitán Omaña logró fugarse y el teniente Navarro fue capturado.

El mismo comunicado del coronel Román Moreno informó sobre un ataque por parte de civiles armados a las instalaciones militares en Turén y Villa Bruzual (Portuguesa), dejando un saldo de cuatro muertos, diez heridos y numerosos prisioneros. A raíz de lo sucedido en Turén, se produjo por orden de Marcos Pérez Jiménez una masacre de campesinos y peones agrícolas de la zona. Esta zona del estado Portuguesa se convertiría en los años sesenta en zona guerrillera del Frente José Antonio Páez, en el que yo participé cuando tenía veintiún años de edad.

Retomando los acontecimientos de 1952, en esa época yo asistía a la escuela en alpargatas, mientras los demás iban en zapatados. Un fin de semana subí a San Juanillo y encontré a papá en la bodega. Le pedí la bendición y le besé la mano por tradición. Él estaba jugando barajas con apuestas con un grupo, en el

que estaban Gregorio Rodríguez “Goyo Largo”, primo de los ya difuntos Rodríguez, Bártolo López, Lucas Castañeda, entre otros hombres. Papá estaba tallando y debía tener dinero suficiente para pagarle al ganador. Este es un juego en el que se apuesta dinero. La baraja contiene cuarenta cartas, de las cuales diez son cartas especiales que se cuadruplican. Para jugarlo se colocan cuatro cartas distintas sobre el mostrador o la mesa, y cada quien apuesta por la carta que prefiera. El tallador debe colocar el grueso de las cartas boca arriba en su mano izquierda, y con la mano derecha ir eliminando carta por carta hasta que aparezca una de las que están sobre la mesa. Gana el que haya apostado esa carta, y la carta que es pareja de la ganadora pierde. Si hay alguien apostando la carta perdedora, el tallador recoge el dinero de la carta perdedora y le paga al ganador la cantidad de dinero apostado. Se continúa así con las otras dos cartas restantes, aplicándose el mismo método. Ese día, pues, le dije a papá mientras jugaba con los otros hombres que yo era el único que iba a la escuela con alpargatas. Él me recomendó que siguiera con las alpargatas, y nada, ni siquiera Bártolo López, uno de los jugadores, pudo convencerlo cuando le dijo: “Ayuda al muchacho Eufemio, que te puede servir para algo”.

EL 22 DE OCTUBRE DE 1952

El 22 de octubre fue asesinado el doctor Leonardo Ruiz Pineda, dirigente adeco con más importancia en la resistencia contra Marcos Pérez Jiménez y partidario de la unidad con los comunistas. Motorizados de la Seguridad Nacional lo persiguieron, pues alguien les había dado el soplo sobre la ruta que atravesaría. El vehículo llegó a la avenida principal de San Agustín del Sur, entre las calle 5 y 6, y fue interceptado. En el intento de escape Ruiz Pineda fue alcanzado por las balas, quitándole la vida. Este iba acompañado de Segundo Hermógenes Espinoza, quien trato de dominar a uno de los esbirros, de David Morales Bello y Leoncio Dorta; los tres lograron huir. Ruiz Pineda era perseguido con órdenes expresas de asesinarlo emanadas de Marcos Pérez Jiménez y de Pedro Estrada, jefe de la SN. Pedro Estrada, al recibir la información de la muerte de Ruiz Pineda, comunicó la novedad a Pérez Jiménez y llamó a Estados Unidos para informarle a los verdaderos amos del valle.

Ese crimen conmovió al país en vísperas de unas elecciones para designar una asamblea constituyente convocada por Pérez Jiménez. Leonardo Ruiz Pineda, en desacuerdo con Rómulo Betancourt por su política anticomunista, era partidario de luchar al lado de los comunistas para poder enfrentar la dictadura. Nosotros oíamos los comentarios y de esa manera nos informábamos.

En Cumanacoa, los últimos meses de aquel año de 1952, había campaña electoral. Cruz Carmen Figuera y Jesús Figuera militaban en Unión Republicana Democrática (URD), partido dirigido por Jóvito Villalba. Yo, por darme colita en el carro, le dije a Cruz Carmen que iría con él, y este aceptó. Iban recogiendo con sus camiones militantes y simpatizantes en Aricagua, Las Piedras, Cocollar, Los Dos Ríos, San Salvador, San Lorenzo, en la carretera de Cumaná, en Cedeño, Bichoroco, Quebrada Seca, Río Arenas y Arenas. Los llevaban a todos a un mitin en el Teatro Gardel de Cumanacoa, que estaba recién construido. Escogieron ese sitio cerrado porque existía una normativa que no permitía mítines en espacios abiertos. Yo me metí con toda esa gente.

Al día siguiente, en la noche, mi hermana Margarita, que estaba estudiando quinto grado y vivía en la casa de mi hermana Presentación, en la misma calle Mohedano, frente a la casa donde yo vivía, estaba en una reunión con sus amigos en la que se habló de la situación y del mitin. Yo intervine para decir que había asistido bastante gente al mitin y que ellos “aplauzaron” bastante. Al decir “aplauzaron” los amigos de mi hermana empezaron a reírse y a decir: “Aplauzaron ja, ja, ja”; eso me hizo molestar, y les repliqué: “Ustedes saben mucho, bachilleratos”. La burla fue peor por este agregado.

Las elecciones se realizaron el 30 de noviembre de ese año. En esa elección de los parlamentarios al Congreso Nacional, donde se iba a constituir la Asamblea Nacional Constituyente y se ratificaría o no a Marcos Pérez Jiménez como presidente constitucional, los partidos participantes eran URD (Unión Republicana Democrática) con tarjeta amarilla, Copei (Comité de Organización Política Electoral Independiente) con tarjeta verde, y el partido de Pérez Jiménez FEI (Frente Electoral Independiente).

El partido URD tenía el respaldo del Partido Comunista y de los militantes luchadores de Acción Democrática, partidos ilegales desde la caída de Rómulo Gallegos, cuando la alta dirección de Acción Democrática se fue al exterior: al caer Rómulo Gallegos, el 24 de noviembre de 1948, unos se fueron a Costa Rica y otros a

México. Entre ellos estaba el gran poeta cumanés de pensamiento revolucionario Andrés Eloy Blanco, quien años después perdió la vida de forma extraña en una calle mexicana, embestido por un vehículo. Rómulo Betancourt se fue con Raúl Leoni a su patria adoptiva, Estados Unidos, apoyado por la familia Rockefeller en forma clandestina. Los perezjimenistas decían que con URD ganaban los comunistas, todo para descalificar a URD en las elecciones y preparar el fraude, como de hecho hicieron. En mi casa hablaban de URD, fue propiamente en esa época cuando comencé a sentir inquietud por el acontecer electoral de mi país.

EL 30 DE NOVIEMBRE DE 1952

El pueblo acudió a las urnas electorales sin miedo y desafiando el terror impuesto por la Seguridad Nacional. Cuando el coronel Marcos Pérez Jiménez supo los resultados electorales, le ordenó al Consejo Supremo Electoral alterar los votos, pero su presidente, el doctor Vicente Grisanti, en una actitud digna y valiente se negó a aceptar, en unión con otros miembros del CSE, que al final se vieron obligados a huir del país. El periódico *Tribuna Popular*, del Partido Comunista de Venezuela, y el *País*, de AD, fueron clausurados cuando se impuso la censura a la prensa, la radio y a la incipiente televisión. Hicieron ver el 2 de diciembre de 1952 como un error, por ser el día en que el CSE anunció el triunfo del partido URD, y lo "rectificaron" poniendo de ganador al partido de Marcos Pérez Jiménez, el FEI. El 19 de abril de 1953 la Asamblea Constituyente proclamó a Pérez Jiménez, que todavía era ministro, presidente constitucional para el período 1953-1958, sustituyendo al presidente provisional, el doctor Germán Suárez Flamerich, quien venía ejerciendo el poder desde la muerte de Carlos Delgado Chalbaud. Así comenzó un período caracterizado por los altos precios del petróleo, fenómeno motivado por la guerra de Corea, y en el que aunque era muy poco lo que le correspondía al país por concepto de regalía e impuesto sobre la renta, esta ganancia permitió llevar un gobierno de aparente progreso, con una ambiciosa política de construcción.

Después se desató una represión feroz en la que cayó presa mucha gente en los meses de enero y febrero, y los siguientes del año 1953. En la cárcel de Cumaná, antes de visitar a mis hermanos, vi con mi madre cómo sacaban un lote de presos políticos, entre ellos al primo Jesús María Díaz, del pueblo de Arenas, y a Julio Rivas; ambos estaban allí por ser adecos. En Cumanacoa se decía que la Seguridad Nacional buscaba para capturar a Sofe Ruiz, Julián Sililla, Pío Cedeño y Rafael Candiales (padre del futuro guerrillero Eduardo Candiales) por ser uerredistas, o como decíamos nosotros "urredistas". El autobús que vimos con los presos estaba lleno y listo para trasladarlos a Guasina, en Delta Amacuro. En la cárcel de Cumaná se quedó, por no haber espacio en el transporte, otro primo, Antonio Díaz Arias. Nueve años después, en julio de 1962, Antonio y yo estábamos presos en el cuartel San Carlos acusados de ser presuntos guerrilleros; él había caído preso en Cumanacoa, estado Sucre, y yo en el estado Portuguesa.

Al final, la Asamblea Nacional Constituyente de 1953 quedó conformada en su mayoría por los parlamentarios del FEI y por pocos copeyanos, que se instalaron el 19 de abril. Nombraron al coronel Marcos Pérez Jiménez presidente constitucional y lo ascendieron a general de brigada.

EL 21 DE MAYO DE 1953

El 21 de mayo murió en la Penitenciaría General de Venezuela, ubicada en San Juan de los Morros, estado Guárico, el doctor Alberto Carnevali, quien fue secretario general de Acción Democrática durante la dictadura de Pérez Jiménez. En una ocasión llegó a afirmar: "Prefiero morir preso en tierra venezolana, que libre en suelo extranjero". Yo ya ha había cumplido trece años cuando esto sucedió.

El primo Cruz Carmen, en su comercio de queso, tenía muy buenas relaciones con el señor "Pichón" Díaz, del sector La Represa, que se encuentra saliendo de Cumanacoa hacia San Salvador. En la casa y en la bodega Pichón tenía unas lindas hijas; una de ellas, con el tiempo, comenzó a estudiar con nosotros en sexto grado y luego se casó con un compañero de estudios, Jhonny Maestre, nativo de Aragua de Maturín, municipio del estado Monagas.

En junio de ese mismo año de 1953 hubo una fuerte lluvia en Cumanacoa, Las Trincheras y en el nacimiento del río Cumaná, e incluso en el caserío El Limón. Una tarde el río se desbordó en la parte más débil y se metió por la represa, atacando la población de Cumanacoa. En San Salvador, a orillas del puente, había un bar en el que las personas estaban bailando. Cuando el río se metió en el bar, la gente salió corriendo para protegerse y la corriente de agua arrastró la rocola, en la que estaba sonando *Cabeza de hacha*, que dice así:

*Ya me voy de esta tierra y adiós
 buscando yerba de olvido dejarte
 a ver si con esta ausencia pudiera
 en relación a otros tiempos olvidarte.
 He vivido soportando martirios, martirios,
 jamás debo de mostrarme cobarde.
 Arrastrando esta cadena tan fuerte,
 hasta que mi triste vida se acabe.*

Esta es una canción colombiana que había pegado en la época; igualmente, la historia sobre la rocola arrastrada se siguió escuchando en el común de la gente del pueblo por largo tiempo.

Nosotros estábamos esa tarde frente a la casa en la calle Mohe-dano, contemplando lo que el agua arrastraba calle abajo, desbordando las aceras, aún cuando esta zona fue de las menos afectadas. Vimos pasar muchos zapatos y una variedad de cosas que se usaban en las casas, hasta productos de bodegas, y decíamos: "Ahí van las bacinillas de las hijas de 'Pichón' Díaz". Ana Elvia era la que más gozaba. Cuando bajaron las aguas Cruz Carmen cargó con Pichón y su familia para darles protección en nuestra casa, porque habían perdido muchas de sus cosas. Los colchones se dañaron todos, zapatos y productos del negocio fueron arrasados por la fuerte corriente, casi toda Cumanacoa fue afectada. Incluso un negocio, en la esquina de la calle Arias con la Bolívar, frente a la iglesia, el de Pachito Ortiz, fue arrastrado por la corriente sucia y fuerte del agua.

El tercer grado lo eximí junto con José Manuel Arias, hijo de la señora Gladys Peñalver y del difunto José Rafael Arias, dueño de la hacienda El Rosario, la más grande de todo el distrito Montes, tanto en extensión como en maquinarias. En ella se fabricaba papelón, colita y ron. José Manuel, con el tiempo, se hizo médico, se casó y después, cosa extraña, se quitó la vida cortándose las venas. Pero mucho antes de eso yo, eximido, me fui a San Juanillo para ser premiado por papá, es decir, seguir con la faena de los animales.

Un día, en Cumanacoa, en ese mismo mes de la inundación, yo andaba con tres burros cargados que llevaban la compra que había hecho, que entre otras cosas incluía unas vituallas del negocio de Miguel Figueroa, cuyo ayudante se llamaba Juan. En Cumanacoa compré también un saco de pan en la panadería de Primitivo González, esposo de Luisa Moreno, y padres de Luis Daniel, Moncho y Pedro Luis Moreno; a Jesús María Alcalá le compré otras verduras, él era vecino del yugoslavo Poldi Perich, esposo de Juanita Alcalá; compré también una bolsa de galletas rebanadas en la panadería de Lorenzo Veliz, esposo de Rumalda Coa, y padres de Hernán Coa y Arabia Coa, que era compañera de clases mía. Todos estos negocios estaban ubicados en la calle Mohedano. También compré un saco de sal en granos, además de otras cosas, donde Buitriago, cerca del mercado.

Yo iba todo sucio de pantano porque los caminos estaban infernales por la época de lluvia, que era a finales de junio y comienzos de julio. Pasé por la calle Bolívar, donde vivía una compañera de clases, Faride Madrid, hija de Justino Madrid, quien al verme en ese estado de desaseo, y con los compañeros que iban conmigo, que eran los burros, empezó a decir: “Mira al eximido en el estado en que anda”, y se reía. Eso me molestó y le dije unas cosas para ofenderla, no la entendía porque yo estaba haciendo un trabajo que no quería. Luego me arrepentí de haberla insultado y le pedí disculpas cuando comenzamos el cuarto grado.

En el distrito Montes había varias haciendas de caña, como la de Tulio Ortiz, que se encontraba ubicada al otro lado del río Cumaná, en la vía hacia Aricagua. Muchos muchachos de Cumanacoa iban a esta hacienda para beber guarapo y comer alfandoque gratuitamente, pero no había que llevarse estas cosas escondido porque el mayordomo, Inés Aguirre, era muy buen vigilante y había conseguido a más de uno, presentándolo ante la policía como ladrón. Los muchachos le temían y cuando alguien les decía: “Ahí viene Inés Aguirre”, salían corriendo si sabían que estaban haciendo algo indebido. Cerca de Aricagua estaba la hacienda de Manuel José Guzmán, donde se producía papelón. En Bebedero tenía su

hacienda de caña Jacinto Rodríguez; en Laguada la hacienda de caña era de Tranquilino. Llegando a Paradero también había otra, la de una familia Barrios; en Limonar y Guasimilla había dos de los Barrios, más las otras tres que estaban en San Juanillo, incluyendo la de Eduvigis Sánchez, la de Luis Díaz, un tío materno, en Valle Grande, y la de Jesús Rodríguez en Sotillo, entre Arenas y Cumanao. También estaba la hacienda La Guayana, de la familia Espín, y otros dueños, como Rafael Candiles, cuya propiedad no producía papelón, a pesar de que toda esa amplia zona era considerada dulce por la cantidad de papelón que entre todos producían.

EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1953

El 15 de septiembre murió Isaías Medina Angarita en su residencia ubicada en Los Samanes, en Caracas. Esto después de permanecer más de siete años en New York, donde se alojó junto a sus enemigos, con el Departamento de Estado y la CIA (Agencia Central de Inteligencia) muy cerca. En 1944 había sido invitado por el presidente Roosevelt con todos los halagos, solo para darle posteriormente un golpe de Estado. Lo dejaron volver a Venezuela cuando ya estaba moribundo. Me pregunto yo, ¿por qué muere así una persona tan joven, un militar? ¿Con qué clase de enfermedad? ¿Quizá una enfermedad inducida? Pero es historia, y de esa forma murió el popular expresidente general Isaías Medina Angarita, a los cincuenta y seis años de edad.

El gobierno de Marcos Pérez Jiménez, a través del ministro del Interior Laureano Vallenilla, le pidió a la esposa de Isaías Medina Angarita, la señora Irma Felizola, que velara sus restos en el Congreso Nacional para rendirle los honores oficiales, pero ella, en honor a su esposo, negó esta posibilidad, diciéndole: "Ese muerto es mío, solo permitiré el acompañamiento militar". Este fue un gesto de rechazo al gobierno de Marcos Pérez Jiménez.

El sepelio del expresidente Isaías Medina Angarita, realizado el domingo 20 de septiembre, se convirtió en una manifestación de duelo popular. Desde las diez de la mañana en que arrancó la ceremonia desde el Country Club, el pueblo pidió a la familia

Medina cargar el féretro en hombros hasta la avenida principal del Cementerio General del Sur; muchas familias se fueron agregando en el trayecto, así como también bastantes trabajadores y vecinos. Según información de la prensa, se trató de un hecho de una magnitud como nunca antes se había visto, expresión de amor de un pueblo agradecido. Fue también un signo de desagravio al hombre víctima de calumnias, que sacrificó su persona para evitar que se derramara la sangre de su patria.

Su gobierno otorgó amplias libertades democráticas, restableciendo los derechos políticos e iniciando las reformas petroleras y agrarias; no hubo presos políticos durante su mandato; se legalizaron los partidos y Medina Angarita tuvo el valor y la audacia de aliarse con los comunistas para enfrentar a la derecha en las elecciones municipales.

A pocos meses de este acontecimiento nacional, estaban trabajando en la carretera hacia San Juanillo y la obra estaba a punto de culminarse, todo el recorrido había cambiado con los rellenos de granzón, por lo que se acabaron los pantanales que había desde Lamaguto, cerca de la casa de María Ramírez, y también los que había cerca del caserío Los Muertos, donde vivían varias familias, entre ellas los Marcano.

A partir de ese momento se pudo caminar desde San Juanillo hasta Cumanacoa sin empantarse. Lo más latoso estaba en Laguada, debido a unos nacimientos de agua por donde vivían Marta Rangel, Cayetano y la familia de Juan Manuel Rangel; eso quedaba más abajo, cerca de la casa de Pedro Pablo Mazas, primo hermano de los Rodríguez muertos, y padre de Rafael Mazas. Esta obra resultó beneficiosa para los caseríos y los cañicultores, ya que la central azucarera estaba en proceso de producción, y siempre oíamos tocar la sirena en los cambios de turno. Lo malo de la central azucarera era que el humo, cargado de hollín, se esparcía por Cumanacoa y ensuciaba las casas, incluso el piso y la ropa que se secaba en las cuerdas, además de contaminar el aire. Hubiera sido útil que le colocaran un filtro a la chimenea para que el aire

no se contaminara, pero no lo hicieron. Luego, a comienzos del año 1954, llegó la carretera a San Juanillo.

Para poder ingresar al colegio en el año escolar 1953-1954 fue requisito obtener el certificado de salud que expedía Sanidad, cuya oficina estaba ubicada en el dispensario que funcionaba en las instalaciones dejadas por la Escuela José Luis Ramos, en la calle Sucre. En este dispensario el doctor Carlos Ortiz atendía a las mujeres parturientas, pero como no se daba abasto, la mayoría de ellas tenían que acudir a las parteras. En Cumanacoa, en la calle Mohedano, también llamada Palotal, se encontraba la señora Francisca, y en el municipio Aricagua estaba la señora Amalia, buenas parteras. Estaba también en la calle Carabobo la señora Rosa Villarroel, la más antigua en la profesión, a quien el doctor Ortiz le extendió una autorización por escrito. Rosa era además la madrina de la mayoría de los niños, jóvenes y adultos del distrito Montes, y las mujeres del campo bajaban con antelación, algunas casi hasta con el mes, para ser atendidas por ella. La gente le regalaba cosas y la ayudaba a recoger ropa usada para fabricar los pañales; a veces incluso llegaban futuros padres pidiéndole la bendición, porque habían nacido y visto la luz por primera vez con la ayuda de sus manos, y muchas mujeres se quedaban en su casa hasta ver a su hijo fortalecido.

En la esquina, donde se cruzaban la calle Arismendi con la calle Arias, vivían los hermanos Cedeño. Lucio Cedeño se ganaba la vida vendiendo cortes de tela, para lo que recorría los pueblos y caseríos cercanos. Francisco "Pancho" Cedeño se enfermó de la mente, pues en su casa se había caído su niño menor dentro de la letrina, que era un simple hueco hecho en el suelo, como de dos metros de profundidad, y que sobre el suelo tenía una losa horizontal perforada por donde caían las heces fecales. Sobre la losa horizontal había una pequeña casucha con puerta y techo, todo prefabricado; este sistema lo había ordenado la Sanidad y se aplicó en todos los pueblos, ya que no existían las cloacas. Francisco Cedeño, al enterarse de que su hijo estaba allí, levantó el excusado de un solo jalón y como pudo sacó al niño, que se hundía en el estiércol.

Al poco tiempo, se fue al campo por los lados de San Lorenzo. En su locura, discutió con un compadre suyo porque se sintió molesto, a quien terminó matando y metiéndole un palo por el ano. Esta noticia preocupó tanto a los vecinos de San Lorenzo que se convirtió en un escándalo en toda Cumanacoa, y la Seguridad Nacional se lanzó a su persecución para intentar cazarlo en su huida; lo mataron como si fuera un animal salvaje. Yo estaba en la calle Mohedano, con mis hermanas Presentación y Margarita Abreu, cuando lo bajaron guindado de un palo cargado por dos personas, como cuando cargan a un animal de cierto peso colgado por las cuatro patas. Esto me impresionó tanto que por varias semanas me sentí afectado.

CUARTO GRADO

Cuando estaba en cuarto grado la maestra era Carmen “Carmencita” Ortiz, respetada por muchos alumnos, hija de Domingo “Dominguito” Ortiz, quien tenía bajo su control la compra del papelón en Cumanacoa. Un día después del recreo, cuando estábamos dispuestos para entrar al salón en forma ordenada y en fila, me desmayé y tuvieron que llevarme a la enfermería, donde desperté cuando la maestra me estaba echando leche en la boca. Eso le permitió a Carmencita solicitarme cupo en el comedor de la escuela, pues decía: “Ese desmayo fue por hambre”. Después de lograr eso para mí, insistió en llevarme a su casa, pero yo me negué por pena.

Para mí el comedor fue una gran ayuda, ya que podía tener un buen almuerzo. La señora Luisa preparaba las tres comidas diarias: el desayuno, el almuerzo y la cena a las cuatro de la tarde. No obstante, las cantidades no eran abundantes, así que la alimentación era deficiente, pero lo más lamentable era que no había ningún aporte de parte de mi familia para ayudar con mi sustento. Al principio me costó adaptarme a las comidas balanceadas del comedor, pues nunca había comido remolacha, zanahoria, repollo, rábano ni esas ensaladas preparadas con leche o mayonesa; sin embargo, después de cogerles el gusto más nunca las dejé en la bandeja, y rogaba que alguien de la mesa las dejara para caerles encima antes de que otro lo hiciera.

Cerca del comedor había un depósito de desechos para la basura, sobre todo papeles usados, entre otras cosas. Un día

seleccioné algunas hojas a medio uso que me servirían para mis prácticas de matemática y otros ejercicios; la maestra Carmencita me vio haciendo eso, ya que el depósito era abierto y no tenía puerta. Estaba en eso cuando vi debajo de otros papeles un mapa de Venezuela roto al que solo le faltaba un pedacito, y le pregunté a la maestra si me lo podía llevar. Su respuesta fue afirmativa, así que me fui con el mapa enrollado y mis hojas al salón.

Al llegar a casa observé bien el mapa y lo que hacía falta repararle. Corrí a la bodega y compré una papeleta de almidón para preparar engrudo y arreglar lo que se había despegado de la tela del mapa. Ese trabajo quedó muy bien; después, con el libro de geografía, dibujé sobre un papel el pedazo que le faltaba al mapa, lo sobrepuse y así lo pude reconstruir. Ahora tenía un mapa en mi cuarto, que me sirvió para las clases de geografía en las que nos enseñaban, por cada estado, sus distritos, sus ríos y sus picos o montañas. Luego la maestra nos mandaba al mapa para explicarle lo que había quedado como lección ordenada para aprender en casa. A los otros compañeros de clase les costaba localizar una ciudad o un río, pero eso para mí era nada, ya que lo había estudiado en mi mapa reparado, que era igual al del salón de clase; con eso tuve una gran ventaja en relación con los demás alumnos.

En cuarto grado no eximí, pero mantuve las mejores calificaciones, a pesar de haberme ausentado dos semanas por acompañar a mamá y Sebastián en la visita a Beltrán y al Negro en San Juan de los Morros. Eso fue en junio del año escolar 1953-1954, fuimos a la Penitenciaría General de Venezuela. Beltrán me tenía allí un par de botas, porque yo estaba usando unos zapatos en mal estado. Las botas me las puse de inmediato y regresé con ellas a la pensión donde estamos residenciados. Cuando llegué, las botas me habían hecho unas peladuras en los pies pues me quedaban apretadas, pero las amansé y me duraron hasta que hice el intento en la Escuela de Transmisión para suboficiales. En ese momento ya estaban viejas, con muchas reparaciones de suela, pero hasta ahí me acompañaron, y fue tanto el uso que se me pasaron los pies.

EL HELICÓPTERO

Por esas fechas, a Cumanacoa la sobrevoló un aparato de color rojo al que llamaron helicóptero. Ese día estábamos saliendo de clases y corrimos detrás del aparato, que cogió rumbo hacia el centro de Cumanacoa. La gente estaba sorprendida al ver ese aparato por primera vez, así que casi todo el pueblo corrió hacia la vía de Aricagua, porque lo vieron caer después de cruzar el río Cumaná. Todos decían que se había caído y que lo más probable era que se hubieran matado los que iban adentro. Como el río tenía bastante agua algunos tuvimos que nadar para cruzarlo, y con temor nos fuimos acercando para ver esa cosa extraña por primera vez.

El aparato cayó donde se había hecho un corte de caña reciente, así que todo estaba limpio. La gente rodeó el aparato para verlo de cerca, y las caras eran de alegría y asombro, incluso Horacio Suárez, que esperaba a su hijo, Ómar Suárez, quien traía un burrito con una carga de café desde Palmarito, salió corriendo. Alguien le preguntó a la orilla del río: “¿Qué pasa, Horacio?”, y este señor, que no tenía tamaño para el chorro de voz que poseía, dijo: “Es que pasó por aquí un animal rojo y estoy esperando a mi hijo, que trae un arreo de burros con veinticinco cargas de café, no vaya a ser que ese animal rojo se coma a mi hijo y a los burros también”.

Muy cerca de allí, haciendo esquina entre la calle Bolívar y la calle Carabobo, vivía Churía, quien tenía de todo en su casita, desde una aguja, un clavo, un tornillo, hasta un rin de bicicleta;

todo lo que se le ocurría a uno él lo tenía, y decía que cuando encontraba una tuerca la recogía porque cualquiera la podía necesitar. Un día se robó un caucho de carro y alguien lo denunció. Cuando el policía fue por el caucho robado, él solo dijo: "Ese caucho llegó aquí corriendo, pasó por aquí y cayó allá en el fondo de la casa, por allá está, búscalo".

Un día Churía, pensando en el dinero, que estaba difícil de conseguir, se fue para San Antonio de Maturín, se disfrazó de cura y organizó una misa en la plaza, con monaguillo y todo, para recoger las propinas. Por allí aparecieron unos hombres de Cumanacoa en un camión, que iban a Maturín con una carga de papelón. Uno de ellos vio al cura en la misa y se acercó para verlo bien, pues se le parecía a Churía. Le preguntó: "¿Usted no es Churía?", a lo que el susodicho replicó: "¿Tú viniste a oír la misa, o viniste a verle la cara al cura?".

En esa misma temporada, Simón Villarroel estaba enamorado de Bestalia Suárez, la hija de Horacio Suárez, la más gordita, no tan bonita como Yolanda, la más coqueta. Simón hizo que Bestalia se fugara con él. Luego de unos días fue que Horacio supo con quién se había escapado, pero no conseguía dar con Simón, así que se le ocurrió ir donde Rosa Villarroel, su madre, preguntándole por el hijo. Le dijo a la señora Rosa: "Dígale a Simón que se presente, porque si no lo hace yo tengo algo en la casa que es peligroso, no se lo he dicho a nadie pero es muy peligroso, le voy hacer 'Pam, pam, pam', ¡y cójalo, carajo, pa' que respete a los hombres y a mi hija también!".

En el cruce de la calle Arias con la Bolívar, diagonal a la iglesia, estaba ubicado el colegio de monjas Salto Ángel, dedicado a la instrucción femenina y dirigido por la madre mayor Bernarda. En la empresa Cadafe trabajaba Cleto como electricista, y cada vez que había problemas eléctricos en el colegio, la madre mayor llamaba a Cleto para que les hiciera las reparaciones. Con el tiempo, la madre mayor salió embarazada, y esto causó tanto escándalo en Cumanacoa que la gente sacó este verso: "Allá vi a Cleto, subiendo con

la cincha de pita, para agarrar a la monja y gozar con su pepita". Luego el colegio cerró por declararse en quiebra.

Paralela a la calle Bolívar y cerca de la casa de la señora Rosa Villarroel, en una casita destartalada muy cerca del río, vivía una señora de piel negra que estaba mal de la cabeza. Los muchachos la molestaban y salían corriendo luego de llamarla "la Cubana"; ella reunía piedras en su casa y cuando le decían así las lanzaba a todos los lados, y había roto más de una cabeza. Una tarde fue a la plaza Bolívar llevando un mapire, capotera o marusa, lleno de piedras, y se sentó sobre un banco. Luego de pasar más de una hora sentada, se le ocurrió decir delante de la gente que ya la conocía: "¡Qué fastidio, nadie me dice 'la Cubana'! ¡Ahora tengo que llevarme este poco de piedras para la casa!".

El compañero de clases Luis Mota era buscador de lío en la escuela, siempre tenía problemas en los recreos. Como dentro de la escuela no se podía pelear, las "peguitas" se hacían a la hora de la salida del colegio. Cuando lo retaban, Luis decía: "Esto lo arreglamos a la salida". Después, siempre salía corriendo, abarcando unos trecientos metros en tiempo récord, mientras alguien iba detrás de él gritando: "¡Párate!". Muchas veces también se llevó a su madre, la señora Inés, por delante cuando se la encontraba cerca de la puerta. Esto ocurría una o dos veces a la semana, siempre veíamos a Luis Mota corriendo a la salida, parecía un cometa, con la cola de muchachos atrás gritándole: "¡Párate, gallina!".

HORACIO SUÁREZ

Como buen jugador de caballos, orientado por la gaceta, Horacio Suárez se ganó un cuadro con los seis caballos ganadores. Tenía su bodega en la casa familiar, ubicada en la calle Bolívar, a mano derecha, como a tres casas del río en el sentido hacia Aricagua. En los pueblos era costumbre pedir fiado en las bodegas y que anotaran lo pedido en un cuaderno. En esa ocasión, con el entusiasmo que él tenía de salir al día siguiente para Caracas a cobrar el cuadro de caballos, a todos los que pidieron fiado en la bodega les dijo: “Lleve lo que quiera que se lo regalo, porque soy millonario”. Más de uno aprovechó y la bodega quedó vacía.

Con sus ahorros Horacio alquiló un carro con chofer hasta Caracas, acompañado de su hija Yolanda, para cobrar el cuadro. Como él nunca había ido a Caracas se hospedaron en Plan de Manzano, en la casa de Jesús Ramón Bastardo, hijo de un vecino que vivía también en la calle Bolívar, frente a su casa. Se quedó asombrado con el desfile de carros y afirmaba que su chofer era un gran piloto, creyendo que todos estaban celebrando su cuadro ganado. La decepción vino después, pues el cuadro resultó ser un mercado libre, lo que ocurría cuando esas carreras las acertaban varios jugadores, por lo que solamente cobró setecientos cincuenta bolívares. Él esperaba cobrar más de veinte mil, así que terminó perdiéndolo todo, incluso la bodega le quedó con las tablas peladas.

En los días cercanos al examen final me encontré con Luis Hilario Velásquez, hermano de Cruz Velásquez, compañero de clase, en la plaza Bolívar. Él era más corpulento que yo, y me invitó a acompañarlo a visitar a un familiar en la calle Pichincha. Cuando íbamos por una calle paralela a la Pichincha, la calle Arismendi, casi frente a la casa de Luis Tineo, venía un negrito de Las Tinajas que era muy pelión, y que se ponía furioso cuando le decían “Chita”, que fue lo primero que hizo Luis Hilario cuando lo vio. Nunca he estado de acuerdo con los sobrenombres, y si son de un animal feo menos.

Cuando estuvimos más cerca de él, lo primero que el negrito hizo fue agredirme. Traté de esquivarlo, diciéndole: “Quien te dijo así fue Luis Hilario, yo no fui”, pero me atacó a los puños y tuve que enfrenarlo. Luché y no caía, así que le mordí un cachete, pero él, acostumbrado a las peleas, se soltó y me mordió a mí, de forma tal que no encontraba cómo quitármelo de encima. Así que le asesté un golpe por la barriga y dejó de morderme. Mientras tanto, Luis Hilario solo miraba; yo estaba bien mordido y me molesté con Luis Hilario, ya que era el culpable. El negrito se despidió amenazándome.

Cuando por fin llegamos a la casa del familiar de Luis Hilario estaba allí Calmito Rangel, quien era el dueño; ellos también eran de Laguada. Vi una mata de limón con una buena carga y me acordé que en San Juanillo, cuando un perro muerde a alguien, cortan un limón de la mata y con una mitad untan la mordida y la otra la dejan en la mata. Según, al caer el limón por la descomposición, al perro también se le caen los dientes, así que seguí estos pasos con la esperanza de ver al negrito sin dientes después.

Durante las vacaciones, como siempre, papá me premió: me mandó con cuatro burros para Cumanacoa a hacer las compras. Llevé algunos billetes y el resto del dinero en monedas de plata ley 900: fuertes de 5 bolívares, de 2 bolívares y de 1 bolívar o 100 céntimos; de 1 real, 0,5 bolívares o 50 céntimos; de 1 medio (una mariquita), de 0,25 bolívares o 25 céntimos. Todas estas monedas eran de plata, las demás monedas eran de cobre: la locha, de 0,125 bolívares o 12,5 céntimos, y el cobre o centavo de 5 céntimos. Un

bolívar era igual a 2 reales, o a 4 mariquitas; también 1 bolívar era equivalente a 8 lochas, o a 20 centavos o cobres.

Cuando iba llegando a donde vendían el pescado salado, con el señor Buitriago, vi a Chita a media cuadra. Como yo estaba bajo amenaza, le saqué la lima a mi cortaúñas y lo mantuve en la mano. Iba montado sobre un burro, y cuando estuve cerca de él me escupió. De inmediato me bajé del burro para pelear, y cuando me lanzó el primer golpe le di con la lima en la costilla, lo que le evitó una perforación. Dio un fuerte chillido y salió corriendo; yo, alterado por el miedo y la ira, le grité: “¡Párate carajo, para que pelees conmigo!”. Para los próximos viajes, compré ese día una navajita, en prevención de que él hiciera lo mismo otra vez, pero afortunadamente después solo me veía desde lejos. Varios años después supe que en Catia, Caracas, había muerto en un atraco.

QUINTO GRADO

El quinto grado lo inicié con la maestra Luisa Hernández, hermana de la maestra Roselia Hernández, y estaba estrenando casi mis botas traídas desde San Juan de los Morros. Ese año escolar fue todo paz y tranquilidad. Aproveché mi mapa al máximo y hasta iba al cine. El que más frecuentaba era el del teatro Gardel, que tenía buenas instalaciones, grandes ventiladores, extractores y era techado, con distribución de galería. Para el común de la gente la entrada más económica costaba 1 bolívar, balcón 1,5 bolívares y preferencial 2 bolívares. Estaba también el cine Royal, no tenía techo, lo que era un problema cuando llovía. Antes de entrar al teatro, siempre nos íbamos primero a la plaza Bolívar para encontrarnos con los demás compañeros de la escuela. En el teatro se usaba el primer repicar del timbre para la venta de las entradas, un segundo timbre para la entrada a los salones y un tercer timbrazo para iniciar la proyección.

Un día, por la tarde, nos encontramos en la plaza varios muchachos, entre los que estábamos: Alfredo Vera, Ómar Licet, Luis Arias "Chiquitico", Eduardo Candiales, Ramón Benítez, Santos Astudillo, monaguillo de la iglesia, Pedro Sénior, Luis José Silva "Cheo", Carlos Rivero y mi persona. Santos me dijo que en la iglesia se la pasaba un chaure (un tipo de gavilán pequeño) que dejaba sucios a todos los santos y que el cura español, llamado Roldán, no hallaba qué hacer con ese animal. Yo le expliqué a los demás

muchachos la situación, y los invité a entrar en la iglesia para ver la cosa.

Da la casualidad que el chaure estaba montado sobre un santo y, al vernos, salió volando en dirección a la puerta pero, como venía entrando alguien, se regresó volando a donde estábamos nosotros. Eduardo Candiale corrió a cerrar la puerta para evitar que se fugara, y como estaba volando a poca altura y Ramón Benítez era alto, trató de agarrarlo, pero el chaure se fue hacia el campanario. Alfredo Vera y Ómar subieron al campanario y lo hicieron volar de nuevo hacia el centro de la iglesia, la cacería era de todos. En eso voló bajo, a menos de 1,80 metros de altura, pasando cerca de mí, y yo acerté en atraparlo así, en pleno vuelo. Todos los muchachos se alegraron. Santos Astudillo nos condujo a la casa parroquial para entregar la presa al cura Roldán, que ya estaba cansado de él. Cuando lo vio nos dijo: “Esperen un momento”, mientras yo tenía al chaure agarrado. El cura buscó y trajo un mecatillo, le hizo un lazo en el centro, metió la cabeza del animal y nos distribuyó para templar por cada extremo el mecatillo, ocasionándole un ahorcamiento al animal. El cura casi nos arrastra en el proceso porque tenía más fuerza que nosotros. La recompensa fue el dinero para comprar las entradas al teatro, y vimos la película mexicana *El gavián pollero*, con Pedro Infante.

Desde la galería donde estaba sentado ese día, cerca de la zona preferencial, observé a los que estaban sentados. Vi al hermano de Jesús Díaz, hijo de mi tía Rosa Margarita Díaz. Lo había conocido en San Juanillo con Jesús Díaz, en una ocasión cuando fueron por allá desde Valle Grande. Ese hermano de Jesús se llamaba Fernando Díaz, hijo de mi tía con José Isabel Figueroa. José Isabel era compadre de Julián Sililla, esposo de Gladys Peñalver, quienes eran los dueños del teatro Gardel. Julián Sililla era padrino de Fernando y por eso estaba en preferencial para ver *El gavián pollero*.

EL 21 DE MAYO DE 1955

Andrés Eloy Blanco murió en México el 21 de mayo, luego de haber sido desterrado por el gobierno de Marcos Pérez Jiménez, cuando el automóvil en el que viajaba fue chocado en una calle de la capital, de regreso a su residencia en Cuernavaca. Era abogado graduado de la Universidad Central de Venezuela, llegó a ser ministro de Relaciones Exteriores, presidente de la Asamblea Constituyente y presidente del Concejo Municipal de Caracas. El 6 de junio de 1955 Rómulo Betancourt asistió al entierro del poeta en México, quien además era uno de los dirigentes adecos exiliados. Tenía yo quince años. Este evento fue lamentado por los jóvenes paisanos, pues se trataba del gran poeta del estado Sucre.

En una ocasión hice que Narciso Díaz me vendiera la bicicleta que le había comprado a mi cuñado Fernando Díaz hacía tiempo, y con ella me movilizaba para ir a la escuela. Por seguridad usaba un candado con una clave para la rueda de atrás cuando estaba en Cumanacoa. La usaba también para ir a disfrutar las misas de aguinaldo, que eran muy agradables. A partir de las cuatro de la mañana se daba inicio en la iglesia a la misa. Después, todos los jóvenes le daban uso a sus patines en las calles escogidas por cada quien: los ciclistas iban con Cilo (tío de Luis Mota) a la cabeza; su bicicleta era la más adornada, pues usaba varios espejos, timbres y banderines, tenía luces de varios colores en los rines y otros periquitos.

Cilo era un joven con problemas de lenguaje, que para decir San Juanillo decía *Juaniquillo* y lo mismo le pasaba con muchas otras palabras, pero aún así tenía una agilidad mental espantosa, aunque creo que nunca fue a la escuela. Además, Cilo era el que más corría, no había quien pudiera hacerle competencia, así que todos le seguíamos y recorríamos todas las calles hasta el amanecer sin dejar de sonar los timbres.

En Navidad la plaza Bolívar era adornada con sus bambalinas y la gente se reunía tanto en la iglesia como en la plaza, que estaban juntas; todo era alegría, un espectáculo. Cumanacoa tenía bastantes árboles de almendrón sembrados en las aceras que daban sombra. La acera que más tenía era la de la calle Bolívar. En diciembre era costumbre guindar faroles adornados con papeles de colores variados, transparentes, para ser alumbrados con velas; todo eso hacía que la ciudad tuviera un aspecto agradable.

Un día se celebró una competencia de ciclismo ida y vuelta desde Cumanacoa hasta Cumaná. Todo estaba listo para iniciar, a las siete de la mañana saldrían todos con vehículo guía. Cilo fue el primero en salir, tomando la delantera como buen ciclista, pero antes de iniciar la partida, en forma de juego, Armando Gil le aguantó la bicicleta y le dijo que no lo iba a dejar salir. Cilo, molestó, le dijo con la navaja en la mano: "Si no dejas mi salir te pico el encerao"; por supuesto, se refería a la piel.

Cuando el grupo cruzó el pueblo de Arenas, Cilo se quedó agazapado en los alrededores del río Arenas, donde se bañó, desayunó y apenas a las doce del día fue que estuvo alerta. Cuando vio al primer ciclista que se asomaba en el camino de retorno, Cilo entró en acción y llegó a Cumanacoa con cien metros de ventaja. La gente lo recibió y lo cargó en hombros como a todo un campeón. Rafael López, quien tenía un negocio diagonal a la plaza Bolívar, le brindó guarapo de caña como obsequio. El ganador le dijo: "Yo no gana, chico, yo no gana". Los cohetes no dejaban de sonar y la gente gritaba: "¡Cilo campeón, Cilo campeón!". Todo esto duró hasta el reclamo del verdadero campeón, porque no lo habían visto durante el recorrido.

En quinto grado fui eximido junto con Nieves Grau, que era muy buena alumna. Después de un tiempo supe que ella estaba estudiando Psicología en el Pedagógico de Caracas. Mi hermana Margarita Abreu, quien tenía tiempo viviendo en San Juanillo, era novia de nuestro primo Luis Beltrán Díaz, un día incluso los vi pilando el maíz para hacer las arepas. Como Luis se encontraba en Maturín, se casó con Margarita mediante un poder. Luego, para legalizar el acto, vino al caserío a la semana siguiente, e Ismael y mi mamá los acompañaron a la prefectura de Cumanacoa el sábado 17 de septiembre de 1955.

Ese mismo día Luis Beltrán se fue a Puerto La Cruz con un camión que llevaba una carga de papelón para vender. Mamá, Margarita e Ismael regresaron a San Juanillo. Tres días después regresó Luis Beltrán, pero Margarita se había ido a Pueblo Nuevo acompañada de Isabel Brito, hija de Chavé, para visitar a Beltrana Azócar. Ese día estaba lloviendo. Luis Beltrán localizó a Margarita con intención de regresar a San Juanillo, pero se consiguieron con el río crecido. En su deseo de tenerla, Luis se montó a Margarita en el hombro para cruzar el río, lo que lograron con mucha dificultad, pues casi fueron arrastrados por la fuerza del agua. Margarita se asustó mucho y en la casa se consideró ese acto como una locura, pues pasaron por un mal momento.

SEXTO GRADO

Comencé sexto grado con la maestra Dora Bárcenas, quien era de carácter fuerte y carecía por completo de pedagogía, tanto así que hizo el comentario de que me iba a quitar la fama de ser buen estudiante. Dicho comentario llegó a oídos de mi representante, la señora Luisa Figuera. Otro día la maestra Dora me dijo algo y yo le respondí, y su reacción fue decirme: “Tú eres así porque eres de la familia de los que *pelan y no afeitan*”; pensé que me quería aplazar y, aunque estábamos en la segunda quincena de noviembre del año 1955, le dije a mi viejita que me retirara de la escuela para inscribirme en la otra, la Pedro Luis Cedeño, que quedaba en la calle Arias, entre la calle Las Flores y Miranda, a una cuadra de la iglesia. Cuando fue a pedir mi retiro quisieron saber para dónde me iba a estudiar, porque no estaba permitido cambiarme de una escuela a otra en el mismo pueblo, así que ella dijo que yo iba a estudiar en Cumaná. Cuando recibí mis papeles me di cuenta de que mis calificaciones eran buenas, a pesar de mis temores.

En Cumanacoa solo existían esas dos escuelas, no había un liceo. En el estado Sucre había únicamente dos liceos: el Antonio José de Sucre en Cumaná, y el de Carúpano, así que un niño campesino solo podría estudiar hasta segundo grado. Sin embargo, la mayoría se quedaba sin asistir a la escuela y a duras penas terminaban la primaria si contaban con la suerte de tener familia en la ciudad más cercana; estudiar en un liceo era imposible, y más

difícil todavía era estudiar en una universidad, pues Venezuela tenía muy pocas, creo que no llegaban ni a cinco.

Así que mi viejita me inscribió en la escuela Pedro Luis Cedeño. La directora era Clédia de Núñez y la maestra de sexto grado Roselia Hernández. En los trámites perdí dos semanas y empecé asistir a clases en la última semana escolar de diciembre. En el salón había un alumno distinguido por ser buen estudiante, de apellido Mallorga, que se había hecho famoso, y me dijeron que no podría competir con él; esto me pareció interesante, y pensé que ya veríamos de enero en adelante. En la escuela me conseguí a varios conocidos, como Ramón Benítez y su hermana Emma; Luis José Silva “Cheo”; José Miguel Guevara y su hermana, del pueblo de Aricagua; una bella muchacha hija de “Pichón” Díaz, Luisa Carrillo Díaz; Alcides Carreño; Lourdes Tineo, hija de Luis Tineo y la señora Silvia; una muchacha de apellido Chopite, vecina de Lourdes; una sobrina de Serapio García; Pedro Sénior; una joven del sector La Represa, llamada Sila Mota; y a “Boquita”, llamado así por tener labios gruesos. Con el paso de los años, el 1 mayo de 1962, nos encontramos Boquita y yo en el edificio Las Brisas de Los Chaguaramos, en la Digepol (Dirección General de Policía); él era funcionario y yo estaba acusado de presunto guerrillero, coincidimos frente al calabozo donde me tenían.

Volviendo al relato de la escuela, recuerdo que un día la maestra interrogó a un alumno del sector La Represa sobre la lección del esqueleto humano, le preguntó sobre las tres partes en que se divide el dedo. Él, mal alumno, se quedó pensativo sacudiendo la mano derecha, como buscando la respuesta olvidada. En un descuido de la maestra, Ramón Benítez le sopló en susurro, fingiendo ayudarlo: “Deo, deito y deote”. De inmediato, el alumno ocupó su puesto y respondió con fuerza: “Ya sé maestra, deo, deito y deote”, en lugar de falange, falangina y falangeta.

Otro caso de alumnos que no estudiaban es el de uno que era del caserío Lamaguto. La maestra lo interrogó sobre la clase de historia sobre Cristóbal Colón, preguntándole: “Diga dónde nació el descubridor de América”. El alumno ni siquiera había visto el

cuaderno de historia en su casa, así que desde su asiento lo que hacía era sacudir las dos manos, simulando buscar la respuesta. Alguien le sopló: “En Valle Grande”, y el maganzón agarró la respuesta en el aire, diciendo: “Maestra, Cristóbal Colón nació en la ciudad de Valle Grande”. La maestra se quedó sorprendida, pues Valle Grande quedaba ahí mismo en un cerro ya llegando a San Juanillo. Dijo eso en vez de Génova, ciudad de Italia.

En Cumanacoa había un loco que era un poco gordo, de espesa barba negra. Era hasta buena persona, no se metía con nadie, tan callado que no molestaba, siempre estaba alrededor de la plaza Bolívar, así que lo llamaban Simón Bolívar. De vez en cuando pasaba cerca del mercado para ver qué conseguía en los desperdicios, y dormía en sitio no muy lejano de la plaza, pero la mayor parte del tiempo estaba allí sentado en los bancos. Una tarde estábamos en la plaza varios muchachos, entre ellos Jesús Villarroel, Alfredo Vera, Ómar Licet, los hermanos Flores Pedro, Francisco y yo. En eso observamos que se metió la mano derecha detrás de las nalgas, como para rascarse; luego la sacó y la olió diciendo con voz fuerte: “La gente cree que estoy loco, pero yo lo que estoy es podrío, no joda”. Eso nos hizo gracia y a la vez nos dio lástima, pues lo que comía era basura. Un día, muy cerca de la plaza, el hijo de Simón, el turco, echó el carro para atrás y lo pisó; luego le volvió a pasar por encima, echando el carro para adelante. La gente que vio lo ocurrido trató de linchar al hijo de Simón, ¡y se salvó de un linchamiento quién sabe cómo!

En los meses de mayo y junio de 1956 practicamos voleibol en la escuela. En esos días hizo su aparición “el Morocho” Madrid, hermano de Chango, demostrando su habilidad deportiva; él venía desde Caracas. También se asomó Gustavo Bruzual, quien vivía en Río Arenas, pero era un joven que creía estar por encima de los demás, dándose las de culto y de tener muy buenas relaciones sociales. A Ramón Benítez y a mí nos dijo, muy entusiasmado, después de nosotros decirle lo difícil que sería continuar estudiando por no tener dónde apoyarnos, que él iba a estudiar en la escuela de suboficiales, la Escuela Militar de Transmisiones,

en Conejo Blanco, donde el teniente coronel y director de la escuela era tío suyo. Además, nos explicó cómo conseguir las planillas que se debía llenar para presentar el examen de admisión. Estábamos en eso cuando nos conseguimos a Leopoldo Rangel y Rafael Amundaray, de la calle Mohedano, más allá de la casa de Lorenzo Gómez. Con la planilla en la mano me di cuenta que uno de los requisitos era ser mayor de diecisiete años. Como tenía dieciséis, a la partida de nacimiento, que también era un requerimiento, le hice una enmienda: donde decía 1940, borré el 40 y coloqué 39 con máquina de escribir; en la boleta de sexto grado también cambié la fecha de nacimiento.

La nueva maestra resultó ser excelente en matemática, usaba buenos argumentos para las reglas de tres compuestas. Años después todavía me fue útil su enseñanza; es importante destacar que el grado de instrucción de la maestra era sexto grado. Mi promedio final en el año 1956 fue de dieciocho puntos, así que le gané la competencia a Mallorca.

En Cumanacoa, en el sector Las Tinajitas, había dos sitios de diversión: La rockola de Chicho Ayala, que tenía dos entradas para el público: la puerta principal, para los que se ubicaban en las mesas para tomar las sabrosas cervezas, y la otra puerta que daba a la calle Arismendi, donde se colocaban las mujeres para ser invitadas a bailar. Las mujeres no iban a las mesas donde se tomaba aguardiente, una vez terminada la pieza que habían bailado podían continuar con otra o retornar a donde estaban sus compañeras. Entre esas mujeres había dos muy conocidas: Dora Díaz y Carmen Díaz, la más buena moza y agradable, apetecida por muchos hombres, como Antonio José Maestre, hijo de Dominguito Ortiz, que más de una vez lloró por ella.

El otro sitio de diversión era el de Evaristo Villafranca, a donde acudían más los del populacho. Sus mujeres bailadoras eran muy conocidas: “la Flaca Vitola” y “la Negra Petróleo”, que nunca rechazaba una relación sexual, incluso gratis, en los cuadros de caña y

cruzando el río Cumaná para ocultarse. Otra de ellas era Dolores, y también estaba el bailarín Gamboa (quien tenía un estilo extravagante de bailar, movía primero un lado, golpeando con la pierna dos veces, y luego pasaba a la otra), acompañado por tres perros que le seguían los pasos cuando bailaba con alguna de las mujeres. Ese sitio era el más concurrido de toda Cumanacoa.

Al final de la calle Mohedano había otros dos sitios que eran más familiares: el de Lorenzo Gómez, a mano derecha, bajando a una cuadra de la casa de la familia Amundaray; y el de Carlos Alfonso, con el nombre de Club el Reencuentro, que estaba ubicado al final de la calle, a mano izquierda. Existía además un sitio especial en el centro de la ciudad, llamado La Frutería, que estaba ubicado en la esquina del cruce de la calle Las Flores con la calle Sucre. Este local era como un jardín con la pista en el centro del negocio. A La Frutería concurría lo más selecto de la ciudad, en especial los jóvenes estudiantes cuando terminaban las misas de aguinaldo.

ESCUELA MILITAR DE TRANSMISIONES

Cuando tenía dieciséis años de edad, para dar los primeros pasos para el ingreso a la Escuela Militar de Transmisiones, fuimos cuatro muchachos desde Cumanacoa a Cumaná, al cuartel Antonio José de Sucre, donde conseguimos las planillas necesarias para poder participar en el examen de admisión. Todo se tramitó a través del cuartel. Era requisito llevar bata de baño, zuecos para los pies durante el baño, toallas, cepillo y crema dental; todo me lo compró mi hermano José Viviano, que trabajaba en Guanta. Así que hice el viaje a Guanta, a la casa de María Salazar, hermana de Pedro Salazar, para que Viviano me diera la dotación. A los días nos dieron respuesta y aviso para salir en los autobuses del Ejército desde el cuartel, con rumbo a Caracas, a mediados de septiembre. La salida desde Cumaná fue a las siete de la mañana. En el grupo de aspirantes, los cuatro de Cumanacoa éramos Leopoldo Rangel, Rafael Amundaray, Ramón Benítez y yo, menos el supuesto sobrino del director de la Escuela de Transmisiones, Gustavo Bruzual.

Después de pasar el estado Anzoátegui, el recorrido se hizo a través del estado Guárico; por último, llegamos a Caracas, a Conejo Blanco, cuando ya estaba oscureciendo. En la escuela tuvimos oportunidad de cenar y recibir lo necesario para la litera; luego, fuimos distribuidos en unos grandes galpones con las camas en hileras. Éramos unos trescientos los aspirantes para presentar

los exámenes, y tras la selección quedaría solo la mitad, ciento cincuenta.

La semana siguiente comenzaron los exámenes de conocimiento, en los que quedé en el puesto cincuenta y tres, de los trescientos que presentamos. Los demás compañeros de Cumanacoa no quedaron en el grupo de los ciento cincuenta. El proceso de exámenes duró toda una semana, porque luego vinieron los chequeos físicos y psicológicos, en los que salí mal por lo raquíptico y por la prótesis dental, así que le dieron oportunidad a otros con mejores condiciones físicas. Leopoldo Rangel, nuestro compañero, que no había calificado en los exámenes de conocimiento, quedó entre los aceptados por estar en buenas condiciones físicas y psíquicas.

A partir de allí, el comportamiento y el maltrato de parte de los clases fue rudo, llamábamos clases a todos aquellos que ya habían hecho su curso de dos años para obtener el título de sargento técnico, pero que aún no lo habían obtenido. Uno de ellos se la aplicó a Ramón Benítez, no le podía ver, a cada rato lo mandaba a recoger todo lo que se le antojara, hojas, papelitos, piedritas y por poco hormiguitas, hasta que llegó el momento en que Ramón le pidió que se quitara el uniforme para que le demostrara si era un hombre en la pelea. Eso nos permitió hacer un reclamo y solicitamos una entrevista con el director de la escuela, a la que fuimos Ramón Benítez y yo. Le planteamos al director la situación, y él nos dijo que no podía creernos más a nosotros que al clase, y con eso nos mató el piojo en la cabeza.

En la escuela, a raíz de mis botas, ya maltrechas de tanto tiempo dándoles uso diario, me enteré por un clase de que había un depósito de botas usadas para botarlas. Así que fui al sitio, escarbé y busqué con la intención de encontrar dos que me quedaran bien, pero todas eran distintas, una más gorda que la otra. Sin embargo, conseguí un par y me las dejé puestas, diciéndole adiós a las viejitas, que tenían más de dos años de uso y me dejaron una secuela en los dedos atrofiados, ya que las usé en mi época de crecimiento.

Creo que la situación hostil hizo que Leopoldo Rangel no aceptara quedarse para realizar los estudios en la escuela. Yo, como no veía futuro en vista de ese fracaso, en su lugar me hubiese quedado, pues en la escuela estaba asegurada la comida, la peluquería, la lavandería y la ropa, y hasta un dinero para los días de salida. Pero retornamos a Cumanacoa, hecho que asumí como una derrota. A partir de allí no encontré qué rumbo tomar, hasta pensé en hacer un curso de mecanografía en la casa del señor Vivín, familiar de Ramón Benítez, quien vivía en la calle Arismendi, en una esquina, frente a la casa de Alfredo Ágreda, ubicada en la calle Ayacucho. Vivín era quien tocaba siempre el órgano de la iglesia.

También pensé ir a Cumaná, a la casa de la señora Barbarita Villafranca, pero en esa casa no había condiciones para dormir: se levantaban de madrugada por la cuestión del maíz y las arepas; si las condiciones hubieran sido otras, habría buscado cupo en el liceo Antonio José de Sucre. ¡Qué difícil era para un muchacho campesino poder estudiar, unos pocos se quedaban con segundo grado y otros, la mayoría, se quedaban analfabetos!

ESCUELA ARTESANAL E INDUSTRIAL DE MONAGAS

Tras pocos días de estar yo en Cumanacoa sin rumbo definido, apareció en la casa un joven muy apreciado por la viejita Luisa, llamado Antonio Mago, "Toño Mago", quien era un muchacho de ejemplo a seguir. Yo creo que llegó a la casa porque se sentía atraído por la joven Ana Elvia Figuera, nieta de la señora Luisa, que era buenamoza y tenía unos catorce años. Con sonrisa picaresca en los labios, mostrando una orificación en un incisivo, Antonio Mago le decía a Ana Elvia que estaba estudiando en una Escuela Técnica ubicada en Maturín, y que tenía muy buenas amistades, entre ellas el director de Educación del estado Monagas. Yo estaba asomado al lado de Ana Elvia; capté la señal y le pregunté a Toño sobre la escuela; él me dijo que ahí se aprendía de todo.

Toño llegó un jueves 1 de noviembre de 1956, Día de Todos los Santos, y al día siguiente era Día de los Alumbrados o de los Muertos, así que el cementerio, durante las primeras horas de la noche, se adornaría con velas encendidas, bello espectáculo para reencuentros familiares. Por tradición, los dolientes se desplazaban desde todos los rincones del país para estar juntos esa noche especial, al lado o cerca de sus deudos.

El sábado 3 de noviembre subí muy temprano a San Juanillo para hablar con mamá sobre mi nueva aventura. Ella me apoyó, pero no sabía cómo ayudarme, aunque me consiguió cincuenta bolívares. Se me ocurrió preguntarle por personas conocidas que

vivieran en Maturín. Ella me habló de la señora Mena Villafranca, que había vivido con Juanchulia, madre de un tal Jesús, quien tenía mucho tiempo de haberse ido de San Juanillo. Mena era la mamá de Dilia, la que vivía en Lamaguto, de Francisco, según me dijo mi mamá: “El que te rompió la cabeza de una pedrada frente a la casa de Patricio Rangel por unas pichas [metras] y la torombolo [la más grande]”; y de Eugenia Villafranca. Los tres últimos hermanos eran hijos de Juanchulia y hermanos de Narciso, Fausto y Jesús Díaz, quienes eran hijos de Juanchulia con mi tía Rosa Margarita Díaz Marcano. A mi mamá le pedí que me preparara la poca ropa que tenía para meterla en una pequeña maleta y poder partir temprano, aprovechando la cola que me daría Jesús Arias cuando bajara para Cumanacoa con su camioneta Power de doble transmisión.

A papá, sin que se diera cuenta, le saqué información sobre una señora llamada María de Jesús Azócar que tenía mucho tiempo viviendo en Maturín. Descubrí que era hermana de la mujer de Chuito Brito, Teodora Azócar; la mamá de ella o la de Chuito era la viejita Moñora, quien tenía casi cien años en esa época. Así que me trasladé sin demora a Pueblo Nuevo, donde vivía Chuito Brito, para buscar información y, si era posible, la dirección, y al final lo logré. En la tarde bajé para Cumanacoa con la cola de Jesús Arias. Luego, con el señor Pedro Villafranca conseguí la dirección de la señora Mena, así que tenía dos direcciones. Si ambas fracasaban, le diría a Toño Mago para hablar con su familia de Maturín, donde él vivía, para que me permitieran dormir aunque fuera en el piso. El resto de esa tarde hablé con Toño para que fuéramos juntos en el mismo carro, y todo quedó listo para el día siguiente.

Durante el viaje de ese domingo a Maturín le dije a Toño que, como yo no conocía Maturín, iba a ser el primero en bajar del carro en la calle Juncal, después del caño. Esto se lo dije por si había algún rechazo en la casa de María de Jesús, pues yo tampoco la conocía. Acordamos eso y al llegar me bajé del carro con mi pequeña maleta y mis botas desaparejas puestas, creo que si Cantinflas me hubiera visto no se pone bravo. La primera que me atendió fue la señora

María de Jesús, que me preguntó quién era. Yo le dije mi nombre y que era hijo de Eufemio Abreu, a lo que replicó: “¿A qué vienes por aquí?”; le respondí que iba a hacer una diligencia, pero al mirar hacia el fondo de la casa vi a Beltrana Azócar, hija de Chuito Brito y Teodora Azócar, a quien tenía mucho tiempo sin ver, y que se venía acercando a la sala. De inmediato la saludé como buscando apoyo, y la señora María de Jesús me invitó a pasar.

Luego de media hora de estar ahí, vi llegar a un señor negro todo bañado de sudor, con un sombrero de cogollo grande, empujando un carrito de chicha. Se llamaba Gerardo Colina y era nativo de Coro. Hablando con él, me enteré de que había sido reservista y trompetista, encargado de tocar la diana a las cinco de la mañana para levantar a la tropa. Gerardo era esposo de la señora María, era un hombre reservado y de poco hablar. En la tarde, después de hacer todos los oficios, cenar y darse una ducha, acostumbraban sentarse hasta la noche para observar a los vecinos, que hacían lo mismo, y sentir la brisa fresca. En uno de esos momentos aproveché para preguntarle a la señora si sabía algo sobre alguna escuela técnica, y ella dijo que al lado vivía Carlos Vegas, quien estudiaba en una escuela en la que le enseñaban a trabajar muchas cosas. Beltranita me acompañó a la casa de la señora Julia, madre de Carlos y José Vegas; se nos unió una joven trigueña como de diecisiete años llamada Antonia. En la conversación, Carlos, quien tenía un problema en una pierna por la poliomielitis que le dio cuando era niño, por lo que usaba una muleta, me dijo que él salía para la escuela antes de las seis y media de la mañana. De esta forma, quedamos en vernos a esa hora al día siguiente para salir.

En la mañana, a la hora acordada, yo ya estaba en la puerta esperándolo. Él usaba una bicicleta para trasladarse y yo lo seguí al trote. La escuela quedaba casi en el otro polo del pueblo, así que llegamos todos sudados. Luego de reposar, pregunté en la dirección si tenían cupo. Todo salió bien; la escuela era artesanal, no era una escuela técnica, y estaba ubicada en una esquina, frente a una plaza triangular intercalada entre un estadio y la propia escuela. Ese día pasé la mañana ahí y me encontré a algunos estudiantes de

Cumanacoa, como “Chango” Madrid, Marden Alcalá, Pedro Pablo González Figueroa y Miguel Ángel Figueroa. Observé los salones de clases y los de talleres, el más acoplado era el de mecánica automotriz, los otros eran de carpintería, plomería y mecánica industrial; este último tenía un tornito atendido por el profesor Vergara.

Como tenía mis papeles a mano, conseguí hablar con el profesor Vergara, joven graduado de perito mecánico en una Escuela Técnica Industrial de San Cristóbal, para que me sirviera de representante, pues era un requisito para cumplir con mi inscripción. El profesor aceptó de inmediato, así que iniciaría como estudiante al día siguiente. Tuve que esperar a que Carlos Vegas terminara las clases para poder regresar a la casa y aprender mejor el recorrido. Mientras lo esperaba, aproveché y compré una empanada, pues no había desayunado y tenía que administrar la poca plata para la compra de los cuadernos. El director de la escuela era el profesor Jesús Vásquez.

La primera clase que recibí fue de Historia Universal, impartida por un profesor viejito, sobre Mesopotamia y sus ríos, el Éufrates y el Tigris, territorio donde se inició la civilización occidental. Durante esa clase empecé a molestar a los de Cumanacoa para que me prestaran sus apuntes; el primero fue Marden Alcalá, quien me prestó el cuaderno de Historia Universal con la condición de devolverlo al día siguiente, cuestión que cumplí, y así fui haciendo con los más cercanos del salón en amistad; me llevó dos semanas copiar los apuntes de mes y medio.

Esos días estuve detrás de “Toño” Mago para que me llevara con su amigo el Director de Educación. Él me decía: “Hoy no, mañana sí”, y así me mantuvo casi un mes, hasta que por fin se decidió y fuimos a la Gobernación, donde funcionaba la Dirección de Educación, en el segundo piso. Cuando llegamos, estando ya frente a la oficina, “Toño” Mago me señaló la puerta y no quiso entrar conmigo: no era ningún amigo, en realidad solo lo había visto cuando le habían dado su beca de los tiques para el comedor popular. Así que entré yo solo y le planteé al director mis necesidades de estudiante sin recursos. Después de oír mis lamentos, lo

único que me consiguió fue un tique para una comida diaria en el comedor popular, mientras que otros becados tenían sus tres tiques diarios para el comedor. Ese mismo día llené una planilla como estudiante semibecado, con la esperanza de conseguir algo más en el transcurso de los meses.

En diciembre se realizaron los exámenes parciales, en los que salí a la par con los demás compañeros del curso. El profesor Tilleró, que impartía matemática, viendo mi rendimiento me felicitó, dándome unas palmadas en el hombro. Durante las vacaciones decembrinas, el 20 de diciembre, estando en Cumanacoa, recibí un telegrama informándome que debía dirigirme a una tienda en Maturín para retirar un par de zapatos, una camisa y un pantalón. Fui con gran entusiasmo al término de las vacaciones, solo para recibir una pobre ropa y zapatos de mala calidad. Me pregunté: “¿Cómo será ese negocio con la Dirección de Educación?”, pues sabía que habían hecho lo mismo con otros estudiantes. En cuanto a los zapatos, con más placer seguiría usando mis botas, una gorda y la otra flaca.

Finalizando enero, luego del receso entre una clase y otra, cuando íbamos entrando al salón de forma ordenada, se me fueron los tiempos. Me desperté en la enfermería, cuando vislumbré un movimiento de manos destinado a vaciarme un fino chorro de leche en la boca, como me había pasado estando en cuarto grado. Creo que me ocurría esto porque a veces no hacía las tres comidas diarias, muchas veces dejaba de cenar por no verle la cara al “Negro” Colina, o por no tener cómo aportar algo para las comidas que hacía con casi frecuencia en la casa de María de Jesús; además, seguía sin recibir ningún aporte económico de mi casa, y eso me daba pena.

Para tratar de solucionar esto, me venía aplicando en reunir mis tiques: aparte de los asignados, los compañeros de clases a veces me regalaban algunos, así que yo avisaba en casa de la señora María diciéndole: “Esta semana no comeré acá, tengo tiques suficientes para el comedor popular”. Todo ese año escolar (1956-1957), administré el tema de mi alimentación de esa manera,

intenté comer la menor cantidad de veces posibles en casa de Colina, comiendo allá solamente los fines de semana, cuando sí lograba comer tres veces al día.

EL DÍA LUNES 29 DE ABRIL DE 1957

El 29 de abril monseñor Rafael Arias Blanco leyó la famosa carta pastoral contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Ya se venía sintiendo el malestar político, esa opinión se reflejó en el pueblo por tratarse de un líder religioso. Tenía yo diecisiete años, debo confesar que nunca fui religioso, pero menciono este hecho para dejar en evidencia la dictadura que se vivía.

Por otra parte, resultó también que la señora Mena Villafranca y su hijo Jesús, quien trabajaba en una bomba como dispensador de gasolina, llegaron a la casa en horas de la mañana buscando a Beltrana para ir a Boquerón, porque Eugenia Villafranca, última hija de ella con Juanchulia, se había escapado y tenía la sospecha de que estaba por esos lados. Yo me entusiasmé y me fui con ellos para buscar a Eugenia. Después de visitar a algunas personas conocidas en los caseríos de Valle Grande y Pueblo Nuevo, visitamos a unos radicados en Boquerón, como Roberto Rodríguez, hermano de los muertos en San Juanillo. Mientras estábamos en esa casa, yo sin conocer y sin saber de ese señor, de repente vi salir del fondo de la casa a la "Negra" Toribia Rodríguez, compañera de Pedro Coronado, con un machete en la mano y diciendo: "A este perro asesino lo mato yo". Menos mal que la vi a tiempo para salir corriendo mientras le decía: "Señora, no tengo culpa de eso". Afortunadamente sabía para dónde correr durante un buen trayecto, y menos mal que no salió ningún hijo de Roberto a perseguirme,

porque entre ellos había uno que se había convertido en azote del barrio Boquerón.

Para mí fue una fortuna conseguir a la familia Colina. Su casa tenía un buen solar y eran dos parcelas en una: al lado de María vivía su hija Francisca “Panchita” con su marido Policarpo, quien trabajaba en los edificios que estaban en la construcción al final de la calle Juncal; él era buen cabillero, y juntos tenían cuatro niños: la negrita Eglys, Luisa, Jhonny y su última hija, Elba Rosa. Yo dormía en la casa de Policarpo, que tenía un techo alto para combatir el calor, así que era fresca; me acostaba en un buen chinchorro de moriche, que también era fresco, cedido por Policarpo, y lo aprovechaba además para leer en el día. Todos comíamos en la casa de la señora María, quien me atendía con mucho aprecio, por lo que terminé sintiéndola como una madre. Una noche, sentados frente a la casa, me contó que hacía mucho tiempo ella y mi mamá habían tenido un problema y que desde ese momento no se trataban. Según me dijo, yo estaba muy pequeño cuando ella se fue de San Juanillo.

Ese año escolar lo terminé con buen resultado, lo que fue un orgullo para el profesor Vergara, mi representante. Antes de tomar las vacaciones, en la dirección de la escuela nos entregaron planillas para solicitar becas al Ministerio de Educación, y existía el rumor de que la escuela la iban a transformar.

Al regresar para iniciar el segundo año, en septiembre de 1957, para el año escolar 1957-1958, la sorpresa en realidad fue encontrar la escuela transformada: había talleres, dormitorios con literas, un buen baño con duchas, lavandería, peluquería, enfermería y salones de clase bien distribuidos. La escuela dejó de ser artesanal para convertirse en la Escuela Industrial Monagas. Yo fui becado por el Ministerio de Educación y también casi la mayoría de los estudiantes de la escuela.

DESPERTAR POLÍTICO

Gracias a esos cambios, ese año escolar lo iniciamos con buen pie y todo funcionó a la perfección. Además, hice contacto con jóvenes de inquietudes políticas, como Peché y Requena, nativos de San Antonio de Maturín, que pertenecían a la Juventud Comunista de Venezuela (JCV), y con el Gato, del pueblo de Aparicio, que queda cerca de Aragua de Maturín. El Gato era adeco; sin embargo, yo me convertí en simpatizante de la Juventud Comunista, a pesar de que la propaganda en contra del movimiento político era atemorizante, pues nos decían que los comunistas mataban niños y viejitos. A pesar de esto, me sentía atraído por el buen discurso de los jóvenes militantes, que llevaban folletos y revistas, algunas traídas incluso de China y de la Unión Soviética. Recuerdo que algunos estudiantes del liceo Miguel José Sanz se acercaban con frecuencia a la escuela, entre ellos Abner Fabre y Carlos Viso, con fines de captar a otros jóvenes para militar en la Juventud Comunista.

EL 4 DE NOVIEMBRE DE 1957

El 4 de noviembre el presidente Marcos Pérez Jiménez le informó al Congreso Nacional sobre el plebiscito a realizarse el 15 de diciembre, en el que se pedían cinco años más para continuar en la presidencia. Este también cubría la ratificación de sus candidatos al Congreso Nacional, a las Asambleas Legislativas y a los Consejos Municipales. Esta información, dada por el dictador al Congreso, desencadenó una ola de protestas en toda Caracas. Los estudiantes universitarios se declararon en rebeldía y huelga a partir del lunes 18 de noviembre hasta el jueves 21 de noviembre, día en que la Seguridad Nacional allanó la Universidad Central de Venezuela y reprimió a los estudiantes. Tras esa jornada histórica, en el año 1961 se decretó el Día Nacional del Estudiante, a petición del parlamentario Guillermo García Ponce.

Ese mismo jueves 21 de noviembre estalló en Maturín una huelga estudiantil guiada por la Federación de Centros Universitarios en común acuerdo con la Junta Patriótica, dirigida por Fabricio Ojeda. La Junta venía realizando acciones de desestabilización del régimen perezjimenista y de su Seguridad Nacional, que ejercía de policía política y terrorista; varios estudiantes cayeron presos tras esos hechos, y la SN comenzó a buscar a los restantes, entre ellos a Carlos Viso (de quien hablaban mucho por la radio) y a Abner Febres. Recuerdo que un fin de semana que estaba en la casa de María de Jesús oyendo la radio, pues esta siempre informaba sobre

los acontecimientos que estaban ocurriendo, se mencionó a los estudiantes revoltosos del liceo Miguel José Sanz, perseguidos por la Seguridad Nacional. Oímos los nombres de Carlos Viso, Abner Febres, entre otros. Esta situación me mortificaba, pues yo sabía que a los compañeros detenidos los torturaban.

En esos tiempos, la resistencia adeca estaba liquidada, sus líderes se habían ido al exterior y los que se quedaron enfrentaron a la Seguridad Nacional. Leonardo Ruiz Pineda, Antonio Pinto Salinas, Luis Hurtado Higuera, Ramón Alirio García, el teniente León Droz Blanco, los capitanes del ejército Wilfrido Omaña, Jesús Alberto Blanco, José Matos Rojas y el "Pajarito" Martínez murieron luchando contra la dictadura. Otros murieron por enfermedad, como Luis Alberto Carnevali, quien falleció en la Penitenciaría General de Venezuela; también murió enfermo y probablemente encarcelado Valmore Rodríguez.

Se aproximaba la caída de la dictadura, Rómulo Betancourt venía realizando su trabajo con el Departamento de Estado Norteamericano, donde tenía a su amigo Serafino Romualdi, agente de la CIA y miembro de la Federación Estadounidense del Trabajo (AFL). Betancourt pasó casi diez años en el país del norte, hasta la caída de Pérez Jiménez, cuando regresará a Venezuela. Serafino, quien trabajaba para Rockefeller, fue el puente para que Betancourt entrara a negociar con el empresario la caída de la dictadura, preparando al mismo tiempo el escenario político para el pacto de Nueva York, que se firmó el 9 de diciembre de 1957. En él, Rockefeller exigía un trato especial para los intereses petroleros de la Standard Oil Company, y en particular para sus filiales, la Creole Petroleum Corporation, la Mene Grande Oil Company y las otras hermanas restantes localizadas en Venezuela. También exigía la segregación del Partido Comunista, lo cual estaba en los planes desde la Guerra Fría. Para las negociaciones con Rockefeller se cruzaron decenas de cartas y compromisos de entrega de los intereses de la patria a ese grupo empresarial, y por supuesto al gobierno de Estados Unidos. A este Pacto de Nueva York organizado por el Departamento de Estado asistieron sus personeros:

don Rómulo Betancourt, Rafael Caldera, Jóvito Villalba y Eleazar López Contreras, expresidente de Venezuela, todos residenciados en Estados Unidos; además, asistieron el empresario cubano-venezolano Diego Cisneros, Luis Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico; José Figueres Ferrer, presidente de Costa Rica; y el mismo Rockefeller, senador norteamericano y dueño de la industria petrolera más grande del mundo, que venía operando en Venezuela desde el año 1914.

Rómulo Betancourt tenía entre sus planes un proyecto para que, cuando obtuviera el poder, entrenar a las Fuerzas Armadas para la lucha anticomunista en la Escuela de las Américas, ubicada en el Canal de Panamá, y aplicar una estrategia donde se podría usar la tortura, e incluso el asesinato, si se diera la oportunidad.

El 15 de diciembre de 1957 se realizó el plebiscito, con la alternativa en la elección del “Sí” o “No”. La abstinencia fue abrumadora y, sin embargo, el Consejo Supremo Electoral le dio amplio respaldo a la opción del “Sí” para la continuidad de la dictadura, con los siguientes resultados: por el “Sí” 2.374.790 votos, y por el “No” 186.015 votos. Estos resultados fueron desconocidos por la Junta Patriótica, la cual incluía a los partidos URD, PCV, AD y Copei. Este plebiscito fue completamente ilegal, ya que la Constitución contemplaba que se podía votar por los diversos candidatos de manera directa, secreta y universal. Con toda esa situación, el 20 de diciembre de 1957 el CSE proclamó a Pérez Jiménez como presidente constitucional de Estados Unidos de Venezuela.

LA SEGURIDAD NACIONAL

En esas vacaciones decembrinas, el 26 de diciembre se celebraba la fiesta patronal de Aricagua. Nos reunimos para bailar y tomar algunas cervezas desde tempranas horas de la noche. Estábamos Luis Beltrán Díaz, cuñado de nosotros por ser el esposo de Margarita Abreu, Luis del Valle Marcano, “el Negro” García, “el Negro” Abreu, Viviano Abreu y yo. Después de pasar unas horas agradables, y en vista de que se había hecho tarde y no teníamos carro para regresar a San Juanillo, nos convidamos todos para irnos caminando a San Juanillo por Valle Grande, que tenía una carretera nueva construida por nuestro tío, Luis Díaz, padre de Luis Beltrán. Nos retiramos todos menos Luis Beltrán, quien se negó a subir con nosotros y prefirió quedarse. Los demás dejamos Aricagua a eso de las once de la noche. Cuando íbamos por la mitad de la subida de Aricagua vimos la luz de un carro que se acercaba, le hicimos señas para que nos diera la cola o nos cobrara el pasaje. El carro era una *pick-up* que iba desocupada. Ni siquiera disminuyó la velocidad, pasó a nuestro lado muy rápido. No habíamos avanzado muchos metros cuando vimos una angosta zanja que cortaba la carretera, como para desviar agua de lluvia, que estaba protegida por palos cortos como haciendo puente. Decidimos quitar los palos y ponerlos a un lado, para que cuando regresara el del carro tuviera que colocarlos si quería pasar. Unos treinta metros

más allá apareció el carro de nuevo y atravesó la zanja corriendo, moviéndose feo; nosotros no sabíamos quién era el conductor.

Cuando llegamos a Valle Grande nos encontramos a Luis Beltrán, que estaba esperándonos para decirnos: “Yo subí en carro y ustedes no”. Así supimos, por Luis Beltrán, que el conductor era el yerno de Custodio Medina Campos, y que no se había parado cuando nos vio subiendo porque Luis le dijo: “No te pares porque ellos son enemigos míos”, y se había ocultado dentro de la cabina para que no lo viéramos, solo por darse el gusto de subir en carro y sin pensar que habría consecuencias. Según el yerno de Custodio, este al ver que le habíamos quitado los palos a la angosta zanja, se asustó y denunció el hecho ante la Seguridad Nacional, diciendo que era para atracarlo. Luis Beltrán se reía como si hubiera hecho una gracia, pero al día siguiente subieron unos policías desde Aricagua guiados por el jefe civil, Ramón Teodoro Barreto, para llevarnos detenidos a Viviano, al “Negro” García y a mí para Aricagua. En eso, nosotros no sabíamos qué había pasado con lo del carro. Luego nos trasladaron a la Seguridad Nacional de Cumanacoa; Luis del Valle Marcano y “el Negro” Abreu huyeron. El Negro se fue a esconder a Buena Vista, en el Turimiquire, donde papá tenía un conuco de café.

La Seguridad Nacional estaba ubicada en la calle Bolívar de Cumanacoa, frente a la casa de la familia de Eusebio Velásquez. Allí nos reseñaron para luego colocarnos en unos cuarticos consecutivos divididos por tabiques de metro y medio de altura. En el primer cuartucho metieron al “Negro” García, yo estaba en otro y Viviano al lado del mío. Al primero que interrogaron fue al Negro; sin pregunta alguna, lo golpearon en el estómago, brazos y costillas, diciéndole: “Para que no seas atracador”. Yo oía perfectamente todo, golpes y quejidos. Le preguntaron: “¿Quiénes son los que faltan y dónde están escondidos?”, a lo que él respondió: “Dónde están ellos, eso no lo sé. Los que faltan son Luis del Valle y 'el Negro' Abreu. Nosotros no somos atracadores, lo que hicimos fue quitarle los palos a la zanjita porque el carro no se paró para pagarle el pasaje cuando subía”.

Cuando me tocó el turno con ellos, llegaron los dos agentes. Pensé que me iban a hacer lo mismo y me pregunté: “¿Dónde estará al que llaman Chispita?”, pues se había hecho famoso, quizá porque había torturado a mucha gente. Yo tenía diecisiete años, no sé si para ellos era menor de edad. Para mí el que torturaba parecía un levantador de pesas, por los músculos tan desarrollados que tenía; era de apellido Morales, y yo que estaba tan raquítico debía aguantarle los golpes a esa bestia que no tenía nada en la cabeza. El que interrogaba se veía más decente, y me dijo: “Te colocamos aquí para que oyeras a tu vecino. ¿Estás de acuerdo con lo que dijo tu compañero?”. Yo respondí: “Sí, eso que hicimos fue una broma porque el chofer no se paró tan siquiera para decirnos que no podía llevarnos. Esa carretera la costó mi tío, Luis Díaz, para transportar la caña a la Central Azucarera, y nosotros no somos ningunos atracadores. ¿Qué le íbamos a quitar a ese señor, el dinero o el carro? ¡Eso nunca!”. Parece que para ellos yo era gente, quizá por ser estudiante. Conmigo no hubo golpes y tampoco más preguntas. Después le tocó a mi hermano Viviano, que había oído lo que dije; a él lo trataron igual que a mí.

Nos sacaron de ahí para llevarnos en *jeep* a la policía, que estaba frente a la plaza Bolívar. Eugenia “Geña” Velásquez me vio cuando me montaron en el *jeep*, porque la SN estaba frente a su casa. Era 27 diciembre de 1957. “El Negro” García estaba demasiado golpeado, le dolía todo, y ya dentro del calabozo tratamos de ayudarlo con un ungüento mentolado que se mandó a comprar. El jefe civil era Heriberto Chópite, que vivía en la calle Bolívar, y el comandante de la policía era Eduardo Marcano, primo lejano, quien era marido de Hilda Guevara, hija de Leónidas Guevara, esposa de mi tío Asunción Díaz.

Estando en la policía hablé en una oportunidad con Eduardo Marcano, a quien no conocía, pero de quien tenía referencias por mi familia, pues cuando iba a San Juanillo se le atendía como si fuera de la familia, con buenos hervidos y demás atenciones. A Eduardo le expliqué lo que nos estaba pasando y le dije que yo era menor de edad, que había sido compañero de clases, en la primaria,

de Alejandro Marcano, su hermano, y que para ese momento era estudiante de la Escuela Industrial en Maturín; le dije todo esto para ver si era posible que intercediera por nosotros. Él, de inmediato, respondió que no se metería en eso y me quitó la esperanza de su ayuda. Yo solo le dije: “Cuando vuelvas a San Juanillo dile a mi mamá que te prepare un pavo, para que comas bien sabroso”.

Mientras tanto, las muchachas Velásquez (Geña y Elvira) gestionaban con el jefe de la SN para que me dejaran recibir el Año Nuevo con ellas, cosa que lograron. Fui muy bien atendido por esa familia, en especial por Geña, pues había cierta empatía entre los dos. Al regresar a la policía, durante la tarde del 1 de enero de 1958, se veía mucho movimiento entre agentes y civiles que respaldaban al régimen. Estaba allí Pedro “Ronquillo”, padre de Edward, compañero de clase en la primaria. Se observó incluso movimiento de armas.

Paralelamente, estaba ocurriendo la insurrección prevista por Hugo Trejo para el 6 de enero, que se adelantó (por haber sido descubierta) para el 31 de diciembre en la noche y la madrugada del 1 de enero de 1958. La Seguridad Nacional detuvo a algunos oficiales comprometidos, entre ellos al coronel Jesús María Castro León, jefe de los aviadores de Maracay; detuvieron también al general Hugo Fuente, muy leal a Pérez Jiménez, por confundirlo con Hugo Trejo.

COMIENZA EL AÑO 1958

Ese 1 de enero, un grupo de aviadores de la Fuerza Aérea, provenientes de la base de Boca de Río, en la ciudad de Maracay, y el cuerpo de blindados del cuartel Rafael Urdaneta de Catia, aparecieron por Caracas. Los pilotos sobrevolaron la ciudad despertando al pueblo caraqueño según lo planificado, con la intención de bombardear Miraflores y la Seguridad Nacional con los aviones F-86. Todo esto se cumplió bajo la dirección del coronel Hugo Trejo, quien contaba con el apoyo del coronel de la aviación Jesús María Castro León. El cuerpo de blindados del cuartel aportó dos unidades blindadas compuestas por tanques, que estaban al mando de Trejo. Los tanques se desplazaron por la avenida Sucre, pasando por Miraflores, donde la alta oficialidad se protegió en los subterráneos. Después, los tanques tomaron rumbo hacia la avenida Urdaneta con la intención de llegar a la ciudad de Maracay, pero esta acción fracasó por mala coordinación y falta de comunicación con las otras guarniciones. Sin embargo, quedó demostrado que en las Fuerzas Armadas existía descomposición y un rechazo al régimen, lo que produjo una crisis en el liderazgo de Marcos Pérez Jiménez.

Los oficiales de la aviación, en su huida, se fueron a Barranquilla, en Colombia. Entre los aviones que se llevaron estaba el avión presidencial, "la Vaca Sagrada". Los partidarios del régimen quedaron sorprendidos luego de estos hechos, pues unos días atrás, 15 diciembre de 1957, había sido el plebiscito para prolongar

el mandato de Marcos Pérez Jiménez y darle solidez al Gobierno y legitimidad ante las Fuerzas Armadas. Aunque el movimiento subversivo fue delatado, se convirtió en una esperanza, pues trastocó el poder de Pérez Jiménez en el seno de las Fuerzas Armadas y creó una crisis interna en el Gobierno. A partir de ahí, se originaron dos cambios de gabinete en pocos días: desde el 10, día viernes, hasta el lunes 13 de enero, se produjo la salida del país del ministro del Interior, Laureano Vallenilla Lanz, y del jefe de la Seguridad Nacional, Pedro Estrada. En este movimiento no hubo coordinación con la Junta Patriótica, organización cívico militar, sino que la acción fue aislada. El Gobierno, lógicamente, capturó y removió de sus cargos a los militares sospechosos de darle respaldo a los alzados.

Miguel Ángel Capriles fue detenido el 2 de enero y conducido a la oficina de la Cadena Capriles para que autorizara la salida de los diarios. Hasta el 4 de enero circularon los diarios. El 3 de enero, a mediodía, *El Universal* sacó una edición muy restringida, pero Capriles continuó detenido hasta el 23 de enero.

El martes 7 de enero el gobierno de Colombia le concedió asilo político a los oficiales de aviación alzados contra Marcos Pérez Jiménez. Los aviadores llegaron a Barranquilla en “la Vaca Sagrada”, conducida por los capitanes Martín Parada y Milton Inciarte.

En “la Vaca Sagrada” ocupaban asiento también Rafael Guillot, Homero Leal Torres, Edgar Suárez Mier y Terán, Roosevelt Adrianza, Luis Evencio Carrillo, Nestor Rodríguez, Julio César Castellanos, Emilio Peña Peña, Gustavo Fernández, Francisco León D'Alessandro, Juan Ignacio Leiceaga, Enio Ramón Ortiz y Fernando Paredes Bello; todos obtuvieron asilo en Barranquilla. Entre los oficiales que sí fueron detenidos se encontraban: el teniente coronel Hugo Trejo, Juan Luis Massó Perdomo, Reyes Zumeta, Juan Vicente Tineo Arismendi, los tenientes Gonzalo Abreu Molina, Evelio Gilmond Báez, Edgar Trujillo Echeverría, Viva Arellano, Mario Fajardo Lobato, Felipe Santiago Testamack,

Cuartón Yanes, Luis Alberto Peña, Mendoza Méndez, Luis Enrique Sucre y Héctor Vargas Medina.

Volviendo a lo que estaba ocurriendo en Cumanacoa, la policía me soltó el 9 de enero, día jueves. De ahí salí corriendo para Maturín por las clases perdidas. En la Escuela Industrial Monagas estaba estudiando un joven que se destacaba porque casi todos los días peleaba. Cada vez que había un agarre se decía: “Está peleando Moriquito”, seudónimo que se había ganado por su cara, ya que era de piel negra. Un día, Moriquito le buscó pelea al muchacho más tranquilo de la escuela, uno al que le decían Cabezón por el volumen que tenía su cabeza. Moriquito era diestro con los puños, no había quien le ganara, debió dedicarse al boxeo. El Cabezón lo enfrentó, recibió varios golpes mientras intentaba agarrarlo para llevarlo al suelo; cuando ya lo tuvo allí, le dio solo dos cabezazos, y el Moriquito se desmayó para no pelear nunca más. Nimio Cabello, compañero de estudios, decía: “El Cabezón es terrible con lo que tiene sobre sus hombros”. Después de todo esto, las clases continuaron con toda normalidad.

A partir de lo sucedido 1 de enero, hubo manifestaciones públicas en el país, como las protagonizadas por el Colegio de Ingenieros, la Asociación Venezolana de Periodistas, las federaciones obreras y algunos sectores empresariales que hasta el momento no se habían manifestado contra la dictadura, más las acciones de calle dirigidas por la Junta Patriótica. En la huelga planificada por la Junta Patriótica, los diarios *El Nacional* y *Últimas Noticias* rivalizaban por las noticias. En ese momento, Isaac Pardo era director de *El Nacional* y Humberto Rivas administrador; Miguel Otero Silva se había ido a Italia, así que Pardo y Rivas debían garantizarle el pago a los empleados. En *El Universal*, los sindicatos se encargaban de impedir la circulación del periódico. Este diario era la empresa de Luis Teófilo Núñez, quien a su vez era amigo de Pedro Estrada.

Todo esto tuvo su momento cumbre en la huelga general del día martes 21 de enero, en que hubo protestas en Caracas. La huelga general se desarrolló con un paro de periodistas que se hizo sentir

en el resto del país. Para esta fecha, la Junta Patriótica capitaneaba el descontento social, político, estudiantil, empresarial y militar que terminó forzando a Marcos Pérez Jiménez a huir de Venezuela, finalizando con la dictadura.

EL JUEVES 23 DE ENERO

En la madrugada, Marcos Pérez Jiménez abandonó el palacio de Miraflores. En su huida, no pudo llevarse sino dos maletas llenas de billetes. A esa misma hora, el pueblo de Caracas se lanzó a la calle para saquear las casas de los adeptos al régimen, mientras otros acudían a la sede de la Seguridad Nacional para linchar a los más famosos torturadores; además, se destruyó la sede del diario oficial, *El Heraldo*. El palacio de Miraflores se convirtió en el centro de reunión para los sublevados y los dirigentes políticos; allí se nombró, de inmediato, la Junta de Gobierno provisional, para reemplazar a la dictadura derrocada.

Como producto de estos hechos se suspendieron las clases, así que me fui a la casa de la familia Colina. Durante la noche del 22, “el Negro” Colina no se despegaba de la radio, y amaneció allí el día jueves 23 de enero de 1958. En plena madrugada Colina oyó la voz del periodista Fabricio Ojeda anunciando: “Soy el presidente de la Junta Patriótica, e informo al pueblo venezolano, y al mundo, la huida del dictador Marcos Pérez Jiménez en el primer avión presidencial, un Douglas c-54 Skymaster, llamado “la Vaca Sagrada”, rumbo a la República Dominicana, presidida por el dictador Rafael Leónidas Trujillo”.

Rómulo Betancourt, después de su exilio dorado, regresó el 9 de febrero de 1958, para trabajar por estos grandes compromisos: primero, organizar el partido AD, que estaba destrozado, para

participar en las futuras elecciones; segundo, reafirmar el Pacto de Nueva York, que ahora se llamará Pacto de Punto Fijo, convocando una reunión. Dicha reunión fue realizada en la quinta Punto Fijo, en Caracas, propiedad de Rafael Caldera, el 31 de octubre de 1958. Estas dos acciones tuvieron como objetivo asegurar la alternabilidad del poder entre tres partidos, que a la postre se convirtieron en solo dos: AD y Copei. A esta reunión asistieron Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Rafael Caldera y Gonzalo Barrios por el partido AD, Lorenzo Fernández por Copei, Ignacio Luis Arcaya por URD; asistieron además otros dirigentes, como Antonio Requena por la Junta Patriótica, Gustavo Lares Ruiz por el Comité Sindical, Rodolfo Rojas por el Consejo Bancario Nacional y Jesús Sanoja Hernández por la Federación de Centros Universitarios (FCU).

El verdadero coordinador de la Junta Patriótica era Guillermo García Ponce, del Partido Comunista; Fabricio Ojeda, del partido Unión Republicana Democrática, era solo su representante legal, es decir, estaba designado como presidente nominal, pues era el más legal de todos durante la clandestinidad.

Retomando el relato de mi vida, esta fue mi participación en aquellos eventos del 23 de enero: luego del anuncio por radio, Gerardo Colina salió del cuarto dando gritos de alegría para despertarnos a todos los de la casa, y luego fue a levantar a los vecinos adecos. Después nos reunimos un buen número de compañeros y recorrimos con palos y piedras la calle Juncal rumbo a la sede de la Seguridad Nacional, que quedaba cerca de la entrada de Maturín, en el Banqueado. Cuando estábamos cerca, observamos que una tropa había tomado la Seguridad Nacional y ajusticiado a su jefe. Supusimos que el oficial responsable de la toma estaba ligado a las acciones de la Junta Patriótica. Nuestro grupo planificó irse hacia el Caño para localizar al esbirro Jaspe; intentamos tomar su casa, pero no salió por más que le dábamos pedradas a puerta y ventanas. Luego volvimos a la calle Juncal dirigidos por “el Chichero” Colina. Al amanecer, en la casa se acordó marchar para pedir la libertad de los presos políticos.

Con el tiempo, “el Negro” Colina, alienado y ciego en su fanatismo político, llegó al colmo de participar en el 4 de mayo de 1962, día en que la ciudad de Carúpano amaneció sublevada gracias al capitán de corbeta Jesús Teodoro Molinas Villegas, quien dirigió el alzamiento de la base naval en conjunto con los altos oficiales de la Guardia Nacional, que también se sublevaron. Este alzamiento tuvo como consecuencia la masacre del liceo Miguel José Sanz para defender la democracia de Rómulo Betancourt, y la de los Alfaro Uceró (Luis y Antonio), en Maturín.

Tras los hechos de ese año, los militares sublevados y los dirigentes políticos se reunieron en Miraflores para nombrar la Junta de Gobierno provisional, que fue presidida por el contralmirante Wolfgang Larrazábal, quien era el director del club social de las Fuerzas Armadas, y que después del 1 de enero fue promovido por Marcos Pérez Jiménez a comandante en jefe de la Marina, lo cual le dio confianza. Los otros miembros de la Junta fueron los coroneles Carlos Luis Araque, comandante de la Guardia Nacional, Pedro José Quevedo, director de la Escuela Superior de Guerra, Abel Romero Villate, de la Aviación, y Roberto Casanova, del Ejército; los dos últimos eran perzejimistas.

Esa mañana, la gente celebró la caída del gobierno y al mismo tiempo protestó por la presencia de Casanova y Romeo Villate en la Junta; para deshacerse de ellos, se les entregó a cada uno cien mil dólares. Nadie propuso a Hugo Trejo, que sí tenía los méritos suficientes para ser incluido. El 24 de enero los dos oficiales mencionados fueron reemplazados por los empresarios burgueses don Eugenio Mendoza y don Blas Lamberti; como secretario de la Junta se designó al doctor Renato Esteva Ríos, que fue sustituido enseguida por el doctor Edgar Sanabria, profesor de la Escuela Militar.

Para restablecer la democracia se nombró un gabinete provisional integrado por juristas, empresarios y ejecutivos. Como ministro de Relaciones Exteriores se nombró a Óscar García Velutine; de Comunicaciones, a Óscar Machado Zuloaga; de Justicia, a René de Sola; de Trabajo, a Víctor Álvarez; de Minas e Hidrocarburos, a José Lorenzo Prado; de Hacienda, a Arturo Sosa; de

Fomento, a Óscar Palacios Herrera; de Obras Públicas, a Víctor M. Rotondaro; de Sanidad, a Carlos Luis González; de Agricultura y Cría, a Carlos Eduardo Galavís; de Interior, a Virgilio Torrealba Silva; de Defensa, al coronel Jesús María Castro León, quien acababa de ser liberado y fue ascendido a general de brigada.

Hugo Trejo salió de los calabozos del Palacio Blanco la misma madrugada del 23 de enero, se presentó ante las cámaras de televisión y se hizo más popular. Sin embargo, Fabricio Ojeda era el más popular de todos y debió ser el presidente de la Junta de Gobierno, pero la jauría se lo tragó, pues ellos (los dirigentes nuestros) no tuvieron la visión de tomar el poder; seguramente, el pueblo lo hubiese apoyado, pues estaba respaldado por el Partido Comunista, que poseía un gran prestigio a nivel nacional, pero no lograron visualizar el momento histórico que estaban viviendo. Por otra parte, se ordenó liberar a todos los presos políticos del país, se abrió un proceso de castigo a los personeros del régimen y se hizo regresar a los exiliados.

Posteriormente, se amplió la Junta Patriótica con representantes independientes; entre ellos estuvo Raúl Leoni, al que colocaron para acorralarla y minimizarla, pero que hizo todo lo contrario. ¡Qué buenos asesores aportó la embajada americana y la CIA! A Hugo Trejo, a quien Larrazábal veía como un rival, lo designaron subjefe del Estado Mayor en los últimos días de abril de ese año. Después, Larrazábal y Castro León acordaron destituirlo y lo enviaron como embajador a Costa Rica.

Hugo Enrique Trejo perteneció a la promoción Francisco de Miranda de 1943, de la Escuela Militar. Mientras era jefe de la delegación ante la Junta Interamericana de Defensa, fue ascendido a coronel, en 1961. En 1990 fundó el Movimiento Nacionalista Venezolano Integral (MNVI). Tras el alzamiento militar del 4 de febrero de 1992, dirigido por el comandante Hugo Rafael Chávez Frías, apoyó y defendió a los militares detenidos. Al transcurrir el tiempo, con el desarrollo de los hechos históricos y el paso de la IV a la V República, producto de la participación del teniente coronel Hugo Chávez, cuando ya era presidente de Venezuela, decidió

ascender al coronel Hugo Trejo de manera póstuma al grado de general de brigada. Trejo murió en el Hospital Militar de Caracas, de cáncer, el 16 de febrero de 1998, a los setenta y cinco años de edad; había nacido en Mérida el 6 de abril de 1922 y estuvo casado con Carmen Mogollón, con quien procreó siete hijos.

Volviendo a 1958, por la presión se fijó en poco tiempo la fecha de las elecciones presidenciales y parlamentarias para el 7 de diciembre, con la intención de evitar el triunfo de la izquierda y de su candidato, Wolfgang Larrazábal. Los militares, iniciadores de las acciones del 1 de enero, y los civiles que eran miembros de la Junta Patriótica, fueron excluidos de toda participación en el gobierno.

Luego de ocho años de haber sido reforzada la Junta Patriótica, el 21 de junio de 1966, Raúl Leoni, siendo presidente de Venezuela, se encargó de Fabricio Ojeda y ordenó matarlo en el Palacio Blanco, sede del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA).

Mientras ocurrían todos esos acontecimientos alrededor de los hechos del 23 de enero, tenía yo diecisiete años de edad. Me trasladé a la Escuela Industrial para encontrarme con mis camaradas estudiantes. Allí acordamos salir marchar con banderas para gritar por las calles de la ciudad de Maturín la consigna: "Libertad para los estudiantes detenidos y torturados, libertad para todos los presos políticos"; llegamos hasta la cárcel de Maturín. Durante esos días salieron por la prensa las listas de muertos y heridos en las diferentes ciudades del país. Entre esos muertos apareció un Hernán Abreu; más sorprendente aún fue ver que mi hermano mayor, Luis Beltrán Abreu, se trasladó desde San Juanillo a Maturín para constatar si yo estaba muerto. Todo el país estaba conmocionado; como ya mencioné, las clases se suspendieron. Con Luis Beltrán me fui a San Juanillo llevando fotos de nuestras manifestaciones, pero con el tiempo esas fotos se extraviaron. Al final, el año escolar 1957-1958 culminó con normalidad, y yo lo aprobé con muy buenos resultados.

Para continuar hablando acerca de los acontecimientos que conmocionaban Venezuela en esa época, haré énfasis en las consecuencias inmediatas de los hechos del 23 de enero, así como también en las labores que comenzó a desempeñar la Junta de Gobierno.

LA JUNTA DE GOBIERNO

Por la crisis económica que se vivía y tratando de calmar los ánimos del pueblo hambriento, de entrada se decretó el Plan de Emergencia Nacional, cuya principal consecuencia fue que Caracas se llenó de campesinos cobrando un salario sin trabajar; hubo incluso casos de personas que se anotaron en diferentes sitios de Caracas para cobrar hasta tres sueldos, ya que no existía control de nada, así que eso se prestó para el aprovechamiento de los más sinvergüenzas.

El doctor Arturo Sosa, ministro de Hacienda, ordenó pagar todas las acreencias contra la nación que tenían los grupos económicos, notoriamente representados en el Gabinete Ejecutivo. Esa situación de tanta gente en Caracas provocó que los cerros que circundan toda la ciudad se comenzaran a llenar de ranchos, de este a oeste: Petare, La Charneca, Barrio Marín, Catia, Gramoven, Niño Jesús, Boquerón y La Silsa; y parte de norte a sur: Puerta de Caracas, El Guarataro, El Cementerio, El Valle, Mamera y Caricuaio.

En esos ranchos de Caracas estaban mis hermanos Luis Beltrán, José Ismael y José Viviano Abreu; este último trabajaba en el Plan de Emergencia como vigilante de un depósito de pintura ubicado en Prado de María, porque se estaban pintando los pequeños edificios y quintas de la urbanización. Ellos se habían venido los meses siguientes a la caída de Pérez Jiménez. Participaron además en la invasión a la línea del tren Caracas-La Guaira,

a la altura del kilómetro 4 en la Carretera Vieja de La Guaira; detrás de la calle Italia, de Alta Vista, se fundó el barrio La Línea en 1958, que después cambió de nombre a barrio Maracaibo. En esta invasión participaron también los barquisimetanos Carlos y Antonio Alvarado; César, junto con la paisana Petra y sus hijos Magali, Coco, Yoli, César y el más pequeño; Medina y la señora Corina; Gumersindo; los andinos Bonifacio, su señora Luisa y sus hijos, Carlos y una menorcita; también formaron parte los padres de Bonifacio, Juana y Goyo, y Rafael, entre otros.

En La Silsa, "el Morocho" Vegas, su hija Carmen y sus nietos Titiño y Gladys Moreno formaron parte, como invasores, en la construcción de los ranchos de esos terrenos. En Petare, Jesús Arvelo y su esposa Carmen, con su hermano Jorge y otra hermana más, se integraron a esa invasión gigantesca construyendo sus viviendas con madera, cartón y zinc. En La Dolorita, Luis Beltrán Díaz también participó en estas invasiones.

Todos esos barrios conformaron lo que luego se llamó el cinturón de miseria, que propició el desarrollo de la delincuencia y el consumo de drogas que fue apareciendo. En ese cinturón familias honorables pagaron y pagan las consecuencias producto del mal ambiente para poder llevar a sus hijos por el buen camino, y con mucho sacrificio a veces lo logran.

Con la caída de la dictadura, se estremecieron los campos venezolanos. Muchos orientales, andinos y llaneros se desplazaron para nutrir las barriadas convertidas en cinturones de miseria, dejando los campos semidesiertos y llevando la agricultura a su mínima expresión, privilegiando la agricultura de puerto y haciendo de Venezuela un país cada vez más pobre y dependiente.

En ese entonces la Gran Caracas poseía pocos ranchos. Marcos Pérez Jiménez la encontró con setenta y cinco mil y los redujo a cinco mil, y hasta se estaba recuperando el área verde, pero con las invasiones incluso los árboles desaparecían.

Los militares estaban descontentos y divididos por la gestión de la Junta de Gobierno, el Ejército se resentía ante la preeminencia de la Marina aglutinada en Wolfgang Larrazábal, quien hacía la

demagogia. La corriente militar que seguía al general Castro León se había hecho fuerte como para neutralizar al sector que apoyaba al coronel Hugo Trejo. Quien más había hecho para la expulsión de Trejo fue su propio jefe de Estado Mayor, el coronel Pérez Morales, quien en agosto también fue expulsado y enviado como agregado militar a Washington. Hugo Trejo contaba con un grupo de militares jóvenes capaces de dislocar la posición de Wolfgang; entre ellos estaban los mayores Luis Evencio Carrillo, Evelio Gilmond Báez y Luis Alfredo Araque, y el capitán Luis Enrique Sucre.

El 22 de julio de 1958 afloró la crisis política. Una vez neutralizada la facción de Trejo, el ministro de la Defensa, el general Castro León, a nombre de más de cien oficiales de alta graduación, presentó un pliego de peticiones. Entre ellas se pedía el aplazamiento de las elecciones, la formación de una nueva Junta de Gobierno y la supresión de las informaciones y artículos de prensa considerados lesivos para las Fuerzas Armadas. Los militares consideraban que la Junta de Gobierno y el Gabinete Ejecutivo estaban nutridos con representantes de la burguesía, quienes habían malgastado el poco dinero dejado por la dictadura, el cual se agotó en pocos meses. Por eso lanzaron este ultimátum a la Junta de Gobierno presidida por el contraalmirante Larrazábal, quien se refugió en La Guzmanía, residencia presidencial, para ver la pelea boxística de Ramón Calatayud contra el gringo James Abey, el cetro mundial de los pesos pluma. La residencia estaba ubicada en Macuto, La Guaira, y era protegida por la infantería de Marina.

En la urbanización Las Mercedes un piquete de soldados de Castro León buscaba localizar, en la quinta Miramar, a Rómulo Betancourt, que se encontraba oculto. Mientras tanto, desde La Planicie, sede del Ministerio de la Defensa, Rafael Caldera y Jóvito Villalba fueron llamados para negociar la conformación de la nueva Junta de Gobierno, que se suponía presidiría el general Castro León.

En el Palacio Blanco de Miraflores se encontraba el teniente coronel Hely Mendoza Méndez al frente de un pelotón militar, esperando a Wolfgang para detenerlo y descabezar el gobierno. Pero el teniente cononel se cansó de esperar, así que abandonó el

palacio y se retiró a su cuartel para esperar el diálogo entre Castro León y el Presidente junto con su gabinete.

La Junta Patriótica convocó una huelga general. El pueblo, en decenas de miles, rodeó el Palacio de Miraflores y montó barricadas en las calles. En la Universidad Central de Venezuela, siete mil estudiantes bloquearon las entradas para evitar un allanamiento y defender la Federación de Centros Universitarios. Se prohibió circular por Caracas o surtir los cuarteles de comida sin salvoconducto expreso de la Junta Patriótica.

El 23 de julio, en La Guzmanía, la Junta de Gobierno deliberó para rechazar el ultimátum. Un representante de la Junta Patriótica hizo un llamado por televisión al pueblo para respaldar al gobierno. Seguido de esto, en Miraflores se apersonaron los líderes de los partidos políticos: Gustavo Machado, Rafael Caldera, Jóvito Villalba y Gonzalo Barrios, arengando a las masas concentradas frente al palacio. Ante esta tribuna de líderes se apareció el presidente Wolfgang, y el pueblo, lleno de regocijo, hizo que los golpistas sintieran la derrota. Castro León se vio perdido cuando sus comandantes no actuaron y el pueblo lo rechazó, pero tuvo el coraje de ir a Miraflores a entrevistarse con el Presidente. En la tarde de aquel 23 de julio presentó su renuncia. Nadie pidió la pena de muerte para el general Jesús María Castro León, como luego haría el senador adeco David Morales Bello, el 5 de febrero de 1992, contra el teniente coronel Hugo Rafael Chávez Frías por haber levantado tropas, el 4 de febrero, contra el presidente adeco, entreguista, neoliberal, fondomonetarista y asesino Carlos Andrés Pérez.

Castro León dijo: "Renuncio, no sin que me embargue un profundo sentimiento al ver que el pueblo ha dudado de mi fe sincera en los ideales democráticos y de mi respeto a la Constitución y a las leyes". El presidente Larrazábal, en cadena de radio y televisión, a las 4:30 minutos de la madrugada, anunció la destitución del ministro de la Defensa y reiteró el llamado para las elecciones del 7 de diciembre de 1958. Los partidos del pacto de Nueva York se sintieron a sus anchas, en especial Acción Democrática (AD) y su líder Rómulo Betancourt, quien se veía con el poder en

las manos, no tanto por la fuerza política, sino por los recursos económicos de los que disponía gracias al petrolero Nelson Rockefeller. Larrazábal había aceptado la candidatura con el respaldo de los partidos URD y PCV.

A los oficiales comprometidos no se les encarceló, pero sí fueron expulsados del país. Estaban incluidos el general Jesús María Castro León, los tenientes coroneles Juan de Dios Moncada Vidal⁶, José Hely Mendoza Méndez, Juan Merchán López, Clemente Sánchez Valderrama, Martín Parada y Luis Evencio Carrillo (estos dos últimos eran aviadores que se habían sublevado el 1 de enero con Hugo Trejo); los mayores Oswaldo Graziani, Edgar Duhamel, Manuel Azuaje⁷, Edgar Trujillo Echeverría y José Isabel Gutiérrez. El 4 de agosto de 1958 salió al exilio el general Castro León como representante de Venezuela en la Junta Interamericana de Defensa.

6 Quien dio la información (como comandante general de las FALN) de que fueron apresados, el 12 de octubre de 1962, Fabricio Ojeda, Clodosbaldo Russian, Rufo Meneses y Edgar Mirabal.

7 Perteneció y fue directivo de la comandancia de las FALN. Fue uno de los fugados de la isla del Burro junto al capitán de fragata Pedro Medina Silva, quien también comandará las FALN.

INSURRECCIÓN DEL 7 DE SEPTIEMBRE DE 1958

En esa fecha resonaron de nuevo los clarines golpistas. Esa vez las organizaciones políticas, sindicales y estudiantiles estaban mejor organizadas y, apenas enteradas del hecho, llamaron a una huelga general. El pueblo estaba en la calle, tocando las cornetas de sus vehículos como lo habían hecho el 23 de enero. En la tarde tuvo lugar un gigantesco mitin en la plaza del Silencio para frenar la insurrección; en él tomaron la palabra Rafael Caldera por Copei, Jóvito Villalba por URD, Gustavo Machado por el PCV y Fabricio Ojeda por la Junta Patriótica.

Al amanecer del lunes 8 de septiembre la ciudad de Caracas estaba alborotada, con barricadas en la avenida Urdaneta para obstaculizar cualquier avance de la Policía militar hacia el Palacio Blanco, protegido por la infantería de marina. A las 4:30 p.m. la multitud, enardecida, logró romper las rejas con un autobús y penetrar en el patio del cuartel de la Policía militar. De esta manera, hizo su entrada el Ejército y logró que la Policía militar capitulara; antes de eso hubo una balacera entre la infantería de marina y la Policía militar, en la que todas las bajas fueron civiles, con un saldo de veinte muertos y ciento veintinueve heridos.

Los jefes de esta insurrección fueron el teniente coronel Juan de Dios Moncada Vidal y José Hely Mendoza Méndez; de este último se dijo que en realidad era un mayor y que su ascenso había sido decretado por él mismo tras la insurrección del 23 de julio, por

lo que no fue reconocido por el Ejército. Ambos militares habían ingresado al país ilegalmente unas tres semanas atrás en vuelos secretos desde Colombia, infiltrándose en los centros principales de la insurgencia. Moncada Vidal se infiltró en el Ministerio de la Defensa y el teniente coronel Mendoza Méndez en el cuartel de la Policía militar. El mayor Luis Alberto Vivas Romero, con un destacamento de alumnos de la Escuela de la Policía Municipal, ocupó Radio Rumbos, donde se leyeron las primeras proclamas a partir de las 4:30 de la madrugada de aquel lunes 8 de septiembre.

La justificación de la sublevación fue la corrupción imperante, pues la frustración que producía se palpaba en todas partes. En las protestas nos preguntábamos: “¿Por qué están presos los que se levantan contra los corruptos, mientras estos están libres y vuelven a recuperar prebendas y posiciones a la sombra de presuntas reformas que no se concretan?”.

Los sublevados creyeron que el levantamiento sería una cuestión fácil, ya que el presidente Larrazábal y los demás miembros de la Junta de Gobierno estaban viajando por el oriente del país. Sin embargo, doce horas después vino el fracaso, gracias a la falta de coordinación con otras guarniciones militares y a que no contaban con el calor del pueblo. Casi todos los insurrectos se escaparon. El teniente coronel Moncada Vidal, los mayores Vivas Romero y Rafael Pacheco se refugiaron en la embajada de México para salir al exilio; al mismo tiempo, fueron apresados el teniente coronel Mendoza Méndez y el teniente Nicolás Hurtado.

Después de esos días de intentonas, me fui desde San Juanillo, aprovechando la cola de mi cuñado Luis Beltrán Díaz, quien usaba un camión recién comprado por mi tío Luis Díaz supuestamente para buscarle cupo de trabajo en alguna empresa en la capital, a Caracas, al Ministerio de Educación, para realizar el traslado a la Escuela Técnica de Cabimas. En esos días la prensa reseñó mucho la figura de Fabricio Ojeda por su acción unitaria y por estar en contra de la subversión militar.

Mi hermano Viviano estaba residenciado en Los Flores de Catia. En esa casa mi hermano alquiló una habitación y fue

allí cuando vi por primera vez un televisor transmitiendo un programa en blanco y negro; fue la actuación del español Pedrito Rico, artista, cantante y bailarín. Con frecuencia visitábamos a los hermanos Villarroel, quienes vivían en el recién invadido Bloque 36, tomado con la ayuda del “hombre de la chaqueta negra”, Diógenes Caballero, quien usaba un brazalete de la Junta Patriótica, y de José Manuel, que era su chofer. Viviano vivía en el piso 9 del urbanismo 23 de Enero, con José Manuel, Simón, Esteban y el pequeño Jesús “Chuo” Villarroel.

Un día bajaron todos ellos, incluyendo a Viviano, para comer en la avenida España (actual Boulevard de Catia), donde había muchas areperas. Cuando estaban casi a la altura del Mercado de Catia, José Manuel se da cuenta de que un carro de paseo estacionado tiene los vidrios bajos y las llaves pegadas. Le dijo a los demás que sería bueno tomar ese carro prestado para dar un pequeño paseo. Se metió en el carro, y en cuanto lo prendió le llegó por la otra puerta el dueño, con un revolver en la mano. José Manuel salió corriendo con el hombre del revolver atrás, disparándole. Luego de dejar al dueño del carro atrás, notó que tenía un ardor en una pierna, cerca de los testículos. Siguió caminando a paso rápido hasta llegar al apartamento, donde ya estaban los demás. Los cuatro comentaban lo ocurrido cuando llegó José Manuel, quien apenas llegar se sentó y sintió un mal olor. Dijo: “Huele a mierda”, y se dio cuenta de que estaba todo cagado y de que tenía el pantalón perforado por un balazo. No entendía cómo no le habían volado los testículos, “¿Será que se esconden cuando uno está asustado?”.

ESCUELA TÉCNICA DE CABIMAS

Desde Caracas me trasladé a la ciudad de Cabimas finalizando septiembre del año 1958, con lágrimas en los ojos por la tristeza de irme tan lejos. Las comunicaciones casi no existían, una carta tardaba en ir y tener respuesta alrededor de un mes, el teléfono no existía. El viaje lo hice con el estudiante caraqueño Ricardo Madriz, ya que íbamos a estudiar la misma especialidad (Petróleo) aquel año.

La primera clase a la que asistimos fue de inglés. Nos recibió un profesor de piel negra y gordito que era trinitario. Le preguntó a Ricardo Madriz cosas en su idioma, que Ricardo respondió. Luego, me interrogó en inglés y yo no entendí ni papa, era primera vez que alguien me hablaba en inglés, así que mi respuesta fue encoger los hombros y arrugar la cara.

En el internado el agua para el aseo y las duchas se extraía con bomba desde el Lago de Maracaibo, que nos quedaba al fondo de la escuela, llenando dos grandes tanques elevados. Casi siempre, al salir de la ducha, alguna gota o traza de petróleo nos quedaba encima, cuando no era en la cabeza era en el cuerpo. Yo no tenía suecos y debía bañarme descalzo. Una vez, al finalizar la semana, salí de la escuela para comprar crema dental. En el primer negocio que encontré hice la compra y le pregunté al señor, en mi vocabulario oriental, si vendía cholas con suela de madera. El señor se quedó sorprendido por la pregunta, llamó a su esposa y le

preguntó delante de mí: “¿Tenemos para la venta cholas con suelas de madera?”. Los dos se rieron a carcajadas; yo, extrañado, no entendía lo que pasaba. Después de tanto reírse, el señor me dijo: “No, joven, aquí no se vende eso”. Gracias a los compañeros de clase me enteré de que las cholas eran las bolsas de los testículos.

La semana siguiente me enfermé de diarrea. Fui a la enfermería y le expliqué al médico lo que me sucedía. En mi lenguaje sanjuanillero le dije lo que sentía cuando “doy el cuerpo”. Mientras le explicaba vi que el médico encogía los hombros, arrugaba la cara y largaba la risa para después preguntarme: “¿Así que tú das el cuerpo?”. Le respondí: “Sí, doctor, y más cuando tengo diarrea; en mi caserío, San Juanillo, todos nosotros damos el cuerpo cuando cagamos la guate y los cochinos se la comen”. A pesar de estos percances, logré continuar con mis clases.

Mientras tanto, en el país todo volvió a la normalidad con Wolfgang Larrazábal como jefe de la Junta de Gobierno, acompañado de la burguesía y los dirigentes apátridas. La Junta Patriótica actuaba por la unidad y Rómulo Betancourt, con el apoyo de Rockefeller y el Departamento de Estado norteamericano, presionaba para realizar el Pacto de Punto Fijo, pautado para celebrarse y firmarse el 31 de octubre de 1958, en la casa de Rafael Caldera, ubicada en Las Mercedes. Los acompañaría Jóvito Villalba para conformar el “trío de la democracia representativa”, buscando establecer el pacto de alterabilidad del poder y segregar las fuerzas de izquierda, que fueron las que se enfrentaron a la dictadura.

Para llevar a cabo las elecciones presidenciales del 7 de diciembre, Wolfgang Larrazábal le entregó la presidencia de la Junta de Gobierno al doctor Edgar Sanabria Arcia el 14 de noviembre de 1958, para poder entrar así en campaña electoral en tiempo récord a partir de esa fecha. Rómulo Betancourt se reorganizaba con Acción Democrática desde el mes de febrero. Eso quiere decir que le dieron tres semanas de campaña al candidato de URD y al Partido Comunista (PCV), que respaldaban a Larrazábal, mientras que Rómulo tuvo más de nueve meses de actividad.

Finalizando noviembre nos dieron vacaciones decembrinas por motivo de las elecciones. Me fui a Cumanacoa y después de ese largo viaje, en el camino hacia San Juanillo, me encontré en el caserío Lamaguto con Evaristo Villafranca, quien estaba conectado en la comisión electoral. Me propuso participar como secretario de la única mesa electoral de San Juanillo, que abarcaría los caseríos Las Caras, Contador, Laguada, Los Muertos y Pueblo Nuevo. Yo acepté la propuesta. Esa semana me dediqué a conquistar votos para el Partido Comunista, y hasta papá se comprometió a votar por “el gallito”.

Las elecciones se realizaron aquel 7 de diciembre y siendo yo secretario de la mesa electoral “el gallito” sacó sus votos, protegidos por mí, más los votos de URD que se sumaron para nuestro candidato, Wolfgang Larrazábal. Después me enteré de que San Juanillo aportó más votos rojos que Cumanacoa; claro, le funcionó la maquinaria adeca a Betancourt (acta mata votos). Esas elecciones las ganó Rómulo Betancourt con una campaña electoral millonaria, triunfando en el interior del país y siendo rechazado en Caracas. Larrazábal obtuvo en esas elecciones la cantidad de 903.479 votos, contra los 1.284.092 votos de Betancourt y los 423.262 votos de Rafael Caldera.

El año escolar 1958-1959 lo culminé con buen resultado. Luego hablé con el profesor de geología, el doctor Almarza, para buscar dónde hacer una pasantía, preferiblemente en alguna empresa petrolera, con dos objetivos: el primero, adquirir más conocimientos; el segundo, como las pasantías eran remuneradas, me permitirían obtener el dinero suficiente para cubrir los gastos de ropa, libros, calzado y otras menudencias. El doctor Almarza me remitió con una nota dirigida al doctor Sucre, directivo de la Compañía Creole, que tenía oficina en Caracas, a la que acudí. De allí fui remitido al campo de Miraflores, en el estado Monagas, donde realicé una pasantía de mes y medio acompañando a un ingeniero de producción, quien para mejorar mis conocimientos me hizo participar en un curso de completación de pozos impartido para un buen número de obreros especializados; el curso fue

de dos semanas intensivas y lo aprobé con la mejor calificación. Del dinero percibido le entregué a mi mamá la mitad, para reforzar cualquier ayuda. De esa manera disfruté mis vacaciones escolares, hasta con fiesta de cumpleaños, la de una joven hija de un empleado de la compañía petrolera.

El viernes 13 de febrero de 1959 Rómulo Betancourt tomó posesión de la presidencia y, desde el Congreso Nacional, pasó a la ofensiva en su primera alocución:

Rechazo al Partido Comunista de mi venezolanismo intransigente, porque su dependencia de Moscú lo convierte en simple apéndice burocrático del Estado Soviético. El PCV no puede formar parte del tren de gobierno democrático venezolano, porque su filosofía política no concuerda con la estructura democrática del Estado, porque su posición política internacional no solo es extraña, sino opuesta a los intereses de Venezuela.⁸

¡Será a los intereses de Estados Unidos! Esta fue una declaración de guerra de Rómulo Betancourt y de su partido contra el Partido Comunista.

Su gobierno se hizo inconstitucional, pues suspendió con frecuencia las garantías constitucionales. El 4 de agosto de 1959 decretó la primera de ellas, con motivo de los cuatro muertos que hubo en la plaza La Concordia durante la manifestación de los desempleados que recorrieron el centro de Caracas reclamando trabajo para ganarse el sustento. Esta fue seguida de otra suspensión el 29 de noviembre de 1960. Posteriormente, el 23 de enero de 1961 fue aprobada por mayoría la nueva Constitución, que se convirtió en letra muerta en poco tiempo, porque al día siguiente fueron suspendidas las garantías de nuevo.

El 8 de marzo de 1962, en su mensaje al Congreso Nacional, Rómulo Betancourt dijo, entre otras cosas:

8 Cita que el autor tomó del diario *Últimas Noticias*. Sin fecha y sin página.

El Ejecutivo Nacional tiene fe en que los organismos calificados de la opinión pública sensata harán causa común con las autoridades competentes en el empeño legal de mantener al gobierno constitucional, de defender la independencia de la nación como Estado soberano, no subordinado a ninguna potencia extranjera, y de asegurar el respeto a los valores humanos.⁹

¡Qué cínico! Aquel 8 de marzo también se suspendieron las garantías.

En noviembre de 1959, Castro León le había enviado una carta al presidente Rómulo Betancourt. Como no tuvo la autorización del Ministerio de la Defensa para esa fecha, fue expulsado del Ejército. Luego la carta fue publicada en la revista *Elite* el 19 de diciembre. Parte de la misma decía así: “Tengo fe en que Venezuela habrá de salir airosa de esta situación desastrosa en que la ha colocado este gobierno. Como venezolano y como soldado, me siento obligado a dejar oír mi voz en este momento crucial que vive el país”.

El año escolar 1959-1960 lo inicié en mejores condiciones económicas y bien equipado con los libros y demás útiles necesarios, así que logré obtener un mejor rendimiento. En diciembre de 1959, estando yo todavía de vacaciones en San Juanillo, llegó la señora María de Jesús con Beltrana y la negrita Eglys desde Maturín. Eso sirvió para que desde casa se les llevara la leche de vaca necesaria para su estadía en el caserío, que pasarían en Pueblo Nuevo, donde vivía Teodora Azócar, madre de Beltrana y hermana de María de Jesús. Además, en una visita a mi casa, María de Jesús, antes de irse a Maturín, logró acabar con la discordia entre mamá y ella, lo que para mí fue de gran satisfacción.

9 Referencia tomada del diario *Últimas Noticias*. Sin fecha y sin página.

EL 20 DE ABRIL DE 1960

El 20 de abril el general Castro León comandó una invasión desde Colombia cruzando la frontera del estado Táchira. Luego, emulando la hazaña de su abuelo Cipriano Castro, tomó la ciudad de San Cristóbal, apoderándose del cuartel Bolívar gracias a la pasividad del coronel Francisco Lizarazo Véliz, jefe del Agrupamiento militar N.º1, y del teniente coronel Alcides González Escobar, comandante del batallón Simón Bolívar de San Cristóbal. Solo hubo tres muertos. Estaban estudiando allí, en la Escuela Técnica Industrial del Táchira, un grupo de compañeros de clase de la Escuela Industrial Monagas, entre ellos Pelo de Oro, llamado así por su pelo amarillo. Ese día estaban en un parque cuando llegó un grupo de soldados poniéndolos con las manos arriba. Pelo de Oro argumentó: “Nosotros no estamos haciendo nada malo, lo que estamos es estudiando matemática, unas ecuaciones”. El sargento le respondió: “Manos arriba, qué evacuaciones, ni devacuaciones”.

De ahí Castro León envió al mayor Luis Alberto Vivas Ramírez a tomar el aeropuerto de La Fría. El oficial intentó tomar Colón, donde se enfrentó a su primo, el comandante Gumersindo Pacheco Vivas, a quien le exigió la entrega del cuartel y de la guarnición de la Guardia Nacional. El comandante le negó la posibilidad y los dos guardias que acompañaban a Vivas Ramírez apuntaron al comandante. El mayor les dijo a los guardias que no hicieran eso; luego, el comandante le pidió a Vivas Ramírez que no se metiera en

su región y que volviera de donde había salido; así se despidieron. El comandante ordenó el ataque a La Fría, el cual culminó con la muerte de un defensor del aeropuerto y la huida de Vivas Ramírez.

Se supone que Castro León esperaba la insurgencia de otras guarniciones, pero esto no se dio. Mientras ellos pasaban doce horas de expectativa, en Caracas se unían varias manifestaciones de apoyo al gobierno. El movimiento fracasó y Castro León se retiró a Colombia, pero el campesino Antonio María Parada lo reconoció y, en compañía de otros campesinos, lo detuvo y lo entregó a las autoridades.

Los oficiales que acompañaban a Castro León eran: los tenientes coroneles Juan de Dios Moncada Vidal, José Isabel Gutiérrez, Oswaldo Grazziani Fariñas y Luis Rafael Cardier Rodríguez; los mayores Luis Alberto Vivas Ramírez, Manuel Azuaje y Pedro Barreto Martínez; los capitanes Jesús María Galavís, Américo Serritiello¹⁰, Cipriano Sánchez Mogollón, Rubén Massó Perdomo, Tesalio Murillo, Alfonso Sánchez Castro, Bernabé Serrano y el teniente Manuel Silva Guillén.

Con el tiempo, el coronel Moncada Vidal se hizo jefe supremo de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), cuya acta constitutiva fue firmada el 20 de febrero de 1963. Estando preso en Puerto Cabello con Oswaldo Grazziani, Alí Chalbaud Godoy y José Isabel Gutiérrez, secuestraron en pleno vuelo el avión en el que los trasladaban para ser sometidos a juicio, haciéndolo aterrizar en Curazao.

El general Castro León fue recluido un tiempo en la isla Orchila. Este sitio de diversión del general Marcos Pérez Jiménez y del presidente Carlos Andrés Pérez se convirtió en un retén. De ahí Castro León fue trasladado al cuartel San Carlos para ser enjuiciado por rebelión militar. Allí murió a consecuencia de un infarto el 12 de julio de 1965, con cincuenta y siete años de edad. Murió también en el cuartel el capitán de navío Manuel Ponte Rodríguez, sin atención médica, el 24 de julio de 1964, Día de la Armada, a los

10 También perteneció a las FALN.

cuarenta y tres años de edad. El mismo Castro León hizo la invitación al sepelio de su compañero de armas, que tuvo lugar el 25 de julio.

Es algo para reflexionar: ¿por qué estos oficiales murieron tan jóvenes? Del corazón, sin atención médica, sería únicamente porque fueron oficiales de mucho peso en la contienda antiadeca. Esas muertes dejaron la sospecha de haberse tratado de una enfermedad inducida con la misma técnica, pues resultan dudosos los fallecimientos acaecidos de la misma manera, en el mismo sitio, el mismo mes y con menos de un año de diferencia. Quizá ensayaron con el capitán Ponte Rodríguez primero, y como les dio resultado se lo aplicaron al general Castro León.

En el mes de mayo de 1960, una noche se presentó en la ciudad de Cabimas una gran tempestad. En el sector Tierra Negra hubo una terrible inundación, y más de cien familias quedaron a la intemperie. A estos damnificados el gobierno local los ubicó en diferentes sitios, casi todos en los institutos educacionales. En nuestra escuela se suspendieron las clases para colocar a los damnificados en los salones. Al segundo día empezaron a concentrarlos en barracas (o galpones); había niños desnudos, diarreicos, mujeres preñadas y hombres con caras demacradas. Todos los días hablaban de la tragedia en la radio; mientras, llegaban equipos, bultos, ropa y zinc. Todo el país colaboró con ellos, incluso algunos países hermanos. Se dijo que el gobierno revolucionario cubano había mandado unos aviones cargados de material para los que habían perdido todo. No habían pasado dos semanas cuando dos señores damnificados llegaron a la Escuela Técnica pidiendo ayuda, pues varios de sus compañeros estaban presos. Aparentemente, el gobierno local ya los estaba sintiendo como una carga, y lo primero que hicieron fue cortarles el agua y la luz a las barracas, y los damnificados que protestaron habían sido apresados.

León González, el sobrino gordito del director de la Escuela, llamado Salim Inaty, y yo, acompañamos a los dos damnificados hasta las barracas, donde toda la gente, en su mayoría mujeres, nos esperaban como si fuéramos salvadores. Tenían un micrófono

instalado y nos pidieron que les dijéramos algo que les sirviera de aliento para matar la tristeza que los envolvía. El sobrino del director fue el primero en tomar la palabra, y se comprometió a luchar hasta donde fuese posible. Luego León González habló con la misma disposición. Cuando me tocó dirigirles la palabra (he de destacar que había más de trescientas personas, entre niños, mujeres y hombres), dije: “Tengo fe y espero que ustedes también la tengan en nosotros. Hoy, nos planteamos la necesidad de rescatar a esos compañeros detenidos, y en segundo lugar de exigirle al gobierno que los dejen en paz, pues por lo que se ve les están dando la espalda a ustedes en estos duros momentos que están confrontando. ¿Qué estarán haciendo con lo que han recibido para ustedes?”.

Al rato nos reunimos con los damnificados organizadores y acordamos hacer una manifestación al día siguiente, a las cuatro de la tarde. Nosotros nos reuniríamos con los estudiantes que quisieran participar y los damnificados deberían irse a la plaza con mujeres y niños, donde sería la concentración.

Al día siguiente, en la Escuela Técnica, cuando eran alrededor de las cuatro de la tarde, los estudiantes comprometidos salimos uno a uno desde el internado para no despertar sospechas en la vigilancia. Llegamos a la plaza y ya los damnificados estaban presentes. De ahí nos enrumbamos hacia la prefectura (policía). Nuestra consigna era: “¡Libertad, sí; represión, no!”. Al llegar, frente a la policía había un piquete de treinta funcionarios y, cuando nos tuvieron cerca, metieron balas en las recámaras de los fusiles; hicieron esto de forma instantánea, como autómatas, como robots automatizados.

Esto desconcertó a los manifestantes, las mujeres lloraban y los niños también. Muchos corrieron, mientras los estudiantes les gritábamos: “No corran, no corran, que no pasa nada”. De repente nos vimos solos y tuvimos que ir a concentrarlos nuevamente frente a la plaza. León González estaba más decidido que yo, diciéndome: “No vamos a correr, que nos maten si quieren”; pensé que eso era lo que debíamos hacer. Hablamos con los damnificados y decidimos

repetir la manifestación. Unos niños iban delante de nosotros, con sus padres agarrados de la mano, gritando: “¡Libertad, sí; represión, no!”. Cuando regresamos frente a la policía, volvieron a traquetear los fusiles. Un pedazo de palo voló por encima de nosotros y le cayó a un policía cerca de los pies. El policía disparó y lo acompañaron los demás. Una niña cayó al pavimento con alaridos, el padre la recogió en sus brazos y corrió con ella. Se oyeron llantos, gritos. Los disparos siguieron. Cuando me di cuenta estaba solo frente a los policías, sin saber qué hacer. Miré a mi alrededor, muy cerca había un muchacho bañado en sangre que se retorció en el suelo; era Lacho, estudiante de la Escuela Técnica, a quien habían herido en un glúteo. Me lancé al piso y quedé atravesado frente a la policía. Oí que decían: “¡Lo mataron; ay, lo mataron!”, repetía una mujer.

La balacera continuó. Pensé que una bala podría herirme en las costillas o en la cabeza, en el lado izquierdo por la posición que tenía. Quise correr, pero la balacera me lo impedía. Al hacerse un receso, hice como las iguanas: corrí para atravesar la calle, donde pasaba un carro a toda velocidad. Me protegí en una esquina con unos pipotes de basura y luego seguí la carrera calle abajo, lateral a la plaza. Rápidamente di un rodeo y busqué a los compañeros, que estaban concentrados muy cerca de la casa del Partido Comunista. Elio Carrasquero era secretario general de la juventud a nivel distrital y se reunió con nosotros para darle apoyo a los damnificados.

Años después, Carrasquero se incorporó a la lucha armada en el Frente Guerrillero Manuel Ponte Rodríguez (1963), en la sierra San Bonifacio, y luego se encargó de la retaguardia en la ciudad de Maturín. La represión hizo que el partido lo colocara en Carúpano para encargarse de la protección del comandante “Fonseca” (Winston Bermúdez). Allí Elio tuvo una fuerte gripe, así que acudió al hospital en procura de ayuda médica y con la intención de que le aplicaran una inyección.

Lo que sucedió fue que, estando en la casa de playa el comandante Fonseca con su esposa Gladys Volcán, su pequeña hija, su

madre, así como la mamá de Elio, a Carrasquero se le presentó una fiebre alta. Fonseca le recomendó acudir a un médico, pero él se negó y se retiró para donde estaba residenciado. Al día siguiente volvió con lo necesario para los camaradas alojados en la casa de playa. Se sentó en el mueble de la casa y Fonseca observó que Elio tenía una fiebre muy alta y estaba en mal estado, así que tomó la decisión, junto con la madre de Elio, de sacarlo a la carretera para llevarlo al hospital. Ya era de noche y después de mucho empeño consiguieron una cola. En el trayecto Elio iba sentado al lado y con la cabeza sobre las piernas de Fonseca. Este sintió que Elio hacía unos movimientos como de persona que se está muriendo. Cuando llegaron al hospital, lo pusieron de inmediato en una camilla; a los pocos minutos les llegó la noticia de que el paciente había muerto de tétano. Alguien del partido retiró a Fonseca del hospital, pues era una persona solicitada por las autoridades. Con Elio, que ya era un cadáver, se quedó su madre.

Volviendo al día de la manifestación, cercana a la prefectura estaba la sede de Acción Democrática. Vimos una multitud corriendo que perseguía a un hombre al que no lograban atrapar: era el secretario general de Acción Democrática a nivel local, que se refugió en el hospital; allí había un piquete de guardias nacionales, tal vez custodiando a los heridos y a la niña muerta.

El grueso de la gente regresó a una camioneta que estaban empujando para llevarla a un terreno amplio y despejado e incendiarla. El vehículo era de la persona perseguida, el adeco. En ese momento, alguien gritó: “¡Por la radio están diciendo mentiras, dicen que solo hay disparos al aire!”. La gente se vio motivada para acudir a la emisora, así que todos nos trasladamos. En el trayecto me encontré con León González, que estaba camuflado con un disfraz de pescador, hasta tenía sombrero. Me dijo: “El director de la escuela anda por la calle chequeando a los estudiantes que andan metidos en estas cosas, y que para expulsarlos. En el internado pasaron lista en los dormitorios”. Le dije: “No le pares a eso”. Eran cerca de las ocho de la noche y lo invité a ir a la radio, donde descubrimos que la emisora había sido destruida. La gente manifestó

el deseo de quemar la casa de Acción Democrática, que se había convertido en depósito de las cosas recibidas para los damnificados. La casa fue tomada y lo que estaba allí guardado fue lanzado a la calle para que los damnificados pudieran aprovecharlo.

En el mes de junio apareció en la Escuela una lista de jóvenes expulsados. Expulsión total, en la cual afortunadamente no me encontraba; sería por mis buenas calificaciones, tal vez las mejores de la escuela. La lista nos dio pie para realizar una huelga que exigiera la no expulsión de los compañeros de estudio, pero solo logramos que pudieran presentar sus exámenes para no perder el año escolar; la mayoría se graduó de perito en las diferentes especialidades. Uno de los graduados como perito mecánico, Alejandro Regardíz, nativo del Tamarindo, cerca de Maturín, luego se hizo profesor y trabajó en el Inces, ubicado en la avenida Nueva Granada, en Caracas.

ATENTADO EN LOS PRÓCERES

El atentado tuvo lugar el 20 de junio de 1960. El autor principal fue el ex capellán de navío Eduardo Morales Luengo, y el autor intelectual Rafael Leónidas Trujillo, dictador de República Dominicana. Consistió en la explosión de una bomba colocada en un Oldsmobile modelo 1953, estacionado a la derecha en el momento del paso de la comitiva presidencial. El presidente Rómulo Betancourt pudo salir por la puerta trasera del vehículo por sus propios medios, sufriendo quemaduras de consideración en ambas manos y en la cara. Días antes, en un nutrido mitin, había afirmado que si llegaba a sustraer dinero del erario público se le quemaran las manos. El coronel Ramón Armas Pérez, jefe de la Casa Militar, iba sentado en el asiento delantero, al lado del chofer Azael Valero, y pereció en el acto, horriblemente destrozado. El ministro de la Defensa, general Josué López Henríquez, su esposa Dora y el médico Francisco Pinto Salinas, así como un motorizado, fueron alcanzados por metrallas y recibieron quemaduras de consideración, pero todos salvaron la vida. El otro muerto fue un estudiante que transitaba por la acera. A los pocos días casi todos los culpables fueron capturados.

El promotor intelectual, Rafael Leónidas Trujillo, suministró el explosivo y entrenó a los encargados de activarlo por medio de ondas radiales. El cabecilla fue el capitán de navío Eduardo Morales Luengo, quien había sido dado de baja y estaba exiliado

por haber tomado parte en la conspiración en febrero de 1960, así como su hermano en servicio activo, el capitán de corbeta Ángel Morales Luengo; además participó el capitán Carlos Chávez, dueño de la línea aérea Ransa, que transportó los explosivos. Los conspiradores fueron apresados. El explosivo (varios centenares de dinamita) fue activado por microondas radiales emitidas por un percutor, y fue accionado por el técnico Luis Cabrera Sifontes. Al paso de la comitiva otro cómplice, Manuel Vicente Yanes Bustamante, se quitó el sombrero como saludando al Presidente. La pista para develar el complot la dio el automóvil donde estaba colocado el explosivo, ya que el carro destrozado se pudo identificar como propiedad de Armando Cedraro, quien probó habérselo regalado a su hermano Eudoro.

Eudoro se lo prestó a su cuñado Yanes Bustamante, quien se lo pidió para hacer un viaje a Valencia. Los otros implicados fueron Juan Manuel Sanoja, Lorenzo Mercado, Luis Álvarez Veitía y Juvenal Zavala. La OEA, en su reunión efectuada en San José de Costa Rica, sancionó a República Dominicana y a su Presidente. No obstante, Estados Unidos, lejos de apoyar esta resolución, tratándose de Rómulo Betancourt, quien era su seguro servidor, continuó su intercambio comercial con Santo Domingo y le aumentó la cuota azucarera asignada pues lo que le interesaba era el negocio, lo demás no era importante.

PASANTÍA EN LA SUN OIL COMPANY

En el mes de julio de 1960, una vez finalizados los exámenes y el año escolar, cuatro estudiantes de la Escuela Técnica (León González, José Asunción Marcano, Ítalo Sánchez y yo) coincidimos en hacer las pasantías en la petrolera americana Sun Oil Company, que tenía su sede de operaciones en el centro del Lago de Maracaibo. Para ingresar fuimos sometidos al chequeo médico requerido, como si fuéramos futuros empleados: desde los oídos hasta las hernias y, si no me equivoco, hasta la próstata, porque nos hicieron un examen rectal. Después de eso, León González, quien fue el último en ser examinado, salió diciendo: "A mí no me hicieron lo mismo que a ustedes, yo no me dejé meter el dedo, como ustedes", y nosotros le respondimos: "Sí, ya te vamos a creer."

Como las operaciones laborales se realizaban en el centro del lago, unas camionetas nos recogían en un sitio determinado de Maracaibo para llevarnos hasta el terminal marítimo y allí tomar una lancha rápida que nos trasladaba hasta la alta gabarra usada como planta, donde cada día hacíamos el mismo recorrido. Habíamos notado que el primero en llegar a la escalera marina, una vez preparados para subir a la gabarra, era José Asunción Marcano; la lancha se retiraba apenas el último agarraba la escalera, y sentíamos que el que se cayera no tendría quien lo ayudara. Después, cuando nos retirábamos, una vez finalizada la labor, el último en bajar la escalera para caer sobre la lancha era José

Asunción; luego descubrimos que hacía esto porque no sabía nadar, así que montaba todo un espectáculo subiendo o bajando la escalera, pues creía que se podía caer y que el lago tenía mucha agua para él solo.

Un día por la mañana se presentó una fuerte lluvia. La lancha empezó a dar saltos porque la lluvia se había convertido en tempestad, y el oleaje era cada vez más fuerte. El capitán se comunicó por su transmisor con la oficina principal en el centro de Maracaibo, informando la situación. Esa comunicación se oía en todas las lanchas, en la gabarra y en todos los sitios que tuvieran que ver con la compañía. El capitán nos ordenó usar los salvavidas. José Asunción Marcano no dejaba de rezar y de hacerle llamadas a la Virgen del Valle. Al capitán se le partió la silla en un gran salto que dio la lancha. Perdimos el rumbo, y José Asunción andaba como loco pidiendo ayuda para que le pusieran el salvavidas. La tempestad duró cerca de dos horas, tiempo perdido para poder llegar a la gabarra.

Después de dos semanas de trabajo me di cuenta de que estábamos perdiendo el tiempo en cuanto a aprendizaje. Le comenté a los demás estudiantes mi preocupación, pidiéndoles sus opiniones, qué hacer para mejorar el trabajo, pero ninguno veía solución. Les llegué a decir que prefería retirarme para irme a casa y disfrutar las vacaciones con mi familia en el caserío. Se me ocurrió pedir prestado el transmisor de la planta en la gabarra, donde me comuniqué con el gerente de la oficina principal en Maracaibo. Le expliqué que éramos los estudiantes de la Escuela Técnica de Cabimas, y que estábamos realizando la pasantía con el deseo de aprender algo que nos sirviera para lo que estábamos estudiando, o al menos para poder aplicar nuestros conocimientos, y que nos parecía ilógico hacer un trabajo del que podría encargarse hasta un analfabeta, como lo era quitar pintura a puertas y motores, usando removedor, para volver a pintarlos. Así que le pedí que considerara la situación y me despedí para ver qué pasaría.

Mis compañeros me reclamaron por haber hecho eso, diciéndome que estaba loco, que mucha gente había oído lo que yo había

dicho y que se estaban escuchando comentarios, que nos iban a botar del trabajo y quedaríamos fichados, no pudiendo conseguir oportunidades laborales ni ahí, ni como técnicos, ni como nada. José Asunción Marcano fue el que más me refutó, diciendo que a él lo que le interesaba era el dinero que se estaba ganando, un buen sueldo, y que era primera vez que veía tanta plata cada fin de semana. Luego de todo esto les dije: “Me hago responsable de lo que hice”, y les aseguré que a ellos no los botarían, porque yo me echaría toda la culpa.

A los dos días nos llamaron a una reunión. La preocupación fue grande para el grupo, y yo ya iba mentalizado en que me botarían. Todo fue rápido, el encargado de la estación nos dijo: “Muchachos, disculpen, la verdad es que ustedes están haciendo algo que no aprovecharán, así que ahora van a pasar a los laboratorios”. Desde ese momento el panorama cambió. Realizamos la pasantía con agrado y un buen sueldo: 47,5 bolívares diarios, más el tiempo de viaje que nos tomaba desde la casa hasta el sitio de trabajo, con su retorno, para un total de 80 bolívares diarios, además de las utilidades por dos meses de trabajo. Con ese dinero nos fuimos a Caracas, donde continuamos nuestros estudios, pues en Cabimas solo se estudiaba hasta cuarto año.

EL 28 DE AGOSTO DE 1960

El 28 de agosto nuestro canciller, Ignacio Luis Arcaya, del partido URD, se negó a firmar una declaración de la OEA contra la República de Cuba en San José de Costa Rica, por lo que fue destituido por Rómulo Betancourt; su sustituto fue Marcos Falcón Briceño. Ignacio Luis Arcaya salió del Ministerio de Relaciones Exteriores como “el canciller de la dignidad”, y a partir de ese momento URD se retiró del Pacto de Punto Fijo y el gobierno pasó a estar integrado por AD y Copei, conformando el gobierno de la Guanábana (blanco por dentro y verde por fuera). En enero de 1962, en Punta del Este, se expulsó a Cuba de la OEA, todo bajo la dirección del Departamento de Estado estadounidense.

Posteriormente, el miércoles 31 de agosto, el teniente Exio de Jesús Saldivia Celis, acompañado de cuarenta guardias nacionales del destacamento Ramo Verde, en Los Teques, tomaron Radio Continente, en Caracas, y llamaron a la rebelión contra el gobierno de Rómulo Betancourt.

El 8 de septiembre bandas armadas de Acción Democrática, dirigidas por el buró sindical comandado por Hugo Soto Socorro y Luis Tovar, de la Federación de Trabajadores Petroleros (Fedepetrol), asaltaron el Sindicato de Trabajadores Petroleros de Lagunillas (STPL), tratando de acallar las protestas de los trabajadores, que exigían claridad en las finanzas del sindicato controlado por AD. En el asalto fue herido de gravedad, por tres disparos, Luis

Pinto; falleció el trabajador Ricardo Navarro; y salieron con heridas leves quince trabajadores más. Como resultado de las heridas Luis Pinto, secretario de reclamo del sindicato, quedó en silla de ruedas. Ese día aplicaron la estrategia disparar primero y averiguar después, conocida táctica de Rómulo Betancourt y Carlos Andrés Pérez, cuando era ministro de Relaciones Interiores. Ese fue el punto de partida para apoderarse por la fuerza de los sindicatos en los que la izquierda tenía influencia.

Luego de estos acontecimientos, Luis Pinto fue fundador de la Central Unitaria de Trabajadores de Venezuela (CUTV), y de la Central Unitaria de Trabajadores del estado Anzoátegui (Cutea), filial de la CUTV. Pinto representó un excelente papel obrero al lado de destacados dirigentes, como Manuel Taborda, Federico Rondón y Cruz Villegas.¹¹

El 14 de septiembre de 1960 se fundó la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), momento culminante en la historia del petróleo en Irak, por iniciativa del doctor Juan Pablo Pérez Alfonzo, ministro de Minas e Hidrocarburos de Venezuela. Pérez Alfonzo exigía que desaparecieran las concesiones otorgadas a las empresas transnacionales en el manejo del negocio petrolero, para aumentar la participación fiscal en los beneficios de la industria y reducir la producción, buscando conservar la riqueza petrolera. Los miembros iniciales fueron: Irak, Arabia Saudita, Kuwait, Irán y Venezuela; después se incorporaron: Libia, Argelia, Nigeria, Gabón, Emiratos Árabes Unidos, Indonesia y Ecuador.

Luego, el 15 de septiembre, los obreros petroleros rindieron homenaje a la memoria del dirigente obrero asesinado Ricardo Navarro. En su honor, el joven poeta Gustavo Pereira escribió: "Abre su nombre en el cementerio de los caídos y hoy más que nunca la clase obrera se ha rendido".

11 Padre de Ernesto y Vladimir Villegas.

Los primeros días de octubre iniciamos el año escolar 1960-1961 en la ciudad de Caracas. Al llegar pensábamos que íbamos a estar en las mismas condiciones de comodidad que teníamos en el internado de Cabimas; sin embargo, no fue así, ya que el internado de Caracas no existía. Como se verá a continuación, mi participación fue activa en las manifestaciones estudiantiles.

EL 23 DE OCTUBRE DE 1960

El 23 de octubre la policía de Caracas disparó contra una manifestación de desempleados en la esquina de la Bolsa; la manifestación estaba convocada hacia el Congreso (Cámara Legislativa) para exigir empleo y la creación de nuevas fuentes de trabajo. Cuando los desempleados llegaron a la esquina de la Bolsa, la policía ordenó a un chofer penetrar en la concentración con su vehículo para perturbar la acción de los manifestantes. Luego, el estudiante etiano Ramón Benítez sacó al chofer del carro a puño limpio. Muchos estudiantes de la Escuela Técnica Industrial respaldábamos esa manifestación; el orador era Teodoro Petkoff. En el forcejeo, la policía empezó a disparar. Según la información que fue publicada en la prensa, se registraron cuatro muertos y trece heridos.

EL 17 DE ENERO DE 1961

El 17 de enero fue asesinado el líder revolucionario e independentista Patricio Lumumba, por mercenarios pagados por las grandes empresas internacionales del cobre. En junio del año anterior se había declarado la independencia del Congo bajo la presidencia de Joseph Kasavubu, con Lumumba como jefe del gobierno. La empresa belga-norteamericana Unión Minera quería mantener el control de la explotación del uranio (de ahí salió el uranio para la bomba atómica lanzada en Hiroshima y Nagasaki) y del cobre; para lograr ese objetivo, promovieron un movimiento separatista que aislara la provincia de Katanga, donde planificaron el asesinato de Patricio Lumumba, ya que él era un obstáculo en los planes de la transnacional. El Gobierno del Congo pidió ayuda a las Naciones Unidas buscando protección, pero las fuerzas armadas de la ONU actuaron peor que el enemigo interno y asesinaron a Lumumba. En su honor, tomé su nombre en mis años de lucha armada, y desde ese tiempo pasé a llamarme Patricio; después, a mi última hija la llamé también Patricia, y ahora espero que continúe la cadena de su nombre hasta que se acaben todas las transnacionales en los países del tercer mundo.

A los pocos días de tomar posesión John F. Kennedy, el 21 de enero, el buque *Santa María*, de bandera portuguesa, fue capturado por veinticinco combatientes ibéricos. El grupo estaba conformado por portugueses y españoles, varios de ellos nacionalizados

venezolanos. La táctica se llamó Operación Dulcinea y su objetivo era denunciar las dictaduras de Francisco Franco, en España, y del portugués Antonio de Oliveira Salazar. Esta operación fue comandada por el capitán Henrique Carlos Malta Galvão, patriota portugués de sesenta y cinco años de edad y miembro del Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación (DRIL). De los veinticinco combatientes que participaron, solo catorce estaban armados. En alta mar fueron interceptados por un buque de guerra estadounidense, y durante tres horas estuvieron conversando con los agentes de la CIA. Galvão dijo: "No negocio con tiranos"; luego se entregó a Brasil.

El 23 de enero se aprobó por mayoría la Constitución de la República de Venezuela, solo para ser suspendida de inmediato. Ese año de 1961 Rómulo Betancourt redujo, por decreto, el salario de los empleados públicos un diez por ciento, y eliminó el plan de emergencia; este decreto llamó se Ley de Hambre.

El 20 de febrero el coronel Edito Ramírez inició la más alocada de las acciones subversivas. Ramírez ya había participado en el derrocamiento del general Isaías Medina Angarita en 1945, cuando indujo a los cadetes de la escuela militar a desconocer su juramento de lealtad a la Constitución y al gobierno democrático de Medina Angarita. Por eso Pérez Jiménez no le tenía confianza, así que lo envió como agregado militar a Chile, pero terminó rompiendo con Pérez Jiménez y escribiendo un libro contra él. Al caer la dictadura, Ramírez regresó con el grado de coronel y fue designado director de la Escuela Superior de Guerra. Desde allí se alzó aquel 20 de febrero, tomando la escuela militar. Un extraño aliado civil, el ex capellán militar Simón Salvatierra, tomó por poco tiempo el cuartel de la guardia presidencial. Al amanecer cayó preso el cabecilla.

Luego, el 16 de abril de ese año, Cuba fue invadida por un ejército de mercenarios, en los sucesos de la playa Girón y la Bahía de Cochinos, que fue una invasión preparada por Estados Unidos; dicho ultraje fue derrotado en menos de setenta y dos horas. En Venezuela ya había presencia de cubanos batisteros, pedidos y

protegidos por el gobierno de Betancourt para impulsar su plan anticomunista. Muchos de ellos fueron colocados en la Digepol como funcionarios y activistas anticastristas entrenados por la CIA.

El día de la invasión a Cuba, combatientes venezolanos integrantes de la Unidad Táctica de Combate (UTC) atacaron con piedras y tiros La Hogareña, pensión ubicada en San Bernardino y ocupada por cubanos batisteros; este acontecimiento es anterior a la muerte de Livia Gouverneur. En los meses de abril y mayo se hizo un enjuiciamiento por la conducta antiamericana del gobierno de La Habana en una reunión de cancilleres en Punta del Este (Uruguay), en la que jugó un papel importante nuestro canciller de la dignidad Luis Ignacio Arcaya, antes mencionado, quien era miembro del partido URD. Venezuela, entonces, se planteó romper relaciones diplomáticas con Cuba, cuestión que se logró en enero de 1962.

El 1 de octubre de 1961 se llevó a cabo una segunda operación en La Hogareña, durante la cual colocaron un carro cargado de niples que estallaron a sus afueras. Estos ataques fueron motivados por las operaciones que se realizaron contra el consulado cubano y el asesinato del representante de Cuba, Andrés Cova Casas. Más adelante comentaremos una tercera operación contra La Hogareña y otros sitios ocupados por los batisteros, en noviembre de 1961.

Anteriormente, en junio de 1961, el embajador estadounidense Teodoro Moscoso, en convenio con las autoridades de Arquitectura, había llegado en su vehículo a la Universidad Central de Venezuela (UCV). Se corrió la voz entre los estudiantes sobre esta visita. Un grupo de ingeniería se encargó de romper los vidrios del carro con su brigada para sustraer un bello maletín; allí estaba Cara 'e Loco. Cuando el embajador estaba recorriendo el último piso de arquitectura, se enteró de lo sucedido, y también el decano y el rector, Francisco de Venanzi. Este último intervino para proteger al embajador Moscoso del tumulto estudiantil y sacarlo del recinto universitario. Tanto el presidente Betancourt como el gobernador de Caracas amenazaron con allanar la universidad.

El maletín llegó a las manos de Alfredo Maneiro, que para ese momento era responsable de la Juventud Comunista en la UCV.

Tiempo después, en 1963, Maneiro sería el comandante “Tomás”, jefe del Frente Guerrillero 4 de Mayo. Dicho Frente cambió de nombre en 1964, pasando a llamarse Frente Guerrillero Manuel Ponte Rodríguez, y operó en los estados Sucre y Monagas.

El maletín en cuestión llegó al Partido Comunista, a la figura de Guillermo García Ponce, y posteriormente a Cuba. En él había dos documentos: uno correspondiente a Venezuela y el otro relacionado con la nación isleña y con el Che Guevara, quien llevó luego el documento a Punta del Este, a la reunión de cancilleres. Ese 8 de agosto de 1961 el Che informó sobre el contenido de los documentos que le habían llegado de manos amigas y denunció la injerencia de Estados Unidos en esos países; en el documento correspondiente a Venezuela se veía con claridad el compromiso y el sometimiento a Estados Unidos.

El Che Guevara leyó esos escritos en la conferencia. El de Venezuela se titulaba *Sugerencia para la asistencia técnica y económica en Venezuela*; entre otras cosas, el documento del embajador estadounidense decía y recomendaba: “Este plan de asistencia implicará la dedicación de nuestra fuerza y prestigio a la tarea de inducir a los intereses creados y a las fuerzas conservadoras, tanto venezolanas como extranjeras, no solo a aceptar la transformación de la sociedad venezolana sino también a ayudar a la misma”.

Estados Unidos, probablemente más rápido de lo que se pueda pensar, señalaba a la oligarquía, a los nuevos ricos, a los sectores económicos nacionales y extranjeros, a los militares y al clero, como los que tendrían la última palabra para elegir entre dos posibilidades: contribuir al establecimiento en Venezuela de una sociedad basada en las masas, mientras ellos retenían el statu quo y las riquezas, o enfrentarse a la pérdida de todo (y muy probablemente a la muerte misma en el paredón) si las fuerzas de la moderación y el progreso eran desplazadas en Venezuela. Hay que dejar claro que no se podía esperar que Estados Unidos detuviera por sí solo el avance del castro-comunismo en nuestra región, sin la ayuda de aquellos que tenían y tienen el poder y los recursos de América Latina en sus manos. El Che empleó esta evidencia y

acusó al gobierno de Rómulo Betancourt de estar domesticado por el imperio norteamericano.

EL BARCELONAZO

El lunes 26 de junio de 1961, a las 3:30 de la madrugada, el mayor Luis Alberto Vivas Ramírez, acompañado del capitán Tesalio Murillo, se apoderaron del cuartel Pedro María Freites en la ciudad de Barcelona. El capitán Murillo había servido en ese cuartel y gozaba de gran ascendencia sobre sus oficiales, por lo que se les hizo fácil la toma. Con prontitud fueron sacados de sus habitaciones tanto el gobernador del estado, el doctor Rafael Solórzano Bruce, como su secretario, Carlos Canache Mata, quienes fueron trasladados al cuartel. La guarnición contaba con doscientos cincuenta hombres y un puerto marítimo; se habían comprometido otras fuerzas, pero no cumplieron.

El capitán Murillo relató lo fácil que se les hizo tomar el cuartel y la ciudad de Barcelona:

Nosotros llegamos a la ciudad el domingo. En la tarde entré al cuartel, donde hablé con un grupo de oficiales. Todos estuvieron de acuerdo con lo planteado, menos uno de ellos. Al día siguiente, a las 4:00 a.m., se ordenó el toque de diana para despertar a la tropa. La reuní y los arengué con un pequeño discurso, explicándoles la situación del país y lo que perseguía nuestro movimiento. Se dieron

las misiones a los oficiales con personal de tropas; unos debían tomar el aeropuerto, otros, las misiones de vigilancia.¹²

En la tarde un grupo de subtenientes, encabezados por el teniente Carrasquel, al ver el fracaso y para no arriesgar su carrera, detuvieron a los alzados y así cayó también un grupo de civiles que había acudido para cooperar. Dieciséis de ellos fueron arrinconados en el patio del cuartel; entre ellos varios pertenecían al partido Unión Republicana Democrática (URD). Los civiles fueron acribillados, pero de los militares no hubo ni un solo herido. Según el teniente Elonis López Curra, la responsabilidad de ese asesinato recayó sobre el secretario del estado Anzoátegui, Carlos Canache Mata, quien en un momento de ira exclamó: “¡Mátenlos a todos!”. De pronto, un soldado disparó sobre los civiles, y de inmediato todos empezaron a disparar. Los heridos fueron rematados con bayonetas, según reveló la autopsia de los cadáveres. Por otra parte, el capitán Tesalio Murillo negó la responsabilidad de Canache Mata y dijo que estaba más bien asustado, por lo menos mientras estuvo detenido¹³. A las 10 de la mañana todo había terminado. El capitán Murillo fue el único condenado a veintiocho años de cárcel, pero por su condena, salvando a Canache Mata de culpa, fue sobreseído a cuatro años con seis meses, siendo el prisionero militar de más larga duración después del teniente Nicolás Hurtado, quien estuvo preso siete años. Después de pagar esa larga condena se incorporó al Frente Guerrillero José Leonardo Chirinos con el grado de comandante: perdió la vida mientras luchaba en un sector de Ospino.

12 Tomado de un segmento del periódico *Tribuna Popular*. Salió también en el diario *Vea*, segmento “Tal día como hoy”. No hay fecha ni página de la referencia.

13 Aproximadamente en junio del año 1962, cuando estuve detenido en el cuartel San Carlos, recuerdo haber visto a uno de los heridos sobrevivientes de esa masacre. El joven, cuyo nombre no recuerdo, había recibido un impacto de bala que le dañó el fémur, causándole una herida en ambas piernas que casi le alcanza los testículos.

De esa despiadada voluntad de poder nació la democracia representativa venezolana, durante la cual cayeron muertos muchos más ciudadanos que en todas las dictaduras y alzamientos militares habidos en el siglo xx. Con el tiempo hubo muchas masacres, la más fuerte de ellas fue el Caracazo, durante el cual se recogieron cadáveres con tractores para llenar los volteos. Se registró un saldo de tres mil muertos, muchos de los cuales fueron enterrados en una gran fosa común llamada La Peste, en el Cementerio General del Sur. Esto ocurrió el 27 de febrero de 1989, durante el gobierno adeco de Carlos Andrés Pérez.

Ese año escolar, como nosotros, los revolucionarios, participábamos en manifestaciones y con una situación política tan tensa, muchos compañeros lo perdieron. Llegué a obtener también notas bajas en tres de las asignaturas que cursé. Hubo dos manifestaciones que recuerdo, de las tantas ocurridas durante ese año escolar: una frente al Liceo Fermín Toro, donde la policía nos reprimió mientras aparecía un pelotón de la Guardia Nacional. En ese evento nos sorprendimos al darnos cuenta de que la misma guardia casi se enfrentó a la policía para evitar la represión hacia los estudiantes que estábamos allí.¹⁴

Transcurrido menos de un mes, realizamos otra manifestación, en el trayecto entre la plaza Miranda y la Iglesia Santa Teresa, donde hizo presencia la Guardia Nacional. Muchos de nosotros creíamos que iban a actuar en nuestro favor, pero lo que se desató fue una represión tremenda. En la carrera perdí una regla de cálculo que tenía en el bolsillo, esas eran las computadoras que uno usaba por aquellos días. En esa ocasión cayó preso mi compañero de estudios y camarada León González. Cuando intentamos buscarlo, recorrimos todos los sitios de retención como La Planta, la Digepol, la PTJ, entre otros, pero no lo encontramos. Luego, en un segundo intento volvimos a los diferentes sitios y logramos

14 Con el tiempo me enteré de que esa buena acción de la Guardia se debió a que estaba comandada por el teniente Héctor Fleming Mendoza. Él participó en el Carupanazo y fue capturado; luego se fugó de la cárcel de Trujillo y fue uno de los militares que yo trasladé hacia Portuguesa en octubre de 1963.

localizarlo en La Planta. Ya lo tenían para ser enviado al Dorado como “vago y maleante”.

El 2 de octubre de 1961 se fugaron del Hospital Militar el mayor Manuel Azuaje Ortega, el teniente Gonzalo Abreu Molina¹⁵, Jesús Padrón y el cabo Joel Silva Hernández Miliani, quienes fueron procesados por rebelión militar. Habían sido trasladados desde el cuartel San Carlos al Hospital Militar. Los procesados, armados con pistolas introducidas secretamente en el centro de salud, sorprendieron y desarmaron la custodia militar. Luego huyeron a la Embajada de Perú, donde combatieron a una patrulla policial que les impedía la entrada.

15 Este teniente participó en una reunión, en junio de 1964, llevada a cabo en el caserío Las Negritas, en el Frente Guerrillero José Antonio Páez, junto con Teodoro Petkoff. Para esta fecha yo comandaba el destacamento Rubén Delgado. Al terminar esa reunión tuvo lugar una ofensiva por parte del Ejército, por lo que debieron esperar el fin de la ofensiva para poder movilizarse nuevamente. Al bajar a la ciudad de Boconó cayó preso Gonzalo Molina Abreu, junto con Petkoff, Ramón León y dos camaradas más de la Dirección Regional del Partido Comunista de Portuguesa.

LA MUERTE DE LIVIA

Livia Gouverneur fue estudiante de Psicología de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela. El 1 de noviembre de 1961, durante la noche, se desarrollaron acciones de protesta contra los cubanos batisteros, los anticomunistas, los agentes de la CIA y los funcionarios de la Digepol, policía de Acción Democrática; cuyos principales jefes fueron Luis Posada Carriles (llamado Comisario Basilio) y Salvador Romaní. Todos estos batisteros se encontraban viviendo en diferentes pensiones de Caracas cedidas por órdenes de Rómulo Betancourt. En la mencionada quinta La Hogareña, que era la sede del ejecutivo de la Acción Revolucionaria Constitucional cubana, y refugio de organizaciones como el MRP, el 30 de Noviembre y el FORDC (cuyo dirigente máximo era el periodista Salvador Romaní), se llevaron a cabo acciones de sabotaje y publicidad.

A raíz del terrible evento de los cuatro desempleados muertos en la plaza de La Concordia¹⁶, los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela se organizaron en escuadras militares de autodefensa, que luego se transformaron en dos brigadas: la primera, "21 de Noviembre", en honor a la acción estudiantil de dicha fecha en el año 1957 para derrocar la dictadura, conformada

16 La manifestación de desempleados fue una consecuencia de la eliminación del Plan de Emergencia.

por estudiantes de las diferentes escuelas y facultades de la UCV; la segunda brigada, “Ricardo Navarro”, bautizada así en homenaje al dirigente sindical petrolero asesinado por las bandas armadas adecas en el estado Zulia, integrada por estudiantes de la Facultad de Ingeniería.

Entre estos estudiantes estaba el brigadier Héctor Rodríguez Armas, quien había sido expulsado de la Escuela Militar por haber actuado el 22 de enero de 1958, con una escuadra de cadetes, en las calles de Caracas contra del presidente Marcos Pérez Jiménez. Luego de eso ingresó a la Facultad de Ingeniería, donde se hizo responsable militar de dicha brigada, en la que se trazaron tareas de rearme, tratando de encontrar armas de diferentes formas: desarmando policías, con asaltos a armerías y polígonos de tiro, como el de Sartanejas, y un asalto que hubo a la Digepol de Baruta. En estas acciones también participó Livia Gouverneur. Las operaciones de la brigada pretendían hostigar a quienes se enfrentaban a la Revolución cubana, por lo que se planificó fustigar a los cubanos batisteros. Para ese momento Venezuela tenía una población de 7.524.000 personas.

Aquel 1 de noviembre los camaradas del Partido Comunista, más la juventud del partido que operaba en la UCV, planificaron dichas acciones contra los batisteros, acordando actuar todos a la misma hora, a las ocho de la noche. A los estudiantes de Ingeniería, junto a la estudiante de Psicología¹⁷, les correspondió ir hasta la quinta La Hogareña, ubicada en Las Acacias, al norte de la Gran Avenida, en la parte baja de San Bernardino. Contaron también con la participación de Héctor Rodríguez Armas¹⁸ y Alejandro Tejeros, quienes ocupaban un vehículo Mercury para proteger al camarada Antonio Acosta “Rasputín” y a la estudiante Livia Gouverneur, que se trasladarían en un carrito robado marca Opel

17 Livia participaba en la UTC de la Facultad de Humanidades, pero también lo hacía activamente en la de Ingeniería.

18 Héctor Rodríguez Armas murió en una emboscada en octubre de 1964, en el caserío Peña Blanca, en Mesa de Cunaviche (estado Trujillo), actuando para el Frente Guerrillero José Antonio Páez.

que llevaba los niples. Además, iban cargados de propaganda, que se dispersaría una vez estallaran los niples, pues toda la operación pretendía ser de propaganda y hostigamiento.

La operación estuvo bien planificada. La llegada de los dos carros al sitio fue simultánea. En el Opel que tenía los niples los camaradas Rasputín y Livia activaron la carga antes de abandonar el vehículo, que explotaría en el tiempo calculado. Luego se trasladaron al Mercury, en el que los esperaban Rodríguez Armas y Tejeros, quienes ya fuera del carro gritaron y dispararon al aire contando con que los niples estallarían. Todos ingresaron al Mercury y la última en montarse fue Livia, quien recibió un impacto de bala en la nalga izquierda cuando entraba al carro en posición inclinada. El disparo había salido de los alrededores de la quinta. La bala, en su recorrido, le perforó el pulmón y se alojó con abultamiento en su seno derecho.

En la retirada, Rasputín se dio cuenta de que Livia estaba herida. Debían buscar un tercer vehículo para abandonar el Mercury robado. El tercer carro, que sí era legal, los esperaba cerca de la Cota Mil, en la Alta Florida, cerca de la casa del embajador norteamericano Moscoso. Cuando hicieron el trasbordo al Volkswagen rojo conducido por el combatiente Francisco Toro, los demás descubrieron que Livia estaba gravemente herida. En el trayecto hacia El Valle, buscando al camarada médico Alcides Rodríguez, dejaron al combatiente Alejandro Tejeros. En El Valle había una fiesta de vecinos en la vereda, así que muchos vieron cuando cargaron a la herida para trasladarla. El médico, luego de examinarla, se dio cuenta de que no tenía salvación, pues la herida era mortal y Livia ya estaba agonizando. La solución, después de consultas en contacto con los directivos, fue dejarla en un hospital, pero los tres camaradas no aceptaron la orden y se la llevaron a su familia.

A las dos de la madrugada del 2 de noviembre les llegó la noticia a los camaradas estudiantes de la UCV. El primero en enterarse fue Alfredo Maneiro, miembro de la FCU y responsable de la Juventud Comunista de la UCV. Maneiro se trasladó de inmediato a la

residencia estudiantil para informarle al bachiller Juvencio Pulgar, presidente del Centro de Estudiantes de Humanidades, y pedirle que se encargara de la parte fúnebre, ya que estaba al tanto de que Livia Gouverneur era una joven muy humilde que vivía en La Pastora, en Sabana del Blanco, y de que su padre trabajaba en el mercado de La Candelaria. Livia fue velada en la Universidad Central de Venezuela. Se vio una pancarta que decía: “Livia, con tu memoria venceremos”. El poeta Héctor Gil Linares, estudiante de periodismo, le escribió un poema en una revista, al que tituló “La Virgen Roja”.

Algo más ocurrió aquella noche. El camarada ingeniero geólogo Gregorio Lunar Márquez, quien dirigía otro grupo del partido, estaba hostigando a los batisteros de la quinta Magda, ubicada en la parte alta de San Bernardino, y salió herido durante la acción, recibiendo un balazo en el muslo izquierdo. Durante la retirada no fue auxiliado por el gordo Rafael Elinio Martínez, quien lo vio con las piernas bañadas de sangre, tanto que hasta en el paltó tenía sangre. Gregorio se trasladó por sus propios medios y tomó un vehículo libre, acompañado del combatiente Antonio Martínez, el “Morochó” Ezequiel, para irse a la urbanización Las Palmas. Allí se bajaron del vehículo una cuadra más arriba del edificio al que se dirigían, porque la calle iba en bajada. Se fueron a un apartamento que compartía con el ingeniero civil Juan Vicente Cabezas. Como en la calle quedaron muestras de sangre la policía siguió el rastro hasta el apartamento y lograron capturar al camarada Gregorio Lunar Márquez en otro piso, fuera del apartamento. Al poco tiempo, no obstante, Gregorio se fugó de la Digepol, buscó la protección del partido y se fue a las montañas, para convertirse en el “Comandante Cruz”, creando el Frente Guerrillero Simón Bolívar en el estado Lara, secundado por Argimiro Gabaldón, llamado “Comandante Carache”.

Para el día de estos trágicos acontecimientos estaba yo en el barrio de La Línea con mis hermanos. Nos enteramos de ello por la radio. En esos meses mi situación como estudiante era muy crítica. No vivía en una residencia estudiantil como en otras épocas, sino en ese rancho que teníamos en la carretera vieja de La Guaira,

kilómetro 4, en el barrio La Línea. La beca del Ministerio de Educación hacía varios meses que no la cancelaban, la Escuela Técnica Industrial lo que nos proporcionaba era el almuerzo, mi hermano José Viviano trabajaba a destajo en donde le saliera oportunidad. Yo vivía en la miseria, a veces cenaba donde mi tía Juliana, en el mismo barrio, pero otras veces no comía, tanto así que un día, en el salón de clase, en un receso del turno de la mañana, me paré frente al pizarrón y me quité la camisa para mostrarle a mis compañeros cuántas costillas tengo de cada lado y hasta dónde podía llegar el estómago cuando lo hundía. Por supuesto, la piel de la barriga me llegaba cerca de la columna vertebral, lo normal cuando el estómago está vacío, y eso fue lo que les mostré, la piel y el ombligo cerca de la columna. ¡Tanto petróleo que iba rumbo a Estados Unidos, alrededor de dos millones de barriles cada día, y cuántas toneladas de mineral de hierro viajaban al país de las garras de águila! Rómulo Betancourt estaba lleno de regocijo con regalarle a Estados Unidos nuestros recursos naturales.

EL INICIO DE LA LUCHA ARMADA A NIVEL NACIONAL

Como yo estaba militando en la Juventud Comunista, el camarada Iván Barreto me concertó una entrevista a petición del camarada Juan Vicente Cabezas, solicitado por los hechos del 1 de noviembre de 1961. Esto fue luego de que la policía detuviera al camarada Gregorio Lunar Márquez cerca de su apartamento.

Detrás de la Facultad de Arquitectura conversé con Juan Vicente Cabezas, quien me planteó la necesidad de prepararnos para incorporarnos a un proceso de lucha armada. Yo era estudiante de último año en la especialidad de Petróleo y estaba al tanto de nuestra miseria, producida por los gobernantes entreguistas que habíamos tenido, así que le dije: "¡Estoy ganado para irme a la lucha por la patria!".

La noche del 17 de noviembre nos encontramos Iván Barreto y yo en la plaza Tiuna, entre la universidad y El Cementerio, para trasladarnos a la urbanización Simón Rodríguez, donde él vivía con sus padres y hermanas en un apartamento. Muy de mañana, el día 18 de noviembre, nos esperaban debajo del edificio, en una camioneta con placas del Congreso Nacional, Guillermo García Ponce, su joven hija y Juan Vicente Cabezas, para salir rumbo a la ciudad de Acarigua, en el estado Portuguesa.

Luego de pocos días, tras elaborar yo un croquis completo de la ciudad, subimos a Cerro Negro, donde se inició nuestro peregrinar guerrillero. De allí nos trasladamos al Charal, creándose

el Frente Guerrillero José Antonio Páez. En marzo de 1962 murió Iván Barreto y Augusto Torres en abril de ese mismo año. Por llegar al Frente con un desgarramiento en el tendón de un pie, bajé a Guanare para ir al médico. Después de unos meses subí de nuevo a Cerro Negro con el “Comandante Solares” (el doctor David Esteller), con un grupo de combatientes, pues teníamos la idea de crear un nuevo frente, con orden del partido de que yo ocupara el cargo de Segundo Comandante, adoptando el nombre de “Capitán Patricio”.

El hostigamiento por parte de la Guardia Nacional y la Digepol se produjo de inmediato, ya estaban en la zona. Tuvimos que trasladarnos a Cerro Blanco, en el estado Lara. Allí caí preso junto a Julio Cesar Valeri en abril de 1962, al pasar por una alcabala cerca de Araure. Después de varios traslados en Portuguesa, el 1° de mayo nos llevaron a la Digepol de Los Chaguaramos (Caracas)¹⁹ y luego al SIFA (Palacio Blanco); después nos trasladaron al cuartel San Carlos, donde me conseguí con el “Comandante Cruz” (el ingeniero geólogo Gregorio Lunar Márquez), capturado tras la toma de Humocaró Alto, también en abril de ese año.

A finales de mayo capturaron al “Comandante Sucre” (Luben Petkoff) en Yaracuy, sumándose al grupo de detenidos en el cuartel San Carlos. Estando allí se produce El Porteñazo o Insurrección de Puerto Cabello. Tuvimos que conformar una comandancia con todos los guerrilleros detenidos por cuestiones de orden y disciplina; la dirigíamos Lunar, Luben y yo.

En el mes de agosto me liberaron junto a Julio Cesar, por no poder comprobar nuestra condición de guerrilleros. En octubre de 1962 me reincorporé al Frente Guerrillero José Antonio Páez, en la zona de Barrancas de Barinas (entre La Marqueseña y la ciudad de Barinas). Me mantuve haciendo exploraciones en varios caseríos, y posteriormente participé en la campaña Iván Barreto, realizada en marzo de 1963, al cumplirse un año de su fallecimiento. En

19 Paralelamente se estaba dando el Carupanazo, el 4 de mayo de 1962.

esa misma operación perdió la vida el camarada Rubén Delgado, quedándose sembrado en El Charal.

En junio de 1963 me trasladé con el “Comandante Pablo” (ingeniero Juan Vicente Cabezas) al Frente Guerrillero Simón Bolívar, dirigido por el “Comandante Carache” (Argimiro Gabaldon) en la zona de Cerro Blanco, donde funcionaba la brigada 31. Allí Pablo cambió de seudónimo, pasando a llamarse “Simón”. En tres meses nos fortalecimos con nuevos combatientes para trasladarnos de nuevo al Charal, donde nos esperaba el “Comandante Rafael” (Enrique Peraza) y su grupo.

En ese momento se produjo una de las fugas de prisioneros más importantes del país, ocurrida el 15 de septiembre de 1963, en la cárcel de Trujillo. De allí se fugaron seis militares y tres civiles; entre los civiles estaban: Fabricio Ojeda (“Comandante Roberto”), Luben Petkoff (“Comandante Sucre”) y Gregorio Lunar Márquez (“Comandante Cruz”); entre los jefes militares estaban los participantes del Carupanazo: el capitán de corbeta Jesús Teodoro Molina Villegas, el mayor de la Guardia Nacional Pedro Vegas Castejón, el capitán de la Guardia Nacional Omar Echeverría, el teniente de la Guardia Nacional Octavio Acosta Bello, el teniente de la Guardia Nacional Héctor Fleming Mendoza y el maestro de la Marina Francisco Uzcátegui.

En octubre me tocó trasladar a los fugados que se habían ocultado en los caseríos montañosos Las Agüitas y Los Frailes, ubicados detrás de Boconó, en el estado Trujillo. Este traslado se hizo a través de la selva, llegando cerca de Guanare, sin poder usar brújula y en época de lluvias, cruzando ríos crecidos. La marcha duró nueve días, con lo cual se garantizó la seguridad de los escapados; también se dio la concentración con el resto de la guerrilla. Posteriormente nos trasladamos a los caseríos Las Negritas, Las Agüitas, Las Cortaderas, Los Frailes, Los Volcanes, Las Mesas de Cunaviche y Guaramacal, también en el estado Trujillo, para realizar trabajos de masas. Luego Luben y yo nos encargamos de surtir a la guerrilla desde Boconó de todos los implementos necesarios (botas, plásticos, hamacas, enlatados y armas).

En diciembre se realizaron las elecciones que ganó Raúl Leoni, y el triunfo le proporcionó tanta fuerza política que ordenó la ofensiva “Yunque-Martillo”²⁰ (primera ofensiva) para acabar con los frentes guerrilleros, para la cual movilizaron cerca de cinco mil efectivos encargados de atacar por todos los flancos. La guerrilla, que siempre rechazaba al enemigo, les hizo frente en tres zonas:

Zona 1. El primer choque se presentó en un paso estratégico de río Boconó abajo, cerca del rancho de Pablo Vergara, donde una escuadra del destacamento de Rubén Delgado, dirigida por el “Teniente Antonio” (Daniel Buitriago) y sus guerrilleros, esperaron que la Guardia Nacional intentara cruzar el río para atacarlos, ocasionándoles siete bajas, entre muertos, heridos y ahogados.

Zona 2. En plena conmemoración del 23 de enero de 1964, el Comandante Roberto y Miguel Castillo (comandante del destacamento Iván Barreto) le hicieron frente al Ejército pronorteamericano, entrenado en las Escuela de las Américas (Panamá), con varias emboscadas consecutivas, desde El Calvario hasta Las Negritas. Esto les ocasionó dieciocho bajas, entre las que se cuentan dos oficiales.

Zona 3. Cerca de Los Volcanes, el Comandante Rolando (el ingeniero Gregorio Lunar Márquez) y Ramiro Pereira Pizanni (llamado “Alberto” y comandante del destacamento Rubén Delgado), emboscaron al Ejército y le ocasionaron tres bajas.

El balance general de la ofensiva fue de veintiocho bajas en total, donde la guerrilla no tuvo ni un solo herido.

Entre marzo y abril de 1964 se realizó una reunión en el campamento El Hospital (cerca de Guanare), donde se reestructuró de la siguiente manera el Frente José Antonio Páez: destacamento Iván Barreto, comandado por el “Capitán Blanco” y su segundo teniente “Juan José”, para cubrir la zona que iba desde Las Cortaderas y Las Negritas hasta el Santuario; el destacamento Rubén Delgado, comandado por el Capitán Patricio (yo) y su segundo,

20 Metáfora de que el yunque era la guerrilla, y el Ejército era el martillo.

el “Teniente Antonio Zamora” (Buitriago), para cubrir la zona de Los Volcanes, Peña Blanca, la Mesa de Cunaviche, Guaramacal, El Cumbe, Loma Hidalgo, San Juan de Dios y Agualinda; por último, el destacamento Augusto Torres, comandado por el Capitán Alberto, quien sustituyó al Capitán Gerónimo, para cubrir las zonas de Las Agüitas, Los Frailes, Las Virtudes y Cambízales.

Responsabilidad de los Comandantes:

Juan Vicente Cabezas, primer comandante (fue aprobada en una reunión su salida al exterior).

Fabricio Ojeda, Comandante Roberto, Jefe de Política.

Gregorio Lunar Márquez, antes apodado “Cruz”; luego, “Comandante Rolando”, Jefe de Operaciones.

Luben Petkoff, Comandante Sucre, Jefe de Logística.

Enrique Peraza, Comandante Rafael, Jefe de Investigaciones tipo G-2.

SEGUNDA OFENSIVA DEL EJÉRCITO

Después de una campaña social en los caseríos Guramacal, Loma Hidalgo, Juan de Dios y Agua Linda, de regreso a nuestro campamento Punto 1 (a la altura de Peña blanca), en el caserío de Guaramacal, autoricé al “Sargento Alfredo” y al menor del grupo, “Plutarco”, para ir a una bodega. En ese ínterin cayeron presos a manos del Ejército, que estaba ocupando el caserío. Nosotros llegamos al campamento y encontramos allí al “Sargento Iván”. También estaban presentes los comandantes Rolando y Sucre, que habían regresado de una reunión en Las Negritas en la que participaron Petkoff, Gonzalo Abreu Molina, Ramón León, dos camaradas más del Partido Comunista y el Comandante Roberto. En Las Negritas el enemigo merodeaba peligrosamente la zona.

En nuestro sector el día y la noche transcurrían con constantes lluvias, y el río Amarillo estaba crecido, también todos sus ramales. El “Sargento Trioli” y su escuadra cubrían una emboscada en la parte alta de la mesa de Cunaviche, cerca del puente que enlaza con Guaramacal. A Trioli le interfirieron su *walkie-talkie* mientras se comunicaba conmigo. Supongo que en ese momento el enemigo estaba usando el de Alfredo, quien ya estaba detenido y amarrado a un árbol, donde llevó agua toda la noche.

A Trioli le bombardearon la emboscada usando morteros, pero lograron desplazarse hacia Peña Blanca. Allí ordeno preparar una nueva emboscada entre el puente y Peña Blanca, que sería

reforzada por mi grupo. La noche anterior casi no se durmió en el campamento, y se convirtió en una situación bastante difícil la persistente lluvia. Di la orden de que se dirigieran al caserío El Cumbe “Carmen” (Paula Haydée Fariñas), “José Miguel” (Germán Saltrón), “Anselmo” y “Félix”; estos dos últimos eran campesinos de la zona. No pudieron cruzar el afluente de río Amarillo para ir al caserío, pero se quedaron cerca de ahí.

En un momento vimos que un helicóptero del Ejército y una avioneta sobrevolaban la zona. Al segundo día el Ejército llegó a las mesas de Cunaviche y fusilaron, por sospechas que tenían, al maestro de la escuela. Al mismo tiempo, mataron en una emboscada nocturna de Guaramacal a un campesino que no entendió el santo y seña, y que caminaba ingenuamente desde su casa con una linterna encendida.

Se presentó también en el caserío el caso de una jovencita llamada Yiya, sobrina del campesino Bonifacio, amigo nuestro. Un pelotón de soldados fue a la casa de la mamá de Bonifacio, donde se encontraba Yiya, y le dijeron que se levantara el vestido para ver qué ocultaba debajo, pues sabían que las campesinas no usaban pantaletas. Por miedo, la muchacha levantó su vestido y mostró su parte íntima. El responsable del pelotón la sacó de la casa y la llevó al cultivo de café, donde fue violada por todos los militares; este acto quedó impune.

“Alejandro” (Carlos Ávila), quien estaba en El Cumbe, informó que el Ejército se había llevado presos a tres campesinos que eran colaboradores nuestros: Mercedes, Valentín Hernández y su hijo Miguel. Dos días después de haber muerto el maestro, toda la tropa del Ejército pasó por Peña Blanca, rumbo hacia Los Volcanes. A través del *walkie-talkie* le informamos de eso al subteniente Mohazir (de origen brasileño), quien estaba en Los Volcanes, para que se comunicara con el capitán Blanco y evitar una sorpresa por la retaguardia. Por su parte, Blanco informó cuando el Ejército entró desde Boconó, para luego acampar en la hacienda de Juan Pino; por temor, no se atrevían a avanzar al caserío Las Negritas, por las grandes pérdidas que habían tenido en la

ofensiva Yunque-Martillo. Blanco también informó cuando su destacamento detuvo a un espía de los militares, pero la guerrilla lo devolvió con una carta enviada a los oficiales.

A los pocos días, la tropa del Ejército que entró por Guaramacal y pasó por Los Volcanes llegó a Las Negritas, rumbo a Boconó, donde la ofensiva se dio por terminada.

Transcurridos varios días, se escuchaba otra noticia en la ciudad de Boconó que decía que acababan de caer presos Teodoro Petkoff, Ramón León, el teniente Gonzalo Abreu Molina y dos dirigentes del PCV²¹. Habían sido delatados por nuestro enlace, llamado “Tonino”, quien resultó ser un infiltrado del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas. Esta ofensiva fue para observar no para combatir, por el carácter rápido que tuvo.

Días después se reincorporó el teniente Antonio Zamora, quien trajo desde Barinas al hijo de su compadre, un muchacho llamado Ramón Rodríguez Ruiz (“Luis”).

Desde Punto 1 me trasladé al Cumbe y ya habían regresado los tres campesinos detenidos. Una vez allí, el guerrillero “Tilo” me dijo: “Mercedes me ha informado que la Digepol me está solicitando y tengo ganas de ir a presentarme, porque me dejarían libre como hicieron con los demás”. Le recomendé que no se le ocurriera hacer eso, pero no me hizo caso y se escapó.

En poco tiempo se incorporaron nuevos combatientes, entre ellos Francisco, exsargento del Ejército, y nuestra comandancia lo aceptó con el mismo grado. También ingresó Perdomo, un gordito trujillano que tocaba la guitarra; y Matrero, un andino bajito y gordito que llegó por su cuenta, sin recomendación del partido, y al que aceptamos, pero se le hizo ver que no podría usar armas y estaría en período de prueba, condiciones que él aceptó.

Con el tiempo hicimos inventarios de los depósitos del destacamento en toda la zona, con lo cual nos dimos cuenta de que el que estaba en El Cumbe había sido saqueado. Con información recogida en el lugar, nos enteramos también de que el campesino

21 Ver nota número 13.

Mercedes había estado invitando a la gente a consumir del depósito, pero ellos se negaron; sin embargo, Mercedes lo hizo por su cuenta, pues el enemigo lo había puesto de su parte.

En esos meses, el Partido Comunista había ordenado tregua. En nuestras filas muchos de los combatientes estábamos en condiciones paupérrimas, sin botas y sin recursos. En Los Volcanes y en El Cumbe los guerrilleros se tuvieron que unir a los campesinos para poder hacer conucos y satisfacer las necesidades alimenticias colaborando con ellos.

Construimos el campamento Punto 3 y Punto 4 con la participación de “Falcón” (Agustín Mejías, campesino de Peña Blanca), Felipe, Freddy (campesino larense) y Trioli. Se planificó otra reunión en el campamento El Hospital, con la Dirección Distrital Militar. La comandancia estuvo acompañada por el Teniente Antonio Zamora, el “Sargento Francisco”, Cleto, Vladimir, Falcón, José Ignacio, Agustín “el Caraqueño” y Raúl Vergara.

En los primeros días de octubre de 1964 se dio la reunión en dicho campamento, en la que participaron por el Frente Guerrillero los comandantes Roberto, Sucre y Rolando. También formaron parte Carlos Del Vecchio “el Portugués” y Guerra Ramos “Tiuna”, quien era el responsable del Distrito Militar, abarcando al mismo tiempo el Frente Guerrillero Simón Bolívar. Asimismo, estuvo el dirigente Villalba, miembro del Comité Central del PCV, el comandante Héctor Rodríguez Armas y el Comandante Pablo (Simón).

La reunión duró tres días. La mañana posterior al tercer día, se marcharon Carlos Del Vecchio y Pablo guiados por Cleto. Más tarde, Roberto, Tiuna y Felipe se fueron al campamento Punto 1, donde me encontraba yo con mis guerrilleros.

Al día siguiente una comisión integrada por el Caraqueño, Cleto, Raúl Bergara y Vladimir salió vía Sabana Grande para sacar de allí a Villalba y a otra persona más. En horas de la tarde, alrededor de las 5:30 p.m., se encontraba en El Hospital el Teniente Antonio Zamora, quien estaba de vigilante; en el rancho del campamento quedaron Sucre, Rolando, Héctor Rodríguez Armas “Cara e loco” y el Sargento Francisco. Sin que lo esperáramos, un

campesino de Tucupido, guía de la Digepol, dio con el campamento que estaba en el rancho del Hospital. El campesino había preparado una incursión hacia ese sitio, sirviéndole de guía a un pelotón de la Guardia Nacional.

Debido a la hora, y con Antonio Zamora en la vigilancia, todos los camaradas estaban reposando en sus hamacas dentro del rancho, donde unos leían y otros dormían. La Guardia Nacional los sorprendió en el lugar menos esperado y comenzó a disparar. Los guerrilleros, sin armas, salieron de las hamacas, arrojándose para tratar de escapar. Rodríguez Armas fue el único que respondió con una pistola en la mano y la rodilla hincada en tierra, disparando desesperadamente contra los guardias nacionales; estos trataron de cubrirse, y tal vez tuvieron algunos heridos. De esta forma, Rodríguez Armas no solo se protegió a sí mismo, sino que les salvó la vida a sus camaradas. A Sucre le pasó una bala rasante por el lado derecho del cuello, donde le quedó una marca; Rodríguez Armas también recibió un rasguño en una de las manos.

Los camaradas recogieron sus armas y salieron rampando del tiroteo. Sucre no tuvo tiempo de recoger la suya. Él y Roldando se fueron descalzos, pues no pudieron agarrar sus botas, y caminaron hacia el lado de la quebrada, alejándose de la Guardia Nacional, cosa que los demás imitaron. De inmediato, la Guardia Nacional quemó el rancho El Hospital. Mientras estaba sucediendo todo esto, iban de regreso los que habían salido de comisión para sacar a Villalba.

Se fueron alejando por la quebrada, a través de un camino lleno espinas, en medio de la noche y mientras llovía. No lograron avanzar mucho y se quedaron a dormir cerca del campamento. La comisión para sacar a Villalba (que, como ya se dijo, estaba conformada por Vladimir, el Caraqueño, Raúl Bergara y Cleto), estando cerca del campamento, vio bajar por la quebrada al grupo de la Guardia Nacional y lograron dispararles. Al día siguiente la comisión se acercó al rancho quemado y Cleto recogió el M1 de Sucre, que estaba colgado de un palito al que no le llegó la candela. Se dirigieron al Tranquilino y le dieron alcance a Roberto, Tuina y Felipe. Durmieron allí ese día y al siguiente saliendo hacia Loma

Hidalgo, donde se consiguieron con Sucre, Rolando, Rodríguez Armas y Francisco. En una bodega compraron dos pares de alpargatas para poder llegar todos al campamento Punto 1, donde yo los estaba esperando con mi grupo guerrillero, el destacamento Rubén Delgado.

Al día siguiente tuvimos una reunión, en la que Tiuna nos informó que se avecina una gran ofensiva con miras a liquidarnos, la cual estaría conformada por batallones de cazadores y apoyos aéreos. Después de dar estas noticias salió rumbo a Las Negritas con Roberto y los guerrilleros del destacamento Iván Barreto.

OFENSIVA FINAL

Un día de ese octubre de 1964, a eso de las diez de la mañana, un helicóptero sobrevoló la Mesa de Cunaviche, iniciando la ofensiva. El Ejército llegó a Guaramacal desde Boconó, usando el camino del páramo; además, del caserío Las Negritas nos informaron que el Ejército estaba presente, entrando desde El Santuario.

Iván salió con una escuadra hacia el camino del páramo, que une a Los Volcanes con Boconó. Le recomendamos no acercarse mucho a La Corojó, que queda cerca de Boconó. Al final del día apareció el Catire, que venía de Peña Blanca con su esposa buscando protección. Dormimos en Punto 1, y al otro día nos desplazamos todos a Punto 3. Allí se quedaron el Catire con su esposa, Carmen, mi mujer y Silvia, la esposa de Rolando; los acompañaron Ernesto y Felipe. El resto nos fuimos a Los Volcanes con Rolando y Sucre. A mediodía se oyeron disparos graneados en dirección al puesto de Iván. Subimos para reforzarlo, pero ya se había desplazado con su gente. Nos enteramos de que soldados eran muchos y no habían podido contenerlos.

Bajamos todos a Los Volcanes, donde dormimos en las afueras. El enemigo no había avanzado, pues tenían heridos. Nos desplazamos hacia Peña Blanca por la pica paralela al camino; luego, paramos a desayunar. Rolando tenía una fiebre de dos días, era una gripe que se iba desarrollando. Caminamos hasta llegar al nivel del Punto 3 para observar el movimiento del Ejército; ahí

acampamos. En la tarde se oyeron fuertes explosiones provenientes de Punto 1, pues estaban lanzando granadas con morteros desde la casa del Catire, así que observábamos los movimientos de los soldados.

Durante la noche se oyeron disparos en Los Volcanes, y al día siguiente en Punto 1. En la tarde oímos fuertes explosiones en El Cumbe y vimos pasar una columna del Ejército desde Los Volcanes hacia Peña Blanca. Esa misma noche nos llegó el ruido de una descarga de disparos en una casita familiar que estaba a la orilla del río Amarillo, donde el Ejército acampó; estaban ya muy cerca de nosotros.

A la mañana siguiente, esta tropa se unió a la que estaba en la casa del Catire, para ir juntos hacia la Mesa de Cunaviche, donde fijaron el campamento.

A mediodía, planificamos incursionar hacia la casa del Catire con la idea de montar una emboscada muy cerca, en dirección a la casa de Carlos Mejías. En la tarde nos ordenamos en tres escuadras: la escuadra uno estaba dirigida por el Comandante Rodríguez Armas e integrada por el Sargento Trioli, el cabo Cleto y Freddy; la escuadra dos estaba dirigida por mí, y la integraba el Sargento Francisco, Mauricio y Marcos; finalmente, la escuadra tres fue dirigida por el Teniente Antonio Zamora, e integrada por el sargento mayor Iván, Falcón y Perdomo.

Alrededor de las cinco de la tarde salimos en ese orden; cuando llegamos a la casita que estaba orillas del río Amarillo una señora nos dijo que el Ejército había fusilado al Chato, oriundo de Los Volcanes y cuñado de Chinque. La orden de fusilamiento la dio el teniente "Veneno", Isidro Piña Martínez.

Al mismo tiempo, del destacamento Iván Barreto, que se encontraba en Las Negritas, cayó presa Marcela, campesina y mujer del Comandante Roberto, quien se encontraba buscando sal en el caserío. También cayó preso un expolicía llamado Manuel, que había salido en una comisión encargada de buscar maíz en un conuco; Manuel logró fugarse pero lo capturaron muy cerca del

Santuario. Por estos hechos, el destacamento Iván Barreto se vio impedido para operar.

Nosotros, en la noche, tomamos la casa del Catire, pero solo encontramos al abuelito. Se hizo la emboscada esa misma noche y, como el Ejército no aparecía, decidimos desplazarnos en las primeras horas de la mañana hacia una “rosa”²² que estaba más abajo de la casa de Carlos Mejías, vía a la Mesa de Cunaviche, donde el Ejército tenía su campamento. A veinte minutos del conuco esperamos que un pelotón del enemigo subiera a saquear las dos casas a tempranas horas del día.

Para que la emboscada resultara más efectiva, acordamos que la escuadra uno se ubicaría en la parte de arriba de la rosa, ya que el camino inclinado permitía mejor visibilidad y podrían ver al enemigo acercarse. La escuadra dos se ubicó en el centro de la misma, mientras que la escuadra tres permaneció en la parte inferior del conuco. Consideramos que la tropa iba a subir por el camino, y que al llegar a la altura de la escuadra uno esta actuaría de inmediato contra la vanguardia del pelotón. De esta forma, las otras dos escuadras cubrirían el centro y la retaguardia de dicho pelotón.

A eso de las ocho de la mañana vi a la tropa llegar adonde estaba Antonio Zamora. Se hicieron las diez de la mañana. A las once aún no se veía ningún movimiento. Yo dudaba si notificarle a Rodríguez Armas la suspensión de la emboscada, ya que era un misterio lo que estaba sucediendo. Mientras reflexionaba sobre esto oí disparos muy cerca y vi que la tropa venía bajando desde la casa de Carlos con unos baúles. Rodríguez Armas les salió al paso y le pidió a los soldados que se rindieran; el último de ellos, al ver a sus compañeros rindiéndose, disparó y lo mató.

Mi escuadra estaba confundida. Le indiqué a Francisco y a Mauricio que se colocaran detrás de la rosa pues creíamos que el Ejército nos había montado un cerco. Marcos y yo les disparábamos a los soldados que bajaban corriendo frente a nosotros por

22 Nombre que se le da al conuco cuando se ha cortado la maleza.

el camino. Le ordené a Marcos que subiera para ver qué pasaba con la escuadra uno e hiciera contacto con ellos. Marcos subió y solamente vio a Rodríguez Armas tirado en el suelo. Trató de rescatarlo, pero cuando estaba cerca le llegaron dos ráfagas de disparos del enemigo, que milagrosamente no lo alcanzaron. Vi que estos disparos salían de atrás de una piedra, y por falta de granadas no los pude neutralizar.

Antonio Zamora y su escuadra también estaban confundidos, creyendo que se encontraban dentro un cerco, ya que no lograron ver a los soldados ni al subir por la parte de atrás del conuco, ni al bajar por el camino real. Terminaron desplazándose hacia atrás de la rosa creyendo que el enemigo estaba por aquel lado.

Cuando Marcos regresó para informarme sobre lo que había visto, tomé la decisión de concentrar a nuestros hombres con señales de pito. Esta se llevó a cabo en la parte de atrás de la rosa como había sido previamente acordado. Solo apareció la escuadra tres, y de mi escuadra estaba faltando Mauricio; de la escuadra uno no se presentó ninguno. Decidimos retirarnos porque el campamento del enemigo estaba muy cerca. Apenas nos alejamos unos metros, sentimos las explosiones de las granadas que caían en las rosas, estrategia del enemigo para desalojarnos y evitarse una nueva emboscada.

Caminamos buscando a los comandantes Rolando y Sucre. Los vimos a pocos metros acompañados de un grupo de guerrilleros que preparaban otra emboscada, la cual reforzamos. Esperamos un tiempo prudencial, durante el cual no hubo avance del Ejército; al final nos retiramos de nuevo hacia Punto 3.

En un análisis crítico de nuestra emboscada, realizado en Punto 3, se concluyó que el comandante Rodríguez Armas no debió salir al paso de la vanguardia del pelotón sino dejarla pasar para luego dispararle a la retaguardia que venía bajando; de esta forma, hubiera permitido que el resto de las escuadras combatieran con su tropa. Otro aspecto negativo que descubrimos fue que la escuadra tres no vio a la tropa subir a sus espaldas.

El Ejército tuvo dos muertos y dos heridos, estos últimos fallecieron en la noche; es decir, en total cuatro bajas, según la información anunciada en la radio.

En pocos días me trasladé al Cumbe con Iván, Francisco, Luis, Matrero, Perdomo y Marcos. Los campesinos de allá me informaron que “Chocolate” había pasado con rumbo a la Mesa de Cunaviche. Una tarde se preparó una emboscada en el camino de Guaramacal. Iván era el responsable de llevarla a cabo, acompañado de Perdomo y Marcos.

El día después de la emboscada, Antonio y Carmen llegaron al Cumbe. Ella estaba desesperada, porque cuando venían por la Mesa de Cunaviche los campesinos le habían dicho que el muerto en la emboscada de Peña Blanca había sido Patricio. Sin embargo, me encontró vivo al llegar. En ese momento yo estaba preparando una mina con un dispositivo eléctrico para usarla en una emboscada del camino de Guaramacal. Le entregué la mina a Antonio para colocarla en el lugar escogido, lo iban a acompañar Francisco y Matrero. Francisco me manifestó que tenía una molestia en el dedo índice de la mano derecha, así que lo desarmé y le pasé el fusil a Carmen, pues ella no cargaba arma e iría a la emboscada. Se enviaron al Ejército emisarios diciendo que los guerrilleros estaban en El Cumbe, solo con la intención de provocarlos. La emboscada a la que iban Matrero, Antonio y Carmen permaneció dos días a la espera del Ejército, pero este nunca apareció.

Las reservas de comida se agotaron. Antonio, Marcos y yo hicimos contacto cerca de Guaramacal con un compatriota que nos iba a ayudar con las compras. Llevamos de “mosca”²³ al niño Venancio Hernández, hijo del viejo Valentín Hernández, a quien se le explicó cómo darnos la señal: en caso de que observara gente del gobierno en el camino (como soldados o policías), la señal sería quitarse el sombrero y pasarse la mano por la cabeza, como si estuviera cansado.

23 Se llama así a quien avisa si ocurre algo.

Avanzamos, y llegando a Guaramacal el niño se quitó el sombrero y se arrodilló. Creímos que se trataba del enemigo, así que nos desplegamos hacia los lados del camino. Pero el carajito dijo: “No, es..., no, es..., es mi tío a quien le pido la bendición”. Pasado ese altercado, llegamos finalmente a la casa del campesino y logramos que nos comprara sardinas y algo de sal.

Al día siguiente apareció Roberto, con “Chocolate” Máximo Maximino, “Cleto” Celestino Robles, José Miguel, Ovidio y “Guillermo” Stalin Gamarra.

En El Cumbe se preparó fororo de maíz molido con sardinas para el viaje previsto por Roberto. Desde allí nos trasladamos al conuco de Valentín. Al día siguiente salió Roberto con su gente rumbo a Los Cañitos, llevándose como refuerzo a Matrero y Marcos; este último tenía los zapatos rotos, así que se los cambié por mis botas, considerando que iba a caminar mucho. También acompañaron a Roberto: Perdomo, Chocolate, Cleto, José Miguel, Ovidio y Guillermo.

Mientras tanto, Antonio, Iván, Francisco, Carmen y yo nos reunimos para analizar la situación de la falta de alimentos. Iván se molestó porque Carmen pidió una sardina y yo se la autoricé (ella estaba embarazada de mi hija Lídice y casi no comía). Iván tenía una disciplina exagerada; además, no sabía sobre el estado de ella. La decisión final fue que Antonio, Iván, Francisco y Luis se desplazaran hacia Loma Hidalgo, donde había personas conocidas que quizá podrían ayudarlos a mitigar el hambre; también se acordó que Carmen le entregara el fusil a Francisco. Carmen y yo nos quedamos en el conuco de Valentín, alimentándonos solamente de auyamas.

Un día escondimos nuestros morrales cerca de la casa de Valentín, como a las ocho de la mañana, y nos acercamos a su casa, donde encontramos a Catalina y a Juana. Al rato, una de ellas se asomó a la puerta y nos dijo que en la casa de Agustín, el vecino, había una tropa. Nos asomamos y, en efecto, estaban saliendo de la casa de Miguel, que quedaba casi frente a la casa de Agustín. Le pedí a las muchachas que salieran frente a la casa para que

nos dieran protección visual y así poder salir nosotros de forma rápida. Nos retiramos de la casa por el camino lateral, en dirección al conuco de Valentín. Más o menos a cien metros había una gran piedra donde me protegí, y le indiqué a Carmen que se ubicara allí.

Allí permanecí esperando cerca de media hora, al parecer los soldados nunca no vieron. Ese día tuvimos suerte, porque si la tropa hubiera ido a la casa de Valentín, en vez de a la de Agustín, nos hubieran capturado. Aparte, tenían de guía a Luis, que se había fugado de Antonio. Ese día se llevaron preso a Valentín y a Agustín; Miguel se salvó porque no lo encontraron.

Después, Carmen y yo nos fuimos al rancho de conuquero, que llamábamos La Soledad. Desde ese lugar observamos dos aviones bombardeando Punto 3, donde posiblemente estaban Rolando y Sucre con el resto del destacamento Rubén Delgado. También vimos un helicóptero sobrevolar Punto 3, pensé que podía tener a Luis de guía. Esto ocurrió el 3 de noviembre de 1964.

A Carmen se le presentaron los vómitos del embarazo y no tenía nada en el estómago, solo bilis; ya casi no comía auyama e incluso me rechazaba. Las noches las pasábamos en el rancho, pero durante el día nos ocultábamos detrás de un zanjón que quedaba a un lado del rancho. Luego de dos semanas apareció Roberto, quien venía de Los Cañitos con sus combatientes, todos menos Cleto, José Miguel y Chocolate. Cuando le pregunté por ellos me dijo: "Los mandé a buscar topocho y no regresaron". Dormimos ahí y Carmen se comió tres latas de sardinas con la autorización de Roberto.

En la mañana salimos, y a las tres de la tarde ya habíamos alcanzado el conuco de Valentín, porque Roberto pensaba llegar a Punto 3. Continuamos hacia El Cumbe, pero en las cercanías del caserío me percaté de una señal: en el hueco de una piedra grande, donde yo me había ocultado antes, había una piedrita. Esa señal era un acuerdo entre el niño Venancio y yo, usada para avisarme cuando hubiera una tropa en el caserío; cuando la tropa se retirara de la zona, el niño retiraría la piedrita. Esto lo cumplió fielmente en todas las oportunidades, demostrando que cuando un pueblo está ganado a ser libre, no hay fuerza que se le oponga.

Le propuse a Roberto hacer una emboscada. Mientras tanto, Marcos y yo nos acercamos para observar la casa de Agustín y Valentín y comprobar si efectivamente estaba la tropa. Vimos varios soldados con gorras y chalecos, eran los cazadores (cuerpo creado el 17 de octubre de 1963). Regresamos con la información. Roberto dijo que no podíamos seguir, que debíamos volver al conuco de Valentín para dormir. Eso hicimos y al otro día continuamos hacia La Soledad. Roberto me informó que había acordado con Sucre y Rolando que si ellos eran atacados en Punto 3, se trasladarían al Tranquilino como punto de reencuentro. En la tarde, después de haber llegado a La Soledad, Roberto continuó rumbo al Tranquilino y se llevó a Felipe, quien había venido con la noticia de que Sucre y Rolando ya estaban allá. En La Soledad se quedaron conmigo Freddy, el camarada Leónidas y Marcos.

ENCUENTRO BÉLICO EN LA SOLEDAD

Al día siguiente de haberse ido Roberto, hubo un intercambio. Solicitaron a Freddy y Marcos, y me mandaron a Perdomo, Guillermo y Alejandro. Temprano en la mañana Freddy oyó gritos y risas en una hondonada que hay entre La Soledad y El Cumbe, pero las risas estaban demasiado cerca de La Soledad. Repentinamente decidí preparar una emboscada al lado del rancho, detrás de un zanjón que se encontraba a corta distancia, tal vez a unos doce metros, donde el monte podría ocultarnos, pero no había árboles para protegerse en caso de un combate.

Improvisando noté que entre el rancho y el zanjón había un árbol seco, así que coloqué ahí a Guillermo; Perdomo, Leonidas y yo nos ocultamos en el montecito, mientras Alejandro cumplía mis órdenes de subir los morrales para sacarlos de la zona. Cuando estábamos acomodándonos apareció la tropa en el rancho y atacamos de forma inmediata, ocasionándoles más de cinco bajas. Alejandro solo logró sacar un morral.

Después del tiroteo busqué a mis compañeros y no los encontré, ni siquiera a Guillermo. Me puse a cargar los morrales disparando hacia el rancho, que quedaba como a diez metros. Traté de subirlos para no dejárselos al enemigo. Leonidas, Perdomo y Guillermo se habían retirado sin recoger los suyos. Los llamé a gritos y seguí disparando hacia la tropa. Mientras tanto, Leonidas decidió regresar sin saber con qué se encontraría, pero se portó como un

valiente y entre los dos pudimos sacar los cuatro morrales. La tropa no había reaccionado, porque la sorpresa fue grande para ellos. Subimos una pequeña colina cubierta de helechos y se presentó una fuerte neblina. Llegamos a una zona plana que ofrecía buena protección debido a la topografía del terreno y la neblina que se hacía más intensa; apenas en ese momento empezamos a oír la reacción de la tropa.

Continuamos caminando durante quince minutos hacia El Tranquilino en un ambiente completamente nublado, había poca visibilidad. En ese punto nos emboscamos Leonidas y yo. Como la neblina no permitía mayor visibilidad, le dije a Leonidas que el primero en disparar sería yo. A poca distancia vi la figura de una persona acercarse. Creí que era un soldado cazador extraviado o de avanzada, pero cuando estaba a poca distancia me di cuenta de que era Alejandro. Esa equivocación me puso nervioso, pues pude haberlo matado. Solo pude decirle: “Coño, esto me tiene mal. Llévate dos morrales y dile a Rolando o a Sucre que monten una emboscada de refuerzo, que nosotros nos vamos a quedar una hora más”. Como la tropa no avanzó, nos retiramos para El Tranquilino, donde encontramos la emboscada preparada por nuestros camaradas.

SALIDA DE LUBEN

En El Tranquilino se acordó la salida de Luben, porque el partido lo solicitaba, junto a Mireya (esposa de Rolando) y Carmen, pues ambas tenían tres meses de embarazo; iría también el flaco Ernesto pues estaba enfermo, casi ciego ya. Por otra parte, Rolando debía ir con el otro grupo integrado por Marcos, Falcón, Trioly y Leonidas. Este último era nativo del caserío Buenos Aires y sufría de mal de Chagas; posteriormente murió en el hospital de Acarigua. El grupo de Luben debía salir por Los Cañitos o por Tucupido, hacia la ciudad de Guanare.

Asimismo, Fabricio y yo debíamos ir a Las Negritas para localizar a Blanco, quien comandaba el destacamento Iván Barreto y de quien no teníamos noticias desde hacía más de un mes. Tampoco sabíamos nada de Mohazir, Bartolo, Isabelita y Enrique, quienes debían estar en el caserío Los Volcanes, como integrantes del destacamento Rubén Delgado.

En la mañana salieron Luben y Rolando con sus respectivos grupos. Al despedirnos, ordenamos la marcha: yo era el guía y Felipe era el machetero que abriría la pica para llegar a la unión del río Amarillo con el río Boconó. Allí contábamos con un depósito de abastecimiento para solucionar el problema de la comida; nos llevaríamos todo lo necesario, pues el camino era largo. Roberto, Felipe, Ovidio, Alejandro, Freddy, Guillermo, Perdomo, Matrero, Alfredo y Mauricio iban también en esa caminata.

En diciembre de 1964 el enemigo cumplió dos meses en la zona. La radio informaba aquellos días sobre dos soldados muertos en Guaramacal (La Soledad), pero nunca decían realmente la verdad, debido a la censura del Estado. Un par de días después encontramos rastros dejados por el Ejército en el camino hacia El Cumbe. Dormimos cerca del río Amarillo y comimos todo lo que nos quedaba de ración. Al amanecer salimos para llegar al río Amarillo y después a la quebrada La Bartola, donde encontramos muchas huellas y rastros del enemigo. Ya al mediodía continuamos buscando el depósito. El baquiano del grupo era Roberto; más tarde encontramos el depósito, pero estaba vacío.

Desesperados, planificamos ir a Los Volcanes sabiendo que había una tropa allí. A la una de la tarde cruzamos el río Amarillo y subimos el cerro que quedaba al frente, por una falda empinada y pedregosa donde casi no había vegetación. Caminamos alrededor de tres horas antes de encontrar algún árbol. Cada quien comió cogollo de palmiche, pues Felipe cortó dos matas de palmas y repartimos el blando cogollo. La noche fue fría y a la mañana siguiente llegamos cerca del campamento donde debía estar Mohazir, pero no había rastros de ellos. Freddy y Felipe, conocedores de la zona, nos llevaron al conuco de Felicia. Cuatro guerrilleros nos acercamos al rancho de conuco con los morrales vacíos para poder cargar. Freddy y Matrero vigilaban con orden de disparar si aparecía el enemigo. Felipe y yo paleamos las caraotas en concha para desgranarlas y llenamos un morral; los otros tres los llenamos con auyama y algo de maíz. Salimos de ahí y en la tarde preparamos tremenda cena, caraotas con auyama sin sal. No comíamos salado desde hacía tiempo, pero con hambre todo es sabroso. El poco sucio que quedaba en la escudilla se lo sacábamos con agua y nos lo tomábamos.

Al día siguiente seguimos rumbo a la quebrada La Mosquita. Cerca de las cinco de la tarde nos acercamos al conuco de Julián, que estaba ubicado en el camino que une a Los Frailes con Los Volcanes. Felipe vio a Julián en el rancho, pero no se acercó. Fue a cortar una caña y un soldado que lo vio le lanzó una ráfaga. Felipe

corrió hacia nosotros y siguió abajando. Roberto fue tras él, y yo le ordené a los muchachos que se protegieran por si la tropa avanzaba. Conversé con Roberto y Felipe sobre la necesidad de cruzar el camino y no devolvernos, pues podríamos caer en un cerco: había tropa en el rancho de Julián y también en el río Boconó, en Los Frailes y en Los Volcanes.

Lo que hicimos fue retirarnos del rancho de Julián. Estaba oscuro y temí que cruzáramos el camino y quedara un rastro, así que decidí acercarnos al rancho donde estaba la tropa, buscando la pequeña quebrada. Yo conocía la distancia entre la quebrada y el rancho, y me imaginaba que en la propia quebrada no debían tener vigilancia. Muy silenciosos llegamos a la quebrada y avanzamos muy pocos metros agua arriba, porque ese resultó ser el nacimiento de la quebrada, cosa que yo desconocía. Esto nos obligó a dormir en el lugar, a menos de treinta metros de la tropa, tan cerca que incluso podíamos oír las conversaciones de los soldados. Esa acción fue riesgosa y atrevida. Al amanecer subimos rampando, pues teníamos delante un rastrojo muy tupido, así que nos arrastramos como las culebras sin hacer ruido. La vegetación estaba cargada de cortaderas y espinas, pero era buena en la parte alta.

Al mediodía llegamos a una zona boscosa donde acampamos, y en la noche comimos caraotas con auyama. Escuchamos fuertes tiroteos, pero pasamos el día para recuperarnos. Después del desayuno continuamos y luego de mediodía, tras comer solo auyama, oímos una mala noticia en la radio: la muerte de Argimiro Gabaldon, "Comandante Carache", cuyo cadáver apareció en la puerta del hospital del Tocuyo el 13 de diciembre de 1964. En la tarde seguimos y acampamos en un sitio incómodo a la altura de Los Frailes; el frío fue insoportable aquella noche, dormimos arropados con cobijas mugrientas.

Cada quien tenía su olor característico, pero hasta los locos y los pordioseros de la calle olían mejor que nosotros, pues teníamos meses sin bañarnos. Creo que nos podían detectar por el mal olor a menos de diez metros de distancia. Al día siguiente, quizá 15, conseguimos una gran cueva a las tres de la tarde, donde encontramos

cuchillos de piedra hechos por indígenas. Había agua cerca, así que cocinamos maíz con caraotas. Como había bastante neblina el humo se confundía con ella, favoreciéndonos. Todos los días un helicóptero sobrevolaba la zona. Frente a Los Frailes estaba la vega Jirahara, donde había un helipuerto.

Luego de tres días, Roberto encendió su *walkie-talkie* y dio la casualidad que Blanco estaba al aire, así que coordinaron un encuentro en la quebrada La Chisposa. Salimos a encontrarnos con ellos y nos topamos con Lucia, quien estaba en el último mes de embarazo, y con Agustín “el Caraqueño”, que se había intoxicado por haber comido moras y estaba esquelético, tanto que hasta se hacía pupú encima.

A las tres de la tarde ya estábamos todos en la cueva, y a las cinco salimos al aire con los aparatos. Tuvimos suerte de establecer comunicación con Pablo Vergara, quien estaba en Las Agüitas, y acordamos encontrarnos con él en la unión del río Amarillo con el río Boconó. Esa noche nos comimos la última ración de auyama con maíz y las sardinas traídas por ellos. Blanco trajo un grupo integrado por: Lucia, Agustín “el Caraqueño”, Raúl Vergara, José Ignacio, Luis y su esposa Betty, Chiche, Nicho, Octavio, el Hermanito y “Nene” Ángel Rafael Guédez. Ellos no sabían nada de Juan José, Aura, Vladimir, Mauri, América y Fabio.

La mañana siguiente oímos la noticia de la caída en Boconoíto, entre los capturados estaban los hermanos Castillo, por lo que supusimos que en su ruta hacia Boconoíto agotaron el depósito ubicado cerca de La Bartola. Al mediodía de la siguiente jornada nos preparamos para abandonar la cueva y encontrarnos con Pablo, luego fuimos a dormir en el mismo lugar donde habíamos recibido la noticia de Argimiro. En la noche se oyó un tiroteo estruendoso en el rancho del conuco de Julián, eran las doce de la noche del 24 de diciembre.

El 25, al mediodía, cruzamos el camino que unía al rancho donde estaba la tropa con las casitas del caserío Los Frailes, nuevamente yo era el guía. Como a las dos de la tarde me percaté durante la marcha de que iba a poner el pie sobre una mapanare enrollada,

así que di un salto y perdí la poca energía que me quedaba. Le pedí a Roberto que acampáramos debido a mi agotamiento, ya no podía seguir más. Él me dio una pastillita “para la depresión” y yo guiné la hamaca; mientras tanto, Roberto me preparó algo de crema de arroz Polly que tenía en caleta.

Roberto siempre tenía alguna caleta especial. Dormí corrido hasta el otro día. El desayuno fue un poquito de maíz y a las diez de la mañana estábamos llegando al río Boconó, cruzamos La Mosquita y cerca del río encontramos pisadas frescas de la tropa; estábamos conscientes de que se podía producir una escaramuza. A las tres de la tarde encontramos dos matas de topocho a las que les cortamos los racimos, convirtiéndose en un alivio para nosotros.

Dejamos a un camarada de la vanguardia rastreando por si conseguía más matas de topocho. Al rato se incorporó con tres racimos más que había cortado. A las cinco de la tarde llegamos a la unión de los ríos, cruzamos el Amarillo y nos ubicamos para acampar. Se hizo una colecta de las sardinas que quedaban y faltaban dos, así que con la mitad de ellas hicimos un puré con el topocho. Cuando se recogieron las sardinas para guardarlas nos dimos cuenta de que faltaba otra, e investigando descubrimos que el Chiche se la había comido, cosa que él mismo confirmó y también confesó dónde había escondido las latas vacías.

El campesino Chiche padecía un trastorno mental, pero repudiamos lo ocurrido porque teníamos como regla que todos debíamos comer por igual. Blanco sancionó a Chiche y no se le dio nada de comida. Alejandro cazó a Felipe durante la noche robándose una lata de sardinas, y al día siguiente le manifestó a Blanco que él no quería guardar las sardinas del grupo, por temor a que se las robaran. La jornada siguiente subimos temprano al depósito para encontrarnos con Pablo Vergara, quien se alegró mucho cuando vio a su hijo Raúl. Pablo tenía una garrafa de boca ancha llena de carne molida de cochino de monte que él mismo había cazado. Mientras estábamos allí un helicóptero sobrevoló el río.

Nos reunimos Blanco, Roberto y yo y acordamos que Blanco se trasladara a donde estaba Rolando, cerca del Tucupido. Se

nombró una comisión integrada por Raúl, Nicho y Ovidio para llevar al Chiche donde no se pudiera encontrar con el Ejército, en vista de que se había vuelto peligroso, pues cuando vio el helicóptero volando dijo que le provocaba salir corriendo para que lo agarraran. La idea era llevarlo a Masparrito o a Barrancas de Barinas.

Se planteó bajar a Alejandro y a Matrero, ya que habían manifestado el deseo de que los colocaran en otro tipo de misión en la ciudad. También se planteó la salida de Lucia para que pudiera dar a luz. Además, se estudió la posibilidad de bajar de la zona guerrillera a Betty (que era campesina), Luis y José Ignacio, para que salieran por Barrancas con Pablo Vergara de guía. Nosotros nos ubicamos en la quebrada que pasaba cerca del rancho de Pablo, río Boconó abajo, donde Blanco nos encontraría cuando regresase después de verse con Rolando cerca de Tucupido.

Esa noche pudimos comer bien, se preparó topocho con carne molida de marrano y un toque de sal, que teníamos cerca de dos meses sin probar. El Chiche estaba muy alegre y todos teníamos la bragueta del pantalón mojada, pensamos que por la falta de sal.

A los cuatro días Raúl apareció comentando que había dejado al Chiche cerca de Masparrito, donde el campesino tenía familia. Aprovechamos de bañarnos y lavar la ropa aunque sin jabón, pero por lo menos la mitad de la suciedad se le sacó a la ropa. En cumplimiento de lo acordado, en la jornada siguiente salió Blanco con Raúl, Guillermo, Alejandro, Matrero, Ovidio, Freddy, el Hermanito y Alfredo rumbo al cerro La Silla (Tucupido), para encontrarse con Rolando. A media jornada salimos nosotros para la vega de Pablo Vergara, adonde llegamos cerca de las tres de la tarde. Pablo tenía un ranchito y maíz en el conuco, le dio a los muchachos unos anzuelos y lograron pescar algo.

En la mañana del 30 de diciembre salió Pablo con Lucia, Luis, que estaba enfermo, Betty y José Ignacio. Roberto le entregó a Luis un billete de 500 bolívares, el de más alta denominación para la época. El 1° de enero llegaron a Barrancas. José Ignacio tomó un carrito para ir a Guanare con Luis. Pablo, Lucia y Betty caminaron

por la carretera. Pablo visitó a una prima que vivía con un policía y le preguntó por su hermana. Siguieron caminando, y cuando iban llegando a la casa de su hermana los sorprendió la policía, pues habían sido delatados por su prima. Todos fueron apresados y trasladados a la prefectura de Guanare. Allí se consiguieron a Mauri. En esa prefectura torturaron a Pablo. Luego, cuando los trasladaron a Boconó, se encontraron preso al expolicía Manuel, a Bartolo, Juan José, Vladimir, Luis, Mohazir, Enrique y Matrero. Los cuatro últimos era colaboradores del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas. A los tres meses todos fueron trasladados a Maracaibo.

Un día de febrero de 1965 Trioly y Mauricio corrieron al campamento para informar que habían visto hombres armados en el río. Le ordené a unos que estaban en el campamento arreglar las cosas, mientras que Trioly, Nene, Mauricio y yo corrimos al río para esperar al enemigo. Cuando llegamos a donde estaba Nicho lo encontramos todo apresurado, nos atrincheramos detrás de unos árboles y dejamos que el enemigo se acercara más. Al primero que vimos fue a Roberto con su M1 guindado al hombro, los demás eran guerrilleros que habían ido al río sin avisarnos, así que todo fue una falsa alarma.

Después de haber hecho unas diligencias al Tucupido y al cerro La Silla, pasamos unos tres días en la vega de Pablo y luego nos dirigimos al caserío Las Agüitas. Sin embargo, antes de llegar pasamos la noche en la parte baja del caserío. Compramos un cochino y los campesinos lo prepararon. Al amanecer conseguimos árboles de aguacate y los recogimos del piso, así que comimos un poco de aguacate con carne de cochino. A las cuatro de la tarde del otro día salimos rumbo al oeste, por un camino amplio. A eso de las ocho de la noche llegamos a una casa donde sus habitantes aún se encontraban despiertos. Como todos los guerrilleros estamos afeitados y llevamos los mejores uniformes, se decidió hablar con esa familia.

Roberto se hizo pasar por oficial del Ejército y le preguntó al campesino dueño de la casa por los guerrilleros. Este soltó la lengua de inmediato y empezó a hablar en contra de Pablo Vergara y los

demás, decía que eran unos bandidos. Roberto llamó a Raúl Vergara y el campesino dijo enseguida: “¡No me vayan a hacer nada...!”. La mujer y los niños comenzaron a llorar y el campesino hizo lo mismo, pero se le perdonó y le dijimos que no hablara tonterías.

Seguimos caminando para ir a Masparrito, Raúl era el baquino. Después de andar cerca de dos horas encontramos las primeras casas, en las que todos dormían mientras los perros ladraban. Continuamos pasando por un cafetal donde había varias casitas distantes. Ya entrando en un sitio más poblado, que era Masparrito, se oyó un tocadiscos, pues se estaba celebrando un matrimonio. Nos dividimos en dos columnas, la primera fue a la fiesta y la otra a tomar la prefectura. Nosotros tomamos la casa de la fiesta, no se dejó salir a nadie. Las mujeres comenzaron a gritar con solo vernos y lloraban por los nervios. Vimos rodando en el piso un quepis de policía, que iba de un lado al otro.

Raúl se dio cuenta de que escondían un revolver en uno de los cuartos de la casa. Pedimos que se tranquilizaran, que no pasaría nada si no había resistencia. Ordenamos que se colocaran contra una pared y en cuestión de minutos todos habían sido registrados, incluso se decomisó el revolver. El matrimonio era entre la hija del dueño de una bodega y un joven del pueblo de Caldera. Roberto se identificó como Fabricio Ojeda y luego les pidió disculpas por el mal momento. Posteriormente, aclaró: “Nosotros luchamos por la felicidad del pueblo y que continúe la fiesta”. Al policía se le dijo que no le pasaría nada por ser hombre del pueblo. En eso estábamos cuando llegó Rolando con la noticia de que la prefectura había sido tomada y que los policías estaban encerrados, menos uno que había salido corriendo. En la prefectura se encontraron denuncias en contra de la guerrilla, papeles que fueron destruidos y quemados; solo se incautó un revolver.

Mientras tanto, Roberto había comprado casi todas las sardinas y varios tipos enlatados. El bodeguero nos decía: “No me compren más, porque el gobierno me va a reclamar y me va a acusar de venderle a los guerrilleros”; esto, por supuesto, le iba a crear problemas. La compra ascendió a 500 bolívares.

Ya era la una de la mañana cuando todos emprendimos la retirada. Pasamos el resto de la noche caminando rumbo al campamento, aunque en el trayecto descansamos un buen rato. Retomamos la marcha y al mediodía la radio dio noticias de un grupo de guerrilleros que había tomado por asalto Masparrito, apresando a los policías desarmados, incendiando los archivos, matando al maestro del pueblo y asaltando una bodega para robarse gran cantidad de comida. Informaban también que estos guerrilleros eran dirigidos por Fabricio Ojeda, Lunar Márquez y el comandante Raúl Vergara.

Comentamos entre nosotros lo que se decía sobre el comandante Raúl. Trioly terminó diciéndonos que Raúl había escrito en las paredes "Viva el comandante Raúl Vergara". Me parecía que Raúl podía ser un buen cuadro, pero aún era necesario educarlo.

Después de regresar cerca del campamento, durante la noche se planificó una salida mía a la ciudad. Al día siguiente Rolando me dio una clave de mensaje que llevé en la memoria, la cual serviría para descifrar un escrito que me ayudaría a encontrarlos. La colocarían al pie de un árbol, con el papel metido dentro de un perolito.

Durante días nos movilizamos desde río Boconó hacia el depósito de La Silla. Una vez abastecidos fuimos hacia Santa Lucia, zona que no habíamos tocado desde hacía mucho tiempo. Yo era el guía de la marcha y tenía una brújula de bolsillo. Al llegar a Santa Lucia hicimos contacto con el viejo Agustín, con quien hablamos Rolando y yo. Agustín nos relató lo siguiente: "Cuando el Ejército estuvo aquí, los soldados dormían en la troja y en el patio de la casa. A un soldado se le fue un tiro e hirió a otro. Los soldados pasaron dos semanas acá y se comieron todos los animales, nos obligaron a que les hiciéramos las comidas y en especial las arepas. Lo que pagaron fue la mitad de todo lo que consumieron."

En abril de 1965 me fui a la ciudad a media noche, usé una linterna porque la noche era sumamente oscura. Los campesinos me recomendaron que no fuera solo, porque en la parte alta de Santa Lucia salía el espanto del ahorcado y más de uno había pasado un susto. El camino era dificultoso, a la una de la mañana

me acordé de los muertos de mi infancia y de mi hermano Beltrán. Quise pensar en lo material y no en lo espiritual, pero el subconsciente me traicionó. A eso de las tres de la mañana estaba cerca de las primeras casas del Playón, pero perdí el camino. Entonces, crucé el río Anus y, al subir y bajar pequeños promontorios, conseguí de nuevo la senda.

A las seis de la mañana transitaba la carretera del caserío Las Cruces, donde tomé un carrito para ir a Guanare. En esa ciudad desayuné y tomé otro vehículo para llegar a Acarigua. El chofer empezó a recoger pasajeros en el camino, y cuando pasamos frente a la Digepol se montó uno de los funcionarios. En ese momento vi pasar a Plutarco con una botella de Pepsi Cola, al parecer el muchacho le estaba haciendo mandados a los funcionarios. Aunque anteriormente ya era la mascota de la guerrilla, ahora estaba más grande, tenía pinta de hombre. El funcionario que se montó en la camioneta no era una persona conocida para mí. Cuando llegamos a Acarigua respiré mejor, viajé angustiado debido a su presencia. Estuve caminando y llegué a la casa de los camaradas Ángel y Margarita, donde mandé a llamar a Carlos Del Vecchio “el Portugués”, a quien le entregué el mensaje enviado por el frente y luego le expliqué nuestra situación.

Aproveché para preguntar por mi compañera, Carmen. Traté de ubicarme en una casa para que ella me visitara, pero fue imposible. Así que fui a la casa donde ella se encontraba con la familia Delgado, y allí pasé la noche. Carmen tenía ya siete meses de embarazo.

En la ciudad se empezaba a organizar un grupo para subir a la guerrilla. En él estaban José Antonio, quien era comisario político e iba por primera vez enviado por la Dirección del PCV; el capitán Alberto, el teniente Antonio y el alférez de navío Manuel Rodríguez “el Negro”. También formaban parte del grupo Rolando Sánchez Mato “el Gordito”, José Ignacio y Ramón, quien iba por vez primera.

Alberto era esposo de Elsa, hermana de Héctor Rodríguez Armas, y se encargó de llevar a todo el grupo en un carro, menos

al comisario. Aunque tenía tiempo fuera de la guerrilla, por haber estado en Caracas a la disposición del Frente, conocía la casa Las Rochelas, ubicada en Barrancas de Barinas, así que se encargó de trasladar a los camaradas desde Acarigua hasta allí. El chofer que lo acompañó era un médico anestesiólogo. Por otra parte, yo iba en otro carro con Gonzalito como nuestro chofer, quiera era familia de Carmelo Mendoza. El comisario político era el copiloto y yo me senté en la parte de atrás de Volkswagen. Salimos rumbo a Guanare pasando por la alcabala donde no hubo problemas. El comisario político era alto y de buena contextura, pero no tenía fibra muscular, parecía que nunca había hecho ejercicio. Estaba falto de entrenamiento y era un profesional universitario; en esa ocasión cargaba un maletín con cierta cantidad de dinero.

Continuamos rumbo a Barrancas con la ruta despejada. A las tres de la tarde llegamos a Boconoíto, muy cerca del campamento antiguerrillero La Marqueseña y a pocos minutos de la alcabala de puente Páez. Nos topamos con una cola de carros y gran movilización de cazadores del Ejército, quienes tenían una alcabala móvil. El comisario dijo: “Coño, dígame si se antojan del maletín, quiero ocultarlo pero no puedo, me quedaré con él en las piernas”. Estaban revisando completamente los carros, a puertas abiertas, y a los pasajeros también. Miré a un lado de la carretera y noté que había soldados agazapados, era imposible salir corriendo.

Rodamos un poco más y llegó nuestro turno. Aparecieron soldados por ambos lados del carro y pidieron que nos bajáramos y mostráramos las cédulas de identidad. Mientras tanto, otros soldados revisaban el vehículo por dentro, donde consiguieron unos papeles del Ministerio de Educación. Al comisario le pidieron que abriera el maletín, donde había unos interiores y unos paquetes amarrados con liga, además de unas medias y unas camisas. El soldado tanteaba todo con las manos, imaginé que buscaban armas o proyectiles; incluso abrió la guantera, pero no consiguió nada. El otro soldado dijo: “Todo está bien, esta gente no tiene cara de guerrilleros”. Nos montamos y Gonzalito seguía nervioso. El carro por poco no prendió, en el segundo intento fue que encendió,

era un Volkswagen sincrónico. Arrancamos y al rato suspiramos. Nos desplazamos por la vía y transcurridos quince minutos ya estábamos entrando a Barrancas. Le dije al chofer que fuera despacio.

Eran las cinco de la tarde cuando llegamos a La Rochela, casa de un matrimonio colombiano. Cuando llegamos solamente estaba la pareja. Al rato vimos a Alberto salir del monte un poco nervioso y nos llamó para que nos ocultásemos en la espesura, frente a la casa. Gonzalito, el chofer, se quedó hablando con los dueños. Luego de media hora se cumplió el plazo de tiempo apropiado para que el conductor sacara el carro.

Alberto nos contó lo siguiente: “Nos chequearon el carro a nosotros también, pero ‘el Gordito’ Rolando tenía en la mano una granada ‘piña’. El soldado se dio cuenta y se la quitó diciéndole: ‘¿Por qué ustedes tienen esto?’; el Gordito le dijo: ‘Se trata de un caso de urgencia, el chofer es médico anesthesiólogo y tiene que socorrer a una señora que está dando a luz, y traigo esto para defenderlo de cualquier asalto guerrillero. Hay mucha guerrilla por todas partes, no vaya a ser que asalten a este señor’. Un soldado tomó la placa del carro y le dijo al médico: ‘Después que usted vea a esa señora preséntese al campamento’. Le tomó su nombre y el número de cédula de identidad, luego ordenó que siguiéramos, y fue lo que hicimos, a marcha acelerada para llegar hasta aquí”.

Cuando íbamos llegando a la casa de los colombianos habíamos visto una patrulla del Ejército yendo a toda velocidad por la carretera hacia Barinas, y creímos que nos estaban siguiendo. No llegué a ver al médico, pues ya se había ido rumbo a Barinas. Al conversar con los que estábamos en el monte, concluimos que haber cargado esa granada había sido un error, y sospechamos que el soldado que la descubrió tal vez era gente nuestra, pero el otro funcionario pudo haber sapeado y tal vez por eso la patrulla nos había perseguido.

Esa noche y el día siguiente los pasamos con vigilancia. Al anochecer, a eso de las diez, llegó Manito con la camioneta para trasladarnos; lo acompañaban Manrique y “el Catire” Edgar Larralde. A eso de las dos de la mañana nos montamos en la

camioneta vestidos de civil y con morrales de saco llenos de plásticos, hamacas y otras cosas. Diez guerrilleros abordamos el vehículo. A las tres de la mañana llegamos al río Masparro, a la parte selvática, donde desembarcamos y el chofer se regresó. En ese punto me di cuenta de que había perdido mi cédula de identidad y 40 bolívares, quizá en La Rochela.

Cruzamos el río, caminamos y amanecemos en el camino hacia el caserío Las Virtudes. Me encargué entonces de guiar la marcha, y a eso de las ocho de la mañana dejamos el camino para bajar al campamento donde debían estar Rolando y Roberto con toda la guerrilla. Llegamos al sitio a las once de la mañana y no conseguimos a nadie, no se veía ni rastro. Decidí buscar el árbol que Rolando me había indicado, revisé las raíces y encontré un perolito de sardina con un papelito, que estaba en clave y decía: “Estamos acampados después de la desembocadura de la quebrada al río Boconó, se sigue el margen derecho del mismo hasta la segunda quebrada, ahí estamos”. Emprendimos la marcha y en efecto encontramos a Mauricio hablando con Trioly, habíamos llegado al campamento improvisado. El comisario saludó a Rolando como a un viejo amigo, pues habían sido dirigentes de la Juventud Comunista en el pasado. Roberto lo saludó de la misma manera.

En esa zona construimos un nuevo campamento en medio de las dos quebradas. Lo llamamos El Pichaque, porque estaba muy empantanado a causa de las lluvias. Ya instalados, un día por la mañana salió Antonio con un grupo pequeño, acompañado por Manrique, quien debía ir a Guanare. Esperábamos la visita de un dirigente del Partido Comunista al Pichaque. A la semana apareció Manrique con una carta para la comandancia, donde se confirmaba esa visita. Decidimos comprar abastecimiento y llevar a la mitad de los guerrilleros para esa labor. El comandante Rolando fue el responsable. Con él salimos Alberto, Blanco, el Negro, Mauricio, Nicho, Alfredo, Freddy, Antonio, “el Catire” Larralde y yo, entre algunos camaradas más.

La mañana del día de compras fue lluviosa. Cruzamos el río Masparro y a las once hicimos contacto con un campesino muy

receloso, que requería seguridad. Nos llevó a una casa sola ubicada a orillas de una quebrada muy arenosa. La lluvia continuaba, y allí esperamos hasta la tarde. A eso de las seis salimos al caserío que posteriormente fue tomado, siendo Alberto y el Negro los responsables de nuestra seguridad. Rolando y el resto nos encargamos de visitar las casas y de explicarle a los campesinos nuestro objetivo y nuestro motivo de lucha. La compra fue buena, y cerca de las diez de la noche estábamos por despedirnos.

En eso estábamos cuando se me presentaron unas náuseas, y terminé descargando el estómago a orillas de la quebrada, en presencia de los camaradas. Continuamos la marcha y a las doce de la noche estábamos en la casa del campesino, quien nos brindó su apoyo. Estábamos todos juntos y le dije a los compañeros que necesitaba comerme una sardina, porque tenía hambre y el estómago vacío. Nicho protestó y le comenté la situación a Rolando, pero no noté apoyo de su parte. Consideré que habíamos comprado lo suficiente, pero en esta situación no me prestaron ayuda. A Rolando le dije que me la descontaran en la primera oportunidad, que no era por gula. Así que con rabia abrí la sardina delante de todos y me la comí, mientras el campesino observaba toda esta situación.

Manrique salió con destino a Barrancas. A las tres de la mañana nos despedimos del campesino y fuimos rumbo al río Masparro, pero para cruzarlo tuvimos que esperar que amaneciera porque tenía mucha agua, ya que estaba crecido. Seguimos subiendo por el margen izquierdo para buscar una división y la conseguimos, una cuarta parte del cauce pasaba por un lado y el resto por el otro. El primer tramo se atravesó sin dificultad, pero en el segundo se hizo difícil el cruce, por lo que se le pidió a Trioly que lo pasara a nado llevando un mecate para amarrarlo más arriba del paso y luego traer la punta libre para cruzar a varios que no sabían nadar. Se colocaron grupos de nadadores a ambos lados del río.

Se empezó el cruce del río ayudando con el mecate a los compañeros, algunos se cayeron pero se levantaron. Sin embargo, cuando le tocó el turno a Alfredo, este empezó a pasar y a la mitad del cruce se cayó. Los muchachos halaron el mecate estando él hundido y

al rato lo soltó, por lo que la corriente lo arrastró y lo vimos flotar. Ningún nadador decidió ayudarlo. Cuando vi que estaba en peligro me lancé al agua y casi llegando a donde estaban las piedras grandes logré agarrarlo y llevarlo hasta la otra orilla, salvándole la vida. Alfredo había tragado bastante agua, ya estaba casi inconsciente. Si yo no me hubiera comido la sardina la noche anterior, tal vez no habría tenido las energías necesarias para rescatar al camarada. Después de que Alfredo se recuperó desayunamos con sardinas pero yo no acepté la comida, para pagar la que ya había comido la noche anterior.

Salimos y cruzamos una quebrada bajo la lluvia, para luego seguir rumbo a Las Virtudes. A eso de las dos de la tarde empezamos a bajar al campamento, llegando casi a las cinco. Transcurrió un tiempo y Antonio salió hacia La Rochela.

La semana siguiente Alberto llegó al campamento acompañado de su grupo, con el cual había estado de avanzadilla, y le dijo a Roberto: “¡Si tú supieras quién viene!”. Roberto se alegró y preguntó: “¿Quién viene, el Che Guevara?”, y la respuesta que recibió fue: “No, chico, el que viene es Pedro Ortega Díaz, miembro del buró político del PCV; está llegando con Antonio y Manrique”.

En la noche no hubo reunión, pues el camarada Pedro llegó muy cansado. En la mañana comimos pescado de río y en la noche huevas de pescado, que teníamos guardadas en una lata. Luego se hizo la reunión, en la cual se informó del sexto pleno del PCV, donde se planteaba la paz democrática pero sin hablar de la liberación nacional, como lo teníamos planteando. Se halagó a los combatientes para levantarles la moral. “El futuro será de lucha”, se dijo. Pedro Ortega hizo ver que el Frente Guerrillero de Oriente Manuel Ponte Rodríguez estaba pidiendo mi traslado, y me pidió que lo pensara.

Al día siguiente se reunió el estado mayor del Frente Guerrillero José Antonio Páez para discutir el destino que tendría. Se recomendó ubicarnos en zonas más pobladas, para que el frente creciera con el calor de los campesinos. Estas ideas fueron aportadas por Roberto y Rolando; yo opiné que el traslado a una zona

desconocida era favorable, siempre y cuando se hiciera un estudio previo y un reconocimiento hecho por cuadros, para estudiar el terreno y la población. Se habló de Burbusay, en el estado Trujillo, pero les dije que si esa era la decisión yo prefería irme a oriente.

La tarde siguiente le di una respuesta afirmativa al camarada Pedro Ortega Díaz. Dos días después el camarada salió acompañado del capitán Alberto, quien debía traer a otros combatientes que ya venían en camino; Manrique era el guía.

En junio de 1965 Alberto llegó al campamento El Pichaque con los siguiente combatientes: Gerardo Galarraga "Crescencio" y Gustavo Galarraga "Canelón", ambos sobrinos de Carlos Galarraga; Pepe, hermano de Silvia y cuñado de Rolando; Manuel Fuentes, quien también se apodaba "el Portugués"; "Aníbal"; y Jesús Lunar "Eduardo", sobrino de Rolando.

Se tomó la decisión de desplazarnos hacia Santa Lucía, viaje que emprendería junto a los camaradas Roberto, José Antonio, Trioly, Mauricio y Perdomo. La salida fue al mediodía. Cruzamos el Boconó unos a nado y otros en balsa, ya que estaba muy crecido. Acampamos en la zona y al cabo de cuatro o cinco días llegamos a Santa Lucía. El clima era lluvioso ese día en la pequeña población, y acampamos cerca de la casa de Agustín. Me acerqué como a las cinco de la tarde y la casa estaba sola. A los tres días apareció Rolando con el resto de la guerrilla, y en poco tiempo llegó Manrique con el campesino Mercedes, que era un buen baquiano.

LA SALIDA DE JOSÉ ANTONIO, DE ROBERTO Y DE MÍ

A finales de julio de 1965 partió Mercedes hacia la ciudad como guía de José Antonio. Mercedes era conocedor de estos lugares y pudo llevarlo con facilidad hasta Guanare sin necesidad de tomar ningún vehículo, por puro monte. A los tres días salió Roberto, guiado por Manrique, rumbo a la carretera donde lo esperaba Mercedes para llevarlo a Guanare también por el monte. Pocos días después fue a mí a quien Manrique acompañó para la salida a la ciudad. Yo todavía andaba sin cédula, cargaba solo un comprobante facilitado por Rolando.

Llegamos a Guanare sin dificultad. Me encontré con Frinés, quien trabaja en Identificación. Le di mi número de cédula y me consiguió una que yo había solicitado tiempo atrás, pero que nunca había retirado. Era nuevamente Hernán José Abreu Díaz, con todos mis papeles en regla.

En Guanare busqué cómo trasladarme hacia Acarigua, donde estaba mi compañera. Ya había nacido mi hija Lídice, tenía unos cuarenta días de nacida. Finalmente logré verla y al otro día regresé a Guanare para hacerle llegar un dinero aportado por el partido al comandante Rolando. Lo hice a través de Mercedes y su mujer, quienes debían llevarlo hasta Santa Lucía. Sin embargo, había movimientos policiales y el Ejército se dirigía hacia la zona guerrillera, así que cuando los guías salieron en la mañana para hacer la entrega, tuvieron que regresar en la tarde porque no

había podido cruzar la carretera debido al movimiento de la tropa. No obstante, cuando ya estaba oscureciendo apareció Manrique buscando el dinero y con él se envió. Pasé la noche allá en Guanare y al otro día me fui para Acarigua a encontrarme con mi nueva familia.

Guerra Ramos “Tiuna”, responsable del distrito militar, le envió una carta a Carlos Del Vecchio, responsable de la retaguardia del Frente Guerrillero José Antonio Páez, para solicitar mi traslado a oriente. Al Portugués le planteé la necesidad de trasladar también a mi mujer al frente de oriente.

El partido no tenía dónde ubicarnos en Caracas, pero a través de mi compañera nos alojamos en la casa de su tía Josefina, quien vivía en Alta Vista. En esa casa no había capacidad para los tres, así que la dejé ahí con la niña y me fui al rancho de mi familia en el barrio La Línea, de donde había salido cuando me fui al monte por primera vez. Tras una semana nos mudamos a la casa del profesor José Vicente Escorza, quien vivía detrás de la plaza Tiuna, cerca de la avenida Nueva Granada.

Esos días se había producido el rescate de Almerida Bolívar en el Hospital Vargas, luego de que una UTC (Unidad Táctica de Combate) liquidara a dos guardias nacionales. En ese enfrentamiento el “Chino” Daza salió herido en una pierna y tuvo que cambiar de concha varias veces. A Daza lo trasladaron al Valle, donde tenían oculto a Clodosbaldo Russián, quien se había fugado del Hospital Militar una semana atrás. En la persecución del Chino, para capturarlo vivo o muerto, allanaron la concha del Valle. De esta forma cayó preso Clodosbaldo, pero el Chino logró escapar y se refugió en el rancho que teníamos en el barrio La Línea, donde fue auxiliado por mi tía Juliana Díaz y por Edita Noroño, compañera de mi hermano Viviano “Cañita”, quien fabricaba explosivos bajo la dirección del profesor Escorza.

El Chino pasó en nuestro rancho alrededor de un mes, pues como la represión era intensa no quedó ni un solo barrio por allanar. En esas operaciones cayó preso el profesor Escorza. Como no llegó a su casa a la hora de costumbre, tuvimos que salir

corriendo de allí para refugiarnos en nuestro rancho de La Línea. En ese momento ya el "Chino" Daza había salido de allí para ser trasladado a una concha en el barrio La Silsa que resultó ser insegura, por lo que tuvieron que ubicarlo en una residencia estudiantil de la UCV para extraerle una bala que tenía alojada en la pierna.

El PCV estaba fraccionado y no respondía por nadie. En la calle operaba el Gang de la Muerte, integrado por los delatores más famosos, que habían sido guerrilleros en el pasado. Después de pasar días de angustias y de hambre esperando para salir rumbo a oriente, vi por televisión que había caído preso en Lara "el Gavilán" José Díaz, quien al ser presentado por los medios hizo un llamado a sus compañeros para que abandonaran la lucha. A los pocos días se entregó el "Comandante Madero", quien operaba en el frente de oriente dirigiendo el destacamento Tuto Lanz, del Frente Guerrillero Manuel Ponte Rodríguez, dirigido a su vez por el "Comandante Tomás" Alfredo Maneiro. El Tuto Lanz se encontraba radicado cerca de Cumaná, en Cancamure, San Juan, Zumbador y El Neblinero. Mi ubicación iba a ser en ese destacamento para sustituir a Madero.

Mientras tanto, para poder alimentarnos empecé a trabajar como buhonero en el mercado de Catia. Allí unos vendía juguetes que me facilitaba Miguel Ora, cuñado de José Estévez y de Carmen Estévez "Lucia". Antes había trabajado en un taller mecánico como auxiliar de latonería. Con la venta de los juguetes la ganancia era insuficiente.

En abril de 1966 le envié una carta de despedida a Carlos Del Vecchio con Emiro González, su contacto. Para mí el partido estaba en muy mala situación, ya que había más de cinco mil presos políticos, así que tomé la decisión volver a la vida académica.

RETOMO MIS ESTUDIOS

Cuando volví a mis estudios reinaba un clima de inseguridad terrible. Esos meses fueron asesinados, luego de ser torturados, varios luchadores, como Alberto Lovera, quien fue lanzado al mar con un pico y cadenas para hacerlo desaparecer. Felipe Malaver, desaparecido; Fabricio Ojeda, asesinado por el SIFA; Andrés Pasquier, desaparecido; además de otros, pues se venía aplicando incluso la desaparición de cadáveres. Mi compañero y camarada de estudios Omar Sánchez “el Pirata” fue capturado y trasladado al Tocuyo, al Teatro de Operaciones Militares número 3 (TO3), donde fue torturado hasta provocarle un infarto, del que fue salvado por un equipo médico especializado a disposición del TO3, como los médicos malditos de los nazis.

También cayó preso en San Antonio de los Altos Miguel Castillo, comandante del destacamento Iván Barreto, del Frente Guerrillero José Antonio Páez. Miguel fue capturado junto a su cuñado, Genaro Golding, cuando los del SIFA buscaban al capitán de fragata Pedro Medina Silva, quien ya era para ese entonces el comandante general de las FALN. Horas antes el SIFA había tomado la casa que servía de concha para Pedro Medina Silva, “Alberto”, ocupada por una familia campesina de Portuguesa que estaba integrada por dos viejitos y unos niños. Estaban en esa casa acompañados por la esposa de Miguel Castillo, Cristina Golding. Tanto Miguel como Genaro, Cristina y el viejo campesino fueron

trasladados a la Comandancia General de la Guardia Nacional, en El Paraíso.

Luego, Miguel y Genaro fueron llevados al Tocuyo, donde Miguel fue sometido a fuertes torturas (eléctricas y a golpes), a pesar de no haber sido identificado como jefe guerrillero. Los del SIFA sospechaban que Miguel había participado en los sucesos del Tren del Encanto, pero en realidad nunca tuvo nada que ver con ese hecho en el que murieron varios guardias nacionales. Solo por la sospecha fue sometido a torturas, pues eso hacían con los campesinos inocentes, cuya mayoría eran asesinados tras las torturas y luego desaparecidos.

Miguel se salvó de la muerte por las diligencias de su madre y de su esposa Cristina, y por la intervención del camarada parlamentario José Vicente Rangel. Durante esos meses, Caracas estaba llena de delatores famosos, unos conocidos por mí y otros no, como Alexis Martínez "Tarzán" o "Tito", Carlos Nuñez Tenorio "Luisito" y Helímenes Chirinos "Pantaleón", hermano del Cabito. Todos ellos habían operado en el oriente del país como combatientes a disposición del Frente Guerrillero Manuel Ponte Rodríguez, dirigido por Alfredo Maneiro. Freddy Rivero operó en Yaracuy, Lara y Portuguesa; fue mi amigo mientras estuve preso en el cuartel San Carlos. Isaac Echarry "Pedro" conoció a muchos luchadores, como a Carlos Alberto Yusti y Nilo Rafael Prado "Pepe", quienes participaron en el Frente Guerrillero José Antonio Páez. Además, Pedro trasladaba armas para todos los frentes guerrilleros. Por otra parte, Aníbal González capturó a Alberto Lovera cerca de las Tres Gracias.

Me gradué de técnico petrolero en julio del año 1967. Aún así, no podía trabajar en las compañías petroleras que eran propiedad del norteamericano Nelson Rockefeller, ya que tenían filtros para la selección de sus futuros empleados en los expedientes y reseñas de los aparatos represivos, como la PTJ, la Digepol y el SIFA, todos a su servicio. Evidentemente yo tenía un expediente en los dos aparatos represivos más famosos como presunto guerrillero.

El proceso revolucionario seguía muy golpeado por la elevada cantidad de presos y el alto número de desaparecidos, alrededor de unos tres mil camaradas²⁴. A pesar de todo logré graduarme y comencé a trabajar en la Universidad Central de Venezuela para levantar a mi familia en esos tiempos de dificultades. En esa fecha tenía ya cuatro hijos, dos de ellos estaban en oriente con mi familia y los otros dos vivían con mi esposa, Paula Haydée Fariñas, y conmigo en La Línea.

De los veintisiete estudiantes de ese sexto año de la Escuela Técnica Industrial Caracas, de la especialidad de Petróleo, solamente dos logramos aprobar todas las materias. Me correspondió el honor de obtener el mejor promedio de la carrera. Así, con estas palabras, concluyo esta *Infancia y juventud de un guerrillero*.

24 Actualmente me encuentro en una subcomisión de La Justicia y La Verdad, donde estamos visualizando nuevas cifras, pues se comenta que las mismas rondan los cinco mil desaparecidos.

ARCHIVO FOTOGRÁFICO



Desfile de la Escuela Pedro Luis Cedeño. Cumanacoa, estado Sucre, 5 de julio de 1956.

REPÚBLICA DE VENEZUELA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES
Y DE ESTADÍSTICA EDUCACIONAL Y PSICOLÓGICA
Modelo B-4

**COMPROBANTE DE EXAMENES DE OPCION AL
CERTIFICADO DE EDUCACION PRIMARIA**

Escuela Federal: *Patata Nueva*
Municipio: *Guayana*
Nombre del plantel: *Escuela Petrol y Electricidad, Vela las Indias*
El aspirante: *Alfonso Hernández José*
nacido el *23 de Febrero* de 193*2*, natural de *Cumanacoa*
Estado Nueva Esparta graduado el día *9* de *agosto*
con el examen de opción al Certificado de Educación Primaria y obtiene la calificación definitiva de (A.P.) *buena* por el
Guayana el día *9* de *julio* de 1956
VA SIN ENMIENDA

Presidente del Jurado Examinador, *Los Jueves, Guayana* El Secretario,

1956

ADVERTENCIA IMPORTANTE: Este habilita tiene carácter provisional y debe ser cancelado por el aspirante para ser cambiado al momento oportuno por el correspondiente Certificado definitivo.

Certificado de sexto grado. Aquí se ve la enmienda que hice en el documento para tener la edad que requerían en la Escuela de Transmisiones.

REPÚBLICA DE VENEZUELA
ESCUELA TÉCNICA INDUSTRIAL
 Avda. Monagas y Avenida Venecia Industrial
 CARACAS

CONSTANCIA

El suscrito Jefe de la Sección de Petróleos hace constar que el alumno **ABREU HERNÁN JOSÉ**, cursó y aprobó en la Escuela Industrial de Materfa y Escuela Técnica de Sabana, las siguientes asignaturas:

Primer Año (E. T. N.)
 (1956-57)

<u>ASIGNATURA</u>	<u>CALIFICACION</u>
Matemática	17 (diecisiete)
Elementos de Química	16 (dieciséis)
Física Elemental	16 (dieciséis)
Tecnología de Talleres	13 (trece)
Dibujo Técnico	13 (trece)
Historia Universal	14 (catorce)
Castellano y Literatura	14 (catorce)

Segundo Año (E. T. N.)
 (1957-58)

<u>ASIGNATURA</u>	<u>CALIFICACION</u>
Matemática	27 (veintisiete)
Elementos de Química	28 (veintiocho)
Física Elemental	26 (veintiseis)
Tecnología de Talleres	27 (veintisiete)
Historia Física	25 (veinticinco)
Castellano	27 (veintisiete)
Dibujo	29 (veintinueve)
Geografía Física y Económica	27 (veintisiete)
Dibujo Técnico	26 (veintiseis)

Constancia de calificaciones de mis estudios en la Escuela Industrial Monagas. Fueron validadas en Caracas.



De izquierda a derecha: José Ismael Abreu, Esteban Villarroel, el pequeño Jesús Villarroel y Hernán Abreu. En Caracas, año 1958.



Fundación del Barrio La Línea, Caracas. De izquierda a derecha: José Ismael Abreu, José Viviano Abreu, Jacinto Díaz y el niño Armando Díaz.



Chuma, Hernán, José Asunción Marcano, Legio Méndez, Ernesto Burgos, Cabrita, León González, José Marrero, Edecio Pacheco, Freddy, entre otros.
Año 1958-1959, gira para la Refinería de Cardón.



Notas de tercer y cuarto año en la ETI Cabimas, 1958-1959 y 1959-1960. Validades en Caracas.



Constancia de quinto año de la ETI Caracas, 1960-1961. Saqué 10 puntos en tres materias por la situación política, hubo compañeros que hasta perdieron el año escolar.



Día posterior a ser liberado de la prisión del cuartel San Carlos, en Caracas.



Gira a la Refinería de Amuay, estado Falcón, año 1966-1967. El de la cámara es Lacho, quien recibió un impacto de bala en el glúteo durante la protesta en la que se pedía la liberación de los damnificados detenidos en la policía de Cabimas.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
SAN JUANILLO	25
LA FAMILIA ABREU	28
NUESTRA CASA	30
MIS PRIMEROS RECUERDOS	32
EL 10 DE OCTUBRE DE 1944	34
LA VITROLA	36
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (1939-1945)	38
CONTINUIDAD DE LA IV REPÚBLICA	40
EL 12 DE MAYO DE 1946	42
LA NOCHE DEL 12 DE SEPTIEMBRE DE 1947	46
LA QUEMA DE BASURA	50
CUENTOS	51
LAS TAREAS DE MAMÁ	53
EL RÍO SAN JUANILLO	55
LAS LUCHAS	56
EL 17 DE FEBRERO DE 1948	58
LA ESCUELA	61
LA PRIMERA PEA	63
OTRA BORRACHERA	70
LA ESCUELA Y EL ABECEDARIO	72
PRIMERA FUGA	73
OTROS CUENTOS	76
LOS PARÁSITOS	79
EL SARAMPIÓN	81
EL 3 DE MAYO DE 1950	83
MÁS MUERTOS Y ESPANTOS	84
LAS CARGAS DE PAPELÓN	87
LA MUERTE DEL PRESIDENTE DE LA JUNTA DE GOBIERNO	
CARLOS DELGADO CHALBAUD	89
LECHE PARA LA ABUELA MARIANA MARCANO	93
LA MUERTE DE JESÚS BARRETO ABREU	94
MUERTE DE JUAN MANUEL RANGEL	96

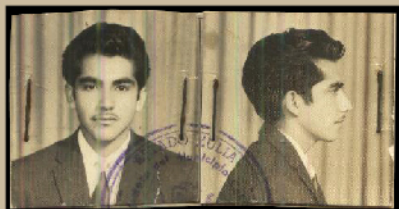
MUERTE DE AURELIO ARIAS	97
MUERTE DE ANTONIO BASTARDO	99
LA PELEA	101
MARGARITA MAICÁN	107
DESDE ARICAGUA HASTA SAN JUANILLO	109
LA ISLA GUASINA	110
SEGUNDA FUGA	113
LA FUGA DE ISMAEL	115
LA CARTA PARA SERVANDA	116
EL VIAJE A CUMANÁ	117
LOS TERRENOS DE CONTADOR	120
EL 4 DE MARZO DE 1952	124
MI TERCERA FUGA	126
JOSÉ VIVIANO SE FUGÓ TAMBIÉN	128
LA ESCUELA DE CUMANACOA	129
EL 29 DE SEPTIEMBRE DE 1952	131
EL 22 DE OCTUBRE DE 1952	133
EL 30 DE NOVIEMBRE DE 1952	136
EL 21 DE MAYO DE 1953	138
EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1953	142
CUARTO GRADO	146
EL HELICÓPTERO	148
HORACIO SUÁREZ	151
QUINTO GRADO	154
EL 21 DE MAYO DE 1955	156
SEXTO GRADO	159
ESCUELA MILITAR DE TRANSMISIONES	164
ESCUELA ARTESANAL E INDUSTRIAL DE MONAGAS	167
EL DÍA LUNES 29 DE ABRIL DE 1957	173
DESPERTAR POLÍTICO	175
EL 4 DE NOVIEMBRE DE 1957	176
LA SEGURIDAD NACIONAL	179
COMIENZA EL AÑO 1958	183
EL JUEVES 23 DE ENERO	187
LA JUNTA DE GOBIERNO	193

INSURRECCIÓN DEL 7 DE SEPTIEMBRE DE 1958	198
ESCUELA TÉCNICA DE CABIMAS	201
EL 20 DE ABRIL DE 1960	206
ATENTADO EN LOS PRÓCERES	213
PASANTÍA EN LA SUN OIL COMPANY	215
EL 28 DE AGOSTO DE 1960	218
EL 23 DE OCTUBRE DE 1960	221
EL 17 DE ENERO DE 1961	222
EL BARCELONAZO	227
LA MUERTE DE LIVIA	231
EL INICIO DE LA LUCHA ARMADA A NIVEL NACIONAL	236
SEGUNDA OFENSIVA DEL EJÉRCITO	241
OFENSIVA FINAL	247
ENCUENTRO BÉLICO EN LA SOLEDAD	255
SALIDA DE LUBEN	257
LA SALIDA DE JOSÉ ANTONIO, DE ROBERTO Y DE MÍ	273
RETOMO MIS ESTUDIOS	276
ARCHIVO FOTOGRÁFICO	279

EDICIÓN DIGITAL

Octubre de 2016
Caracas - Venezuela





HERNÁN ABREU

(Cumanacoa, 1940)

Se sumó a las filas de la Juventud Comunista desde temprana edad. En 1961 se incorporó al primer grupo de combatientes de la lucha armada en el Frente José Antonio Páez, en los estados Portuguesa, Trujillo y Barinas. Como consecuencia de su actividad política, estuvo preso en el estado Portuguesa y luego en el cuartel San Carlos, en 1962, lo cual no impidió que una vez libre se incorporara de nuevo a la lucha armada. En su periplo, se enfrentó con la dura represión de los gobiernos de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. Al salir Hugo Chávez Frías de la cárcel, milita en el MBR-200, luego en el MVR y en la actualidad lo hace en el PSUV. Ha publicado también *Memorias del Frente Guerrillero José Antonio Páez* (FEPR).

En estos relatos de profundo valor testimonial obtenemos la vívida imagen de quienes se criaron en el campo, en la más terrible pobreza. Abreu nos narra los acontecimientos de su infancia y juventud, hasta los años sesenta. Muchos lectores seguramente se sentirán identificados con estas vivencias de infancia, y con los retos a los que se enfrentó el autor para poder completar sus estudios académicos. El recorrido narrativo, con un estilo auténtico e íntimo, nos lleva por diferentes lugares de Venezuela, desde su estado natal, Sucre, hasta su permanencia por estudios en el Zulia. Finalmente nos deja cargados de reflexiones históricas y políticas para enfrentarnos al presente, con la estremeceadora impronta del conocimiento de nuestra identidad patria, y con la fuerte consciencia de la lucha de clases que aún se libra en nuestra nación.